

[GERMÁN REY - OMAR RINCÓN]

EDITORES

[LUDUEÑA (ARGENTINA) • PAES MANSO (BRASIL) • BORTAGARAY (URUGUAY) • CARMONA (CHILE)
LANZA (BOLIVIA) • CISNEROS (PERÚ) • IMBAQUINGO (ECUADOR) • NIETO (COLOMBIA)
BUJANDA (VENEZUELA) • NUILA (HONDURAS) • HERNÁNDEZ (EL SALVADOR)
ESCOBAR (GUATEMALA) • LARA (MÉXICO) • LISSARDY (EUROPA) • DA PORTA (ARGENTINA)]

MÁS ALLÁ DE VÍCTIMAS Y CULPABLES

[relatos de experiencias en seguridad ciudadana
y comunicación - América Latina]

MÁS ALLÁ DE VÍCTIMAS Y CULPABLES

[relatos de experiencias en seguridad
ciudadana y comunicación - América Latina]

Germán Rey
omar rincón
Editores

Centro de Competencia en Comunicación
para América Latina
Friedrich Ebert Stiftung

Editores:

Germán Rey
omar rincón

Autores:

María Eugenia Ludueña
Bruno Paes Manso
Lucila Bortagaray
Javiera Carmona J.
Cecilia Lanza
Luis Jaime Cisneros Hamann
Jorge Raúl Imbaquingo
Patricia Nieto
Héctor Bujanda
Ramón Wilberto Nuila Coto
Rosarlin Hernández
Lucía Escobar
Marco Lara Klahr
Ana Laura Lissardy
Eva Da Porta

Ciudad:

Bogotá, 2008

Diseño:

Nelson Mora Murcia

Producción:

Centro de Competencia en Comunicación
para América Latina, www.c3fes.net.

ISBN 978-958-8101-36-1

Este texto puede ser reproducido con previa autorización con
un objetivo educativo y sin ánimo de lucro.

[CONTENIDO]

| | |
|--|-----|
| Introducción | |
| RELATOS DESDE LA REALIDAD | 5 |
| Claves de lectura | |
| PRESENTACIÓN, RELATO Y EXPERIENCIA | 11 |
| Argentina | |
| PRIVADOS DE LIBERTAD PERO NO DE CIUDADANÍA | 27 |
| Brasil | |
| DO BANDIDO DA LUZ VERMELHA AO MASSACRE NO ALEMÃO | 43 |
| Uruguay | |
| AMANECIENDO EN EL PAÍS DE LAS IDEAS DESPOJADAS | 51 |
| Chile | |
| LA GARRAPATA: UNA VOZ CONTRA LA DISCRIMINACIÓN | 61 |
| Bolivia | |
| MUÑECOS DE TRAPO | 81 |
| Perú | |
| REALIDAD Y SENSACIONALISMO: UNA PARADOJA PERUANA | 89 |
| Ecuador | |
| SE DERRUMBA EL MITO DE LA ISLA DE PAZ | 99 |
| Colombia | |
| LAVA Y CANTA AL SON DE MACHUCA ESTÉREO | 105 |
| Venezuela | |
| GUERRA DE VALORES EN PETARE: TRABAJAR CON ESOS MUCHACHOS QUE NADIE QUIERE | 115 |
| Honduras | |
| SILENCIO Y OLVIDO DESDE LAS SELVAS DE LOS RÍOS PLÁTANO Y PATUCA DE HONDURAS | 123 |
| El Salvador | |
| POR EL GRAFFITI HABLO, POR EL GRAFFITI CUENTO | 129 |
| Guatemala | |
| MÁS DE TRES PUNTOS PARA EL FUTURO | 137 |
| México | |
| ESO DE LOS DERECHOS HUMANOS, ¿DE DÓNDE LO SACARON? | 143 |
| Europa | |
| 600 GRAMOS, UNA BISTECA Y 100 PALABRAS | 155 |
| Reflexión académica | |
| JÓVENES, EXCLUSIÓN Y NARRATIVAS MEDIÁTICAS: EL ROSTRO DEL DELITO | 163 |

RELATOS DESDE LA REALIDAD

omar rincón

omar.rincon@fescol.org.co

Director del Centro de Competencia en Comunicación para América Latina - Fundación Friedrich Ebert. Director del posgrado en periodismo - Universidad de los Andes, Bogotá - Colombia.

Director del posgrado en televisión - Universidad Javeriana, Bogotá - Colombia.

Más allá de víctimas y culpables es una afirmación: La mejor política de seguridad ciudadana es pensar a los ciudadanos, sobre todo a los pobres y excluidos del confort del mercado, como protagonistas de sus vidas y actores políticos de sus experiencias colectivas. Significa que los medios de comunicación, los políticos y los poderosos de la tierra intenten evitar esa estigmatización de delincuentes para los pobres, esos *otros* al mercado y el dinero; piensen antes de caer en esa adjetivización fácil que humilla al llamar a ese habitante de *otro* territorio, *otra* edad, *otra* clase, *otra* nacionalidad como peligroso, despiadado y feroz criminal, malhechor, forajido, facineroso, maleante, terrorista... La paradoja: nunca esos modos de nombrar estigmatizantes se refieren a los corruptos, a los delincuentes llamados de cuello blanco, a los políticos roba ilusiones y ladrones del erario público; nunca se usan esas exclusiones mediáticas para los que han venido delinquiendo contra los pobres (¿se enriquecen en nombre de los pobres!) ¿Cuestión de clase? ¿Asunto de poder? ¿Roba menos el estudiado y rico?

Este texto se llama ***Más allá de víctimas y culpables*** porque está narrado desde y con los ciudadanos, no en el horizonte de los delincuentes o el poder; está pensado en sujetos, no en excluidos; se cuenta en historias, no en estadísticas. Los relatos de experiencias que se podrán leer en este texto cuentan que la (in)seguridad ciudadana “no es un partido de fútbol” pero sí “una urgencia cultural” y que por eso hay “tantos cuentos que contar”; que es “mejor hacer

que decir”, que “la ironía no puede faltar” en los relatos de la gente y que hay muchas historias detrás de la ceremonia mediática y política de los miedos.

Más allá de víctimas y culpables nos recuerda que “el aire no es liviano” en América Latina porque respirar dignidad, orgullo, autoestima, imaginación es algo que molesta a esos políticos y periodistas y mercaderes que sólo están interesados en el dinero y que quieren evitar que los pobres, los jóvenes del margen, el *otro* extraño “ensucie” la vida pública del confort. ¡He aquí relatos sobre cómo hacen de la seguridad un acto ciudadano!

¿Cómo vencer a los miedos y la (in)seguridad ciudadana? Parte de la solución es tener un concepto político y democrático de seguridad ciudadana. La Fundación Friedrich Ebert en América Latina ha venido produciendo un concepto y diseñando una política progresista de seguridad ciudadana que permita profundizar la democracia social, aumentar la gobernabilidad e imaginar una sociedad con nuevos pactos de confianza. Lo hacemos porque en la Fundación Friedrich Ebert creemos que el tema de la seguridad ciudadana se ha convertido en un asunto del interés político y vital para la vida cotidiana. Creemos que la solución está, más que en las medidas represivas, en las estrategias preventivas de formación y participación ciudadana; en la incorporación de otras dimensiones (culturales y comunicativas) diferentes a las más tradicionales (legales y policiales); en que se hace necesario la reforma de las instituciones del Estado encargadas del tema; en que es urgente mejorar la lucha contra la corrupción y disminuir la impunidad... y obvio, pensar en y desde el ciudadano.

La Fundación Friedrich Ebert imagina un concepto **político** de seguridad ciudadana que ponga “al ciudadano en el centro” y privilegie que:

- La seguridad ciudadana es asegurar el libre desarrollo y promoción de los derechos humanos.
- La seguridad ciudadana es una política pública que defiende un servicio público, no una promoción de la seguridad privada.
- La seguridad ciudadana trabaja por, para y con los ciudadanos en acciones multisectoriales de prevención y convivencia.
- La seguridad ciudadana es un asunto social, educativo, cultural y de participación social.
- La seguridad ciudadana es una producción de una experiencia simbólica pública a través de los medios de comunicación.

Como se ve, una de las claves de este trabajo es la comunicación. Así, el Centro de Competencia en Comunicación para América Latina [www.c3fes.net] ha estimulado la reflexión e investigación sobre las relaciones entre comunicación

e (in)seguridad ciudadana, es decir, sobre *el papel que tiene la comunicación en las percepciones que la sociedad construye de la (in)seguridad ciudadana*.

Más allá de víctimas y culpables es el tercer estudio sobre la relación de (in)seguridad ciudadana y comunicación del Centro de Competencia en Comunicación de la Fundación Friedrich Ebert. Primero, se estudiaron *las representaciones* que se hacen de la (in)seguridad en 14 periódicos de 9 países de América Latina (*El cuerpo del delito. Representación y narrativas mediáticas de la seguridad ciudadana* <http://www.c3fes.net/docs/delitofinal.pdf>); luego, se invitó a expertos de Argentina, Chile, Colombia, México y El Salvador para que analizaran los discursos mediáticos que se construyen sobre la (in)seguridad ciudadana (*Los relatos periodísticos del crimen* <http://www.c3fes.net/docs/relatosdelcrimen.pdf>). En este estudio **Más allá de víctimas y culpables** se trabajó con periodistas de 13 países de América Latina, una cronista latina en Italia y España y una estudiosa del tema en Argentina para *relatar experiencias* de seguridad ciudadana en las cuáles la comunicación hecha medios, prácticas, símbolos y narración es la clave en sentido político.

Estos tres estudios han estado dirigidos conceptualmente por el profesor, investigador y consultor en comunicación Germán Rey. En el primer texto que el lector encontrará en **Más allá de víctimas y culpables**, el profesor Rey reimagina los 14 relatos/experiencias del libro a través de sugerentes claves de lectura; por ejemplo, que a los medios les interesa el delito por su imprevisibilidad más que por su moralidad, que lo que más importa a los habitantes de la (in)seguridad es ser escuchados más que representados o significados desde afuera, que los medios de comunicación para captar la (in)seguridad han decidido pasar del registro al relato de la experiencia. El profesor Rey concluye que la seguridad ciudadana consiste en ser tenido en cuenta, ser escuchado y poder contar porque lo que se requiere es producir sentidos desde otros lugares y maneras, desde la gente y sus versiones de la vida y la historia.

¿De qué va *Más allá de víctimas y culpables*?

De relatos de experiencias en seguridad ciudadana y comunicación en América Latina. Se seleccionaron periodistas de 13 países del continente para que hicieran un relato periodístico de una experiencia interesante en la relación seguridad ciudadana y comunicación en su respectivo país; podía ser una iniciativa de gobiernos nacionales o locales, de organizaciones no gubernamentales, medios de comunicación, movimientos ciudadanos o entidades estatales encargadas de la seguridad. Se busca resaltar experiencias en las cuales la comunicación ha sido una variable significativa, pero contadas de una manera periodística y a través del instrumento de la crónica... porque lo que la sociedad necesita es contar y ser tenida en cuenta como sujeto y comunidad.

Más allá de víctimas y culpables trae relatos de la realidad latinoamericana, 14 experiencias y 1 texto de reflexión, sobre:

- *[Educación en libertad]* o cómo desde las cárceles es posible estudiar comunicación, contar historias e imaginar ser ciudadanos (Argentina);
- *[Periodismo de calidad]* o cómo el periodismo no puede estar sólo con el poder y las autoridades y debe perder la seguridad de lo conocido para intentar el otro punto de vista, el de los pobres, los llamados “delincuentes”; el buen periodismo duda siempre y tiene que ir más a eso que se llama “realidad” (Brasil);
- *[Producción de la subjetividad]* o cómo lo que más asusta es que alguien se haya metido con el propio yo y esté escuchando nuestros propios pensamientos, por eso hay que imaginar otras formas de sujeto más allá de los miedos (Uruguay);
- *[Medios comunitarios]* o cómo una radio, un canal, un infocentro y muchas ganas de contar son las estrategias para existir con dignidad en medio del estigma social (Chile);
- *[Simbólicas comunitarias]* o cómo el echar mano de tradiciones comunitarias y de identidad permite imaginar la seguridad pública en esta promesa aberrante de modernidad (Bolivia);
- *[Observación y estudio]* o cómo ante la avalancha de medios sensacionalistas y desidia gubernamental, desde los medios hay que comenzar a formar una mejor opinión con base en mejor información, más saberes diversos y más conversación pública (Perú);
- *[Medios y Sociedad]* o cómo el asunto no es sólo de percepciones sino de políticas e intervenciones sociales, así el diálogo entre medios, universidad y sociedad es la posibilidad para cambiar (Ecuador);
- *[Medios y mujer]* o cómo la barbarie y el estar desconectados sirve a los miedos y guerreros; por eso, hay que gritar bien fuerte, sentirse con ganas de decir y tener dónde. Una emisora y voces en forma de mujer que saben hablarle al corazón es todo lo que se necesita (Colombia);
- *[Infancia, escuela y video]* o cómo ante las pandillas y belicosos que hacen de los niños carne de cañón sólo queda encerrarlos en la escuela o darles una cámara de video para que existan porque hay que aprender a querer (Venezuela);
- *[Periodismo y amenazas]* o cómo informar es peligroso cuando se denuncia, más cuando se defienden selvas, ríos y tradiciones ante las mafias del narcotráfico, la madera y la política (Honduras);
- *[Jóvenes y arte de calle]* o cómo los jóvenes meten miedo a la sociedad moral y de la derecha por cómo se visten, hablan y piensan. Para escapar a la estigmatización social, los jóvenes sólo quieren y piden que les permitan expresarse, hay que oírlos (El Salvador);

- *[Comunidad y política]* o cómo cuando el barrio está azotado de pandillas y la policía no funciona hay que juntarse con el otro, construir norma y obligar a los jóvenes a volver al colectivo [Guatemala];
- *[Conversar entre periodistas]* o cómo pasar de la crónica roja que se sentía dueña de los muertos, no sabía nada de derechos humanos y necesitaba un culpable en cámara a un periodismo responsable y democrático... a través del diálogo público y la comprensión de los modos de hacer periodismo [México];
- *[Emigrantes y estigmatización]* o cómo viviendo en Europa ser latino es sinónimo de delincuente y los medios al informar corroboran estas imágenes. Menos mal ya hay organizaciones que están contando las historias detrás de la etiqueta [Italia y España];
- *[Jóvenes y narrativa]* o cómo los medios siempre buscan normalizar a través de narrativas autoritarias o reformistas sin dejar lugar para más maneras de ser jóvenes; entonces, hay que construir contraretrato mediático juvenil [Argentina].

De estos *otros* sujetos, de estas *otras* prácticas, de estas *muchas vidas* que “no pasan por” los medios o que “la pasan mal” en los medios es que está lleno ***Más allá de víctimas y culpables***. Se quiere hacer relatos para contar la experiencia de la seguridad ciudadana hecha por la sociedad, en versión de sus propios sujetos, colectiva y ciudadanos; se quiere traer la realidad a cuento. Este es un texto testimonio en cuanto que son las experiencias de la gente las que hablan de este continente latinoamericano que se resiste al crimen, la pobreza, la desigualdad, el cinismo de los burócratas y la perfidia de los corruptos; experiencias sobre cómo habitar con dignidad, imaginación y símbolo estos tiempos desalmados del mercado y la desigualdad.

Más allá de víctimas y culpables propone que la mejor estrategia de seguridad ciudadana es contar con la gente, sacarla de la crónica roja de los periódicos, invitarla a producir sus propios sentidos desde sus experiencias de la vida. La regla de la comunicación en seguridad ciudadana es tratar a todos los sujetos y colectivos ***más allá de víctimas y culpables***. ¿Muy difícil?

Bogotá, Julio, 2008

REPRESENTACIÓN, RELATO Y EXPERIENCIA. La comunicación más allá de la seguridad.

Germán Rey

germrey@hotmail.com

Dirige el programa de estudios de Periodismo de la Universidad Javeriana y es profesor del Centro de Estudios de Periodismo de la Universidad de los Andes. Maestro Consejero de la Fundación de Nuevo Periodismo Iberoamericano. Forma parte de la Junta Directiva de la Fundación para la Libertad de Prensa y del Consejo Rector del Premio de Nuevo Periodismo (CEMEX-FNPI). Fue *ombudsman* del periódico El Tiempo. Autor de: "Desde las dos orillas" (1997), "Balsas y Medusas. Visibilidad comunicativa y narrativas políticas" (1999), "Los ejercicios del ver. Hegemonía audiovisual y ficción televisiva" escrito con Jesús Martín Barbero, "Las ciencias sociales en Colombia: discurso y razón" (2000) con Francisco Leal, "Oficio de equilibristas" (2003), " El cuerpo del delito" (2005), "La fuga del mundo. Escritos sobre periodismo" (2007) y Coordinador de: "Los relatos periodísticos del crimen" (2007). Se encuentra escribiendo el libro "Diario de un defensor del lector".

Las relaciones entre comunicación y seguridad se pueden percibir desde varios lugares: el de la representación, el del relato y el de la experiencia. Tres lugares que se intersectan, que se complementan entre sí, como parte de una búsqueda explicativa para una gran cantidad de acontecimientos que componen los miedos sociales y a la vez, las realidades de inseguridad que viven los ciudadanos en la calle, en los fortines en que han convertido sus espacios privados rodeados de medidas de vigilancia y control, en los planes gubernamentales para combatir la delincuencia o en las formas de comunicación que transitan de boca en boca o a través de periódicos y noticieros de televisión.

En “El cuerpo del delito”¹, el tema fue la representación de la (in)seguridad. La metáfora del cuerpo ofrece diferentes caminos de interpretación. Porque el crimen se ensaña sobre los cuerpos, pero a la vez éstos construyen el significado del delito. Hay cuerpos secuestrados, asesinados, robados. Cuerpos anónimos tirados en las carreteras o cuerpos sin nombre y sin identidad, envueltos en bolsas negras de polietileno. Y en cada una de estas variaciones, el cuerpo se nos representa de manera variada, confirmando las múltiples expresiones de la crueldad, del sufrimiento o de la indefensión. El cuerpo, en estos casos, representa mucho más que una estructura orgánica, es un referente de los sentimientos, los afectos, la historia personal y la vida social. La psicología le ha dado al cuerpo una importancia fundamental en la formación del yo y de la identidad. En las exhumaciones de víctimas de los paramilitares en Colombia, sus familiares hablan de encontrar y darle cristiana sepultura a sus “huesitos”, un nombre con el que cariñosa y dolorosamente, intentan reestablecer su dignidad y a la vez, dejar constancia del despojo inflingido por sus victimarios. El cuerpo puede llevar las marcas de la diferencia, como sucede con los integrantes de las maras en Centroamérica, que se identifican por el uso de tatuajes para lograr efectos de visibilidad social dentro de una sociedad que los discrimina, para definir públicamente su pertenencia o generar temor.

Es muy interesante que la crónica de El Salvador que se presenta en este libro, hable de maras, de policías, de FMLN y de graffitis. Como lo dice uno de los pandilleros, generalmente se ha asociado a las maras con los graffitis, como si la escritura sobre su cuerpo se extrapolara a la escritura sobre los muros, o como si la clandestinidad de esta forma reprobada de expresión (“el que escribe en la muralla es un canalla”, aprendimos en el colegio), se conectara con la clandestinidad del delincuente, que al ser capturado por la autoridades, es

¹ Germán Rey, *El cuerpo del delito*, Bogotá: Centro de Competencia de Comunicación, Fundación Friedrich Ebert.

expuesto ante las cámaras de la televisión, con su exuberante y desenfadado lenguaje corporal. Las maras son cuerpo (expuesto, graficado, retador), los policías conforman un cuerpo (el cuerpo de policía), el FMLN es un cuerpo político que para algunos aún representa el peligro de su pasado guerrillero y los graffitis se dibujan sobre las paredes corporales de la ciudad.

Las representaciones de la (in)seguridad, son las construcciones simbólicas y referenciales del delito, de los victimarios y sus prácticas delincuenciales. Pero también de la "otra" sociedad, de las víctimas, de la autoridad y sus gestos. El mundo representacional del delito se refiere a acontecimientos y a personajes, a conflictos y a sucesos, como ocurre con la función representativa del lenguaje, todos ellos son substitutos y aproximaciones de la realidad. Son la manera de organizar un mundo para hacerlo inteligible. Uno de los instrumentos de la representación son los medios de comunicación, que tramitan comprensiones de los delitos y los hacen visibles cuando muchos de ellos suceden en el sigilo, el silencio y el anonimato. La sociedad conoce el delito sobre todo a través de los medios, que han generado secciones para ubicarlos, profesionales para contarlos e inclusive un género especial para narrarlos; muchos delitos quedarían relativamente ocultos en las comisarías, si los medios no cumplieran el papel de hacerlos conocer, de revelarlos. La revelación social del delito es una de las tareas de los medios, que lo consideran una pieza importante dentro de su agenda informativa, e imprescindible en la de los medios sensacionalistas.

Sin embargo, la ubicación del delito en el medio sensacionalista, que era bastante precisa hace unos años, se ha desplazado sobre todo hacia la televisión, ocupando los espacios de los noticieros.

Pero la representación mediática, como se observa en "El cuerpo del delito", proporciona los encuadres del delito, es decir, los lugares, perspectivas y formas de su mirada, de su exploración. Y a través de los énfasis, las jerarquías, el proceso de selección y los matices subrayados, construye la versión del crimen y la inseguridad que se proporciona a los ciudadanos, en el noticiero de la noche o en el periódico de la mañana.

Las fuentes son uno de los mecanismos fundamentales para la construcción de la representación mediática de la seguridad. Porque la información es el resultado de la indagación del periodista y ésta de la recolección, verificación y contraste de las versiones de las fuentes. La representación mediática de la seguridad no es inocente. Obedece a unos trazos orientados por la naturaleza del medio, su historia de cobertura del tema, sus relaciones con las audiencias y sus vínculos con las autoridades y sus fuentes. La policía, es una de las fuentes más importantes de los periodistas de policiales o de justicia, como también lo son los jueces, las entidades carcelarias, las víctimas y por supuesto, los propios delincuentes. Todos ellos, y muchos más, participan en un complejo juego de

intereses, tienen sus propias comprensiones del delito y los delincuentes y entienden que los medios les permiten cumplir determinadas metas que pueden ser amedrentar, juzgar previamente, recibir la reprobación social o deslegitimar al otro. Informar es solamente una de las funciones que cumplen los medios cuando se refieren a los delitos.

La representación mediática es un mapa mental de la realidad, que ayuda además a construirla. Por eso la importancia —a veces desmedida— que se le da a los medios.

“Los relatos periodísticos del crimen”², están atravesados por varias dimensiones. Una es la diferencia de las realidades del delito, y a la vez de sus homogeneidades. Las categorías policivas del delito pueden ser muy similares. Hay robos, asesinatos y violaciones en todas las sociedades, aunque su cantidad y sobre todo su conformación, pueden ser muy heterogéneas. También lo son las percepciones que las personas y las sociedades locales tienen del delito. Los relatos periodísticos poseen, entonces, unas marcas locales y unas estrategias narrativas, a la vez particulares y generales. En El Salvador son las maras, en México, el narcotráfico, en Chile la inseguridad ciudadana y en Colombia, los desastres de su conflicto armado. En todos aparecen los miedos urbanos, la impunidad, la inseguridad ciudadana.

Hay estrategias narrativas particulares: en Argentina, como lo describió Stella Martini, tanto Clarín como La Nación, “apuntan al impacto sobre la población, aunque con modos diferentes de titulación, aseguran conclusiones definitivas de encuestas (elevadas al rango de fuente inobjetable), y adjudican un alto grado de homogeneidad a la opinión pública en relación con los delitos y la seguridad. Los modos de titulación defieren e igualmente los contratos de lectura en cada uno de los diarios: si Clarín se sostiene en el horror del hecho relatado, La Nación lo hace con el escándalo ciudadano; por eso no precisa enfatizar sobre detalles escabrosos”³, en El Salvador “la descripción del ‘otro’, del joven que pertenece a las pandillas, conlleva la propuesta de un cierto tipo de estética asociada a la violencia”⁴ y en México, Alberto Betancourt Posada, subraya varios tipos de

² Germán Rey (coordinador), *Los relatos periodísticos del crimen*, Bogotá: Centro de Competencia de Comunicación, Fundación Friedrich Ebert, 2007.

³ Stella Martini, “Argentina. Prensa gráfica, delito y seguridad” En: *Los relatos periodísticos del crimen*, Germán Rey (coordinador), Bogotá: Centro de Competencia de Comunicación, Fundación Friedrich Ebert, 2007 página 37.

⁴ Amparo Marroquín Parducci, “Indiferencias y espantos. Relatos de jóvenes y pandillas en la prensa escrita de Guatemala, El Salvador y Honduras”, En: *Los relatos periodísticos del crimen*, Germán Rey (coordinador), Bogotá: Centro de Competencia de Comunicación, Fundación Friedrich Ebert, 2007, página 69.

aserciones usadas por los medios, un primer tipo se refiere a “aquellas hechas por un narrador omnisciente que afirma categóricamente un hecho como si el hecho hablara por sí mismo” y un segundo tipo “utiliza como estrategia de veracidad la cita de una fuente cuya autoridad confiere credibilidad al relato”.⁵

Pero también hay estrategias narrativas que componen habitualmente el discurso y la narración mediática del crimen como el sensacionalismo, el uso de sustantivos que identifican al delito como algo irreversible o el manejo hiperbólico.

Las narrativas del delito son la segunda aproximación comunicativa a la (in)seguridad. Lo que se representa se cuenta. Aquí el asunto ya no es de agenda, ni de figuración, sino de estructura y forma del relato entendido como “la moneda corriente de una cultura” o “una dialéctica entre lo que se esperaba y lo que sucedió”.⁶

La narración tiene voces, presuposiciones, lugar desde donde se cuenta, actores, argumentos. El hecho se vuelve por lo menos suceso, sino historia. Lo representado se despliega en el tiempo y en el lenguaje, recurre a efectos retóricos para generar suspenso o credibilidad, sigue una trama a la que convergen los hilos del espacio en que suceden los hechos, los actores que intervienen o las intenciones, adjetiva y de esa manera califica o discrimina. En “Eso de los derechos humanos ¿de dónde los sacaron?”, de Marco Lara Klahr, el compaíto “tenía sus asignaciones, la de recorrer las agencias ministeriales y policiales para fotografiar a personas detenidas, que para él, por el hecho de estar ahí, eran todas culpables (y condenables). De ese modo, no aceptaba, digamos, confesiones de inocencia. Libreta en mano, preguntaba a cada detenido nombre, edad y causas de la detención; si alguna se negaba a revelar sus datos personales o haber cometido delito no había piedad”.⁷

Este estilo periodístico, contrasta con el que describe Bruno Paes Manso, en “Do bandido da luz vermelha ao massacre no Alemão”, que parte de la transformación del objeto de la cobertura policial, que manifiesta una sociedad en desequilibrio, “formada por grupos que conviven y que no conversan y no se entienden”. “Cubrir la violencia —insiste— no es simplemente describir un comportamiento desviado.

⁵ Alberto Betancourt Posada, “Sicarios, periodistas y políticos: el inconsciente político en los relatos periodísticos sobre asesinatos ejemplares” En: Los relatos periodísticos del crimen”, Germán Rey (coordinador), Bogotá: Centro de Competencia de Comunicación, Fundación Friedrich Ebert, 2007, página 195.

⁶ Jerome Bruner, La fabrica de historias. Derecho, literatura, vida, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2003, páginas 31 y 32,

⁷ Marco Lara Klahr, “Eso de los derechos humanos, ¿de dónde lo sacaron?”, página 144.

Debe ayudar también a comprender el comportamiento de las masas. El crimen se transformó en una profesión, legitimada en determinados ambientes... Un periodista necesita comprender la complejidad de este escenario”.⁸

Relatar el delito es cerciorarse, investigar, confrontar las diversas versiones. Lo que reciben finalmente los lectores es una historia re-construida por el periodista a partir de la observación, los datos entregados por las fuentes y la elaboración de un guión no solamente plausible, sino verosímil. “¿Cómo garantizar —se pregunta— que esas personas no fueron inducidas por los traficantes a acusar a la policía?”. Es una pregunta relativa a la veracidad de los acontecimientos, que sin embargo, se encuentra con la contra pregunta de los habitantes de las favelas, que sufrieron en carne propia la represión policial: “Mas de mil policías invaden mi barrio. Mueren 19 personas. Lanzan una granada en mi casa. ¿Y yo ahora tengo que conseguir pruebas de que no estoy mintiendo?”.⁹

Gustavo Martín Garzo escribe que “contar es volver a vivir, pero poniéndose a salvo del desorden propio de la vida”. Lo que significa, por lo menos para el periodista, que su narración impone un orden mediante operaciones como la selección, la verificación, el contraste o el resaltamiento de todo aquello que inicialmente se presenta como confuso o inexplicable. La información sobre el delito y la inseguridad, es un buen ejemplo de este volver a contar y sobre todo de la cantidad de intervenciones que hace el periodista sobre los fragmentos, las ausencias y las certezas que va encontrando por el camino para poder estructurar un relato creíble.¹⁰ La clave de la atracción que tienen los medios por el delito, posiblemente no está en sus circunstancias morales sino en su carácter imprevisible. Aunque sea metódicamente planeado, el delito salta los dispositivos de una sociedad como una sobrecarga de energía, los paneles de control. “Para que exista un relato hace falta que suceda algo ‘imprevisto’. De otro modo ‘No hay historia’. El relato es sumamente sensible a aquello que desafía nuestra comprensión de lo canónico. Es un instrumento no tanto para resolver los problemas cuanto para encontrarlos”.¹¹

En varias crónicas se encuentran descripciones detalladas de las maneras de narrar, ya no de los medios sino de las experiencias, sea a través de radioteatros realizados por presos argentinos o de los programas elaborados por los vecinos de

⁸ Bruno Paes Manso, “Do bandido da luz vermelha ao massacre no Alemão”, página 45.

⁹ Bruno Paes Manso, “Do bandido da luz vermelha ao massacre no Alemão”, página 49.

¹⁰ Citado por José Miguel Marinas en “Estrategias narrativas en la construcción de la identidad” Isegoría, Madrid, N° 11, abril de 1995, página 183.

¹¹ Jerome Bruner, opus cit, página 32.

La Legua, un asentamiento popular de Santiago. Son narraciones que se hacen a partir de experiencias, muy diferentes a aquellas que parten fundamentalmente de representaciones. En las primeras, los narradores, casi de manera autobiográfica, se refieren a su propia vida, mientras que en la segunda, los periodistas, escriben sobre las vidas de otros. “Miguel y sus amigos (se lee en el guión del radioteatro) suben a un auto y van a cargar combustible. Asaltan la estación de servicio. Se oyen sirenas y tiros. Quedan detenidos por la policía. Cada línea del guión está bien interpretada. Los cinco que leen improvisan comentarios, *inventan sonidos para dar verosimilitud a la situación. Saben de qué hablan. Le ponen garra*”.¹²

En la experiencia de La Garrapata, se “descubrió un plus nunca antes visto en La Legua. Los pobladores empezaron a escucharse, la gente tenía en frente la posibilidad de hacer radio, no había nada que se lo impidiera, y lo que es más importante, *podían dar rienda suelta a toda esa capacidad de crear que tienen los legüinos*”.¹³

En Machuca, un pueblo colombiano de 1.200 habitantes, “olvidado en los pliegues de la cordillera central de los Andes”, la guerrilla del ELN provoca una terrible tragedia al incendiar uno de los tubos de un oleoducto cercano. Murieron calcinadas 84 personas y quedaron heridas 12. Un año después, Maribel Agualimpia crea Machuca Digital Estéreo, una emisora de radio en que “sobran las voces. Si tuvieran un teléfono no pararía de sonar porque *a la gente de Machuca le encanta contar lo que hace*”.¹⁴ Contar lo que hace y darle verosimilitud a los relatos, forma parte de estas narrativas populares en que la gente encuentra su propia voz y por tanto construye sus propias historias. “Machuca tiene una voz propia que sabe hablarle al corazón”, concluye en su crónica Patricia Nieto.

En Petare, un barrio populoso de Caracas, Jackson Gutiérrez, un joven peluquero, graba una película casera sobre el “azote del barrio”, es decir, sobre los actos vandálicos que atemorizan a la comunidad. “La película se terminó a finales de 2005 —se lee en la crónica del venezolano Héctor Bujanda— y se vendió por miles en los mercados informales de la piratería, convirtiéndose rápidamente en un objeto de culto para todos los públicos, incluso para jóvenes de clase media y de urbanizaciones alejadas de la realidad petareña. Descarada y pornoviolenta, al mejor estilo de las *snuff movie*, la película habla de la manera cómo niños y adolescentes, por falta de oportunidades y alternativas, terminan ingresando en el mundo de las bandas juveniles que trafican y roban en el barrio de Petare.

¹² María Eugenia Ludueña, “Privados de libertad pero no de ciudadanía”, página 31.

¹³ Javiera Carmona J., “La Garrapata: una voz contra la discriminación”, página 74.

¹⁴ Patricia Nieto, “Lava y canta al son de Machuca estéreo”, página 111.

Una realidad que parece un disco rayado a la vista de las crónicas televisivas y periodísticas sobre la delincuencia, que hacen hincapié sólo en las cifras de muertos y refuerza la idea de que en esos barrios sólo hay delincuentes y asesinos. *Pero jamás esa realidad había sido contada por sus propios protagonistas, por gente del propio barrio con cámara en mano, con sus códigos, sus formas de habla y sus perspectivas de vida en un entorno adverso*".¹⁵

En casi todas las experiencias recogidas, las narraciones tienen dos particularidades. O son relatos que provienen del periodista que obra como narrador, o son narraciones que construyen los protagonistas. Mientras que las narraciones mediáticas suelen ser relatos contados desde el periodista a través del mecanismo de la subjetificación (Bruner), en las experiencias, las narraciones surgen de la propia comunidad, de los actores sociales. Quizá esa sea una de las diferencias entre representación y experiencia. En la primera, hay una construcción formal (que en algunos géneros como la crónica se vuelve experiencial) y en la segunda, existe una implicación vital, una apropiación existencial de lo que se cuenta y de la forma como se hace. No es raro, entonces, que el periodismo se haya planteado, como uno de sus cambios necesarios, pasar del registro de sucesos a la narración de historias, que es como decir que se debe pasar de la representación a la experiencia, de lo formal a lo vivido. La crónica es uno de los géneros periodísticos que ha logrado más acertadamente esta modificación. Porque el centro de la crónica es el contar, que se hace desde el punto de vista personal del cronista, muchas veces como una inmersión y en casi todos los casos, con un compromiso a toda prueba.

Mientras que el dato busca ser inamovible, la narración puede desplegarse en versiones. La credibilidad del dato está en su estabilidad, en que siempre dice lo mismo, mientras que la credibilidad del relato está en su flexibilidad, en que puede ser contado muchas veces, por muchas personas e incluso de manera diferente. "Azote de barrio en Petare", la película del peluquero de Tazmania, "ya va por nueve entregas y no existe prácticamente ningún rincón del país, ningún puesto de películas 'quemadas', como se les llama a los productos piratas, que no venda algunas de sus ediciones".¹⁶

La experiencia, es la tercera forma de aproximación comunicativa al delito y la (in)seguridad. Si la representación modula la percepción formal de lo real y la narración cuenta lo sucedido, la experiencia revela la presencia de lo vivido. Tener experiencia, es a la vez, tener memoria de lo que se vivió y experimentarlo

¹⁵ Héctor Bujanda, "Guerra de valores en Petare. Trabajar con esos muchachos que nadie quiere", página 119.

¹⁶ Héctor Bujanda, "Guerra de valores en Petare. Trabajar con esos muchachos que nadie quiere", página 119.

directamente. Tener experiencia es involucrarse, formar parte, participar de recorridos históricos, personales o sociales. Si en la representación se verifica y en el relato se narra, en la experiencia se vive. Cuando en el lenguaje corriente decimos de una persona que “tiene mucha experiencia”, nos referimos a que ha vivido mucho, a que su conocimiento no es un simple registro formal o narrado, sino una ganancia vital, asumida directamente a partir de la propia historia. Las experiencias comunicativas de la seguridad, son generalmente procesos construidos por las comunidades, para responder a requerimientos sociales. Cuentan con la participación de los diferentes actores comunitarios y, a diferencia de la representación o de la narración, moviliza acciones, a través de programas y proyectos. Muestran otras posibilidades frente a la heterogeneidad de la inseguridad, movilizan la esperanza y ofrecen un mundo alterno y diferente a la ausencia de libertad de la cárcel o a la discriminación de la favela. En el caso específico de este texto, son experiencias comunicativas, es decir, que buscan establecer conexiones entre la seguridad y la producción social de sentidos, ya sea porque se refieren a maneras diferentes de revelar públicamente los temas de la seguridad o porque articulan la comunicación a situaciones de inseguridad. Algunas de ellas replantean el sentido de los medios de comunicación tal como ha sido construido por el mercado, para buscar que los medios expresen las voces y las demandas de grupos sociales marginados y empobrecidos. En esta categoría están los talleres de radio y expresión gráfica en prisiones de Buenos Aires, realizados por jóvenes estudiantes de la Facultad de Comunicación Social de la Universidad de La Plata, la radio, el canal de televisión, el infocentro y la biblioteca comunitaria del Centro cultural y de comunicaciones La Garrapata de La Legua en Santiago de Chile, la radio Machuca Digital Estéreo de Colombia y la experiencia de los grafitteros en San Salvador.

Otras son experiencias de observación y análisis público de los problemas de la seguridad, que se proponen incidir en una opinión pública más informada. Entre ellas están el Instituto de Defensa Legal del Perú y el Observatorio de seguridad ciudadana de Ecuador.

Una tercera clase de experiencias comunicativas relacionadas con la seguridad, tienen que ver con la crítica al papel de los medios de comunicación y la determinación de otras opciones para el oficio periodístico en la representación y narración del delito. Está el análisis de la cobertura informativa de la presencia de la policía en el Complejo do Alemão en Brasil y el proyecto Violencia y medios de México.

Finalmente, una cuarta modalidad de las experiencias, se refiere a las iniciativas comunitarias de control de la violencia en los barrios y el uso de estrategias simbólicas y comunicativas, como las brigadas de vigilancia comunitaria de El Alto en Bolivia o en la aldea Cerro Alto de Guatemala.

A pesar de sus diferencias, las experiencias tienen en común la participación social, la comprensión de la comunicación como un proceso, inclusive en aquellas que se fundamentan explícitamente en medios, la articulación con una seguridad entendida no como represión sino como prevención y además como un fenómeno multicausal, la importancia de recuperar la palabra de los otros invisibles y la generación de flujos de formación de opinión pública sobre el delito y la inseguridad.

Todas las experiencias parten de una realidad, que unas veces aparece como contexto y otras como causa del delito y la inseguridad. Se trata de sociedades en transformación, con centros urbanos que mudan hacia megaciudades, inmensas, caóticas, de administración inviable, con enormes espacios sin ley. Cecilia Lanza se refiere a El Alto en Bolivia, como el “inmenso bolsón de los desdichados”, en que el 70% de sus habitantes –indígenas, campesinos y exmineros– viven por debajo de la línea de pobreza y Héctor Bufanda describe a Petare, como una congregación de 483 barrios, con cerca de un millón de habitantes pobres.

La pobreza se focaliza en territorios señalados como peligrosos y calientes y sus pobladores como delincuentes. Como escribe Stella Martini, el peligro suele concentrarse en los jóvenes, pobres y villeros. Gerardo Ouisse, un sacerdote católico que trabaja en La Legua, dice que “lo que ha sucedido es una legüalización de la discriminación”.¹⁷ “No es posible que humillen así a las personas pobres –anota Doris Zamora– que después de todo un día de duro trabajo en la construcción, vendiendo frutas y verduras en la feria, en el comercio ambulante, en el servicio doméstico o dando clases en una escuela pública, se encuentren con que al llegar a su casa tienen que someterse al maltrato policial sólo porque viven en un lugar que se ha convertido en el punto negro de Santiago”.¹⁸

Los barrios que asoman en estas crónicas son “micromundos complejos” y no meramente zonas de inseguridad, que coinciden con los trazos de las cartografías policiales.

Junto a la impunidad crece la percepción de la autoridad como enemiga y la defensa de los intereses por propia mano. “Matar pasó con el tiempo a ser visto como una manera de resolver los problemas y no como un problema en sí”¹⁹, la relación entre represión y crimen hace que barrios enteros como La Legua se vean como encrucijadas del miedo, “entre las balas de las bandas de narcotráfico y el actuar violento de las fuerzas policiales”.²⁰ La operación policial en el Complejo do

¹⁷ Javiera Carmona J., “La Garrapata: una voz contra la discriminación”, página 70.

¹⁸ Javiera Carmona J., “La Garrapata: una voz contra la discriminación”, página 62.

¹⁹ Bruno Paes Manso, “Do bandido da luz vermelha ao massacre no Alemão”, página 45.

²⁰ Javiera Carmona J., “La garrapata: una voz contra la discriminación”, página 63.

Alemao fluctúa entre los abusos de las autoridades y el aplauso de ciudadanos que ven resguardada de este modo su seguridad; pero en el fondo, como señala Bruno Paes Manso, se asienta una visión del Estado que humilla y que mata inocentes.²¹

Las crónicas revelan otros dos rasgos: la importancia de los jóvenes (En El Alto, Bolivia, más de la mitad de la población tiene menos de 20 años) y el significado de su consumo cultural, que es una especie de trazo simbólico de una vida despojada de futuro. Como dice uno de los entrevistados, “el joven aymara llega del campo y se topa con El Alto, explotado de discotecas, y entonces dice: ‘soy moderno, visto moderno y me peino moderno’”.²² Shark, dice un joven salvadoreño, “se vestía como los negros en los Estados Unidos, bien flojo como rapero y todos le tenían miedo. Yo lo admiraba y me vestía flojo como él. Después, empecé a ver sus dibujos y me empezó a gustar, me puse Sparck”.²³ La progresión simbólica es realmente impresionante: ropa floja, rap, miedo, dibujos y nombre. De Shark a Sparck. Identidades que se configuran sobre la escena de la discriminación y la pobreza.

En estos escenarios de pobreza y arraigos, las experiencias comunicativas contrastan duramente las prácticas estatales de la seguridad, con las prácticas colectivas de sentido.

En Uruguay, junto a la emergencia social y el combate al tráfico de pasta de coca, está la promoción de la participación de los jóvenes a través de actividades culturales, las mesas de convivencia y la afirmación de la seguridad ciudadana. En Chile, se balancea la opinión entre quienes piensan que el problema de la seguridad es fundamentalmente una responsabilidad del Estado y aquellos que creen que es un problema muy complejo, que sólo puede contenerlo una estrategia de múltiples dimensiones. En Bolivia, se contraponen la creencia de que la seguridad privada es cosa de “gente con plata” y las brigadas de vecinos que le dan un gran peso simbólico a su labor, ya sea por su comprensión de la justicia comunitaria o por las señales que utilizan para advertir a los delincuentes, una de ellas, los muñecos guardianes, que llevan sobre sus figuras de trapo, el mensaje de que el “ladrón que sea atrapado será linchado”. “Los muñecos —dice— son siempre una señal de advertencia porque te dicen que en ese barrio los vecinos están organizados”.²⁴

En Perú, hay la sensación latente de que cada día la violencia urbana se expande, “haciendo que ésta forme parte del paisaje cotidiano” y en Colombia,

²¹ Bruno Paes Manso, “Do bandido da luz vermelha ao massacre no Alemao”, página 47 - 48.

²² Cecilia Lanza, “Muñecos de trapo”, página 83.

²³ Rosarlín Hernández, “Por el graffiti hablo, por el graffiti cuento”, página 131.

²⁴ Cecilia Lanza, “Muñecos de trapo”, página 87.

el miedo se presenta con sus connotaciones de expulsión, desplazamiento y exilio interno. “Después de la tragedia mucha gente se fue del pueblo a ver si le pasaba el miedo, si se le olvidaba cómo era el infierno”.²⁵

En Venezuela, se ha incrementado la violencia y la inseguridad. “Hay una invisibilización del problema —escribe Ana María Sanjuán— que no tiene posibilidades de resolverse a corto plazo. La narrativa que tiene el gobierno del problema es que todos los jóvenes pobres son buenos y los perversos el narcotráfico, que es lo mismo que el imperialismo”.²⁶

En Guatemala, se constata la imposibilidad del Estado de prestar la seguridad a los ciudadanos. Por eso los vecinos se organizan dando lugar a estrategias privadas —y también peligrosas— de control policivo.

Pero son las prácticas de sentido, la construcción social de las experiencias comunicativas, las que llevan el mayor protagonismo en las crónicas recopiladas.

Son, en primer lugar, experiencias de participación que delinean sujetos, protagonistas. Descubren, poco a poco, que tienen voz propia, que pueden hablar con otros en un plano simétrico y que aquello que hablan les compete sinceramente como comunidad. “Con la radio empezamos a crear nuestros propios medios de comunicación, —dice Doris Zamora, líder de La Garrapata— medios que fueran un aporte para nosotros, que nos identificaran como personas y pobladores, que nos mostraran cómo somos y nos ayudaran a acercarnos entre nosotros”.²⁷ La comunicación genera identidad, sentido de nosotros y oportunidad de encuentro.

Pero quienes participan de estas experiencias de comunicación, le confieren otras significaciones a un entorno que desde afuera se califica como peligroso. “La experiencia cotidiana de La Legua se observa en los contenidos y las formas de hacer radio, en la estética de la conversación radial propia de la comunidad. Con La Ventana los propios vecinos intentan dar un nuevo significado a su entorno, un sentido más bien crítico para una zona descrita por la delincuencia”.²⁸

La experiencia de La Garrapata es posiblemente la que revela de manera más contundente la importancia de la comunicación, en una comunidad que ha recibido la carga pesada de la discriminación. Situada a 5.572,7 metros de la Plaza de Armas de Santiago de Chile, La Legua es un denso poblamiento pobre que se inició en 1931 y que en la actualidad tiene cerca de 15.000 habitantes. Mientras muchos lo reconocen como un barrio de narcotraficantes y delincuentes,

²⁵ Patricia Nieto, “Lava y canta al son de machuca estéreo” página 108.

²⁶ Héctor Bufanda, “Guerra de valores en Petare. Trabajar con esos muchachos que nadie quiere”, página 120.

²⁷ Javiera Carmona J., “La Garrapata: una voz contra la discriminación”, página 72.

²⁸ Javiera Carmona J., “La Garrapata: una voz contra la discriminación”, página 74.

otros lo recuerdan como un lugar de represión y resistencia a la dictadura de Augusto Pinochet y uno de los sitios con más organizaciones sociales del país. La Garrapata es una experiencia comunicativa en La Legua, compuesta por radio, televisión, infocentro y biblioteca comunitaria. En la calle se evalúa el impacto de la emisora de radio y la gente es a la vez, audiencia y productora, uniendo la recepción con la creación. En esta síntesis cultural, en esta “estética de la conversación radial”, se afirma la vecindad, se articula la comunidad.

En la televisión, junto a las películas y documentales latinoamericanos, que rompen los esquemas de la circulación impuestos por las grandes cadenas televisivas, están los programas-sofá (de conversación), los dibujos animados alternativos y un sábado de cada mes, a la medianoche, la transmisión de películas triple X. La propia comunidad tiene una visión enriquecida de la pornografía, que no es un simple objeto deleznable, sino una oportunidad de reestablecer las relaciones, de vivir la sexualidad sometida a las rutinas de la monotonía. Las mujeres agradecen esa programación, porque les permite tener a sus maridos en casa, “al menos una noche”.

D.H. Lawrence escribe en “Pornografía y obscenidad”, que “sólo la costumbre masiva de condenar cualquier clase de sexo es lo suficientemente fuerte para que no lo admitamos como una cosa natural. Desde luego, existen muchas personas que sienten aversión por las más sencillas y naturales sensaciones de origen sexual. Más se trata de pervertidos, gente que ha llegado a aborrecer a sus semejantes: frustrados, desengañados e insatisfechos, los cuales, desgraciadamente, abundan en nuestra civilización. Y casi siempre disfrutan de alguna forma complicada y antinatural de excitación sexual, en secreto”.²⁹ Y más adelante escribe que, “No hay nada malo en los apetitos sexuales en sí mismos, con tal que no sean furtivos ni disimulados, sino directos. El buen estímulo sexual es de gran valor para la vida cotidiana del hombre. Sin él, el mundo sería gris. Recomendaría a todo el mundo que leyera los alegres relatos del Renacimiento, con cuya ayuda se erradicaría una gran cantidad de vanidad gris, que es la enfermedad de nuestra civilización moderna”.³⁰

El infocentro, por su parte, es un cohesionador de la comunidad, facilita que los vecinos se junten y que busquen la información que necesitan a través de internet.

Las experiencias comunicativas son también experiencias-gesto, instrucciones de uso, muy similares a la lectura -gesto que Bernard Lahire resalta en las clases

²⁹ D.H. Lawrence, Pornografía y Obscenidad, En: Camp de l’arpa, Barcelona, N° 64, Junio de 1979, página 8.

³⁰ D.H. Lawrence, Pornografía y Obscenidad, En: Camp de l’arpa, Barcelona, N° 64, Junio de 1979, página 8.

populares francesas y que no son textos para la interpretación, sino para la acción. Buscan llegarle a la gente mediante mensajes prácticos, de utilidad.

Manifiestar la opinión es una necesidad real de quienes son invisibles o que, por el contrario, se tornan visibles a través de los estereotipos. “La mayor parte de los chavos cree que para ser importantes deben pertenecer a una pandilla, en cambio con una lata de *spray* en la mano pensás en otras cosas, sentís que tu opinión cuenta y que sos parte de una cultura”.³¹ Si en el relato periodístico se cuenta, en la experiencia lo que se busca es *contar*, ser tenido en cuenta. También se tiene el propósito de profesionalizar a los periodistas, como lo hace el proyecto de Violencia y medios de comunicación en México, para que se nutra el debate sobre la democracia y el papel social de los medios en el tratamiento de la seguridad, la justicia penal y la violencia. La experiencia es la que garantiza —mucho más que la representación o la narración— que la gente forme parte de la sociedad y se sienta integrada con una cultura. Por donde se miren las experiencias comunicativas se entrelazan con las prácticas culturales: gaffitis y hip hop, rap y muñecos de trapo forman un mundo simbólico llenos de sentidos frente a los cuales los rituales policiales aparecen invasivos y extraños. Lo que crece en los márgenes, para usar el significado que le da a la cultura Michel de Certeau, no es lo “marginalizado” o lo que ven como marginal las autoridades, sino, por el contrario, el propio centro explicativo de los comportamientos y las actitudes de aquellos que son calificados a priori como delincuentes.

La gente entiende estas experiencias de comunicación como prácticas culturales y a sus animadores, como gestores culturales.

Las voces propias

Plural y a la vez contradictorio se nos revela el paisaje de América Latina. Ciudades que crecen hasta la desmesura, oleadas de emigrantes que se mueven por los países del continente o que viajan conformando grandes diásporas hacia el Norte rico, cinturones de pobreza que presionan sobre los centros urbanos alimentados en buena medida por pobres venidos del campo, democracias en turbulencia que oscilan entre la participación y el autoritarismo, todos son signos de una región convulsa. Como también lo son la diversidad de sus expresiones culturales, el profundo tejido de experiencias comunitarias, el crecimiento de liderazgos que le hacen frente a la pobreza y las desigualdades y la enorme creatividad de sus gentes.

³¹ Rosarlín Hernández, “Por el graffiti hablo, por el graffiti cuento”, página 132.

Los miedos y la inseguridad, forman parte de una agenda política y social que sobresalta a ciudadanos y a gobernantes, hasta el punto que no hay programa electoral que no se proponga el combate a la delincuencia, ni ira pública que no tenga que ver con el asalto a los indefensos o con la mítica de zonas de la ciudad a las que no pueden entrar ni las autoridades y que se ciernen como un peligro constante, sobre la ciudadanía atemorizada. De un lado a otro del continente, se oyen propuestas de los gobiernos que acuden a la figura de la dureza —Mano Dura, Super mano dura— para acorralar a los bandidos que se toman las calles, para anunciar transformaciones a fondo de las policías o para aumentar las penas por delitos como la violación o el secuestro.

Entretanto, la comunicación gana relevancia como actor en este panorama abigarrado y por momentos confuso. Las discusiones crecen alrededor del papel que los medios de comunicación pueden tener en el eco público de las violencias, en la visibilidad de los delincuentes o en la expansión del clima de amedrentamiento. Algunas encuestas de victimización revelan que los ciudadanos perciben a los medios como estímulo de la violencia y se generaliza la queja sobre la incidencia que pueden tener en el clima de zozobra e intranquilidad.

Las experiencias comunicativas, mucho menos visibles, pero más intensas que los medios de comunicación, muestran caminos para proponer nuevas relaciones entre comunicación y seguridad. Porque de manera más subterránea, estas experiencias están arraigadas en procesos locales y respaldadas por la participación de la gente que las siente mucho más cercanas y vitales, que las representaciones y narraciones mediáticas. Son el resultado de la organización de la comunidad y de la pasión persistente de líderes que se desviven por recuperar la palabra de los vecinos, sus oportunidades de encuentro y de creación. Obedecen a procesos de larga duración, a una temporalidad mucho más dilatada y menos episódica que la de los medios, tan dominados por la inmediatez y lo coyuntural. Menos afanados por la representación, insisten en la fuerza vital de un compromiso que les hace actuar con persistencia, incluso allí donde sólo hay tragedia o discriminación. “Machuca tiene una voz propia que sabe hablarle al corazón”. Por eso, sus relatos, no son montajes, sino la expresión de esta vitalidad, que nace tanto de los desconocimientos como de la afirmación de la identidad.

Una parte de lo que se puede hacer en América Latina para construir otros enfoques de la seguridad, más democráticos y socialmente eficientes, sin duda, tiene que ver con la transformación de los regímenes de representación y las estrategias narrativas, que utilizan los medios de comunicación. Pero en este tejido de experiencias comunicativas y sociales, en estos esfuerzos por producir sentidos desde otros lugares y de otras maneras, quizás estén las mayores oportunidades de esperanza y las mejores respuestas a los problemas de la seguridad.

PRIVADOS DE LIBERTAD PERO NO DE CIUDADANÍA

Derecho era lo único que se podía estudiar en las cárceles argentinas. Hasta que una experiencia de comunicación universitaria llevó sus talleres de radio y de expresión gráfica a las prisiones de la provincia de Buenos Aires. El proyecto del que participan la Facultad de Periodismo de la Plata, el Ministerio de Justicia y el Servicio Penitenciario Bonaerense ya pasó por más de diez penales. El resultado fue mucho más que programas y periódicos de gramática propia y narrativa potente. El próximo desafío: poner la carrera de Periodismo al servicio de las personas privadas de su libertad.

María Eugenia Ludueña

marulalala@gmail.com

Licenciada en Ciencias de la Comunicación de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires. Ha trabajado en las dos principales editoriales de revistas de la Argentina: Perfil y Atlántida. Colaboró con los diarios La Nación y Página/12, con la revista Hecho en Buenos Aires y otras publicaciones. Hoy se desempeña como redactora en la sección Sociedad del Diario Crítica de la Argentina. Ha participado de talleres de perfeccionamiento de la Fundación para un Nuevo Periodismo Iberoamericano. Recibió un Premio Pléyade a la Mejor Investigación en 1998 y una beca de investigación periodística de la Fundación Avina en el 2006.

1. Estamos en el aire: San Nicolás

Diez puertas de rejas que parecen las de una jaula: están cerradas con llave y por cada una de ellas hay un guardia de seguridad armado. Este lunes se van abriendo, *cling, clang*, apenas lo que dura un suspiro para dejar pasar a las tres profesoras que han llegado a la unidad penal N° 3 a dictar el taller de radio. Todo porque aquí cada uno de los alumnos está acusado de haber cometido un delito. Esos diez cerrojos separan a los alumnos de las calles de San Nicolás de los Arroyos, ciudad de la provincia de Buenos Aires donde queda la prisión. Pero estos estudiantes ya aprendieron a pasar por la cerradura y la abren con un birome (esfero), con un grabador, con una palabra. No es delito, es una de las experiencias del proyecto “Comunicación en cárceles” que llevan adelante docentes de la Facultad de Periodismo y Comunicación Social de la Universidad Nacional de La Plata (UNLP), por un convenio impulsado desde el Ministerio de Justicia de la provincia de Buenos Aires y el Servicio Penitenciario Bonaerense (SPB). El proyecto surgió en el 2005 y ya paseó con sus talleres de radio y de periodismo gráfico por diez cárceles de la provincia de Buenos Aires.

Un taller modelo

Recostada en el río Paraná, sobre una moderna autopista que conecta a las dos ciudades más grandes del país, Buenos Aires y Rosario, San Nicolás de los Arroyos tiene de qué sentirse orgullosa. Campos fértiles donde pastan vacas de postal. Un puerto del que parten buques cargados de cereales y de acero. Una de las grandes fábricas de Siderar, la siderúrgica más importante de la Argentina. Está también Nuestra Señora del Rosario de San Nicolás, la Virgencita que dicen se apareció en 1983 a una nicoleña sencilla, y convirtió a la ciudad en una meca de turismo religioso que convoca a dos millones de peregrinos al año. Y está la cárcel de San Nicolás, que es un orgullo para las profesoras que ahora entran a dar clases porque de todo este proyecto de comunicación en cárceles, se comenta que el taller que mejor funciona está acá. Ellas no lo dicen, pero otras fuentes me lo han confiado y también me han pasado el dato crucial: es el único curso mixto que existe en unidades penales, un ejemplo. Porque si bien la unidad no es mixta, tiene un anexo femenino y ninguna actividad en común. Salvo ésta.

Este taller de radio en la Unidad 3 de San Nicolás, lo dictan tres profesoras jóvenes de la Facultad de Periodismo: Mercedes Nieto, Natalia Zapata y Yamila Barrera. Todas viven en la Plata. Para dar clase les toca recorrer 311 kilómetros hasta llegar a San Nicolás. Como el viaje es largo –cuatro horas de ida y cuatro de regreso– en lugar de una clase de dos horas semanal, dictan una clase de cuatro horas, lunes por medio.

Después de atravesar las diez puertas de hierro, un agente del servicio penitenciario conduce a las profesoras a un aula. En rigor es el salón de la Iglesia Evangélica, que lo cede amablemente para esta actividad. Es un ambiente alargado, húmedo, con unas ventanas muy estrechas en el límite con el techo. Por ellas se cuele algo de luz en un día

primaveral, no tanta como para evitar el tubo fluorescente que nos ilumina. Las paredes allá lejos hace tiempo fueron celestes y blancas como la bandera argentina, pero ahora están despintadas y un poco sucias. En una hay un mural con un paisaje de colores plenos: un arroyo azul, abejitas, ciervos, nubes y un arco iris. Un cartel dice Bienvenidos y otro reza el salmo 27.1 *El Señor es mi luz y mi salvación; ¿a quién temeré?*

Llegan los alumnos y se sientan en bancos de madera alrededor de una mesa, que alguien armó con un tablón sobre dos parlantes grandes que ofician de apoyo. Los que van entrando deben tener entre 20 y 40 años. Besan a las profesoras en la mejilla, saludan al resto, se sientan con sigilo. Son hombres de mirada contundente, algunos con tatuajes en los hombros. Casi todos parecen arreglados para una cita. Huelen a *shampoo*, a desodorante. Están recién afeitados y muy peinados, aun tienen el pelo húmedo y la rayita del peine marcada. De jeans, o con pantalones de gimnasia último modelo y zapatillas de alta tecnología, a cual más inmaculada. Deberían venir de la publicidad de jabón en polvo y preguntarles cómo hacen para que estén megablancas.

Mientras las profesoras pegan afiches en la pared algunos estudiantes chequean quién falta de la lista de alumnos del taller. Reclaman a los celadores para que vayan a buscar a esos compañeros a las celdas y pabellones. En los penales ningún alumno llega solo a clase, necesita que lo busque un celador y que los guardias les vayan abriendo cada puerta con la llave mágica. Todavía está demasiado fresco el recuerdo del motín de Santiago del Estero, donde 31 reclusos murieron asfixiados al quemar colchones como forma de reclamo y fueron reprimidos por los guardias. Pasó hace unas semanas y desde ese día el régimen se endureció: si no los llaman, ellos no pueden salir. Por otras vías también se sabe que en algunos penales se sanciona a los internos prohibiéndoles asistir a una clase, sin avisarles que llegaron los docentes.

Hoy en San Nicolás una atmósfera cordial y provinciana parece teñir el día del taller. El personal de seguridad se muestra afable, y hasta celebra la idea de que esta experiencia se convierta en parte de una crónica. Eso sí, preguntan dónde está el alemán, el periodista alemán de la fundación alemana que iba a venir a hacer una nota y les cuento que el alemán vengo a ser yo, la cronista.

En el aula: unos alumnos preparan mate, otros hacen chistes. Cuando llega la primera alumna mujer y saca su cuaderno de una cartera tejida por ella misma, revolotean bromas y miradas. La recién llegada se llama Sol, tiene veintipico, la piel muy clara, el pelo atado en una colita, una voz potente. Dice:

-Es la primera vez que tenemos un curso mixto. Y eso es un logro. Antes la misa en la capilla era la única actividad compartida entre internas e internos. Pero se cortó. Solamente los actos son mixtos.

Las profesoras asienten: "que haya gente de diferentes sexos es un aspecto que los motiva, ayuda a que se desenvuelvan de otra manera entre sus pares. Esto en los

circuitos de los penales no es lo habitual”, comenta Natalia Zapata. Natalia, además de profesora, es una piedra fundamental del origen del proyecto global.

Mientras los alumnos terminan de llegar me cuenta que en el 2005 ella trabajaba en el área de prensa del ministerio de Justicia y presentó un proyecto para gestionar un taller de radio en la unidad penal N° 9 de La Plata. El entusiasmo de los internos que participaron y luego la asunción de un nuevo jefe en el área de prensa, conspiraron para cristalizar un convenio de trabajo a un nivel más amplio y codo a codo con la UNLP. Así se firmó un acuerdo por dos años que equivale a dictar talleres de radio y de comunicación gráfica, de dieciséis clases cada uno (un cuatrimestre), en unidades penales de la provincia de Buenos Aires. Todos los cursos los dictan docentes, graduados y alumnos de la Facultad de Periodismo y Comunicación Social, seleccionados a través de un concurso convocado por la universidad.

La guerra de los mundos

La clase de hoy se mete con el guión de los radioteatros. En la pared hay un papel afiche rojo con dos columnas bien marcadas: operador y conducción. Es el guión de “Martes al palo”, programa de los internos de otra unidad penal, la 9 de la Plata, elaborado en un taller de radio que dictaron estas docentes. También hay un afiche amarillo con el guión de “La Guerra de los Mundos”. Toca repasar conceptos de la clase anterior. Mercedes Nieto pregunta:

-¿Se acuerdan qué es la artística?

-La hermana del artístico.

(Risas)

-La identidad de un programa, suelta alguien.

Después de un paseo rápido por temas anteriores, la clase se concentra en el afiche amarillo.

-¿Les suena “La Guerra de los Mundos”?, pregunta Yamila Barrera.

Sí. Uno de los alumnos menciona el episodio en que Orson Welles leyó por radio una novela donde los extraterrestres invadían la tierra. Otro cuenta a sus compañeros que alguna gente al escuchar esto quedó tan impactada que se suicidó. Las profes amplían: que fue en 1938, que uno era el novelista HG Wells que escribió el libro y otro era Orson Welles, un joven que hacía radio, como ellos, y transformó la novela en guión.

Circulan hojas con ejemplos de guiones. Hay que dividirse en grupos para grabar.

-Yo hoy ando bajoneado. No tengo ganas de actuar. Si quieren cebo mate o pongo música, dice uno de los alumnos, bajito y con pantalones de vestir, chaleco y camisa a cuadros, y se acerca a la mesa donde además de cuadernos y hojas y lápices hay paquetes de yerba y un termo.

A un grupo le toca “La Guerra de los Mundos”. Para ambientar el ruido de explosión, entre varios sacuden los bancos contra el piso. A otro grupo le toca el guión de “Los 18 de Miguel”.

-¿Arrancamos? Uno, dos, tres, silencio en la sala, pide una de las docentes y otra se para en un rincón con el diminuto grabador digital en la mano. Un grupo de cinco muchachos la rodean. El cebador de mate se ubica junto al equipo de música portátil y le da *play* a la cumbia “Apretaditos” que llena el aula a todo volumen. Viéndolos así, tan concentrados con la hoja del guión en la mano y la vista clavada ahí, uno señalando a quién le toca el turno de hablar, otro subiendo y bajando el volumen de la cumbia para dar ritmo al relato, cada uno en su personaje, parecen actores profesionales. Pero son apenas algunos y algunas de las 55.423 personas que están detenidas en las unidades penales de la Argentina, según cifras del 2005 del Instituto Nacional de Estadísticas y Censos (INDEC) y la Subsecretaría de Política Criminal del Ministerio de Justicia y Derechos Humanos. Apenas tres años antes las personas privadas de su libertad eran 44.969 en el país. En los últimos años las cárceles se superpoblaron. Si en el 2002 la tasa de delincuencia y hechos delictuosos registrados por Policía, Gendarmería y Prefectura a nivel país marcaba un delito cada 370 habitantes, en el 2005 (año de las últimas cifras oficiales disponibles) la tasa de delitos pasó a ser de uno por cada 332 ciudadanos. La provincia de Buenos Aires resultó el distrito con peor promedio: registró una tasa de un delito cada 173 habitantes.

-Esta es la historia trágica de Miguel, lee un pelado de treinta y pico, ojos claros, nariz con forma de pico. Lleva varias pulseritas de hilo en las muñecas y viste remera negra *Reebok* con una enorme estampa que dice *Running*.

“Los 18 de Miguel” es un guión de los internos de la Unidad N° 9 de La Plata. Cuenta la historia de un pibe que acaba de salir de la cárcel justo para su aniversario número 18. En la fiesta de cumpleaños, el pibe Miguel le dice al padre:

-Salgo de estar en *naca*, no robo más

El que maneja la música sube el volumen. La tentación acecha a Miguel.

-Ey, vos, che, ¿no tené para fumar?

Miguel y sus amigos suben a un auto y van a cargar combustible. Asaltan la estación de servicio. Se oyen sirenas y tiros. Quedan detenidos por la policía. Cada línea del guión está bien interpretada. Los cinco que leen improvisan comentarios, inventan sonidos para dar verosimilitud a la situación. Saben de qué hablan. Le ponen garra.

-¡Hermano, Tamo hasta las bola!

-Ey cabo, ¿no tiene para fumar?

La clase estalla en risas. A la grabación en vivo de radioteatros le sigue la escucha de un programa grabado en otro penal. Suena la música de la cortina, donde los

Redonditos de Ricota cantan “¡deténganme! ¡deténganos!” de su famoso tema “Todo preso es político”.

El guión de Miguel se mete con uno de los temas que más preocupan a los que pasaron una, dos o más veces por la situación de encierro: la salida en libertad. La inquietud tiene lógica. Del total de hechos delictivos a nivel país computados por el Registro Nacional de Reincidencia y el Sistema Nacional de Información Criminal (SNIC), apenas el 2,7 % de los delitos recibe una sentencia condenatoria. Y uno de cada tres condenados son reincidentes.

La buena nueva es que las personas que estudian en la cárcel tienen mejores chances de insertarse socialmente al recuperar su libertad. Entre los alumnos que han participado del Programa UBA (Universidad de Buenos Aires) XXI de Educación Superior en cárceles se registra una tasa de reincidencia menor al 3%, es decir sólo tres de cada cien internos. De esta experiencia de la UNLP aún no existen datos estadísticos.

De tigre a ser humano

Hoy es un día especialmente feliz para José Ruiz Díaz, alumno del taller de radio sentado alrededor de la mesa. Acaban de hacerle uno de los exámenes psicológicos previos a la recuperación de la libertad. Al igual que la mayoría de la población de las cárceles argentinas José Ruiz Díaz –22 años, ojos azules, tez cobriza, corte de pelo a lo Meteoro y chomba piqué a rayas celestes– proviene de los sectores de pobreza estructural. Está preso acusado de ser cómplice en el asalto a una fábrica de la zona. Su padre trabaja como personal de mantenimiento en un *country* de Pilar y su madre en una casa de familia. Recuerda José que su papá siempre fue tan pero tan honesto y trabajador que era capaz de caminar 10 kilómetros si un día no tenía para pagar el boleto de tren que lo llevara al trabajo.

José tiene un hijo de 2 años y una mujer, y casi siempre vivió en Del Viso, una localidad de la provincia de Buenos Aires donde en los últimos años han crecido los barrios cerrados por un lado y la pobreza por otro. Ahí siguen viviendo sus padres. Un día José tuvo una revelación: algunos pibes del barrio vivían de otra manera. Tenían una moto en la puerta de la casa y una heladera llena esperándolos adentro. Él en un momento quiso ser como ellos: ir por la fácil, dice ahora, porque en los interminables días que lleva detenido tiene tiempo para pensar en estas cosas y en cuanto extraña tomar mate con su madre.

La cárcel es uno de los pocos sitios del país donde se permite fumar a puertas cerradas. A esta altura de la tarde en la mesa somos unas veinte personas y varios paquetes de Marlboro. Casi todas fuman. Estamos encerrados con llave, las ventanas superiores son muy pequeñas y el aire está hecho de puras moléculas de nicotina. El mate lavado y amargo nos hace bien.

-¿Cómo se sienten en el taller?

-Acá cebo mate y no me siento gato. En mi pabellón, yo no le cebo mate a todos: sólo me junto con mi *rancho*. Pero acá me olvido que estoy preso.

-Esto nos relaja...pesar de que hay mujeres, dice alguien y todos se ríen.

-En los pabellones nos hacemos los rebeldes: nos cortamos los brazos, nos cosemos la boca. Es nuestra manera de hablar, de gritar. Acá podemos expresarnos.

-Acá vemos la capacidad que tenemos dentro y que podemos desarrollar.

-Cuando uno está preso, está todo el tiempo pensando en delinquir. Esto en cambio nos pone a pensar en otras cosas. Imaginate: yo es la cuarta vez que estoy.

-Acá me distraigo, me gusta hablar con las profesoras, que usan otro vocabulario, no el *tumbero*.

-Clase a clase nos vamos soltando, fuimos perdiendo vergüenza, dice el pelado *Running*.

-Acá viene un violín y se lo deja vivir. Aflojás la coraza. Capacitás tu mente. En el pabellón ponés cara de tigre.

-Está bueno un taller así porque uno puede ver que está apto para salir sin berretines-, dice José Ruiz Díaz.

Maxi es un joven de 32 años, buzo a rayas, cuerpo de *rugbier*. Acá adentro se entregó a Dios y a un tratamiento contra su adicción a la cocaína. Cree que: "es posible no quedarse de brazos cruzados en la celda. Acá podés hacer lo mismo que en la calle. Es fácil armar una *facá*. Lo difícil es no usar esas armas, no quedarte sólo en el diálogo *tumbero*, usar otras armas para expresarte y salir a la calle".

Ya transcurrieron más de tres horas de clase. Las profesoras les mostraron cds con efectos, *casting* de locutores y ahora hablan sobre el programa final que van a hacer entre todos. Quieren llamarlo "El grito del mudo". Escuchan una emisión producida en otra unidad penal. Mercedes, la docente, les cuenta que el cuatrimestre pasado los alumnos del taller de la Unidad 9 pasaron el programa por radio Estación Sur y radio Futura.

La charla salta a los medios de comunicación. Los presos, dicen están de moda en la pantalla de la televisión argentina, donde más de un programa los exprime con preguntas ridículas hasta que sangran *rating*.

-Yo esos programas no los veo porque tengo hijos.

-La tele hace plata con los presos.

-No muestra a los que van a los cursos. O el esfuerzo que hace una visita para venir a vernos. O a los que terminan la primaria.

Todos están de acuerdo: el caso del programa "El Puente", conducido por un interno de la Unidad 18 que se enganchó a estudiar y un periodista del Servicio

Penitenciario Bonaerense, es diferente. Su padrino es el actor Gastón Pauls. Se emite por radio provincia, AM 1270, los jueves de 21 a 23hs y toca los temas que hoy sobrevuelan esta mesa y estas celdas: el poder judicial, sus derechos a tener educación, salud, un alimento digno; el Patronato de Liberados (institución que trabaja con ellos en la etapa pre y posliberatoria y que los presos cuestionan).

Ellos tienen temas parecidos que quieren incluir en el programa final: hablar del Sida, dicen, de la tuberculosis.

-De que yo cobro \$8,20 (menos de tres dólares) al mes por ocuparme de la limpieza del pabellón, dice una de las chicas.

-De cómo en los últimos tiempos se habla tanto de la inseguridad.

-Fíjese la cantidad de cárceles que se abrieron en los últimos tiempos y no de escuelas.

Las profesoras les dejan la tarea para la próxima clase. Ellas y ellos toman nota. Nos despedimos. Me alcanzan un papel donde alguien escribió en letra imprenta: "Yo creo que la inseguridad hoy es la falta de educación, la falta de atención del Estado hacia los más necesitados, la falta de fuentes de trabajo y la falta de verdad de todas las promesas sin cumplir. La ignorancia es el condimento fundamental que junto con la desocupación y el abandono hacen a la inseguridad", Luis Cáceres, 39 años.

Los ejes del proyecto

Mientras desandamos las diez puertas con cerrojos hasta la puerta de la calle, Natalia Zapata me cuenta que cuando empezó el taller, muchos de los alumnos se acercaban por primera vez al área de Educación de la cárcel. Si bien en esta unidad penal hay clases para quienes quieran terminar la escuela primaria o secundaria, y cursos de formación profesional, este es un taller distinto.

-Hoy los que concurren están muy satisfechos. Cuando empezamos creían que debían presentar un título, pero se les explicó que era un curso abierto a todos. Si bien una de las ideas a largo plazo es poder implementar la carrera de Comunicación en las cárceles, anticipa Natalia.

Antes de salir a la calle, Miguel Ángel Libares, director del penal; Raúl Galeano, subdirector de seguridad; y Juan Carlos Recalde, subdirector de administración, señalan: "Todo lo que los saque del encierro es positivo. Contribuye a la preparación y reinserción. Es una herramienta más. No tienen trabajo y tienen problemas hasta los que no delinquen. Afuera es muy difícil", dicen. El director del penal confiesa que cuando empezó el taller tenía sus dudas, ¿iba a funcionar? "Hoy la verdad es que no se quieren ir".

El primer año el proyecto "Comunicación en cárceles" se inició en cinco unidades y la cantidad de internos que participaron sorprendió incluso al Ministerio de Justicia, que sabía que podía ser atractivo pero no imaginaba que iba a despertar tanto interés.

Del primer taller en el año 2005 el Ministerio seleccionó a Ernesto Bonifacio –hoy en libertad– que se convirtió en el primer interno en salir de una unidad penitenciaria a conducir un programa de radio, “El Puente”. Este año el Ministerio eligió a Héctor Ibáñez, interno de la unidad 12 de Gorina, para trabajar en el mismo programa.

Una fuente del Ministerio de Justicia que alegando perfil bajo pidió mantener su nombre en reserva, señaló que “más allá de que ‘El Puente’ es producido por los equipos de prensa del Ministerio y del SPB, es el primer resultado de estos talleres. Aunque no todos conducen, tratamos de que participen contando sus historias de vida y entrevistándolos”.

La otra pata fuerte del proyecto es la Facultad de Periodismo y Comunicación Social de la UNLP, casa académica pionera en la enseñanza del periodismo en América Latina. En la Secretaría de Derechos Humanos (DDHH) de la Facultad, Jorge Jaunarena –docente, investigador y coordinador de “Comunicación en cárceles”– está atareado. El proyecto no se limita a los talleres con los internos. “Para que esto funcione, parte del convenio fue ofrecer desde la Facultad una capacitación en Planificación Comunicacional para los agentes del Servicio Penitenciario Bonaerense”, cuenta Jaunarena. El equipo de la Facultad lo dicta en la escuela del SPB. Su fin es mejorar la comunicación intracarcelaria y diseñar estrategias que rompan con las falencias que se diagnosticaron en un análisis de cómo circula la comunicación en esta institución. Jaunarena realiza “el grado de apertura que significa que esta iniciativa la motorice el Ministerio de Justicia, dando a un colectivo tan marginado –como el de los presos y presas– la posibilidad de potenciar las capacidades de expresión y de brindar herramientas nuevas para la inserción social”.

La Secretaría de DDHH de la Facultad sincroniza pedagógicamente al equipo de 35 personas (entre docentes de radio y periodismo gráfico) en su mayoría profesores, graduados o estudiantes de la carrera y también las acciones con el Ministerio de Justicia y el SPB. Desde que arrancó el proyecto, en el 2006, esta alianza estratégica ha producido con los internos de diferentes penales varios programas de radio y cinco diarios de 1000 ejemplares por tirada.

2. Los Hornos: Letras Libres

Lo que llama la atención es el dibujo de tapa. Aunque el formato de la revista ya anticipa una producción diferente: un periódico pequeño en papel obra, blanco y negro, ocho páginas a 19 centímetros de alto por 28 de ancho. Se llama “Ventana hacia la Libertad” y la palabra Libertad está escrita con letras inmensas. Es la publicación realizada por alumnos de la Unidad N° 9 de La Plata en el taller de periodismo gráfico en cárceles de la Facultad de Periodismo y Comunicación Social.

El dibujo de la tapa es un hombre sentado de espalda, con un libro abierto sobre un escritorio. En lo alto de la habitación se ve una ventana enrejada. Las páginas del libro se van desdibujando y adoptan la forma de una paloma. El dibujo grafica cómo esa

paloma levanta vuelo del libro del escritorio hasta la ventana y atraviesa los barrotes de la ¿jaula? En la tapa también hay un cartelito que dice “Estado de Derecho. Respetemos la Constitución Nacional, artículos 14 y 18, Pactos y Tratados Internacionales”.

La nota que abre la revista acusa desde el título: “Cárceles, educación y un estado ausente”. En el texto Matías Dimicroff, uno de los alumnos devenidos en periodistas, escribió cosas así:

“Hoy en las cárceles bonaerenses hay aproximadamente 400 presos que estudian una carrera universitaria de un total de 30.000 personas privadas de la libertad (se refiere a población penal de la provincia). Cuando yo ingresé al sistema carcelario hace dos años los estudiantes no eran más de 50 y desde ese momento gracias a unas personas que se acercaron en forma voluntaria, desinteresada y también con el trabajo y compromiso de los presos estudiantes crecimos, entendiendo que la única manera de cambiar la realidad (comenzando por nuestras vidas) es a través de la educación, tratando de dejar un destello de luz donde lo único que predomina es la sombra”.

“Pero todo esto se logró sin ayuda del Estado, con muchos obstáculos, porque muchos no entienden que éste es el único camino posible a la resocialización”.

“Me pregunto si el Estado hubiera ayudado o facilitado medios para que en las cárceles se pueda estudiar, me atrevo a decir que los estudiantes serían 4000 y el nivel de reincidencia sería mucho menor. Así estaríamos en el verdadero camino de la resocialización”.

“Evidentemente el sistema carcelario ya no sólo no socializa sino que inclusive la gente que entra a una cárcel se sumerge en un mundo de violencia y de odio que al poco tiempo pierde los rasgos de humanidad. Esto se refleja en los hechos delictivos, que está de más decir que son cada vez más violentos y con más odio. Parecería que esta gente no fue a robar sino a buscar venganza producto de un ritmo de vida que les impuso la cárcel desde que eran muy chicos (...) Desde que eran muy chiquitos que el Estado los abandonó, porque los condenó a la marginalidad y luego los institucionalizó en un sistema de violencia y odio del cual es muy difícil salir. (...) ¿Hacía falta llegar a la cárcel para estudiar una carrera?”

El tema de la educación como ventana y puente toma la forma de una nota importante en todas las publicaciones que los alumnos de este proyecto elaboran como trabajo final. Los de la Unidad N° 8 de Gorina llamaron a su periódico “Libres de Expresión”. “Exportando sueños” se llamó el de los alumnos del taller de la unidad N° 36 de Magdalena. Todos escriben de lo mismo que se habla las 24 horas de los días en las prisiones argentinas: sobre las oportunidades, los errores cometidos, el

derecho a la justicia y a la educación. Pero también sobre la importancia de que el país tenga memoria (hay una nota sobre Abuelas y Madres de la Plaza de Mayo), del trabajo solidario (“me gustaría tener un taller aquí para hacer artesanías y juegos didácticos para los chicos que más lo necesitan”, dice una carta de lectores del Día del Niño), del paco (droga), de los chicos de la calle, de la pobreza, de los inmigrantes, de las pelucosas vidas de estos alumnos, de la discriminación que sienten como una mirada oscura sobre sus hombros y de la que no se libran ni en la reinserción.

Basta abrir “Páginas Libres”, la revista de las alumnas de la Unidad N° 33 de los Hornos, para entender con lujo de detalles por qué una de estas publicaciones pide desde la tapa que se respeten los artículos 14 y 18 de la Constitución Nacional. El art. 18 en una de sus líneas, dice:

“Las cárceles de la Nación serán sanas y limpias, para seguridad y no para castigo de los reos detenidos en ellas, y toda medida que a pretexto de precaución conduzca a mortificarlos más allá de lo que aquélla exija, hará responsable al juez que la autorice”.

La muerte de Yoel

Hay una nota que nunca se tendría que haber escrito. Es la nota de tapa de Páginas Libres, la publicación de las mujeres del taller de comunicación gráfica de la Unidad de mujeres N° 33 de Los Hornos. “Madres tras las rejas” reza el título y el copete avisa: en la Unidad 33 las mujeres pueden vivir con sus hijos hasta que cumplen los 4 años. La muerte de un bebé impulsó el debate sobre este tema.

El tema en cuestión está contado en una nota de Gladis Díaz Miño, alumna del taller que se dictó por la misma época que ocurrió la muerte del bebé.

“El pasado 17 de julio de 2007 sucedió un penoso hecho que podría haberse evitado en la Unidad 33: Yoel, un bebé de cinco meses, murió luego de que la madre reclamara por la atención médica. Según las autoridades el bebé murió por muerte súbita, mientras que las internas afirman que falleció por una bronquiolitis avanzada. Al igual que en el año 2006, cuando hicieron una huelga de hambre, las internas realizaron un reclamo por los escasos recursos con los que cuenta el sector de sanidad de la Unidad 33”.

La noticia casi no apareció en los medios masivos de comunicación. Pero corrió rápido por los pasillos desolados de los penales. Entre las mujeres de ésta y de otras cárceles, aun es motivo de charlas candentes, me cuenta María Laura Sottile, una de las docentes de la Facultad de Periodismo y Comunicación Social de la UNLP que dictó ese taller en la Unidad N° 33 y ahora dicta otro en una cárcel vecina: la Unidad N° 8 del Complejo Central Femenino de Los Hornos.

Los Hornos es una localidad a quince minutos de la ciudad de La Plata, en la provincia de Buenos Aires. Hace diez años saltó a los medios de comunicación por una serie de allanamientos y detenciones de vecinos, hoy condenados por participar

en el crimen del fotógrafo José Luis Cabezas. Los Hornos conoció mejores épocas de su industria ladrillera –a la que debe su nombre–. Hoy aloja a algunas pequeñas empresas de metalurgia, talleres, un grupo de vecinos que reclaman seguridad desde la página web del barrio y el Complejo Central Femenino. Consta de la Unidad N° 33 y la N° 8, separadas entre sí por unos pocos metros. Por eso, el día que Yoel agonizaba y no había una ambulancia disponible para trasladar al bebé, las dos cárceles se encendieron de bronca y de impotencia.

En las dos semanas posteriores ni María Laura Sottile ni Alberto Mendoza Padilla ni Virginia Mársico dictaron el taller de periodismo gráfico: las autoridades prefirieron que no entraran al penal para garantizar su seguridad, cuentan ahora que vamos en auto, camino a la Unidad N° 8.

Por fuera es como todos los penales: un edificio en bloque, sin estilo ni belleza, al que no le vendría mal una mano de pintura. El acceso requiere un permiso que debe ser tramitado y chequeado varias veces antes de aventurarse, lo mismo que en otros penales. Hay que dejar el documento de identidad en la entrada y el teléfono móvil, y firmar unos formularios a medida que se atraviesan diferentes puertas.

Por dentro todo está hecho de una red de pasillos pintados mitad de azul marino y mitad blanco. Muchas rejas y cerrojos que se abren y cierran bajo la atenta mirada de las agentes del Servicio Penitenciario Bonaerense, de estricto uniforme: pantalón y chaqueta de un azul grisáceo y gastado, borceguíes (botas rústicas cortas de cuero con suela tractor) y el pelo recogido.

Mujeres en el atelier

Al llegar al “atelier”, como le dicen a la sala donde las internas se juntan para los talleres, no hay nadie sentado en la mesa grande pero el aire ya huele a encierro y a cigarrillo. Hay dos computadoras y una impresora: la base de operaciones donde ellas tratan de sacar adelante sus causas penales, imprimen los escritos, piden audiencias, porque la mayoría de las mujeres detenidas no tienen abogado particular sino defensor oficial. También, por el sólo hecho de su condición de género, reciben menos visitas que un varón y, en general, cuentan con menos apoyo y contención familiar, me explican los docentes que hoy acá dictan el taller de periodismo gráfico.

En un estante se apilan libros variados: cuentos de Tolstoi, un curso de inglés multimedia. El atelier dispone de un baño y una hornalla donde calentar el agua para el mate. “Este espacio físico es un lugar ganado por las internas, a diferencia de otros penales, acá están muy organizadas”, dice Alberto Mendoza Padilla. La clase del día es una reunión de sumario, donde las chicas van a terminar de delinear y repartirse los temas a desarrollar para el trabajo final del taller: la publicación, que aún no tiene nombre. En el pizarrón verde ya anotaron algunas temáticas:

Salud: VIH/SIDA, Conductas adictivas

Sección Literaria: Cuentos y poesías

Patronato de Liberados

Embarazo: El testimonio de mi decisión

Una de las primeras en llegar es una chica embarazada que prefiere no aparecer con su nombre. Veintipico, el cutis blanco, el pelo castaño y radiante de las embarazadas, las cejas finitas, delgada, saludable, remera negra que dice *Amour du Coeur*, pantalones de gimnasia y zapatillas naranjas. Saluda muy alegre y se sienta con entusiasmo frente a una computadora. Termina de escribir su columna sobre la esperanza que le dispara ese retoño que anida en su vientre.

-¡Holaaaa! ¿Saben que me saqué el primer premio en la categoría de cuento y el primer premio en poesía del concurso del *Rotary Club* de La Plata?, grita una de las chicas que entra al atelier, exultante. Le dicen La Tana, la remera *Nike* sin mangas deja ver unos brazos llenos de tatuajes.

Junto con tres chicas más, todas de equipo de gimnasia, llega una alumna nueva. Debe ser la mayor de todas, una flaca de treinta y pico, el pelo largo y lacio con reflejos rubios, la piel *doree* y los ojos verde esmeralda.

-Es la primera vez que vengo a periodismo. Sé lo que hacen porque las chicas siempre me cuentan. Que la gente se tome la molestia y el tiempo de llegar a nosotras ya me parece un gesto de cariño, dice la flaca. Las internas de la Unidad N° 8 tienen la posibilidad de iniciar o continuar con sus estudios primarios y secundarios. Por estos días, La Flaca termina el secundario y le tiene pánico al tiempo libre.

Sentadas alrededor de la mesa, parecen el equipo femenino de *volley* planeando la estrategia del próximo partido. Los docentes me comentan que se trata de un curso con pocas alumnas, no más de ocho, pero muy comprometidas con aprovechar la escritura para tratar "sus temas".

-Acá tienen la libertad de apropiarse de este espacio, donde comparten y reflexionan sobre sus historias de vida, por ejemplo la situación del encierro siendo madres, dice Alberto Mendoza Padilla.

-Tienen una visión crítica y lúcida, y cada vez que sale un tema que les interesa, lo investigan y se adueñan de él, agrega María Laura Sottile.

Como en cualquier redacción profesional, en los últimos tiempos les tocó trabajar duro con la elección presidencial de la que salió victoriosa Cristina Fernández de Kirchner. Para casi todo el país fue una elección aburrida y predecible. Para las personas privadas de su libertad fue una elección histórica: por primera vez tuvieron derecho a emitir su voto. 20.000 personas procesadas estuvieron en condiciones de votar en la Argentina gracias a un pronunciamiento de la Suprema Corte de Justicia de la Nación, que derogó un inciso que excluía del padrón a todos los detenidos por orden de un juez competente.

“Páginas Libres”, de la unidad vecina, informó acerca de ese logro. Pero también aclaró: los condenados siguen sin poder votar. El detalle ahora desata la polémica en este taller.

-Te condenan y para la sociedad estás muerta, se queja La Flaca.

-Hay que investigar de dónde sale eso. Estamos privadas de libertad, pero seguimos siendo ciudadanas, aunque hayamos cometido un error.

-Somos 147 internas, habían 90 empadronadas y votaron 33. La mayoría no llegó a obtener el documento de identidad, agrega una niña de cabello lacio, ropa deportiva y modales de princesa.

La Tana dice que esta semana escribió una columna de opinión. Modula la voz y la lee en voz alta: “El título es Medios Televisivos en las Cárcels. Queremos manifestar por este medio nuestra gran indignación a todos los programas televisivos, a aquellas autoridades que permiten el ingreso de los mismos y a los ignorantes que se prestan ante las cámaras. (...) Le pedimos a la sociedad que no compre todo lo que la tevé está vendiendo. Subestiman nuestros deseos y voluntad de progresar”. El texto de La Tana se pregunta por qué el mismo día que falleció un bebé en la unidad N° 33, el conductor del programa televisivo “Cárcels”, llegó al complejo de Los Hornos a filmar una boda entre internos y por más que las presas lo pusieron al tanto de lo que acababa de pasar con el bebé, el programa ignoró el tema.

“¿Por qué no hablan de que se violan nuestros derechos y garantías? Si bien no escapa del conocimiento de los medios éstas y muchas cosas que ocurren a diario en los penales, quiero hacerles saber que estamos privados de libertad pero somos libres de expresar lo que pensamos de ustedes”, lee La Tana. Aplausos.

Entre mates dulces, carpetas, bizcochitos de grasa y cigarros, un clima de intimidad y producción parece haberse derramado en la mesa. Brotan más temas para investigar, escribir, publicar. Una morena con rasgos del altiplano y remera *Adidas*, tira otra munición al debate: el trabajo al salir de la cárcel. La morena está detenida hace tres años, tiene una nena de seis y cuando salga, dice, quizás acepte hacer manualmente bolsas de residuos. Adentro de la cárcel muchas internas lo hacen a 0,04 centavos la bolsita. Ella no.

-¿Por qué afuera lo aceptarías y acá no? Le pregunta una de sus compañeras.

-Acá somos mano de obra muy barata.

-Acá hay gente que trabaja doce horas diarias y cobra 280 pesos (90 dólares) por quincena.

-Yo trabajo y mirá, me dan la plata en una boleta escrita con birome, me muestra una de las chicas. Por un mes cobró 7,50 pesos: menos de tres dólares. Raro es que esto ya no le sorprenda demasiado a nadie.

-¿Y de qué pueden trabajar afuera?

-Armando cajas o lapiceras, tal vez.

María Laura Sottile les cuenta que los alumnos del taller de periodismo de Gorina les pidieron ayuda para elaborar un proyecto solicitando al Patronato de Liberados que financie un emprendimiento de venta de artículos de limpieza.

-¡Estos talleres se tendrían que haber dado hace rato! dice una de las chicas.

La Tana lee un texto sobre su experiencia como adicta en recuperación. Tiene qué decir.

-Yo quiero aprovechar estos talleres para mi salida definitiva, confiesa.

-Yo el derecho que quiero es a tener derechos.

La Flaca cuenta que quiere ir a la universidad en la Unidad N° 45, donde hay un programa educativo universitario. Y entre risas y tareas para la próxima, la clase llega a su fin.

En el Ministerio de Justicia dicen que estos talleres son una herramienta para mejorar la comunicación intra y extramuros: han impulsado la interacción de los internos con los docentes y la apertura hacia la sociedad. Pero en la oficina que coordina todo el proyecto celebran otro logro: al terminar el 2007 hay más de sesenta internos en cárceles de la provincia de Buenos Aires que se inscribieron en la carrera de Periodismo y Comunicación Social. La idea es que cursen a través de algunas alianzas que se están llevando a cabo con la UNLP. Pero hay obstáculos:

Uno: son muy pocas las materias de la carrera que se pueden rendir libres. Y algo difíciles.

Dos: el Ministerio de Justicia no tiene infraestructura ni presupuesto para que todos los internos se desplacen a la Facultad a cursar.

Tres: un preso que concurría a estudiar en la Facultad de Derecho y se dio a la fuga, puso en jaque las pequeñas libertades ganadas.

Entre los planes de la Secretaría de DDHH de la UNLP está para el próximo año, además de dictar otro cuatrimestre de talleres y gestionar nuevos convenios, medir el impacto de este proyecto en las cárceles. Como balance, Jaunarena destaca el rol de los docentes: "Para ellos se abrió un mundo nuevo al tomar contacto con los internos. Y al principio, cuando el sistema no estaba tan aceitado, les tocó soportar situaciones muy difíciles: requisas feas, esperas de 45 minutos para que les bajaran los alumnos al aula o convocatorias al taller que llegaban distorsionadas a los internos. Pero con todo, salieron adelante".

Hoy la Facultad de Periodismo y Comunicación Social analiza cómo armar una unidad educativa en la Unidad penal N° 45 de Melchor Romero. "Ya quedó claro que 'adentro' hay excelentes periodistas y escritores, con producciones brillantes, de una carga emotiva y expresividad que se perciben enseguida. Ellos disponen de mucho

tiempo para pensar y lo que cuentan es fuerte y profundo”, se entusiasma Jaunarena. Y asegura que el desafío para el año próximo es que estos diarios y programas tengan mayor circulación y repercusión e intercambio con la sociedad. Hasta ahora se han distribuido entre los internos, sus familias, el Ministerio de Justicia, el SPB y la UNLP.

-Yo pensé que el periodismo era otra cosa, más fría- es una de las frases que más se escucha por estos días entre los alumnos de los talleres.

Y también se escucha que sienten pánico al bendito día en que les toque cruzar –vivir– del otro lado del muro. Pero las mujeres y los hombres privados de su libertad dicen que encontrar una voz propia, en un taller de radio o de expresión gráfica, los fortalece en su identidad. Y los ayuda a encontrar, de cara al futuro, eso que buscan casi todos: un lugar en el mundo.

[Brasil]

DO BANDIDO DA LUZ VERMELHA AO MASSACRE NO ALEMÃO

Até os anos 70, os assassinatos em São Paulo e no Brasil eram crimes passionais e esporádicos. O vírus da violência se espalhou nos últimos 30 anos. Mudaram a cidade, o país e os criminosos. O jornalista precisa perceber a complexidade dessas mudanças.

Bruno Paes Manso

mansobruno@yahoo.com.br

Repórter do jornal O Estado de S.Paulo, autor do livro O Homem X - Uma reportagem sobre a alma do assassino em São Paulo (Ed. Record, 2005). Mestre em ciência política pela Universidade de São Paulo (USP), universidade onde atualmente faz doutorado cujo tema é o crescimento e a queda dos homicídios em São Paulo.

Na década de 60, João Acácio Pereira da Costa, o Bandido da Luz Vermelha, ganhou as manchetes dos jornais brasileiros. Ele arrombava casas em São Paulo, cortava a energia elétrica e usava uma lanterna de foco vermelho para enxergar no escuro. Os repórteres criaram o mito do bandido galanteador, que deixava apaixonadas as mulheres que assaltava. Depois de preso, quando a criatividade deu lugar ao inquérito policial, descobriu-se um criminoso violento, acusado de quatro assassinatos e 77 roubos. Os tempos eram outros. Os assassinatos que ganhavam a cobertura dos jornais eram eventos excepcionais, cometidos por pessoas no limite da normalidade. Como Francisco Costa Rocha, conhecido nos anos 60 como Chico Picadinho, que matou e esquartejou duas mulheres em São Paulo.

Além dos casos extraordinários, o grosso dos crimes de sangue ainda era motivado pelas paixões e rivalidades familiares, temas privados que inspiraram o teatro e romance do escritor Nelson Rodrigues. Eram casos que envolviam ciúmes, traições, intrigas entre maridos, mulheres, cunhados e amantes. Os jornais também os cobriam, sem o mesmo interesse dispensado aos casos surpreendentes. A vida nas cidades ainda gravitava em torno das famílias numerosas. A sociedade começava a deixar o provincianismo para trás e ainda vivia um tipo de violência que encerrava-se em si mesma. Motivada pelos arroubos de paixões ou pela loucura, levava muitos vezes ao fim trágico de seus protagonistas, que depois do crime se suicidavam. As histórias rendiam reportagens mórbidas, mas saborosas, que faziam sucesso nos jornais populares. O jornal Última Hora, por exemplo, nos anos 60, tinha 20 jornalistas só para cobrir assuntos de polícia. Nos grandes jornais paulistas de hoje, a equipe de polícia nunca é maior do que três.

Eram dias leves, havia menos medo nas ruas em um cotidiano ainda distante do que viria com o surgimento das megalópoles, que demorariam ainda de duas a três décadas para se configurar como uma dura realidade. Mas os anos se passaram, o Brasil mudou e as mega cidades são hoje um imenso desafio: caóticas, de administração inviável, com seus amplos espaços sem lei. Mudou o perfil do crime, da violência, dos criminosos e principalmente a dimensão dos problemas. A Grande São Paulo, que tinha 1,5 milhão de habitantes nos anos 40, chegou aos 12,5 milhões na década de 80. O que esperar de uma metrópole que enxerga passivamente a população multiplicar-se por oito em 40 anos? Desordem, mal estar, desequilíbrio, palavras que hoje servem para definir o cotidiano de qualquer mega cidade do terceiro mundo, que cresceram sem estar preparadas para receber a grande leva de imigrantes vindas das zonas rurais de seus respectivos países. Em São Paulo, as favelas espalharam-se pelas periferias, em terrenos distantes das regiões urbanizadas e centrais. No Rio de Janeiro, boa parte delas agrupou-se nos morros, entre os bairros da elite da cidade.

Esses bairros pobres que surgiam do nada nas décadas de 60, 70 e 80, inicialmente a partir de barracos de madeira, entrecortados por ruas de terra, sem transporte, sem esgoto, sem escola, sem hospital, foram com o tempo se urbanizando. Num processo

doloroso, ainda hoje incompleto. Se não havia equipamentos sociais, também não havia Justiça nem polícia. Ou melhor: a polícia existia, mas era inimiga, tratando como suspeitos os moradores desses lugares. Nesse cenário, com o tempo, cada vez mais pessoas passaram a tentar preservar seus interesses de maneira privada. Como não era possível chamar a polícia, multiplicaram-se aqueles que intitulavam-se o xerife do bairro. E matar passou com o tempo a ser visto como uma maneira de resolver problemas, não como um problema em si. O comportamento homicida se espalhou como um vírus, iniciando um ciclo de auto-destruição nos bairros da periferia de São Paulo. Entre o final dos anos 70 e dos anos 90, os índices de assassinato cresceram 352% em São Paulo, impulsionados pela desordem e pelo desejo permanente de vingança.

Dessa maneira, em questão de poucos anos, tanto a violência como o objeto da cobertura policial se transformaram. Parece claro, mas na verdade não está tão claro assim para as redações dos jornais. As antigas amarras permanecem e parece que continuamos atrás da última história bizarra do dia, protagonizada pelo psicopata da vez, como ocorria antigamente. Só que o objeto mudou e a realidade tornou-se mais complexa. O crime e a violência atualmente são assuntos que trazem à tona temas candentes, que revelam uma sociedade em desequilíbrio, formada por grupos que convivem lado a lado, mas que não se conversam e não se entendem. Há as periferias, centro, os morros, o asfalto, há prisões que juntas, só em São Paulo, abrigam mais de 150 mil presos. Existem as facções, como o Comando Vermelho, Terceiro Comando e ADA no Rio de Janeiro, grupos que dominam a venda de drogas nos morros desde os anos 80. Em São Paulo, a partir de 2000, a hegemonia do Primeiro Comando da Capital (PCC) veio com força sobre o crime e atualmente domina 80% do comércio de drogas no Estado.

Cobrir a violência não é mais simplesmente descrever o comportamento desviante. Deve ajudar também a compreender o comportamento de massas. O crime transformou-se quase em uma profissão, legitimada em determinados ambientes. Surgem na sociedade classes rivais, desejo de massacre, de vingança, comportamentos típicos de cidades em ebulição, que ainda não têm forma, que buscam se encontrar. O jornalista precisa compreender a complexidade desse cenário. Deve ser capaz de colocar-se no lugar dos integrantes dos grupos envolvidos no conflito, tentar compreendê-los para depois descrever a cena com olhos de pássaro, ou seja, vendo tudo de cima. Para escrever sobre a violência no Brasil nos dias de hoje não se pode pensar em vítimas e culpados, nem escorregar nos maniqueísmos e no senso comum, que é uma praga que hoje atinge todo o jornalista que observa o mundo só com os olhos pregados na internet. Deve-se ir para a rua, ouvir, surpreender-se, sentir, ser impactado pela novidade, querer saber mais sobre o tema, tentar fugir do senso comum e ser assim capaz de desfazer estereótipos em vez de reforçá-los.

Passemos da discussão abstrata para os desafios concretos do dia-a-dia. A começar com um esclarecimento. Defender a importância dos temas relacionados ao crime

e violência nos jornais não significa que eu pregue a publicação diária das pequenas tragédias que sempre vão existir nas grandes cidades. Acho apenas que devemos mergulhar de cabeça, do décimo andar, sem rede de proteção, quando aparece uma oportunidade para irmos fundo no assunto. E essas chances nem sempre são vistas com clareza nas redações. Algumas vezes, contudo, isso acontece. Nesses momentos, temos que fugir das fontes oficiais. Claro que essas também oferecem dados importantes. Mas são somente uma peça a mais no quebra-cabeça a ser montado, onde a figura completa deve mostrar o conflito em toda sua complexidade, a dinâmica do jogo que é jogado e o que move a ação de seus participantes.

Um teste interessante ocorreu no Rio de Janeiro. Era junho do ano passado e a paciência e sanidade da população do Rio de Janeiro pareciam finalmente ter alcançado seu limite. A morte do menino João Hélio Fernandes, de 6 anos, ocorrida durante um assalto, em fevereiro, num dos episódios mais cruéis da história da violência no Brasil, talvez tivesse sido a gota d'água. Numa noite de verão, a mãe do garoto foi rendida por quatro jovens armados, enquanto dirigia o carro com os filhos. Depois da abordagem, a mãe e a filha, de 13 anos, conseguiram descer a tempo. Correram para tentar retirar João Hélio do banco traseiro do carro, quando os bandidos arrancaram. O menino acabou sendo arrastado por sete quilômetros, preso ao cinto de segurança, do lado de fora do automóvel, antes de morrer.

Raiva, dor, desejo de vingança e pouco espaço para o bom senso. Crimes que atingem crianças são insuportáveis. Eu mesmo me lembro de incontáveis acessos de choro que tive pela simples lembrança da cena. Era nesse ambiente carregado que o governador do Rio de Janeiro, Sérgio Cabral, assumia o cargo, com o desafio de sinalizar os novos rumos da política de segurança do Estado às vésperas da realização dos Jogos Panamericanos. Para acertar nas medidas, o governador não precisava inventar demais. Mais do que modernizar a estrutura da polícia fluminense, um golpe certo no Comando Vermelho, facção criminosa que distribui drogas no varejo em boa parte dos morros carioca e atua no atacado em diversos estados brasileiros, poderia ter impacto imediato. Segundo informações da inteligência da Polícia Militar, o quartel-general e o maior depósito de armamentos da facção encontravam-se no Complexo do Alemão, conjunto de favelas na zona norte do Rio de Janeiro, cercado por 12 morros, onde vivem 65 mil pessoas.

A resposta veio com ares de catarse. No dia 27 de junho, depois de um cerco que durou semanas, 1.350 homens das forças de segurança estadual e nacional invadiram o Complexo. Na operação, 19 pessoas morreram. Nenhuma liderança do tráfico foi presa. Foram apreendidas doze armas e 300 quilos de droga. Mesmo diante do resultado modesto, principalmente se comparado ao tamanho dos estragos, a sociedade celebrou o fato como vitória. Organizações de direitos humanos denunciavam uma série de abusos na operação, enquanto o governador e o Secretário de Segurança, José Mariano Beltrame, celebravam nos jornais o sucesso da incursão, obtendo o aplauso de parte da população, anestesiada com a seqüência de desgraças.

Nessas circunstâncias, a chefia do jornal onde trabalho, o Estado de S. Paulo, que fica em São Paulo, a mais de 400 quilômetros do Rio, pediu que eu tentasse ajudar a sucursal carioca na apuração da matéria. Fui com uma idéia fixa de pauta que, por sinal, não podia ser mais óbvia: entrar no Complexo do Alemão para ouvir os relatos da população a respeito do que havia acontecido. Até aquele momento, quase a totalidade das informações vinha de fontes oficiais do governo. Era preciso furar esse cerco. Claro que era essa era uma obrigação dos jornalistas, mas a decisão não era tão simples assim.

Desde junho de 2002, quando o jornalista Tim Lopes, da Rede Globo, foi assassinado em uma das favelas do Complexo do Alemão durante a elaboração de uma reportagem, foi travado um pacto informal entre as redações. A imprensa não deveria mais subir os morros. O principal argumento era relevante, merece reflexões, dessas que nunca são feitas nas redações por causa da correria cotidiana. Para o jornalista entrar nas comunidades e evitar riscos de vida, quase sempre havia a necessidade de receber o aval dos traficantes locais. E acordos com o tráfico não se justificavam mesmo em situações extremas como a ocorrida. O cuidado dos profissionais do Rio de Janeiro era mais do que compreensível. Recentemente, os traficantes vinham ameaçando assassinar os repórteres. Para cobrir tiroteios entre policias e o crime organizado, os jornalistas vinham usando, inclusive, coletes à prova de bala.

O mergulho do décimo andar, entretanto, era mais do que necessário. Como vivo em São Paulo, achava que o cuidado e o receio das redações no Rio de Janeiro eram exagerados, relacionados ao stress e aos traumas da cobertura cotidiana do crime na cidade. Como uma centena de traficantes poderia garantir o cerco a uma comunidade de 65 mil habitantes? Não era possível. Pior. Será que devemos aceitar essa autoridade? Viajei para o Rio no dia seguinte e comecei as negociações para entrar. O meu passaporte de ingresso veio com a ajuda de José Júnior, o líder do Afro Reggae, ONG que atua nos morros do Rio, um dos grandes heróis cariocas, com plena ciência do seu papel de servir de ponte no diálogo entre dois mundos que não se conversam. Interlocutor hábil capaz de ter a confiança tanto do governador do Rio como de traficantes, Júnior atua no fio da navalha, com um incrível jogo de cintura.

Para que eu entrasse no Complexo, ele ponderou que era interessante mandar um recado para os traficantes, o que acabou não acontecendo. Minha segurança foi preservada pelo meu guia, um morador da comunidade, integrante do Afro Reggae no Alemão, cantor de funk, conhecido dos traficantes, uma figura acima de qualquer suspeita, que nunca entraria com alguém que fosse prejudicar os moradores. Foi mais do que suficiente. Andamos juntos pelas favelas por cerca de 5 quilômetros, em oito horas de caminhada. Assim como ele, eu usava uma camisa da ONG, que, segundo Júnior, era o meu colete a prova de balas. Eu não precisava esconder nada do que via.

Entreí no morro dois dias depois da operação. Conversei com cerca de 40 pessoas. Para algumas, eu me identificava como jornalista. Em outros casos, ficava

ao lado das rodinhas e ouvia as conversas nos grupos, que relatavam os detalhes da operação. Os depoimentos mostraram que a ação esteve longe de ter sido um movimento planejado das forças de segurança. Caracterizou-se pela desordem e pelo desmando dos policiais, que, livre nos morros, agiram como delinquentes. Além dos relatos das execuções sumárias, comerciantes foram roubados, carros incendiados e diversas casas foram arbitrariamente invadidas e serviram de trincheiras da polícia durante os tiroteios com traficantes. Os moradores mostraram latas cheias de balas de fuzil que ficaram no chão de suas casas. Levavam-me para ver carros arraboados e incendiados, sem o equipamento de som que havia sido roubado pelos homens da força de segurança.

Havia revolta, indignação e a minha sensação ao ouvir tudo aquilo era clara. Para quase a totalidade daquelas pessoas, o inimigo era o Estado, que esculachava, humilhava e matava inocentes. Os traficantes locais, se atrapalhavam, pelo menos eram previsíveis, não atacavam aleatoriamente, sabiam diferenciar “bandido” de “trabalhador”. Essa visão torta do Estado, misturada a um desejo não declarado, mais evidente, de vingança, de raiva, era a pior herança da invasão. Era o combustível capaz de perpetuar uma guerra para futuras gerações.

Esses olhares embaralhados apareciam de todo o lado. Um comerciante do morro me contou que demorou mais de um ano para conseguir juntar R\$ 10,5 mil e comprar um Santana 94. Durante a operação no Complexo, viu policiais quebrarem o vidro do carro e levar o equipamento de som. Estimava o conserto em R\$ 1,1 mil. Perguntei por que não denunciava o caso à Corregedoria da PM. Ele me disse que ouviria o de sempre. Os policiais pediriam o recibo do equipamento. Ele não teria, já que comprara de terceiros. Na Corregedoria, segundo acreditava, por morar na favela, logo pensariam que o equipamento era roubado e ele sofreria nova humilhação. Perguntei qual era a solução. Ele me disse que pediria o dinheiro emprestado a um traficante para depois pagar aos poucos.

Quando fui escrever a matéria, além das denúncias graves, achei importante deixar claro que havia efeitos colaterais. E deparei-me com uma situação complicada. Mesmo tendo colhido dezenas de relatos e tirado fotos, eu não tinha provas concretas que mostrassem que os moradores falavam a verdade. Como garantir que essas pessoas não foram induzidas pelos traficantes a acusar a polícia? Boa pergunta. Eu tinha certeza de que as barbaridades ocorreram porque ouvi aleatoriamente um punhado de gente. Mas como separar fatos de exageros? Como convencer o cético leitor? Essa cobrança, que tanto eu como meus chefes faziam, era também uma informação relevante, que eu procurei descrever na reportagem a partir de uma pergunta que me foi feita por um morador local. Era um garçom que trabalhava em um restaurante no centro do Rio e que morava no morro. Durante a invasão, foram jogadas granadas na casa dele, que estava vazia. Os vizinhos disseram que foi a polícia.

Provas. Eu pedia que ele me mostrasse provas contra os policiais. Afinal, policiais, pelo menos oficialmente, não portam granadas nesse tipo de ação – o que não quer dizer muita coisa, já que, oficialmente, eles também não podem executar pessoas que se entregam. E executaram. Mas eu via ainda outro agravante. As granadas costumam compor o arsenal dos traficantes. “Mostre-me algo para que eu possa acreditar em você”, eu pedia, até receber a resposta ao mesmo tempo definitiva e desconcertante. “Pera aí. Mais de mil policiais invadem o meu bairro. Morrem 19 pessoas. Jogam uma granada em minha casa. E eu ainda tenho que conseguir provas de que não estou mentindo?,” ele questionou. Não era preciso dizer mais nada.

A matéria foi publicada. Mesmo tendo pouco mais de duas horas para cumprir o prazo do fechamento do jornal, tempo insuficiente para refletir sobre o furacão que havia me sugado, o resultado foi satisfatório. A gente nunca sabe como o material foi lido, o que acharam os leitores. Mas o fato é que eu havia me transformado, assim como acontece quando cubro outros fatos relacionados à violência e ao crime que acontecem com a mesma frequência em São Paulo. São coberturas que mostram uma realidade *sui generis*, uma guerra que acontece em nossos quintais, mas que é ainda incompreendida, que a maioria prefere acreditar que não existe. Fatos que mostram uma sociedade doente, auto-destrutiva, com grupos que não se entendem. Que me enchem de questionamentos. Será que somos assim por causa de nossa história? O que os 400 anos de escravidão têm a ver com isso? Será que no Brasil damos valor demais ao dinheiro? A ponto de cada vez mais o dinheiro ser justificativa aceita para tudo? Perguntas, claro, que trazem angústia, mas não respostas. Mesmo porque, os jornalistas não servem para trazer respostas. O que nos resta é continuar no papel de chatos. Mostrar a realidade da violência contemporânea em toda sua complexidade, mesmo sendo uma notícia desagradável, para que a sociedade assuma seus problemas e defeitos, não se acomode e permaneça fazendo a si mesmo questionamentos intrigantes e inconvenientes. Quem sabe, um dia, encontramos algumas respostas.

[Uruguay]

AMANECIENDO EN EL PAÍS DE LAS IDEAS DESPOJADAS

En Uruguay, la emergencia social a raíz de la crisis de 2002 fue dando lugar a un contexto en el que impotencia, resignación, apatía e indiferencia son sólo síntomas de la actual urgencia sociocultural. Ante una situación de robo o rapiña, la invasión y la violencia trascienden lo tangible y material. No es sólo la persona y sus pertenencias las que quedan expuestas, pueden ser sus pensamientos.

Lucila Bortagaray

lucila.bortagaray@gmail.com

Licenciada en Comunicación Audiovisual. Desde hace 7 años se desempeña como productora en proyectos audiovisuales de ficción (largometrajes y cortometrajes), documentales, video clips, animación en volumen y publicidad. En el marco de su proyecto de Tesis de Maestría (Universidad Internacional de Andalucía), actualmente está investigando el potencial del lenguaje audiovisual como herramienta expresiva en la formación de niños y jóvenes.

Hoy me desperté pensando en el problema de la seguridad. O más bien, en la inseguridad aquí en Uruguay. Creo que ya se salió de la crisis de 2002. Sin duda. Pero hay algo que no está funcionando: la brecha social parece ser cada vez más grande.

El miércoles viví una pesadilla pero estaba despierta y tengo absoluta conciencia de lo que sentí. En Montevideo hay un lugar que se llama “el paseo de los pescadores”; es muy lindo; es un sendero que hay detrás de unos clubes de pesca, bien sobre el mar (o más bien río) y hay unos bancos para sentarse y una vista hermosa de la ciudad. Ese lugar está muy cerca de mi casa: hay que caminar tres cuadras para llegar a la rambla y luego caminar unos 100 metros.

El miércoles, a eso de las 3 y 30 de la tarde, iba caminando rumbo a este paseo cuando dos muchachas se me acercaron, una de cada lado, acorralándome. Yo tenía en mi mano un mp3. Iba escuchando música, entonces no escuché lo que me dijeron. Claramente me estaban acorralando para robarme. Yo grité. Muy fuerte grité. A raíz de este grito, ellas se alejaron. Y yo me quedé asustada y enojada. Me quedé parada, incrédula frente al hecho de que (si bien habían poquitas personas alrededor) los que estaban, no se habían inmutado frente a mi grito.

En lugar de volver para atrás a mi casa (a quedarme quietita y encerradita), o tomar por otra calle (lo pensé, pero me pareció que la otra calle era más desolada aún), luego de unos minutos, retomé mi camino.

A la media cuadra, en una esquina hay un almacén. Allí me estaban esperando. Y yo estaba enojada. Estaba enojada porque este es mi barrio (y es bien un barrio, con su correspondiente ferretería, cerrajería, kiosco de diarios, panadería, almacenes), y estaba enojada porque no podía seguir caminando; seguir mi camino.

Me dijeron algo y entonces entré en el almacén (que tiene una puerta ancha y un escalón). Ellas estaban ahí afuera. Y yo adentro. Y nos mirábamos. Y yo no sabía qué hacer. Ahora me doy cuenta de que tenía unas cuantas opciones. Mi reacción en ese momento fue decir “¿qué?”. Un “¿qué?” que tal vez buscaba hacerlas repensar.

Fue decir qué y la que era más alta entró al almacén, me agarró de los pelos, me tiró al piso y me sacó arrastrando a la calle. Yo grité y grité; grité mucho. Hasta que todo se terminó. Al parecer los del almacén me las sacaron de encima. Aunque yo tengo muy presente que en los primeros segundos cuando ella me agarró de los pelos y me tiró al piso, los del almacén pensaron que era una pelea “de la calle” (por decirle de alguna manera), que yo estaba con ellas y me estaba peleando. Pienso que por eso al principio trataron de mantenerse al margen (y tal vez por eso, luego de haberlas apartado, ni siquiera me ayudaron a levantarme del piso).

Al final todo lo que se llevaron fue el mp3 (llevaba una carterita colgada con mi cámara de fotos, algo de plata, el celular, pero no me la sacaron). Incluso tuve los lentes de sol en la mano todo el tiempo. Quedaron medio apretujados.

Nunca había vivido tanta violencia. Tan de cerca. Todavía la siento. Tengo una contractura increíble, algunos raspones, un chichón en la cabeza y unos cuantos pelos menos (me saqué mechoncitos, varios mechoncitos).

Luego, volver a casa... hacer la denuncia... ir al médico que certifique que tengo algún rasguño para que la denuncia figure como "rapiña".

Claro que no es la primera vez que me roban en la calle, pero nunca había pasado por una situación ni siquiera parecida. Es increíble el dolor que sentí cuando me agarraron del pelo. Me anularon. No podía defenderme. Era un dolor insoportable.

Lo peor es que en esta semana he escuchado de otros tres casos, bastante brutales, y por esta zona. Una violación; un hombre al que acuchillaron para sacarle la billetera; otra mujer a la que arrastraron por el piso y la mordieron (sí la mordieron, lastimándole una mano).

Y yo que pienso y pienso.

Y me doy cuenta de algo que me ha estado quitando el sueño. Siento algo parecido a la culpa. Culpa por haber dicho "¿qué?". Al hacerlo, lo que hice fue dirigirme directamente a ellas. Y al hacerlo, probablemente, haya provocado esa reacción.

Creo que hay algo que realmente no está funcionando. Sé que van sólo tres años de este primer gobierno de izquierda, y que habría que tener paciencia. La miseria, la pobreza, y desde hace algunos años, la adicción y el tráfico de pasta base, más que problemas, parecen ser urgencias sociales.

Tráfico y consumo de pasta base

El consumo de pasta base en Uruguay surgió a raíz de la crisis de 2002. El contexto de profunda pobreza e indigencia y la devaluación del peso uruguayo propiciaron las condiciones de su introducción en el país. Paralelamente, por esos años hubo escasez de otras sustancias como la cocaína o la marihuana (lo que podría haber estimulado el inicio en el consumo de pasta base).

La pasta base tiene un costo unitario muy bajo, buenos márgenes de ganancia, y baja inversión para los que la trafican. Tiene también una amplia disponibilidad de puntos de venta (*bocas*), e incluso existe el reparto a domicilio.

Históricamente, Uruguay ha sido considerado un país de tránsito de drogas ilegales (aquí no se producen). Al parecer, la ruta de la pasta base hacia Uruguay es principalmente por vía terrestre, parte de Bolivia como país productor, y se introduce por Argentina y Brasil.

Sin embargo, entre 2004 y 2006 han aparecido incautaciones de la droga con otros componentes químicos, que podrían sostener la hipótesis de la existencia de laboratorios para producir y adulterar (o estirar) la pasta base, aumentando la rentabilidad de su comercialización a nivel de los grandes distribuidores locales

(con las terribles consecuencias que esto podría implicar). Algunos de los productos utilizados para estirla son: pesticidas, fertilizantes químicos, medicamentos, broncodilatadores, analgésicos y medicación de uso veterinario.

Por el hecho de ser fumada, la pasta base alcanza rápidamente el cerebro. El efecto estimulante es provocado enseguida de ser fumado, y su duración es de pocos minutos (lo cual implica un poder adictivo mayor al de la cocaína). Los efectos psicológicos se manifiestan a través de estados de alerta, hipervigilancia, sentimientos persecutorios y ansiedad. Los efectos motores están vinculados a una tensión muscular (dureza), reactividad y necesidad de descarga motora. A nivel del comportamiento, los efectos se manifiestan a través de la búsqueda (a como dé lugar) de formas de obtención de la sustancia. Puede ser a través del trueque de objetos personales o familiares, hurto de objetos, y empleo de violencia física contra terceros.

Los distribuidores son receptivos a que se les pague con objetos personales o robados e incluso fían al comprador. A la unidad de venta le llaman *chasque*, y es un paquete envuelto en *nylon* que equivale a uno o dos granos de pimienta. La dosis cuesta entre 25 y 50 pesos uruguayos (entre uno y dos dólares, aproximadamente), y se vende fraccionado para su consumo en *cuartos* o *medios*. Entre fronteras, la unidad que se transporta equivale a unos 10 gramos compactados (le llaman *tiza* o *pila*). De allí se calcula que se extraen entre 50 y 80 dosis, según el grado de pureza. El valor de una tiza en Buenos Aires es de unos 700 pesos uruguayos (alrededor de 30 dólares), y su valor en Uruguay varía entre 1.600 y 2.400 pesos uruguayos (entre 75 y 100 dólares), dependiendo de la calidad y de la cantidad de intermediarios. El pasaje por la frontera se realiza a través de personas a las que se les paga dos o tres dólares por tiza. Generalmente llevan entre 60 y 100 tizas en el estómago (ingeridas), o 300 tizas adosadas al cuerpo. El margen de ganancias supera el 125%¹.

Según los entrevistados que participaron de la publicación “Mercado de Pasta Base de Cocaína en Uruguay” (investigación en la que figuran entrevistas en profundidad a traficantes e informantes calificados)², el ingreso al que podrían acceder por un salario en el mercado de trabajo es 30 veces menor que el que tienen por la venta de pasta base de cocaína. En esta publicación, son consultados ex reclusos respecto a su percepción en cuanto a posibles cambios en la política de drogas del actual período de gobierno. Frente a la pregunta de si habían notado algún cambio en relación a la represión policial y si percibían mayor control de la oferta, la demanda o algún tipo de acción específica que les hubiera afectado, en todos los casos la respuesta fue que no percibieron ningún cambio con respecto al vínculo con la policía en términos de represión, pero reconocieron que a comienzos de 2005 hubo un período de mayor control.

¹ Según las Conclusiones extraídas en: ‘Mercado Pasta Base de Cocaína en Uruguay - Complejidad y prospectiva’, Autores: Garibotto G, Calicchio L, Latorre L, Sacrlatta L. Montevideo, 2006.

² Idem anterior.

Las dos caras de la moneda

La realidad uruguaya en términos socioculturales, actualmente, está estructurada en torno a un nuevo mapa de subculturas juveniles. Simplificando el análisis, por un lado están los “conchetos” (o chetos) y por otro los “planchas”. Los conchetos están asociados con los barrios de mayor poder adquisitivo. Los planchas son identificados como una subcultura que participa de una estética y de gustos musicales originados en los barrios más deprimidos, y generalmente son asociados al consumo de pasta base (aunque no hay datos que lo confirmen). Actualmente, la subcultura plancha tiene cierta expansión en otros grupos sociales. Se ha creado incluso el “Movimiento plancha” que ha ingresado al panorama político, alineándose con uno de los partidos tradicionalistas: el Partido Colorado. Una de las primeras reivindicaciones públicas que hizo el líder de este movimiento, Peluca Valdez, fue volver a los “viejos valores” como no robar en el propio barrio, ni pegarle a los viejos para quebrarles las caderas (en declaraciones siguientes el líder del Movimiento Plancha aclaró que se había expresado mal, y que habían malinterpretado sus dichos)³.

Pienso. Y pienso que la problemática tiene muchas caras: por un lado está la existencia del delito que, claramente, es una consecuencia de la miseria y la pobreza (que se ven reflejadas en la brecha económica y social, en el preocupante consumo de pasta base, y en el conveniente negocio del tráfico de la misma).

En este sentido el gobierno ha enfocado el problema desde varios ángulos: la emergencia social (a través de los PANES del Ministerio de Desarrollo Social, un ministerio que fue creado por este gobierno y que procura dar cobertura a las necesidades básicas de quienes están en situación de indigencia y de extrema pobreza); el combate al tráfico de la pasta base y de la delincuencia en general (ejecutado por el Ministerio del Interior); el combate al consumo de pasta base (a través de la Junta Nacional de Drogas); la promoción de la participación de los jóvenes a través de concursos y actividades culturales (fomentado por el Ministerio de Desarrollo Social y el Ministerio de Educación y Cultura en conjunto con algunas ONGs). En este sentido, recientemente hubo un concurso cuyos principales objetivos eran generar producciones artísticas relacionadas con la temática de drogas desde la perspectiva de la reducción de daños y riesgos en el consumo. A través de este concurso se pretendió fomentar la reflexión y la producción artística en torno a esta temática, y hacerlo desde una mirada innovadora (más que moralizadora y prohibicionista)⁴.

³ Noticias disponibles en: http://www.montevideo.com.uy/noticiappal_50287_1.html. (Fecha de consulta: Noviembre, 2007). http://www.montevideo.com.uy/nnoticias_50377_1.html (Fecha de consulta: Noviembre, 2007)

⁴ Concurso “Consumo Cuidado”, organizado por: Instituto de Educación Popular El Abrojo, Junta Nacional de Drogas, Intendencia Municipal de Montevideo (Secretaría de Juventud), Universidad de la República (Facultad de Psicología). Categorías participantes: Afiches, Fotografía, Animación Digital, Teatro.

Y por otro lado está la cara del problema que tiene que ver con la seguridad ciudadana (y más concretamente con la percepción ciudadana en este sentido). Esta cara de la moneda también ha sido enfocada por este gobierno. Se han creado Mesas Locales para la Convivencia y Seguridad Ciudadana (son ámbitos de participación e intercambio entre autoridades nacionales y locales, vecinos y organizaciones sociales, para contribuir a generar medidas concretas a nivel local y de acuerdo al carácter multicausal del fenómeno delictivo).

El Ministerio del Interior ha creado el Observatorio Nacional sobre Violencia y Criminalidad, que busca obtener parámetros y objetivos científicos que ayuden a la comprensión de la realidad y a la toma de decisiones. Se basa en que toda la información estadística que produce el Ministerio del Interior sobre violencia y criminalidad a nivel nacional y departamental sea de acceso público, con una actualización trimestral. El Ministerio del Interior también creó la UNICOM (Unidad de Comunicación del Ministerio del Interior), que se encarga del relacionamiento con periodistas y medios de comunicación interesados en la cobertura de temas relativos a las políticas públicas de seguridad.

Impotencia y resignación

Resulta evidente y elocuente que se están tomando medidas para encarar la problemática, y que se tratan de abarcar los diferentes ángulos. Hasta ahí, parecería estar todo bien.

Sin embargo, yo siento que el problema es más complejo aún. Y tiene que ver con la percepción de la gente. Independientemente de la sensación de inseguridad (que es real), hay una sensación de enfrentamiento. Y no se trata de ponerle nombre: “planchas vs. conchetos”; no es un partido de fútbol. Hay una sensación de que uno puede estar provocando si va caminando por la calle distraído, escuchando su mp3. E incluso, hasta hay recetas para no provocar: no exponerse a caminar por la calle solo, de noche (o de día); no andar con nada que pueda ser llamativo y, por lo tanto, percibido como una provocación; no circular en auto con carteras o maletines, a la vista, en el asiento (tal como figura en el sitio web del Ministerio del Interior); y menos que menos, se debe uno dirigir directamente a los posibles atacantes.

Esto me hace pensar en aquella película, “Acusada”, en la que Jodie Foster es violada y acusada de provocar la violación por haber bailado sensualmente en un bar, con una minifalda.

La impotencia y la resignación son tan grandes y tan fuertes, que se parte de la base de aceptar esta especie de sistema, en el que desaparece el valor y el respeto por la privacidad (y hasta por la vida) del otro. La solución en este sentido es: no provocar.

Y eso me provoca, a mí, desasosiego.

Porque al aceptar la problemática desde esta perspectiva, a esta altura, la urgencia es cultural. Es un problema con una raíz evidentemente social, pero que ha ido instalándose en ciertos hábitos y costumbres que son asimilados como formas de prevenir el delito. Sin duda, estoy de acuerdo con la idea de prevenir, de cuidarse, porque es también una forma de valorar la vida. Pero pienso ¿cómo se puede enfocar la problemática, desde un punto de vista cultural?

¿De quién es la responsabilidad?

Hoy en día, la idea de lo creativo está principalmente vinculado a la publicidad, a unos anuncios publicitarios costosos y efectivos (es decir, redituables). Tal vez sea hora de asociar la idea de creatividad con formas de enfocar una problemática que trasciende la pobreza y la miseria. Tiene más que ver con que, si bien habían pocas personas en la calle aquel miércoles por la tarde, los que pasaban caminando, no se inmutaron frente a mi grito. Tiene más que ver con impotencia y resignación; con apatía e indiferencia.

Tal vez tenga que ver también con que recientemente, uno de los periódicos de mayor tirada de nuestro país (*El País*) publicó en la portada de su versión impresa (y digital) que uno de los miembros del jurado de un *reality show* argentino (que es un fenómeno de *rating*, tanto en Argentina como en Uruguay) había sido presionado por el manager de una de las participantes, para que no fuera “sentenciada” (y quedara fuera de la competencia)⁵.

Y todo esto me lleva a seguir pensando.

¿Qué implica que lo que más atrae la atención de la gente, e incluso de los propios medios, sea un *reality show* que muestra mujeres con cuerpos esculturales, meneando sus caderas, esforzándose, muy conscientes del poder de ese programa de televisión, ganándose un lugar en las portadas de los medios especializados en esos temas (como las revistas y programas de chismes), y en aquellos que supuestamente están especializados en ofrecer información periodística?

Implica una constatación: el único criterio de los editores de algunos periódicos y de los gerentes de programación de los canales, es el *rating*; es el impacto bruto alcanzado por sus anunciantes⁶. Y creo que todo esto también tiene que ver con aquello de indiferencia, apatía y resignación.

⁵ “Pancho Dotto es acusado de presionar en ShowMatch”. Publicado en la portada de Diario El País, el 24 de Octubre de 2007. Versión digital: <http://www.elpais.com.uy/07/10/24/index0.asp>

⁶ Impacto Bruto: exposición a un anuncio. El número total de impactos brutos se obtiene multiplicando la cobertura por la repetición. Cobertura: porcentaje de personas u hogares diferentes del target que fueron contactadas al menos una vez por la campaña publicitaria, durante un determinado período de tiempo. Frecuencia / Tasa de repetición: número de veces promedio que los individuos del target están expuestos al mensaje publicitario.

Un amanecer que permanece

En conclusión, es verdad que el gobierno asume un papel activo. Y también es verdad que este gobierno es muy consciente de lo necesario de crearse una imagen que sea favorable a sus intereses, prestando notoria atención a la creación de logos, organismos y unidades que sean funcionales a sus objetivos. Claramente, hay una estrategia de este gobierno que se comunica con la población a través de ciertos símbolos (tal como lo hace una empresa, que cuenta con su correspondiente logo y eslogan). El logo del gobierno es un sol con muchos rayos: podría ser el amanecer. Y a su vez, es el sol de la bandera. Tal vez lo que quiere transmitir el gobierno a través de esta imagen es: “el amanecer del país”, o “el nacimiento del país”.

Y yo me pregunto, ¿hasta qué punto es una representación (una imagen) y hasta qué punto es real esto del amanecer? ¿Será cuestión de tener paciencia solamente? ¿Y mientras tanto? Un amanecer no tendría que ser muy prolongado. Si así fuera, algo estaría mal.

Sea como sea, yo sé que miseria y violencia hay en todos lados. Tal vez como acá en Uruguay somos tan pocos, es mayor la probabilidad de que sea uno mismo víctima de la situación. Aunque, justamente, me pregunto ¿cómo es que siendo tan pocos, nos es tan difícil salir adelante?

Por lo pronto, mi ida al “paseo de los pescadores” quedó en suspenso. En estos últimos días he estado un poco inquieta porque había descubierto una función que tenía mi mp3 para grabar voz. Y había estado, en más de una oportunidad, muy entusiasmada grabando pensamientos y reflexiones. Ahora pienso que tal vez haya alguien por ahí, escuchando mis pensamientos; no me gusta nada esa idea. Me parece un tanto invasivo.

Probablemente sea esto lo que me resulta más preocupante. Constatar que lo que se está aceptando con ese “no provocar” es, justamente, esa invasión. En esta forma de prevenir el delito, que pareciera estar culturalmente asimilada, hay una aceptación implícita. Es la persona (y no sus pertenencias) la que queda expuesta. Fueron mis pensamientos los que quedaron más expuestos ese día.

En este sentido, apatía, indiferencia y resignación, podrían ser tan sólo síntomas de un país que permanece adormecido (durante el amanecer), sin estar dispuesto a salir adelante.

Publicaciones virtuales consultadas:

‘Mercado Pasta Base de Cocaína en Uruguay - Complejidad y prospectiva’. Autores: Garibotto G., Calicchio L., Latorre L., Sacrlatta L. Publicación basada en el Proyecto de Investigación ‘Características del consumo y mercado de PBC en Montevideo y Área Metropolitana’. Montevideo, 2006. Disponible en: <http://www.tni.org/docs/200702282203566165.pdf>.

Fecha de Consulta: Octubre, 2007

Investigación cualitativa: ‘Pasta Base de Cocaína - Prácticas y Gestión de riesgos en adolescentes uruguayos’. Realizada por ONG IDES (Instituto de Investigación y Desarrollo).

Disponible en: <http://www.infodrogas.gub.uy/html/material-educativo/LibroPastaBase.htm>.

Fecha de Consulta: Octubre, 2007

Sitios web consultados:

Presidencia de la República Oriental del Uruguay: <http://www.presidencia.gub.uy/>.

Fecha de Consulta: Octubre-Noviembre, 2007

Ministerio del Interior: <http://www.minterior.gub.uy/>.

Fecha de Consulta: Octubre-Noviembre, 2007

Junta Nacional de Drogas: <http://www.infodrogas.gub.uy/>.

Fecha de Consulta: Octubre-Noviembre, 2007

Ministerio de Desarrollo Social: <http://www.mides.gub.uy/>.

Fecha de Consulta: Octubre-Noviembre, 2007

[Chile]

LA GARRAPATA: UNA VOZ CONTRA LA DISCRIMINACIÓN

Para los chilenos La Legua es el lugar más peligroso del país, nido de delincuentes. Los que allí viven soportan desde niños las balas del narcotráfico, la violencia policial y la estigmatización que hoy los mantiene aislados dentro de Santiago. Con historias e ideales distintos, los miembros de la agrupación legüina La Garrapata combaten su marginación re-escribiendo la “leyenda negra” de su barrio en sus propios medios de comunicación.

Javiera Carmona J.

jcarmonaidees@gmail.com

Nació en Santiago de Chile. Es periodista e historiadora. Ha hecho periodismo deportivo, científico, social y medioambiental en prensa, radio y televisión. Actualmente es académica de la Universidad de Santiago de Chile y de la Universidad Arcis en Valparaíso.

“Los Carabineros detenían gente en la calle buscando drogas. Las mujeres policías metían la mano bajo la camisa a ver si escondían algo entre el sostén y los pechos. Apretujaban todo el cuerpo buscando la droga. Lo peor era cuando ordenaban agacharse sin doblar las rodillas y metían el dedo en el ano como último escondite para las drogas. Como yo ya sabía de esto no dejé que me revisaran y me llevaron detenida a la Comisaría. A mi marido también se lo llevaron preso con otros pobladores que volvían a sus casas desde sus trabajos. No aceptaron que la policía abusara así”.

Doris Zamora lleva puesto un delantal azul con cuello blanco y tiene el pelo negro rizado recogido en un moño. Es maestra de prescolar, tiene 48 años y lleva toda su vida en La Legua. Sus ojos pardos se abren expectantes cuando describe la indignación que sintió la vez que la detuvieron a pocas cuadras de su casa.

“Estábamos muy molestos porque ‘los pacos’ nos trataban a todos como narcotraficantes. No es posible que humillen así a las personas pobres que después de todo un día de duro trabajo en la construcción, vendiendo frutas y verduras en la feria, en el comercio ambulante, en el servicio doméstico o dando clases en una escuela pública, se encuentran con que al llegar a su casa tienen que someterse al maltrato policial sólo porque viven en un lugar que se ha convertido en el punto negro de Santiago”.

“Al principio reclamamos ante el Alcalde para que al menos las mujeres policías se cambiaran los guantes quirúrgicos que usaban después de cada revisión. Pero después yo averigüé que según la ley, la policía sólo está autorizada a pedir la cédula de identidad a una persona sospechosa. La ley no dice que puedan revisar de esa manera tan espantosa y menos llevarte detenido sin razón”.

“Cuando tuvimos claro lo que decía la ley, los dirigentes sociales de las tres Leguas (la Vieja, Nueva y de Emergencia) movilizamos a los vecinos de la población y logramos reunirnos con el Alcalde y un representante del Ministerio del Interior para exigir que terminaran con esa forma de control y que empezaran a focalizarse en las bandas de narcotraficantes que son los verdaderos delincuentes de La Legua. Yo creo que el resultado de la presión que ejercimos los vecinos determinó que el gobierno concentrara sus operativos anti-drogas en las grandes bandas. Algunas ya las han desbaratado”.

En el año 2001, el gobierno de Chile (gobernado por Ricardo Lagos) comenzó el plan antidelinuencia “Barrio Seguro” con la intervención de La Legua de Emergencia. Esta es una de las tres áreas en las que se divide la gran población de La Legua, en el municipio de San Joaquín, al sur de Santiago. El fin era penetrar con intensidad donde “la delincuencia y el narcotráfico amenazan con tomarse las calles y plazas”. Así comenzaron por un sector de la ciudad que en el “imaginario santiaguino” siempre

está asociado al delito y delincuencia. Para muchos chilenos La Legua “es el lugar más peligroso del país”.

Desde el 2001 la comunidad de La Legua comenzó a vivir en la encrucijada del miedo: entre las balas de las bandas de narcotráfico y el actuar violento de las fuerzas policiales.

Vista de lejos la casa de Doris parece una vivienda atacameña. Las paredes exteriores son color ocre con algunas incrustaciones de cerámica como decoración. El dintel de la puerta es bajo y en las tardes de verano luminosas, cuando el sol quema en la calle, el interior de su casa es fresco y penumbroso, como si estuviéramos en un pueblo del Desierto de Atacama. Allí vive hace casi 20 años. Antes de eso vivía en la casa de al lado que es la de su padre, uno de los fundadores de la población La Legua.

“Después que nos reunimos con las autoridades una tarde tocaron la puerta de mi casa. Era un niño como de 10 años que me traía un recado: ‘me mandaron a decirte que te van a hacer así’, mientras me apuntaba con sus dedos como si fuera una pistola y hacía como si me disparara. Le contesté que no tenía miedo. Y de verdad no tengo miedo y tampoco voy a dejar que me atemoricen”.

Doris participa en movimientos sociales desde adolescente. Cuando comenzó la Dictadura de Augusto Pinochet, en 1973, ella tenía 14 años. Su padre fue minero del salitre en el norte de Chile y la apoyó cuando entró a las Juventudes Comunistas. Durante los 17 años que duró el régimen militar Doris luchó con otros jóvenes contra la represión. Luego en democracia, y fuera del Partido Comunista, Doris ha sido dirigente social en varias agrupaciones (centro de padres, junta de vecinos, agrupaciones culturales) desde las que enfrenta la discriminación y pobreza de La Legua.

“Estábamos reunidos con unos amigos en mi casa hablando sobre lo que estaba pasando en La Legua con la delincuencia, la policía y cómo el resto de la sociedad nos ha puesto a todos la etiqueta de delincuentes, igual como lo hizo Carabineros. Con mi marido les propusimos crear nuestros propios medios de comunicación, como una radio, para mostrar lo valioso de la gente de La Legua. Nos dijeron que eso demoraba mucho tiempo y que no teníamos dinero, pero igual quedaron entusiasmados con el proyecto y se comprometieron con él. Después, cuando estábamos solos en la casa y la niña se había dormido, yo le dije a mi marido: ‘Negro, hagámoslo aunque nos quedemos nosotros dos solos haciendo todo en la radio’. Así comenzamos”.

En el 2001 crearon el Centro Cultural y de Comunicaciones La Garrapata. Hoy Doris Zamora es la directora, elegida por segunda vez consecutiva, y tienen no sólo la radio sino además un canal de televisión, infocentro con Internet y biblioteca para la comunidad. Pronto sacarán una revista.

En *La Garrapata* participan alrededor de 20 personas –algunas desde el inicio de la agrupación, otros se han incorporado después– con distintas tendencias políticas, intereses y opiniones. La mayoría de ellos corresponden a la tercera generación de leguinos, a los nietos de los fundadores. A su vez, algunos participan en otros grupos culturales, sociales y políticos en el sector, como es el caso de Gustavo “Lulo” Arias, militante de las Juventudes Comunistas, líder de la banda de *hip hop* y agrupación socio-cultural *Leguayork* y subdirector del canal de televisión y de la radio. Además administra el sitio web oficial de la población La Legua. Víctor Aguilera, encargado del infocentro y biblioteca comunitaria, fue colaborador del centro de apoyo infantil *La Caleta* en La Legua y toda su vida ha participado del movimiento comunista de la población. En *La Garrapata* también colaboran Guillermo Vásquez, actual director de la radio *La Ventana* y el marido de Doris Zamora, Jaime Álvarez, director del canal de televisión. Lo que tienen en común los miembros de “La Garrapata” es que todos se han convertido en “gestores culturales” que dedican la mitad de su tiempo a cambiar La Legua y el resto a sobrevivir haciendo trabajos de plomería, electricidad, computación.

“Le pusimos *La Garrapata* porque es un bicho que está metido en todas partes. Además, una vez que llega cuesta mucho sacarlo porque se agarra con todo. No hay cómo eliminarlo”.

Historia de una emergencia permanente

La Legua queda a 5.572,7 metros de la Plaza de Armas de Santiago, lo que equivale a “una legua” o una hora de caminata. De ahí viene el nombre de este sector de Santiago que es un “micromundo”.

Según el historiador Armando De Ramón, en Chile se le llama “población” a un asentamiento humano preferentemente urbano, denso y popular. Es el tipo de instalación humana más antiguo en el mapa de la ciudad, remontándose a 1860. De ahí en adelante Santiago se expandió hacia la periferia incorporando poblaciones de sectores populares y en menor medida de sectores medios. Pero para el común de los santiaguinos una población es un lugar donde vive gente pobre.

La Legua se formó en tres fases que se reflejan en sus tres sectores. Los historiadores que han recopilado testimonios de los vecinos más antiguos aseguran que la primera etapa del poblamiento se inició en 1931 con la llegada de los obreros desempleados de las minas de salitre nortinas. El padre de Doris Zamora emigró a La Legua desde el último pueblo salitrero de Chile, María Elena, a 1.510 kilómetros al norte de Santiago, en el Desierto de Atacama. Con la invención del salitre sintético alrededor de 1917, Alemania logró el reemplazo del salitre natural en la fabricación de explosivos y fertilizantes. La industria minera chilena colapsó y dejó a la deriva masas de trabajadores con sus familias.

Con los años, esta primera zona poblada se llamó Villa Santa Rosa, pero la gente la conocía como Población Legua Vieja. Para el historiador Mario Garcés esta es la primera población en Chile. Incluso algunos sostienen que es la más antigua de Latinoamérica.

A mediados del siglo XX, Santiago creció de manera explosiva con la llegada de obreros de todo el país buscando empleo en las industrias en desarrollo. Pero la ciudad no tenía servicios públicos ni suficientes viviendas. La crisis social fue incontenible, con miles de persona sin casa. Los campamentos con carpas y casitas de cartón y lata (callampas o ranchos) se multiplicaron en la periferia de Santiago, en las riberas de ríos y en las faldas de los cerros. Muchos callamperos (quienes viven en estos ranchos o viviendas marginales y precarias) se instalaron a lo largo de los 5 kilómetros del pestilente e inhumano Zanjón de la Aguada (entre las avenidas Vicuña Mackenna y General Velásquez).

En el Zanjón de la Aguada vivían alrededor de 35 mil personas en chozas de cartón. En las orillas cavaban hoyos donde defecaban y metros más adelante sacaban agua para beber y lavar. Muchos ancianos y niños morían por las condiciones insalubres. Las mujeres dormían con luces encendidas para evitar que las ratas mordieran a los niños, pero a pesar de estas medidas siempre había muertes infantiles. Cada 100 metros un pilón o surtidor de agua potable abastecía a la población. Se formaban largas colas que duraban todo el día. Las inundaciones en invierno y los incendios también eran una amenaza permanente. Entre 1947 y 1957 el fuego destruyó más de 600 viviendas. Hubo mucha gente damnificada del último incendio en el año 57 que salió del albergue provisorio en un estadio deportivo a tomarse el terreno desocupado de La Chacra de La Feria, el que años después se convirtió en otra emblemática población de Santiago: "La Victoria".

Desde 1945 el problema habitacional de la capital se declaró en "emergencia". Las tareas y estrategias del gobierno también eran de emergencia para resolver los problemas más críticos de falta de vivienda. Una de estas medidas provisorias dio lugar a la Legua Nueva, formada en sucesivas oleadas de migrantes que no hallaron su lugar en Santiago.

En 1947 alrededor de 38 familias que vivían en las riberas del Zanjón de la Aguada arribaron a la Legua Nueva. Se instalaron entre la actual avenida Santa Rosa y calle Sierra Bella. Otro grupo de unas 700 familias provino de la famosa toma de terrenos del barrio Zañartu de Ñuñoa, considerada la primera toma organizada de sitios en Santiago, colindante con la ubicación actual del Estadio Nacional. En 1948, el gobierno los trasladó de manera definitiva a La Legua. Desde la población El Peral y la población Sudamérica llegaron 450 familias más. La tercera etapa de formación de La Legua fue en 1951. Las autoridades municipales aprobaron la llegada de casi 200 familias desde un antiguo barrio obrero formado por conventillos ubicado entre el parque de la Quinta Normal y la estación de trenes Yungay. El traslado era provisorio, con viviendas de "emergencia", mientras la Caja de Habitación resolvía un emplazamiento definitivo que nunca ocurrió. La Caja de Habitación fue un organismo gubernamental creado para eliminar los conventillos y barrios obreros degradados. Debía reubicar a la clase trabajadora y a los crecientes empleados públicos, como los Carabineros.

Al lugar se le bautizó como La Legua de Emergencia, un espacio encajonado entre una Avenida principal, Santa Rosa, y estrechas calles o pasajes.

Por último, se agregó un contingente que llegó desde las poblaciones callampas ubicadas en la ribera norte del río Mapocho y en el canal La Punta, en el sector de Independencia, al norte de Santiago.

En la actualidad las tres Leguas, que en realidad forman una sola y sofisticada red de relaciones sociales y territoriales, tienen una población total de 14.011 habitantes. En La Legua Vieja viven 2.878 habitantes, en La Legua Nueva 6.218 y en La Legua Emergencia 4.915 personas. “Yo noto que en estos últimos años ha llegado gente nueva a La Legua, gente que viene con proyectos e ideas para ayudar a la población. Sobre todo es gente joven, artistas, gente que se dedica al teatro callejero, a la música, ‘misioneros’. Algunos hasta se han quedado a vivir con su familia. Son los nuevos emigrados a La Legua”, cuenta Víctor.

Un micromundo complejo

La Legua tiene un aura mítica contradictoria. Muchos le temen porque sólo la reconocen como el epicentro del narcotráfico y delincuencia. A otros les conmueve la lucha y sacrificio de sus pobladores. Algunos la admiran por asociarla a relatos heroicos de oposición a la Dictadura. Unos cuantos se sorprenden por la riqueza cultural de su comunidad y su capacidad organizativa. La Legua tiene un aura mítica contradictoria. Muchos le temen porque sólo la reconocen como el epicentro del narcotráfico y delincuencia. A otros les conmueve la lucha y sacrificio de sus pobladores. Algunos la admiran por asociarla a relatos heroicos de oposición a la Dictadura. Unos cuantos se sorprenden por la riqueza cultural de su comunidad y su capacidad organizativa. La Legua es un micromundo heterogéneo y complejo.

En la historia reciente de Chile, La Legua está inscrita como un lugar de represión y resistencia a la Dictadura de Pinochet. Durante el gobierno de Salvador Allende se especuló con la idea de que en La Legua vivían extremistas de renombre porque la población ha tenido una tradición política comunista y socialista. Lo concreto es que para el día del golpe militar, el 11 de septiembre de 1973, los jóvenes legüinos y trabajadores de una industria vecina se enfrentaron al Ejército y Carabineros en las calles de la población. Fue la única comunidad urbana que combatió a las fuerzas militares. Ese día, hubo tres muertos civiles en la población y en los días siguientes hubo allanamientos y cientos de detenidos. En el Informe Rettig y en el de la Corporación de Verdad y Reconciliación hay 44 víctimas identificadas de La Legua.

En los años siguientes a 1973, en la década de los 80, La Legua vivió el acoso del régimen, como también ocurrió con la población La Victoria, al otro extremo de la ciudad.

El “capital humano” de La Legua es de una fertilidad inusitada. Según estudios de universidades privadas y estatales, en La Legua hay más organizaciones sociales con

participación de sus propios habitantes que en cualquier parte del país. El sociólogo Rodrigo Ganter explica que la comunidad debió crear estrategias para sobrevivir al hambre, represión, aislamiento, desempleo y opresión, lo que dio lugar a una vasta y potente red de organizaciones sociales, culturales, económicas, de derechos humanos, políticas y religiosas.

En La Legua hay agrupaciones deportivas como los “Jotelácticos Fútbol Club” y la “Escuela de Fútbol Bam Bam Zamorano”; centros de cultura como “La Casa de la Cultura de La Legua” y *La Garrapata*; conjuntos de música como “Tierra Sagrada”, folklóricos como las cuecas bravas de “Los Trukeros”, de *hip hop* como “Leguayork” y de tambores como la “Batucada Furia Leguina”; grupos de teatro como la “Compañía de Teatro Sol Naciente”, el “Teatro de Emergencia”, comunidades terapéuticas y de rehabilitación de drogadictos como “Joven Levántate”, religiosas como la “Casa de Acogida Cristo Especial” donde reciben también niños discapacitados. En la Parroquia de La Legua de Emergencia hay comedores cuatro días a la semana donde llegan hasta 200 personas hambrientas.

La Legua es más parecido a un desierto florido que a un pueblo del *far west*

Un sábado a fines de 1989 –año de mucha tensión política y social por la salida de Pinochet e inicio de la democracia– estuvo en La Legua el embajador de Sudáfrica, Pieter van der Westhuizen. Invitado por el periodista Abraham Santibáñez y su esposa, el diplomático fue a conocer las actividades que realizaba con los niños de la población el Centro Cultural José Manuel Parada, bautizado en honor del profesor degollado por la policía en 1985.

La “leyenda negra” de La Legua no atemorizó al diplomático, o al menos si lo pensó no lo dijo, cuenta Santibáñez. Estaba vivamente interesado en conocer el “Chile real”, lejos del exclusivo sector en el que está la Embajada de Sudáfrica en Santiago. El Mercedes Benz del embajador quedó estacionado en una calle principal. Caminando llegaron al Centro Cultural donde los niños se mostraron muy cariñosos, aunque no sabían dónde quedaba Sudáfrica y no entendieron muy bien quién los visitaba. Después recorrieron las calles de tierra, sin pavimentar. Los pobladores los vieron pasar, los saludaron curiosos y también amables y cordiales. La calmada visita duró tres horas y el embajador se comprometió a ayudar al Centro, y así lo cumplió. Santibáñez cuenta que mucho después recordó la visita y empezó a evaluar los riesgos que habían corrido sin siquiera pensar en ellos. El embajador era un general en retiro, representaba un país que todavía vivía en *apartheid* y que mantuvo excelentes relaciones con el gobierno militar chileno: era un objetivo ideal no sólo para asaltos sino también para atentados o secuestros.

En La Legua no todos son delincuentes. Hay brigadas muralistas, centros de madres, de salud, organizaciones políticas, talleres de arte y organizaciones no

gubernamentales como “La Caleta”, dedicada al desarrollo cultural y social de niños y jóvenes. Algunas de estas agrupaciones conforman la Asamblea de Organizaciones de La Legua; un conglomerado flexible de participación y aporte de sus miembros, donde no hay ningún tipo de jerarquía entre los colaboradores. Es una organización “horizontal” que respeta las dinámicas propias de cada organización.

En diciembre del 2007 coordinaron la celebración del 60 aniversario de la fundación de La Legua (de la Legua Nueva). A través del sitio web www.lalegua.cl recibieron propuestas de la comunidad. El evento que duró todo el día se llamó “Territorio liberado para el arte y la cultura”, con batucadas, murgas y niños pintando murales en las calles de la población. También hubo representaciones teatrales callejeras, música popular, poesía y un campeonato de fútbol infantil callejero “Todo es cancha”. Incluso acordaron un himno oficial de los 60 años de La Legua que creó el grupo “Tierra Sagrada” en ritmo salsero: “*en lucha sin tregua, allá arriba está La Legua...*”. La canción, que se puede “bajar” de Internet en el sitio web www.myspace.com/tierrasagrada, propone una “variación” de la famosa Pedro Navaja de Rubén Blades, contando que el célebre mafioso de Nueva York se pasea por La Legua Emergencia... por la “Leguayork”.

Las estrechas calles de la población, recalentadas por el sol de verano, esta vez fueron secuestradas por la comunidad y arrebatadas a las mafias.

Donde se instala la feria de frutas y verduras por la mañana; por donde deambulan en la tarde perros vagos tras los restos de comida y “La Vanessa”, una mujer sucia y enajenada vaciando los basureros buscando quién sabe qué; por donde se detienen autos con vidrios oscuros a cualquier hora del día esperando un contacto que les venda cocaína, hubo música, pintura, poesía y una nueva cultura ciudadana donde “nadie sobra”.

En los noticieros nocturnos de televisión no hubo ni una imagen sobre este evento que convocó a cientos de personas. Tampoco en las radios, ni en la prensa del día siguiente se mencionó ni una palabra al respecto.

Al legüino sólo se le identifica con la cultura del delito, con el “choro” que compete con los delincuentes de los circuitos internacionales. En Alemania, Suecia y España la policía desbarató en el 2007 varias bandas de ladrones chilenos, formadas por menores de edad, con niños de 12 años que viajaron a Europa desde La Legua y otras poblaciones de Santiago y del sur de Chile. Los jóvenes “aspirantes” a ladrones internacionales se preparan en sus poblaciones leyendo mucho sobre los países en que van a actuar; aprenden nombres de calles, lugares, zonas turísticas e incluso idiomas, explica la criminóloga Doris Cooper. Cuando vuelven a Chile se vuelven unos pequeños “padrinos”, como Manuel Fuentes Cancino, alias “El Perilla”, jefe del Cartel de La Legua hoy preso en la Cárcel de Alta Seguridad de Santiago (CAS). En Navidad, por ejemplo, cierran calles completas para festejar con su aporte a todos los niños del sector y se apoderan del espacio público.

Doris Zamora aclara que no trata de *tapar el sol con un dedo*. “Nosotros no desconocemos que aquí hay delincuencia, tráfico de drogas, consumo de pasta base y violencia. Pero los medios de comunicación sólo se quedan con eso y no les interesa mostrar la realidad de la población: gente buena, trabajadora, organizada en grupos que se esfuerzan por cambiar el mundo en el que vivimos. Si la gente, y en especial los niños, sólo ven violencia de su propia comunidad jamás podrán imaginar otra forma de relacionarse, no podrán pensar que las cosas puedan ser distintas y con eso comienza todo cambio”. La Legua “real” es un micromundo por el que no se interesan los medios de comunicación.

Asesinato de imagen

El domingo 19 de septiembre de 2006, una “bala loca” le atravesó la cara a Carolina Mercado, de 15 años, cuando salió a comprar pan. La joven cayó herida a metros de una riña en la que se dispararon varios tiros. Este episodio apareció una y otra vez en diarios, programas de radio y canales de televisión. Casi un año después, el lunes 18 de junio de 2007, un canal de televisión de cobertura nacional transmitió un reportaje especial titulado “El ghetto de la muerte” con imágenes de archivo del “accidente” de Carolina y tiroteos, allanamientos de casas, detenciones de sospechosos, peleas callejeras, escenas de consumo y tráfico de drogas, muchas de ellas grabadas con cámaras escondidas. Fue un *collage* de imágenes obtenidas en los últimos tres años para demostrar que la intervención social del Gobierno fracasó en La Legua y por cierto, el plan “Barrio Seguro”.

En el sermón del domingo siguiente (24 de junio de 2007) el Párroco de La Legua de Emergencia, Gerardo Ouisse, leyó una carta pública que envió a Chilevisión, en nombre de la comunidad, en la que encara de manera serena y categórica al canal sobre su responsabilidad social como medio de comunicación nacional.

“Para nosotros, pobladores de la Legua Emergencia, ha significado en la práctica un endurecimiento en el ya insoportable aislamiento que vivimos dentro de Santiago, como producto de la estigmatización que se ha instalado en la opinión pública. Los resultados de esta estigmatización, que posiciona en el imaginario de los habitantes de nuestra ciudad que toda persona relacionada con la Legua es un posible drogadicto, traficante o delincuente, son muy concretos y reales: ahora es aún más difícil conseguir empleo y más necesario ocultar domicilio, familia y raíces para obtener un puesto de trabajo. Ahora hay menos voluntarios que quieran venir a trabajar en los programas sociales y se ha debilitado la red social que es en la práctica la única fuente de esperanza para los vecinos. Ahora es más difícil que algún chofer quiera entrar a nuestra población. La presunción de que todo legüino es narcotraficante o delincuente se confirma como un papel de antecedentes que nos acompaña desde la niñez hasta la muerte”.

Doris cuenta que varias veces los canales de televisión les han pedido entrevistas para hacer reportajes sobre *La Garrapata* de La Legua.

“Pero nosotros no aceptamos porque sabemos que es una excusa para mostrar lo mismo de siempre. Una sola vez caímos en la trampa: vino un canal de televisión, nos entrevistó, nos grabó y después en el programa final que duraba una hora sólo aparecimos 30 segundos y el resto era un operativo de la policía con las balaceras de siempre y los ‘choros’ vendiendo droga. Nosotros nos quejamos y en una oportunidad los amenazamos con juntar firmas de todos los vecinos para prohibirles la entrada a la población si no mostraban algo de lo positivo que se hace aquí. Después de esa vez vino otro canal y les dijimos que podíamos hacerlo juntos, editando en nuestro propio estudio. Al cabo de un par de días nos avisaron que habían cambiado la pauta y que se suspendió la grabación”.

Los habitantes de La Legua sienten que la pobreza en la que viven es un espectáculo para la televisión. Los problemas sociales se convierten en peligros para la seguridad ciudadana y dejan de ser el síntoma de una sociedad que hay que reconstruir, sostiene el sacerdote de origen francés Gerardo Ouisse quien lleva más de cinco años en La Legua y 20 trabajando en Chile. “Lo que ha sucedido es una legalización de la discriminación”, denuncia el sacerdote.

Tanto en el sitio web www.lalegua.cl (ligado a *La Garrapata*) como en una decena de medios electrónicos alternativos se publicó la carta de Ouisse y discutió sobre la responsabilidad social, pública, de los medios masivos. El sesgo mediático hacia La Legua ya es todo un tópico en la agenda de los medios de comunicación ciudadanos que se difunden en Internet.

La gente de La Legua no sólo le teme a los narcos y a la policía, sino también a las cámaras de televisión. Lo habitual es que los canales hagan sus reportajes con cámaras digitales escondidas, “infiltrando” a un periodista o a un camarógrafo. Pero en la población todo el mundo se conoce desde hace años. Un afuerino no pasa desapercibido. La desconfianza es la que ahora se instala en las relaciones de los leguinos con el resto de la sociedad.

El asesinato de imagen de La Legua no sólo es un crimen de los pandilleros sino también de los medios de comunicación masivos. Los chilenos que viven en el extranjero se quejan por el deterioro de su imagen en el exterior ante la cobertura que la prensa le presta a los delitos de delincuentes internacionales latinoamericanos. La comunidad chilena en Estocolmo, una de las más grandes de Europa, advirtió en un comunicado de prensa que el tratamiento que los medios hacen de estas informaciones sobre robos sólo incentiva la discriminación hacia los inmigrantes y anima las campañas racistas y xenófobas de las organizaciones neofascistas. El fenómeno del asesinato de imagen del chileno en el exterior es la réplica del mismo “crimen” al interior de su propio país.

Radio La Ventana: una vitrina de La Legua

Doris Zamora tenía más de 6 meses de embarazo cuando en una punta de la calle, de pie, con megáfono en mano, se ponía a transmitir recados. Los sábados en la mañana, en la feria de frutas y vegetales, los miembros de *La Garrapata* comenzaron a difundir mensajes para los vecinos. “En un principio el feriante de un puesto le mandaba a decir algo a otro que estaba en el otro extremo. Después de unas semanas nosotros preparamos pequeñas informaciones de interés para todos los vecinos. La gente lo tomó muy bien aunque estaban bastante sorprendidos”. Pasado unos días se instalaron con un equipo de radiocasete, a todo volumen, para transmitir cápsulas informativas que habían grabado previamente. Sobre una repisa de la sala de estar de la casa de Doris Zamora, como una pieza de museo, está el viejo radiograbador negro en el que prepararon los primeros mini programas caseros.

“Un día se nos acercó Juan Carlos Molina, director de la comunidad terapéutica que atiende a drogadictos ‘Joven Levántate’ y nos ofreció ayudarnos con plata, unos 800 mil pesos (US\$ 1.400) para que armáramos una radio de verdad y compráramos una antena. El nos felicitó y vio que lo que estábamos haciendo era útil para todos”. Después ganaron la postulación a un fondo privado, Fundación Andes, para completar la creación de la radio.

“En un principio nos rechazaron cuando contamos de qué se trataba el proyecto porque no calzaba con las actividades que ellos apoyaban. Pero de todas maneras llenamos el formulario y nos presentamos. Cuando nos avisaron que fuimos seleccionados no lo podíamos creer. El evaluador después nos contó que al hojear los proyectos se le quedó pegado en la cabeza el nombre La Garrapata. Fue el primero que leyó, le gustó y lo aprobó. Yo sabía que La Garrapata era un buen nombre aunque a algunos del grupo no les gustaba. Es fuerte y pegajoso”.

En la Unidad Vecinal N° 20 de La Legua se instaló la antena con un equipo superior a los 30 watts y con una cobertura limitada a unas pocas cuadras que poco a poco fue creciendo hasta llegar a todo el barrio, aunque hay sectores donde la señal aún no se oye bien. *La Garrapata* comenzó a profesionalizar su trabajo capacitándose y participando en cursos y talleres. Radio *La Ventana* nació sin apoyo estatal y con pocos recursos. Hasta el día de hoy depende de lo que aportan los miembros de *La Garrapata*. Lo mismo ocurre con el canal de televisión. La comunidad también contribuye con lo que puede como “socio cooperador” o pagando a cambio de una frase publicitaria si es que tiene algún negocio o desarrolla alguna actividad comercial o profesional. También organizan actividades para recaudar fondos. “Cuando tenía la carnicería daba 15 mil pesos (US\$ 27), ahora doy menos, pero siempre doy”, cuenta un poblador.

Tampoco tuvo mayor respaldo tecnológico, ni en capacitación cuando crearon la radio. Sólo contaban con la limitada experiencia de Jaime Álvarez, el marido de Doris.

Jaime es administrador y trabajó un tiempo en una radio comunitaria que desapareció en el año 2000. Allí aprendió el manejo de los equipos y algo de producción como para desarrollar una programación. El horario de transmisión pasó de unas horas los fines de semana, con algunos programas de conversación y música que aportaban los propios vecinos, a cubrir las 24 horas todos los días.

Por lo general, los medios nuevos comienzan con una escasa audiencia, pero en el caso de *La Ventana* de inmediato captó la atención de los legüinos. No reemplazó de manera abrupta a la radio de gran cobertura, pero sí amplió y complementó la emisión de los medios establecidos. El año pasado *La Ventana* fue la segunda radio más escuchada en la población, detrás de una gran cadena radial nacional, según un estudio de mercado realizado por una consultora. En la actualidad hay tres radios comunales que compiten con *La Ventana* en todo el municipio de San Joaquín. Pero la feria callejera sigue siendo el centro y “termómetro” de la actividad de la radio en la medida en que es allí dónde los miembros de *La Garrapata* le preguntan a los vecinos qué opinan de la programación y si la escuchan o no; evalúan su capacidad para involucrar a las audiencias en los programas. En *La Ventana* hay foros paneles con preguntas e intervenciones en vivo de la audiencia.

“Con la radio comenzamos a crear nuestros propios medios de comunicación; medios que fueran un aporte para nosotros, que nos identificaran como personas y pobladores, que nos mostraran cómo somos y nos ayudaran a acercarnos entre nosotros”, explica Doris Zamora.

En los últimos 25 años las radios comunitarias, o radios ciudadanas sin fines de lucro, se multiplicaron en los sectores más pobres de Santiago como respuesta al sesgo mediático: los pobres y sus temas son invisibles para los grandes medios masivos.

Además, las noticias y la forma en que presentan la información es lejana y distante de la ciudadanía; eliminan todo sentido común crítico. Según el sociólogo Carlos Ochsenius, la radio oficial no contribuye con la demanda de los pobladores por participación ciudadana en los asuntos de interés público que los afectan como la desocupación, seguridad ciudadana e incluso el proyecto de país.

Los programas de *La Ventana* son variados como los intereses y las opciones políticas de los miembros de *La Garrapata*, como los vecinos que acuden a la radio a hacer sus propios programas y como los que escuchan el medio. Por ejemplo, durante el 2007 la radio acordó con el organismo estatal encargado de las pensiones emitir cápsulas radiales con información sobre trámites previsionales, temas de seguridad laboral, talleres y actividades para adultos mayores. También difunden mensajes prácticos de utilidad para las personas mayores. En especial las señoras llegan a la radio con sus CD de tangos para completar la programación de adultos. “Yo diría que los programas de tango son unos de los más escuchados en La Legua. Mucha gente los pide por teléfono”.

La misma Doris Zamora hizo durante tres años el programa “Más vale hombre en casa” dedicado a la sexualidad femenina, control de la natalidad, autocuidado. Fue un programa de radio que desarrolló una especie de educación a distancia. “Varias veces me abordaron mujeres en la calle para agradecer tal información que le aclaró dudas que tenían desde niñas o que mejoró la relación con su marido. Recuerdo en especial la reacción de algunas auditoras cuando traté el tema de las relaciones sexuales durante el embarazo. Estaban sorprendidas y agradecidas”.

La comunidad evangélica también participa en *La Ventana* con un programa sobre valores y comportamiento cristiano. El Partido Comunista tiene su espacio en el que discute sobre temas políticos contingentes y asuntos públicos de interés general como deserción escolar, embarazo adolescente, desocupación, costo de la vida.

Proyectos radiofónicos nuevos, a través de formatos innovadores, son propuestas que se ven en *La Ventana*, como los documentales radiofónicos, género que casi no existe en la radiodifusión comercial chilena. Basado en “Las venas abiertas de América Latina”, del escritor uruguayo Eduardo Galeano, en la radio hicieron un radioteatro de 20 capítulos de media hora titulado “500 Años”.

También hay vecinos que por su cuenta colaboran en la programación con tópicos de su interés o colocando su música favorita; del *hip-hop* al folclore, pasando por el grupo “Leguayork” a Víctor Jara y Violeta Parra. Los propios vecinos de La Legua son la audiencia de la radio y a la vez productores de programación radial en sus distintas especialidades (guionistas, radio-controladores, *DJ*, periodistas, locutores y analistas).

El que quiera puede proponer su programa sin discriminación, aunque su reputación sea oscura. Tan sólo se acordó como medida mínima para participar en la radio que cada quien se responsabilice por lo que dice, es decir, que verifique la veracidad de lo que expone, que apele a fuentes confiables y que no dañe la dignidad de las personas con descalificaciones. Así se evita algo que ocurre en cientos de programas de la radiodifusión chilena que tratan asuntos de la vida privada, del orden íntimo, doméstico.

En *La Ventana* se aborda la violencia doméstica, hay programas sobre prevención en drogas, sobre cultura juvenil y popular, se divulga el canto, teatro y se difunden las actividades que distintas organizaciones sociales desarrollan en La Legua. La radio es un animador social y cultural que contribuye con la creación de la vida comunitaria de la población y con la formación de la opinión pública local. Además, se ha encargado de la recuperación y recreación de la memoria histórica de la población difundiendo tradiciones y saberes locales. Con el programa “Voces del Pasado”, se propuso un recorrido por la historia de Chile desde 1890 pasando por la historia reciente del país y su relación con la población.

Paralelo a la delincuencia y narcotráfico, en La Legua hay una solidaridad comunitaria. La radio lo refleja y también potencia una cultura cívica que lentamente se fortalece

en la población, al punto que influyen en los procesos de tomas de decisión de las autoridades municipales y emprenden acciones colectivas por el bien público.

La Legua ha elaborado sus propios proyectos, agendas y estrategias para enfrentar sus problemas, que a veces coinciden y otras no con los de las autoridades municipales.

Cuando se multiplicaron las radios ciudadanas en Chile, a fines de los años 80, el poder político puso obstáculos legales para su desarrollo. En la actualidad es el propio gobierno el que valora el papel de las radios comunitarias al constatar que promueven la participación social y comprometen acciones por el desarrollo y superación de la pobreza. La trayectoria y experiencia de *La Ventana* es hoy modelo para otros proyectos locales. Incluso, a Jaime Álvarez lo reemplazan de manera temporal en sus tareas en *La Garrapata* porque está trabajando en una población rural cordillerana, al norte de Chile, desarrollando una radio comunitaria para los trabajadores agrícolas. En el invierno del 2007 tuvo un espacio de entretención en las mañanas llamado “La Olla Común”, en el que combinó música con información sobre cine y un radioteatro. Los viernes en la mañana Jaime Álvarez conducía el programa “Chileno: una mirada a nuestra identidad”, junto con Pancho Conejera y Alberto Cancino, en el que entrevistaron a folcloristas, músicos, artistas plásticos y visuales, poetas, historiadores sobre lo que distingue a la cultura chilena. Este programa fue una co-producción entre la radio *La Ventana*, el Centro Cultural de España, la Corporación Cultural del Rock y el Cómic y la Asociación de Radios Comunitarias de Chile y se emitió en numerosas radios ciudadanas en simultáneo. Los programas emitidos quedaron registrados en el sitio web www.rockchileno.cl/novedades.htm y aún son “bajados” por radios locales en su programación habitual.

La experiencia cotidiana de La Legua se observa en los contenidos y las formas de hacer radio, en la estética de la conversación radial propia de la comunidad. Con *La Ventana* los propios vecinos intentan dar un nuevo significado a su entorno, un sentido más bien crítico para una zona descrita sólo por la delincuencia. Hasta los mismos pobladores sólo veían la violencia de su sector sin apreciar ninguna otra cosa más que les permitiera ver su mundo de otra manera.

Un “manifiesto” de *La Ventana* publicado en su sitio web resume el aprendizaje vivido: “La experiencia de generar medios donde la comunidad participe, donde sean los creadores, ha sido una fórmula efectiva. *La Garrapata* descubrió un plus nunca antes visto en La Legua. Los pobladores empezaron a escucharse, la gente tenía enfrente la posibilidad de hacer radio, no había nada que se los impidiera, y lo que es más importante, podían dar rienda suelta a toda esa capacidad de crear que tienen los legüinos”.

En *La Ventana* se refleja la diversidad de culturas e identidades de La Legua, como en un vitral multicolor.

Legua Televisión: un verdadero canal público

“Mientras estábamos ocupados en producir lo que hoy conocemos como radio La Ventana 103.7 FM, en paralelo se gestaba otra idea: la televisión popular. Mientras los estudios de medios de comunicación de la Asociación Mundial de Radios Comunitarias (AMARC) nos decía que en promedio una organización se demoraba entre cinco y ocho años en generar este tipo de medios, La Garrapata al año siguiente de la fundación de La Ventana lanzó al aire la señal experimental de Legua Televisión Canal 3 (LTV)”.

Jaime Álvarez, es el Director Ejecutivo de LTV y cuenta que lo primero que hicieron fue visitar la televisión comunitaria de la población La Victoria para conocer de cerca la experiencia de estos pioneros. En octubre de 1998 salió al aire el Canal 3 de La Victoria y desde entonces se convirtió en modelo e inspiración de muchos proyectos de televisión comunitaria en todo el país, como Renca TV y Canal 39 de La Pintana en Santiago, e IrreverentTV en el litoral central, entre otros.

Después de la visita a La Victoria, *La Garrapata* se reunió para definir la propuesta de televisión para La Legua. La programación consiste en películas y documentales latinoamericanos que están fuera del circuito comercial de los grandes cines como “Más fuerte kel otro”, un filme del joven cineasta Marco Cabello, que muestra la vida en la población La Victoria, o documentales independientes que jamás se verán en la televisión abierta. La gente de *La Garrapata* también elabora sus propios documentales sobre la población, incluso muestran una mezcla entre videoclip y documental con la música del grupo Leguayork. “En algunas oportunidades han llegado vecinos contándome que tienen la película de moda en CD y que prestan el disco para que la transmitamos por la tele”, cuenta Doris Zamora.

En el invierno, cuando los niños estaban en casa por las vacaciones, LTV preparó una programación especial de dos semanas con dibujos animados “alternativos” que alternaban con Peter Pan y los clásicos de Disney vistos en los grandes canales y en la televisión por cable.

El concepto que acuñaron es “programa sofá”; trasladar a la pantalla de televisión una conversación cotidiana de la población ambientada en una sala de estar. El programa se graba en un estudio donde sólo hay un sofá como escenografía y el resto del programa depende del diálogo de los contertulios.

Lulo Arias ha presentado también sus propios trabajos audiovisuales, como “El Pueblo Unido”, inspirado en la emblemática canción de los 70’ compuesta por el difunto Sergio Ortega. El video fue dirigido y editado por el reconocido cineasta chileno Ricardo Hamiltong, y la música fue recreada por Leguayork. En el 2004 Hamiltong realizó un taller audiovisual en La Legua en el que participó Lulo y allí acordaron realizar este trabajo conjunto. Lulo, como el resto de los miembros de *La*

Garrapata participan de manera continua en cursos y talleres sobre técnicas y uso de soportes comunicacionales para mejorar la calidad de la programación.

Por ahora, el canal 3 de La Legua sólo transmite las noches del viernes, sábado y domingo: “en que un visitante fantástico te acompaña en las noches, transforma tu imaginación en imágenes, LTV”.

El último sábado de cada mes LTV transmite películas “triple x”, uno de los espacios más esperados por la audiencia legüina. “No se le olvide que hoy tocan las películas buenas, me dijo en tono pícaro un viejito de la población cuando iba de compras con Jaime y mis niños. Se refería a la película porno que tocaba esa noche”, cuenta Doris Zamora.

La vez que la “delegación” de *La Garrapata* visitó el canal de televisión de La Victoria se sorprendieron al ver que en la programación había películas pornográficas. “El Director explicó que a los pobladores les gustaba mucho y que de hecho exigían que no las sacaran de la programación”, relata Jaime Álvarez en su columna de *La Legua.cl*. La incorporación de películas con sexo explícito abrió un gran debate al interior de *La Garrapata*. Se preguntaban cómo lo acogería la gente y cómo manejar el tema moral.

En octubre de 2006, Jaime Álvarez leyó un reportaje sobre las películas porno en el canal de La Victoria desde el punto de vista de los pobladores. La mayoría de los entrevistados eran mujeres que agradecían la programación porque esas películas les aseguraba tener a sus maridos en casa al menos una noche. Un sábado al mes sus parejas dejaban de ir a beber con sus amigos y les dedicaban esa noche a ellas. Las entrevistadas, que en promedio tenían 35 años, evocaban sus travesuras de juventud cuando se las ingenian para encontrarse con sus parejas sin tener dinero para pagar un motel, o cuando llevaban al novio a la casa cuando los padres salían. Hasta señoras mayores felicitaban al canal porque les permitía ver películas que son un privilegio para los que pueden pagar un servicio de televisión por cable. Después de investigar el tema de manera profunda, Jaime Álvarez propuso en *La Garrapata* que incorporaran películas porno y que por ello no cometerían ninguna falta a la moral porque cubrían una necesidad casi inconfesable por las auditoras. “Hasta ahora hemos recibido sólo buenos comentarios de la comunidad. Nos exigen emisiones todos los sábados, cosa que explicamos imposible por ahora, pues el turno de control de televisión es complicado”, explica Jaime Álvarez.

Cada vez más los canales de televisión regional y local/comunitario adquieren mayor credibilidad y acaparan las preferencias de la audiencia. Es otro tipo de comunicación, no comercial, que no necesita acreditarse ante el mercado, constituye un fenómeno creciente en Chile. La radio y la televisión comunitaria entran en la vida cotidiana de las poblaciones y se incorporan de manera plena al consumo de símbolos y significados que procesan día a día.

La señal 3 de La Legua como la de La Victoria no existe legalmente.

Explica Luis “Polo” Lillo, miembro del directorio del canal 3 de La Victoria. *“Ninguna televisión comunitaria tiene existencia legal porque hay un vacío en la legislación chilena. Hace años que se discute el tema en el Congreso y los canales comunitarios esperan que los inviten al debate porque no hay nadie que sepa más del tema que sus propios protagonistas. Los vacíos legales tienen ventajas como por ejemplo que no están amarrados a una potencia de transmisión específica, ni a contenidos o materiales concretos. Tal como funcionan ahora los canales deberían pedir permiso de manera constante a los autores, productores y editores de los productos que sacan al aire, aunque la mayoría son de dominio público. Esto ya lo vivieron las radios ciudadanas que pasaron de 1000 a 200 después que se aprobó la ley que las rige. Más que un marco legal regulador, es la propia comunidad la que nos regula. Los canales comunitarios tienen la legitimidad que les da la gente; son los vecinos los que nos dan la legalidad con sus llamadas telefónicas, visitas y mensajes electrónicos”.*

Las experiencias comunitarias como la de La Victoria y La Legua han logrado agitar la duda sobre el concepto de televisión pública. En qué radica el aporte de la televisión pública de cobertura nacional llena de limitaciones que impone el *rating*, cuando tiene como contraparte canales de televisión con una misión clara, con una función y una política que se funda en la comunidad y no en la espectacularidad ambigua de los índices de audiencia.

Infocentro: un espacio de la no violencia

Un infocentro es un espacio de la comunidad que la ayuda en su organización. El infocentro de *La Garrapata* es una habitación de unos 30 metros cuadrados, con cuatro computadoras, un estante con libros escolares y un largo mesón en el que se pintan afiches, papelógrafos, telones y carteles. Ocupa una de las habitaciones del centro comunitario en el que hay una lavandería comunitaria, un centro de salud, una pequeña cancha de fútbol y un jardín infantil estatal de la Fundación Integra.

El infocentro abre alrededor de las 10 de la mañana y a veces cierra de madrugada si es que hay una reunión de alguna de las organizaciones de la población. Los últimos días de noviembre hubo una actividad frenética en el infocentro por la coordinación entre distintas agrupaciones de la celebración del 60 aniversario de La Legua. Mientras los grupos discutían sobre los detalles del evento en los computadores se alternaban niños que completaban sus tareas con información de Internet y otros que “chateaban” con amigos o revisaban sus correos electrónicos.

“Yo prefiero que los niños estén metidos aquí, aunque estemos todos apretados y acalorados, a que estén en la esquina fumando o bebiendo”. Víctor Aguilera, es el encargado del infocentro. Hace pocos meses que fue responsabilizado por este

espacio y ha logrado convertirse en un auténtico “facilitador” en la medida en que la gente, y los niños en especial, van continuamente al centro a conectarse en Internet y a hacer sus reuniones.

“La persona que estaba antes en el infocentro no tenía buenas relaciones con la gente de este espacio comunitario y tomaba su tarea como si fuera un ‘funcionario’, cerrando a la hora y con cero motivación por conectarse con los vecinos. Este puesto es clave porque uno es como un articulador de la comunidad; les cede el espacio a los vecinos para que se junten, discutan, revisen periódicos electrónicos o busquen información que necesiten. Se establece una relación de respeto mutuo y confianza”.

Víctor Aguilera pasa todo el día rodeado de gente. Lulo lo visita a menudo porque desde el infocentro actualiza el sitio web *La Legua.cl* y Doris también circula por allí porque trabaja en el jardín infantil vecino.

“Yo diría que el público fundamental del infocentro son las organizaciones sociales y sobre todo los niños. Lo terrible en este sector es que a un niño de 13 años que ya está metido en el mundo de la droga ya no lo puedes sacar de ahí. Hay varios muchachos que poco a poco han dejado un estilo de vida ‘peligroso’ y se han ido incorporando a las actividades comunitarias, como muralismo o campeonatos de fútbol”, señala Víctor Aguilera.

Para un niño de 6 años que vive en la extrema pobreza el ‘oficio’ de ladrón se convierte en una opción, sostiene la criminóloga Doris Cooper. “A los 12, por tanto, las cartas están tiradas pues el 91% de todos los menores ya está robando”.

Dentro de *La Garrapata* hay distintas opiniones sobre el tema de la seguridad ciudadana y el tráfico y consumo de drogas. Algunos sostienen que esto es responsabilidad del Estado y que la única forma de enfrentar el negocio de las drogas es cambiando el sistema económico de manera que la gente tenga trabajos dignos y no necesite ganar dinero negro. Otros consideran que el problema es muy complejo, se imbrica en la vida cotidiana de las personas, y sólo una estrategia de múltiples dimensiones puede contenerlo.

En lo que están de acuerdo las distintas organizaciones sociales de *La Legua* y los miembros de *La Garrapata* es que al narcotráfico y a la delincuencia no se le gana dando más tiros que ellos, como lo hace la policía, sino con trabajo, educación y cultura. La pobreza también es cultural cuando está asociada a hábitos, valores y una forma de ver el mundo que el dinero no la transforma.

El jardín infantil en el que trabaja Doris Zamora recibe a los niños más pobres del sector. Algunos viven con sus madres solas porque sus padres están presos; otros viven con familiares más o menos cercanos porque las mamás también están detenidas, y unos cuantos son cuidados por vecinos porque no tienen ningún pariente que los cuide.

“Nosotras las maestras tratamos de crearles hábitos mínimos, como lavarse las manos antes de comer o enseñarles otro tipo de relaciones entre ellos. Pero son niños muy violentos, se maltratan entre ellos, se dicen cosas muy fuertes y juegan a los pistoleros porque es lo que ven en sus casas y en las calles de su población. Luchar contra la violencia es muy difícil. Pero insisto, ‘es mejor hacer que decir’. A mi me emociona mucho cuando los niños hablan de ‘nuestra radio’. Ellos ya la han incorporado a su identidad. Es de ellos”.

La Legua necesita un cambio cultural; es la opción que desde el 2001 asumió La Garrapata y las agrupaciones que forman la Asamblea de Organizaciones de La Legua. Según Lulo Arias se ha reducido la delincuencia en la población.

“Primero porque ha ido aumentando la politización de los pobladores y cada vez hay mayor conciencia en que la droga y el narcotráfico son producto del sistema capitalista. Así los jóvenes comienzan a participar en organizaciones sociales. Segundo, porque la misma dinámica del negocio del narcotráfico requiere que el barrio esté tranquilo para no ahuyentar a los clientes que vienen a comprar drogas. Los mismos carteles tienen tranquilas las calles porque los beneficia”.

Otros están convencidos de que los crímenes han bajado en La Legua por la presión de la comunidad, pero los medios de comunicación masivos insisten con perpetuar el estigma del terror en el resto de los santiaguinos. Sólo los micromedios, como *La Ventana*, *LTV*, *La Legua.cl*, muestran el verdadero rostro de la población. Para el año 2008 esperan lanzar una revista mensual. Ya tienen las máquinas y están a la espera de fondos para completar la operación.

“Mucha gente me ha dicho ‘Doris ¿por qué no te mudas a otra parte para que tus hijos se críen bien?’ y yo les contesto que mi hija de 18 años es una joven ejemplar que trabaja y estudia con mucho sacrificio y es nacida y criada en La Legua. El problema no es La Legua sino la destrucción que han sufrido las familias con este sistema económico que promueve la pobreza. Yo jamás, jamás, jamás me mudaría de La Legua”.

Datos:

Centro Cultural y de Comunicaciones La Garrapata: ccclagarrapata@gmail.com, Infocentro La Garrapata

Dirección: Calle San Gregorio esquina Alcalde, La Legua, San Joaquín, Santiago de Chile. Teléfono: 56-2-5531455

Televisión Popular del Centro Cultural La Garrapata de la Legua: leguatv@gmail.com

Radio La Ventana 103.7 FM

Dirección: Unidad Vecinal N° 20, La Legua, San Joaquín, Santiago de Chile

Sitio web oficial población La Legua: www.lalegua.cl

[Bolivia]

MUÑECOS DE TRAPO

Jóvenes aymaras migran del campo, de la pobreza, de la desesperanza, a la ciudad. Llegan a El Alto, antesala de la capital boliviana, La Paz, y se deslumbran. Les entra la modernidad en el cuerpo. Pero lo que traen en el bolsillo es mucho más pequeño que el mundo ancho y ajeno que descubren. Sin dinero y con el deseo a flor de piel, se juntan y forman pandillas. Señalada como corrupta, la policía sobra. Por eso, los vecinos del barrio Huayna Potosí conformaron brigadas de vigilancia integradas por ellos mismos siguiendo costumbres comunitarias propias del origen de estos pobladores migrantes aymaras. Su mejor símbolo de seguridad: los muñecos de trapo en los postes de luz

Cecilia Lanza

cingalesa@hotmail.com / www.contramano.tv

Periodista. Magister en Estudios Culturales, ha publicado algunos libros de crónica. Produce y dirige el programa televisivo Contramano. Mención 2006 de la Asociación de Periodistas de la Paz en el marco del Premio Nacional de Periodismo. Es columnista del diario La Prensa.

La seguridad atada al poste de luz

Nos citamos temprano por la mañana en la Ceja de El Alto. Desde el centro de la ciudad de La Paz son 25 minutos de viaje en un minibús que no lleva más de 20 personas pero que cuando se le antoja puede cargar el doble de gente y no pasa nada. El minibús es el transporte más popular y parte de la identidad caótica de ambas urbes bolivianas: La Paz y El Alto.

El trayecto es, cada vez más, a la inversa: de abajo hacia arriba. Desde esta ciudad rodeada de montañas que ellos llaman *la hoyada*, hasta esa cima altiplánica donde viven: El Alto. Un nombre por demás elocuente. Porque desde allí arriba, a 12 kilómetros de la ciudad de La Paz, los alteños, más que vecinos, parecen vigilantes al acecho de este hoyo en el que habita el poder político boliviano.

Así fue como en octubre del año 2003, los alteños enardecidos cercaron *la hoyada* bloqueando el paso de camiones cargados de Gas Licuado del Petroleo (GLP) y alimentos que bajaban a La Paz, como medida de protesta: había comenzado la guerra del gas. Esa que después de más de 60 muertos, echó a pedradas a Gonzalo Sánchez de Lozada, el presidente.

A partir de entonces, los ojos del mundo se posaron sobre El Alto, como si esa ciudad de migrantes aymaras y quechuas, acabase de nacer. Claro, medio siglo atrás, quién iba a fijarse en ese barrio marginal de la ciudad de La Paz, poblado de indios. Alejado, frío y casi inhóspito, asentado en pleno altiplano, nadie imaginó no sólo que superaría en cantidad de población a la ciudad de La Paz, sino que sería el inmenso bolsón de los desdichados de gran parte de este país: indígenas, campesinos y ex mineros echados de sus fuentes de trabajo en Oruro y Potosí. Se calcula que El Alto tiene hoy más de un millón de habitantes. Según el último censo nacional, es la tercera ciudad más poblada de Bolivia y es también la ciudad más pobre de este país: el 70% de su gente vive por debajo del umbral de la pobreza. Pensar que hasta octubre de 2003 El Alto era invisible a los ojos del propio país que a partir de entonces comenzó a mirarse en el espejo y a descubrir –sorprendido– la dimensión de su rostro indígena.

Por eso el trayecto desde La Paz hacia El Alto es cada vez más... natural. Hasta hace poco tiempo atrás, El Alto era considerado una *ciudad dormitorio*. Pero si antes eran los alteños quienes bajaban a la hoyada a trabajar o en busca de trabajo, ahora somos los paceños quienes subimos cada vez con más frecuencia, para intentar comprender lo que sucede en este país arrebatado.

Arriba, en La Ceja, me espera Juan Yhonny Mollericona con su gorro algo rapero. Del cuello para abajo, demasiado formal. Como su nombre mismo pero a la inversa. Juan es hijo de esta generación de jóvenes migrantes, nacido en la provincia Camacho, criado en el puesto de venta callejero de su madre en la avenida Buenos Aires, vecino del barrio Tacagua, en las laderas de la urbe paceña. Juan es locuaz pero habla poco de su infancia, sólo al paso, una noche me dijo que su vida había sido “graaave” y

que vivió solo desde sus 13 años. De allí para adelante, alquilando cuartos, como gran parte de los jóvenes migrantes, Juan terminó viviendo en El Alto. Pero su historia no acaba en la pandilla como quisiera una crónica amarilla. Juan, atento y curioso, desde niño observaba a los ladrones del barrio chino, vecinos de su zona. El caso es que Juan solitario se inscribió en la carrera de sociología de la Universidad Mayor de San Andrés en *la hoyada*. Juan, sociólogo de 30 años, ganó una beca del Programa de Investigación Estratégica en Bolivia (PIEB) y hoy es un especialista en temas de seguridad ciudadana en El Alto. Como está desempleado, me acompaña al barrio Huayna Potosí, al norte en el altiplano alteño. 30 minutos de trayecto son insuficientes pero alcanzan para que Juan me cuente que aún entre pobres, hay diferencias.

Norte y sur. Ciudad Satélite, al sur, es la zona residencial de El Alto. Casi todas sus calles están pavimentadas, hay alumbrado público y los servicios básicos llegan casi a todos los hogares. Allí viven migrantes urbanos considerados el “rebalse de la hoyada”. Ellos, como en la zona sur de La Paz, el barrio rico, tienen seguridad privada porque pueden pagarla. Eso no garantiza, sin embargo, que no exista delincuencia. De hecho, El Alto es hoy la ciudad más insegura del país. Eso es así en las estadísticas oficiales y en la furia de los alteños que hace poco rompieron vidrios, prendieron fuego y destrozaron lo que pudieron de bares, cantinas y prostíbulos, porque están hartos del desmadre callejero.

El minibús en el que vamos se detiene en cada esquina. Juan aprovecha para mostrarme los muñecos de trapo de tamaño natural que cuelgan de los postes, cual ladrones ajusticiados. Entonces me habla de la particularidad del barrio Huayna Potosí. Hace rato que el asfalto quedó atrás.

Entre el campo y la ciudad moderna

“Robos y asaltos hay en todas partes”, dice Juan, antes de bajar del minibús. La particularidad radica entonces en “la emergencia de grupos juveniles que influyen en la sensación de inseguridad de la gente. Las pandillas han proliferado”. El minibús se detiene, bajamos y le pregunto “¿Por qué?”.

Juan cree que este es un problema estructural muy complejo. En todo caso se adelanta a decirme que la pobreza no es lo fundamental. El Alto tiene un rostro demasiado joven, más de la mitad de la población tiene menos de 20 años, eso tiene sus “pros” y sus “contras”, dice Juan. “Aquí entran en juego los consumos culturales de las pandillas, primero por imitación de las películas: comenzaron siendo un grupo de baile y luego pandillas; todo esto mediado por el alcohol y las drogas”, explica y subraya el asunto del consumo cultural porque el joven aymara llega del campo y se topa con El Alto, explotado de discotecas, y entonces dice: “soy moderno, visto moderno y me peino moderno”.

Los ojos le brillan y se esmera en explicar lo que sigue: “la gente cree que aquí en El Alto somos bárbaros, que derrocamos gobiernos, que hacemos linchamientos....

El Alto es una sociedad más compleja, más interesante...”. Entonces insisto en la cantidad de delitos, en la presencia de tantos muñecos colgados en los postes de toda la urbe alteña y entonces Juan habla del entorno físico urbano que es “fundamental”, porque “si no hay luz en las calles, si las casas son tan precarias... es decir, mientras más barreras restrictivas haya, menos delito habrá”. Y las barreras restrictivas son por aquí los muñecos linchados en cada poste de luz.

Bajamos en la avenida principal de Huayna Potosí, ancha y asfaltada, un contraste propio de todo El Alto: una avenida así, inaugurada ayer, y a la vuelta de la esquina altiplano, barranco y pobreza.

En esta equina hay una cancha multifuncional a los pies de la sede social de la junta de vecinos. Un grupo de mujeres, arrastrando sus polleras (vestido de la mujer indígena), están empedrando una parte de la vereda: con carretillas y palas, cargan arena, traen piedras... trabajan. Ese es el rasgo que diferencia a los migrantes alteños de esta zona: el trabajo comunitario o, como me diría Juan en el minibús, la “estructura mental” de las comunidades aymaras que “apoya a su estructura organizativa y se conforma colectivamente para todo: marchas, trabajos en el barrio..., igual que en el campo”. Con esa misma lógica idearon el asunto de las brigadas de seguridad vecinal.

Entre las mujeres, aparece don César Huanca, presidente de la junta de vecinos. No habíamos concertado ninguna cita, él estaba allí, ayudando y supervisando el trabajo. Se acerca, se alegra porque la presencia de algún periodista por aquí es nula y ellos necesitan contar sus necesidades y su experiencia con relación a cómo se han organizado para combatir la inseguridad, y porque eso suma puntos a favor de su gestión que lleva ya un año. Nos vamos a su sede social en plena construcción. Allí me habla del escaso presupuesto que maneja la junta de vecinos a su cargo: con todo el dinero del año sólo alcanzaría –“obra vendida”, dice con gran conocimiento– para asfaltar cuatro cuadras, por eso ellos se organizan y como contraparte dan su trabajo, compran arena o traen piedras y “jalan” (hacen alcanzar) para nueve cuadras. Todo, para evidenciar su pobreza y desamparo ante la delincuencia. Porque así, nadie podría pagar, además, un guardia privado.

Por eso, además de los afanes de pavimento y arena, el otro, ese que los ocupa todos los días de su vida, es la inseguridad. Cómo no, si el otro día mataron a un joven aquí nomás. Cómo no, si ha habido violaciones, si a cada rato aparecen cadáveres en el río a pocas cuadras, “dice que los traen de otros lados”, asegura don César.

Huayna Potosí es tan grande que se dividió en tres secciones para que el presupuesto otorgado por el municipio se reparta entre tres. Allí viven más o menos 7000 vecinos, dice don César, calculando que hay mil lotes donde habitan de cinco a tres familias.

Aquí la gente trabaja de sol a sol. Ellos son artesanos como don César que hace sombreros, o albañiles como cientos de ellos, o comerciantes informales las mujeres.

Salen en la madrugada y regresan como a las 10 de la noche. Para no dejar las casas solas, las encargan a sus inquilinos, o a sus vecinos, o se turnan para salir, o se consiguen un buen perro. Y es que los robos aquí suceden cuando menos dos por día. Otros dicen diez. Y es eso lo que indigna: “robar a un pobre”, se lamenta don César.

–“Vivimos prácticamente armados”, dice el dirigente. A pocas cuadras está el Distrito Policial Nº 5 al que los vecinos no le tienen ninguna confianza, porque no hace nada y porque sobre la policía pesa la garrapata de la corrupción. Por eso se han armado con palos, pitos y campanas, articulando un sistema de comunicación de alarma en cadena que sin embargo hoy se ha modernizado gracias al teléfono celular. Porque podrán ser muy pobres, pero la gran mayoría tiene un celular además, claro, de un televisor, aunque fuese diminuto y en blanco y negro.

“Se entra el ladrón y ese rato comenzamos a golpear los postes de metal con piedra”, relata don César, así se activa la alarma y el sistema se expande: el que oye hace sonar su pito y entre pitos y campanas (el sonido metálico de los postes) el barrio entero se moviliza y todos salen en ayuda de la víctima. Si atrapan al ladrón, el asunto se complica hasta el borde mismo del delito que pasa a manos de los vecinos: el linchamiento.

“No hemos cometido todavía ese delito”, aclara don César, pero también advierte que si las autoridades no hacen caso de sus denuncias cuando atrapan a un ladrón, “a diario escucharemos acerca de linchamientos”, dice con algo de cuidado porque hace poco él fue buscado por la fiscalía. Es que los vecinos estuvieron al borde, atraparon al ladrón y le dieron un escarmiento tal que la policía poco pudo hacer, aunque evitó el linchamiento. “Le hemos dado un castigo comunitario” explica don César que como dirigente está obligado a responder: “es que cuando la turba se enardece, ya está”, concluye.

“Hoy por ti, mañana por mí”

La mayoría de los vecinos de Huayna Potosí viene del campo. Ellos reproducen en el barrio sus costumbres comunitarias como el *ayni*, ese sistema de trabajo basado en la reciprocidad entre los miembros del ayllu (la comunidad indígena) que todavía se mantiene. “Hoy por ti, mañana por mí”, ese es el *ayni*. Todos trabajan a favor de uno. Cuando lo requieran, éste hará lo mismo por los demás.

Ese es el principio rector de las brigadas de seguridad conformadas por ellos mismos: cuatro miembros cada una, a veces más, generalmente hombres, aunque también van mujeres, “madres de familia”, aclara César. Por sectores y de acuerdo con un sistema de turnos, estos vecinos, uniformados de sí mismos, armados con pitos, piedras y palos, rondan por los lugares sospechosos. Comienzan a eso de las diez de la noche, que es cuando llegan del trabajo, hasta las dos de la mañana, luego entra otro turno hasta las cuatro ó seis del día siguiente, tiritando los dos a cuatro grados bajo cero.

Trasnochar y amanecerse no es extraordinario. La raza de bronce tiene sus propias razones para sentirse tal cosa. Aquí la gente está en pie cuando todavía es de noche. Seguramente por eso este serenazgo comunitario fue en parte alentado por don Florencio Mamani, sereno nocturno en un edificio de Sopocachi, el barrio residencial del centro de la ciudad de La Paz.

Desde que don Florencio decidió inscribirse en la carrera de ciencias de la educación de la Universidad Pública de El Alto (UPEA) carga siempre un montón de papeles, casi ostentando su condición universitaria a sus 54 años de edad. Su traza de universitario tardío tiene un sombrero de niño que supongo ayuda a paliar el sol y el frío que calan por igual. Como en tantos otros rostros indígenas, en este, además de todo, escasean los dientes. Pero a Florencio le sobra entusiasmo, “tenía 45 cuando entré a la Universidad”, se jacta contando además que en la vida fue, es y será de todo: minero, administrativo, ayudante de cocina, garzón, regente de colegio, sereno, estudiante y futuro maestro, sin contar el libro que tiene escrito sobre la historia de la UPEA. Eso me dijo días después, un sábado de asamblea general de la Junta de Vecinos de Huayna Potosí, primera sección, suspendida en medio del frío, la lluvia y un partido de fútbol televisado Argentina-Bolivia. Obvio.

Los genes del sindicalismo

Don Florencio, como la tercera parte de los migrantes alteños (las otras dos son campesinos y “rebalse urbano”), es un ex trabajador de la Corporación Minera de Bolivia (COMIBOL) echado cuando en 1985 se decretó en el país el libre mercado y la libre contratación: la maldición del neoliberalismo. Miles de mineros “relocalizados” fueron a dar a El Alto. Esto explica, según Florencio, el espíritu revolucionario alteño por cuyas venas corre sangre minera. “Siempre he sido dirigente”, dice, “en la COMIBOL he aprendido el sindicalismo”. De ahí que como él señala “muchos compañeros de la COMIBOL están dirigiendo hoy instituciones combativas de El Alto. Esa gente minera no es así nomás. Han traído el aspecto sindicalista, fuerte... Tienen esa escuela, esa formación.”

Con ese mismo impulso, Florencio empujó el asunto de las brigadas barriales. Como todos aquí hicieron el servicio militar o son ex policías, más fácil. “Salíamos entre tres: el delegado del sector más otros miembros, jefes de manzano (cuadra). Era obligatorio”, explica un poco decepcionado porque el patrullaje vecinal por ahora está en receso. Con más razón, él igualito se da sus vueltitas por ahí, todas las noches al salir de la escuela nocturna donde trabaja como regente hace 22 años.

Dos décadas lidiando con la disciplina de los jóvenes estudiantes, ciertamente han agudizado el sentido de vigilancia de Florencio. Por eso me explica todos los códigos de los changos pependieros, por ejemplo, los petardos que lanzan a eso de las nueve de la noche como llamada a reunirse en alguna plazuela, “como padres y vecinos ya hemos investigado”, advierte, “cuando sucede algo, salimos y con piedras tocamos los postes

de galvanizado". Como la mayoría de los vecinos, éste apunta igualmente a los jóvenes y pandilleros. Un arrabal le echa la culpa al otro. "Vienen de otro barrio" dicen.

A falta de carne... ¡aserrín!

La seguridad privada es cosa de gente con plata y por aquí eso no hay. Entonces, a falta de carne y hueso, aserrín. Igual que el día en que las mujeres construían las veredas, el trabajo con los muñecos repite la costumbre comunitaria. Se reúnen, hombres y mujeres y con gran entusiasmo moldean el cuerpo de la víctima. Cada uno trae algo: un pantalón, una chompa, una polera, gorra, zapatos, pasamontañas, a imagen y semejanza del ladrón que aprehendieron o de los que aparecen en la tele o en el EXTRA, el periódico de crónica roja.

Don Raúl, vecino del barrio contiguo, me contó que "su" muñeco guardián, ese que colgó en el poste de "su" esquina, ese que cuida su casa desde el día que asaltaron la tienda de la planta baja, lo construyó él solito con ropa americana de la Feria 16 de Julio (el mercado de ropa usada más grande del país): pantalón 1 boliviano (0,13 centavos de dólar), el resto del atuendo más o menos por ahí, menos las zapatillas deportivas y el cuerpo henchido de trapos, además de la pintura que dibuja el rostro y los efectos especiales: sangre..., un buen puñal, una cicatriz... y, claro, el cartel ("ladrón que sea atrapado, será linchado"; "muerte para el ladrón"; "ladrón será colgado"). Todo por 100 bolivianos (13 dólares americanos). Caro. Pero ciertamente más barato que un guardia de verdad.

Lo que importa es el valor simbólico. Eso explica Juan porque insisto en preguntar por la eficiencia de estos guardianes. Porque ante tal cantidad (en ciertos lugares hay uno en cada poste, nueve en menos de cuatro cuadras) de muñecos colgados, imagino que los delincuentes ya no les tiran bola. No, dice Juan: "los muñecos son siempre una señal de advertencia porque te dicen que en ese barrio los vecinos están organizados."

Los vecinos, como Raúl, piensan lo mismo: "ya saben qué les pasa si los pescamos". Por eso, mientras más parecido al último *thriller*, mejor. Pero Florencio va más allá: "Es como estrategia..., es una prevención. Los fabricamos pues con consenso de los vecinos y de acuerdo al delito que ellos cometan. Porque no puede ser pues: si ellos violan... no pueden estar libres, ni vivos. El que mata tiene que estar muerto también. Ese es el criterio de la zona". Inmediatamente después, Florencio explica que esas son decisiones "emocionales" porque al mismo tiempo sabe que "el que mata es el asesino".

Justicia comunitaria

Los muñecos son, finalmente, el lado más amable de la justicia comunitaria. Porque esa sapiencia de la cultura indígena que castiga al infractor según la falta cometida: con horas de trabajo o devolviendo dos o más veces lo robado pero nunca con el asesinato sino con la expulsión de la comunidad como castigo mayor (quitarle a alguien su sentido de pertenencia), en la ciudad moderna se ha tergiversado. El ladrón atrapado

no sólo paga por el delito cometido sino que carga además con 500 años de furia contenida por la maldita pobreza: “robar a un pobre, eso es lo que da rabia...”.

Juntos y revueltos

Por eso hace poco rompieron todo. Bares, prostíbulos y cuchitriles. Están hartos de tanto alcohol. ¡Qué manera de beber! Porque están alegres o por todo lo contrario, que al final da exactamente igual, esta gente se emborracha sin parar. Esa es la queja de quienes soportan luego, en las calles o en sus casas, las consecuencias de la violencia y el delito macerados en alcohol. La mayoría de los infractores son jóvenes, esos que migraron del campo y se toparon con la televisión y el teléfono celular y se desearon modernos.

Y ahora ¿quién podrá defendernos? Nosotros mismos. Porque la policía, ni hablar. Don César deja escapar algo que todos saben: los policías que hacen rondas por las noches –si es que– “viven por aquí cerca, entonces se van a sus casas a dormir y en las mañanas, como si nada aparecen.” Por eso, por ahora no hay esperanza. Ellos están librados a su capacidad de hacer frente a los embates del mundo moderno intentando sostener los hilos de los lazos comunitarios andinos, apelando a su creatividad que zurce guardianes de trapo, combinando los modos de la comunicación prehistórica con la tecnología del teléfono celular.

[Perú]

REALIDAD Y SENSACIONALISMO: UNA PARADOJA PERUANA

El sensacionalismo ha marcado escuela en la prensa escrita y audiovisual de Perú, tanto que su capital cuenta con el récord de diarios y canales de televisión en tono de escándalo. La mayoría sobrevive pese a sus tirajes reducidos y sus bajos niveles de sintonía, gracias a que enfatizan una realidad que se parece más a Macondo y que se basa en una falsa premisa: prensa es poder. No es extraño entonces que miedo y seguridad sean dos temas que van de la mano en Perú y que sensacionalismo y realidad no vayan juntas.

Luis Jaime Cisneros Hamann

ljcisneros@hotmail.com

Es periodista y trabaja en Perú como corresponsal de la agencia internacional de noticias Agence France Presse (AFP). Además es columnista de El Comercio, diario de referencia en Perú, profesor universitario, panelista de Radio Programas de Perú, colaborador de la BBC-radio y de la ONG humanitaria basada en Francia, Reporteros sin Frontera. Ha sido presidente de la Asociación de Prensa Extranjera del Perú.

Vivir en el Perú puede equivaler a generar nuevos miedos. Esa parece ser la idea matriz que brota como espuma cada vez que uno mira y oye atentamente los telediarios de la televisión peruana. Como en una novela de Stephen King, la sangre salpica a medida que la historia se desarrolla. Sólo que en este caso, lo hace desde las pantallas de la célebre caja boba. Y todas las noches, sin pausa y sin prisa, ante un televidente virtualmente atrapado, quizás empijamado y sin escapatoria, los cuatro principales canales de televisión de señal abierta locales difunden a la misma hora, a partir de las 10 de la noche, sus noticieros centrales.

Si usted no vive en uno de los más de 300.000 hogares que disponen de señal televisiva de cable, por el que se paga el equivalente a unos 40 dólares mensuales, no tiene alternativa, y debe hacer frente a los 60 minutos de mayor impacto en la psicología colectiva de un país con 27 millones de habitantes. Un país marcado por profundos contrastes sociales, con una tasa de pobreza de un 44% y con uno de los peores indicadores de educación pública en América Latina y el Caribe, superado sólo por Haití y Bolivia. Un país que ha colocado en la cresta de la ola de sus principales preocupaciones la inseguridad ciudadana en que vive, como consecuencia del auge de la delincuencia y del crimen organizado, en medio de uno de los períodos de crecimiento y bonanza económica más prolongados de su historia republicana, que ubicó a Perú a un paso del codiciado grado de inversión en un trayecto digno de una montaña rusa para un mandatario como Alan García, que dos décadas atrás, en su primer mandato (1980-1985), lo condujo al oscuro círculo de los países parias de la comunidad financiera internacional por no pagar sus deudas.

Noticias ilimitadas

Pero en el Perú del 2007 la sensación latente es que cada día la violencia urbana se expande, haciendo que ésta forme parte del paisaje cotidiano. Y frente a esta embestida, el Estado peruano no ha podido articular una respuesta exitosa que siquiera contribuya a controlar la creciente inseguridad que se apodera de los peruanos.

Un botón como ejemplo ilustra el grado de ineficiencia estatal: durante todo el año 2007 el Estado peruano, que atraviesa una de sus etapas más prósperas en los últimos 30 años, ha sido incapaz de comprar un solo patrullero para las fuerzas policiales. En dos ocasiones abortó la adquisición de más de 600 patrulleros por problemas de corrupción. Y el escándalo le costó el puesto, al menos, a un ministro del Interior. Todo ello, a pesar de la urgencia para contar con esos vehículos para hacer frente al auge de la delincuencia, que aprovecha la avalancha informativa sobre carencia de unidades motorizadas en buen estado, para sacar ventaja de esa condición. La situación llegó a tal extremo que el gobierno evaluó comprar caballos desde Argentina, para relanzar el servicio de la policía montada y recorrer al galope algunos de los barrios más peligrosos de Lima.

La crónica roja

El día a día, la pauta de la noticia lleva la impronta del hecho policial. Más del 50% del contenido de los teletinformativos se relaciona con actos de la delincuencia común, del crimen organizado (narcotráfico, bandas de secuestradores), hasta los casos de crímenes del corazón, abortos, suicidios, linchamientos colectivos y violaciones, sin dejar de lado los casos de protagonistas insólitos de la noticia que harían las delicias de Ripley.

Una agenda que impulsan con evidente ánimo informativo, pero que lejos de sensibilizar a la opinión pública para crear conciencia sobre la urgencia de enfrentar estos delitos de manera organizada, ha contribuido a fomentar una sensación de impotencia y también de desconfianza hacia las autoridades, haciendo que prime el sensacionalismo y la desmesura por el hecho policial.

Dicho esto, si usted es extranjero, duerme en Lima por primera vez y se enteró por la televisión de lo que ocurre cotidianamente en Perú, puede que se acueste con la impresión de estar asistiendo al rodaje de una película de Quentin Tarantino, donde la violencia cotidiana es, en este caso y en sus múltiples versiones, la locomotora de todo tipo de noticia.

Esta tendencia no es nueva, y está asociada al sensacionalismo que reina en la prensa diaria desde hace más de dos décadas. El gusto reporteril por temas de seguridad alcanzó cuotas históricas durante el gobierno de Alberto Fujimori (1990-2000). En ese lapso, las autoridades tejieron una red de corrupción que compró medios de comunicación (televisión y prensa diaria) a quienes pagó para sesgar la información o difamar a sus enemigos políticos. De ese modo, el rol de mensajero de la prensa consistía en crear las condiciones para que los peruanos justificasen, mediante encuestas de opinión públicas mandadas a hacer por las autoridades, la política de mano dura y represión policial que caracterizó el popular estilo de gobierno de Fujimori.

Esa prensa que vendió su línea editorial y privilegió la información al gusto del poder de turno, desplazó los temas políticos por los de corte policial y creó además las populares “cortinas de humo”, todo un género periodístico en alza en ese entonces, con imágenes de vírgenes que lloran y desataban oleadas de fervor entre los creyentes.

Inseguridad y *rating* televisivo

En el Perú de 2007 informar se sigue confundiendo con niveles de sintonía para lo cual la televisión dramatiza los casos de la vida real que no deberían llegar en situaciones normales a ser considerados como hechos noticiosos. La cobertura noticiosa refuerza la percepción de que la violencia se intensifica y de que sólo practicándola uno puede ganar un espacio público para dar a conocer una determinada situación

o drama de la vida real. Así, la televisión en lugar de sensibilizar ha terminado por banalizar a la violencia urbana.

De este modo, la prensa peruana ha creado una especie de paradoja: en su afán por informar sobre los esfuerzos de las autoridades para revertir la situación de inseguridad refuerza la percepción en la ciudadanía de que la seguridad es cada día más precaria. Esta tendencia irónicamente alimenta los instintos más salvajes de supervivencia “civilizada” de los peruanos y crea las condiciones para que las autoridades gubernamentales propongan drásticas sanciones como la pena de muerte a los violadores de menores de edad o a quienes cometan actos terroristas, como sugirió el presidente peruano Alan García en sus primeros meses de gestión en el segundo semestre de 2006.

Luis Benavente, director del Grupo de Opinión de la privada Universidad de Lima, comparte esta inquietante apreciación. Y da algunas pistas para sustentarla. Empezando por un sondeo realizado en marzo de este año sobre la situación de la violencia en el Perú, (hecho por la Universidad de Lima en la capital peruana, donde vive un tercio de la población de Perú), que presenta a los telediarios como virtuales promotores de la inseguridad, imbuidos en una carrera salvaje por mantener una antena caliente a costa de una sobredimensionada cuota de sangre en una ciudad que por sus índices de violencia se ubica por debajo del tercio superior de las más violentas de América Latina. Lima no es Sao Paulo, no es Caracas, no es Medellín o Cali, como tampoco alcanza los niveles de México. En Lima cada cinco minutos se produce un delito, según datos de la policía.

Sondeos y noticias: el perro de Pavlov

Según el sondeo de la Universidad de Lima, un 74,9% de limeños cree que la violencia ha crecido en los últimos años y que la televisión en señal abierta es el medio que más la incita. Las cifras son demoledoras y no dejan lugar para la duda: un 86,3% de los consultados (sobre un universo de 613 personas con un nivel de confianza de 95%) cree que los medios de comunicación incitan a la violencia, 12,6% las limpia de responsabilidad y un 1,1% no opina.

Casi al final de la primera década del siglo XXI en el Perú, la televisión sigue siendo la reina de los hogares, a pesar de la incursión de Internet en el olimpo del mundo del entretenimiento. Esa condición explica que un macizo 58,2% de limeños afirme que la televisión es el medio que más incita a la violencia, seguido de la oferta de Internet con un distante 21,3%.

A la hora de observar en detalle esta fotografía panorámica sobre la relación entre prensa y violencia, la descripción de los programas de televisión que más inducen a la agresividad en la sociedad son los llamados *talk-shows* o *reality show*, con un 38,5% de menciones. La posición privilegiada de este género televisivo tiene en Perú como su emblemática figura a la animadora Laura Bozzo, una desenfadada platinada que transpuso

fronteras con su estilo sensacionalista y populachero hasta alcanzar sus 15 segundos de fama cuando laboró en la cadena estadounidense de habla hispana Telemundo.

Detrás de ellos, la población percibe a los noticieros (30,6%) como el segundo factor que contribuye a encender la chispa en la pradera. Los telediarios son además, de lejos, el programa favorito de más del 41% de limeños encuestados, muy por delante de los programas culturales que aparecen en segundo lugar con un 18% de preferencias.

Otra encuesta de la misma Universidad, de mayo de 2007, resaltó que un aplastante 92,7% de interrogados representativos de la población limeña suele ver noticieros y programas políticos en la televisión. Lo paradójico es que los niveles de confianza parecerían contradecir los niveles de sintonía: un 33,7% de consultados confía en los telediarios, en tanto que un 63,5% asegura confiar poco en ellos y un 1,2% no les cree pero ni una palabra de lo que dicen. “Los noticieros empiezan con notas policiales, las películas son casi todas de violencia, y programas como los *talk-shows* también muestran escenas violentas”, indica Benavente para justificar esta especie de adicción por el género de los peruanos.

Hechos y deseos

No sorprende que este clima de falta de seguridad sea uno de los elementos, junto con el desempleo, que menciona con mayor insistencia la población para justificar su decisión de emigrar al extranjero en busca de mejores condiciones de vida. Cifras conservadoras indican que mensualmente al menos mil peruanos dejan el país.

Este ambiente mediático sirve además de tensión permanente para mantener latente la sensación de desconfianza hacia la policía, sea porque ésta es impotente para hacer frente al delito debido a sus recursos limitados o porque la población la percibe como corrupta y no acude a ella en busca de ayuda. Esta tendencia se volvió un lugar común en el país: un grueso de los robos/asaltos que se producen a diario no son denunciados por las víctimas, sumidas en el desaliento de que esa gestión es una pérdida de tiempo. Un error que conduce a otro pues es sabido por los especialistas que las denuncias engrosarían las estadísticas y ayudarían a trazar una real radiografía de los niveles de inseguridad que se registran en ciudades como Lima. Las estadísticas a su vez sirven para trazar estrategias para hacer frente al delito, identificando zonas, modalidades de robos, tipo de víctimas y perfil del delincuente, entre otros elementos.

Esta situación hizo que el grupo Apoyo, una institución privada de tinte neoliberal que ayuda a elaborar propuestas de políticas públicas, realizara encuestas de “victimización” para tratar de obtener un retrato más fiel sobre el nivel de violencia en el Perú. Estos sondeos, anónimos por cierto, recogen datos entre la población víctima de agresiones o robos y que nunca denunció el hecho ante la autoridad policial. Los resultados son entregados luego a la policía.

Gabriel Ortiz de Zevallos, directivo del Grupo Apoyo, coincide en que los telediarios son el motor de una dinámica de violencia que no contribuye a crear

niveles de confianza, y fomentan una mayor inseguridad en su afán por cubrir todo el abanico de hechos violentos que se puedan registrar en una ciudad tan amplia y elástica socialmente como Lima.

Una reciente encuesta de ‘victimización’ de Apoyo, solicitada por el Ministerio del Interior, confirmó que en Lima el binomio delincuencia/falta de seguridad es el segundo mayor problema para la población (50%) superado por el tándem desempleo/falta de trabajo (85%). Una encuesta difundida por el Consejo Nacional de Seguridad Ciudadana señaló que un 80% de las personas víctimas de un robo o secuestro por horas no lo denunciaron por temor o desconfianza en la policía.

No es gratuito que a fines de 2006 la entonces Ministra del Interior, la neuróloga Pilar Mazzetti revelara, con una transparencia insólita, que al menos un 20% de los agentes de la policía peruana estaban comprometidos en actos de corrupción.

Perú: país superlativo

La desmesurada cobertura mediática a las noticias de índole criminal y social contribuyó notablemente a extender a la televisión el perfil sensacionalista de la prensa escrita, convirtiendo al Perú en uno de los países de América Latina con mayor devoción por un género que representa todo un homenaje a la desproporción informativa y a la onomatopeya.

Al privilegiar el ángulo sensacionalista apurada por lograr mayores niveles de sintonía, la prensa televisiva asoció el auge de la delincuencia con escasez de policías, evitando generar un debate sobre políticas de seguridad. La competencia entre los telediarios se tradujo al burdo principio de quién mostraba más sangre en la pantalla. Este escenario condujo a que el gobierno peruano redujera la estrategia de seguridad a una simplificación: a mayor cantidad de policías en las calles para vigilar las ciudades, más posibilidad de hacer frente exitosamente al auge de la delincuencia y del crimen organizado.

La percepción generalizada, gracias a la televisión, de que el tema de la seguridad ciudadana se estaba convirtiendo en la piedra en el zapato del gobierno de Alan García llevó a las autoridades a sacar cartas bajo la manga sin encontrar resistencias ni fomentar debates. Así, por ejemplo, se anunció que en el 2007 se incorporaron 5.700 nuevos policías para luchar contra la delincuencia 1.500 de los cuales cumplían funciones administrativas detrás de un escritorio en las comisarías y 4.200 egresaron de las escuelas de policía.

Ya desde el segundo semestre del año 2005 las autoridades peruanas enfatizaban que venían reforzando la seguridad ciudadana para hacer frente al auge de la delincuencia. Ese año, el gobierno de Alejandro Toledo (2001-2006) señaló que reduciría en 30% la custodia policial a las autoridades para enviar a patrullar en las calles a los agentes del orden.

La ‘camita’ para la mano dura

La intoxicación informativa propiciada por los telediarios devino en el trampolín para favorecer propuestas de políticas represivas severas. Esta tendencia se ha mantenido en los dos últimos gobiernos de Perú: el de Fujimori (1990-2000) y el actual segundo mandato presidencial de Alan García, quien como su antecesor propuso sin éxito reimplantar la pena de muerte, abolida hace más de dos décadas y vigente sólo para casos de traición a la patria en caso de conflicto externo, o propuestas que amenazan limitar libertades públicas, como la que se esconde detrás de un toque de queda para combatir el auge de la delincuencia (2004).

Los sondeos muestran una tendencia a favor de estas alternativas desde por lo menos el 2004: más del 60% de limeños apoyaba entonces reimplantar la pena de muerte para delincuentes de extrema peligrosidad. Y el toque de queda en determinados barrios de la capital asomó como una opción válida para casi la mitad de la población limeña.

Paralelamente la impotencia de las autoridades por frenar la delincuencia y la desconfianza en la policía abrió las puertas a una peligrosa alternativa popular de justicia: los linchamientos de ladrones. Esta sanción adquirió una mayor dimensión cuando la televisión comenzó a informar profusamente de estos castigos y llegó a extremos de barbarie cuando pobladores enardecidos pasaron de los golpes a quemarlos vivos, hartos de ver como la policía liberaba luego a los ladrones porque la legislación peruana impide condenar a alguien por un robo menor, como por ejemplo un ave de corral o un televisor.

Nadando contra la corriente

El desaliento que genera el sensacionalismo televisivo respecto a la seguridad entre los peruanos de a pie (ciudadanos) encuentra una isla: el Instituto de Defensa Legal (IDL). Esta ONG, especializada en defensa de los derechos humanos, organizó una campaña para ayudar a las autoridades a diseñar políticas públicas en materia de seguridad ciudadana. El IDL basó su trabajo en sus investigaciones sobre este tema, e incluso algunos de sus integrantes se desempeñaron como altos funcionarios del Ministerio del Interior durante el gobierno de Alejandro Toledo (2001-2006).

Gradualmente desde el 2003, el IDL, que cuenta con el apoyo financiero de instituciones estadounidenses, fue involucrándose en el tema hasta crear un área de seguridad ciudadana entre sus unidades de trabajo. Esta unidad encomendó sondeos sobre percepción de la violencia urbana, victimización (índices de delito no denunciados) y desempeño de la policía para entregarla a las autoridades responsables del orden público de cara a que hagan una evaluación sistemática del problema.

El IDL fue, de este modo, la primera organización que se involucró en el tema de seguridad ciudadana desde la sociedad civil. Y lo hizo con una finalidad fundamental,

según la investigadora Susana Villarán, ex defensora del Policía: “para poder hacer un seguimiento y fiscalización de políticas públicas en esa materia desde una perspectiva de derechos humanos”.

Los sondeos permitieron al IDL introducir en los medios de prensa locales bajo un punto de vista no precisamente policial ni judicial, un tema que golpeaba a todos los sectores sociales. El eje de esa estrategia giraría sobre los sondeos. Por ejemplo los de victimización servirían para medir la incidencia real del delito, unos sobre percepción de inseguridad ayudarían a saber cuán seguro se siente uno así como su evolución (o involución) cada seis meses y, finalmente, un sondeo sobre confianza en las autoridades policiales, que permitiría conocer la credibilidad sobre las autoridades encargadas del orden y seguridad.

Este tridente de sondeos se convirtió en uno de los principales aportes del IDL y lo puso bajo los reflectores, perfilándose desde el 2003 como el primer laboratorio civil en analizar la problemática de la seguridad ciudadana en un contexto de desconfianza hacia las fuerzas de seguridad y, sobre todo, del incremento de la delincuencia.

Los sondeos le permitieron al IDL crear patrones para tomarle el pulso a Lima, la capital peruana con 8 millones de habitantes (de los cuales dos millones viven sin agua potable), y tener lista una radiografía por estratos sociales de la actitud de la población hacia un tema que devino en el mayor dolor de cabeza de los peruanos: la seguridad.

Este mecanismo de análisis abriría las puertas para alcanzar aportes sobre las políticas públicas de seguridad ciudadana y permitiría apreciar si el sistema funciona en la práctica, con la aplicación de las recomendaciones que se formulen. Ello la convertiría en una de las pocas organizaciones peruanas dedicadas al tema.

Además, desde el 2006 el IDL puso en marcha un servicio informativo en Internet dedicado a los destapes periodísticos ligados al tema de seguridad. Esta rama funciona como complemento del “laboratorio” teórico y es un área clave porque está a la caza de casos de corrupción que denuncia desde el ciberespacio. Ese servicio informativo y de investigación sobre seguridad ciudadana, tiene como responsable al periodista peruano Gustavo Gorriti.

El pensamiento guía del IDL en este tema es que, según sus propias palabras, proveer de información periódica y de calidad a las autoridades debe servirles de estímulo para que sean eficientes y eficaces al momento de combatir a la delincuencia. Un estudio de febrero de 2007 en Lima sobre percepción del delito elaborado por la encuestadora Imasen para el IDL refleja la evolución de la sensación de inseguridad que asfixia a la población de Lima, sin distinción de estratos sociales. Dicho reporte resalta a leguas que la principal preocupación de los limeños es el robo en las calles (80%), seguido por el temor de ser víctima de la agresión de las pandillas juveniles (55%). El consumo y la comercialización de drogas ocupa la tercera casilla (40,9%) y el robo a las viviendas (26,3%) el cuarto lugar.

El incremento de la violencia y el mensaje que reciben a través de los noticieros de la televisión, sumado a las dificultades logísticas de la policía (falta de personal, escasez de armas, insuficiencia de patrulleros para vigilar las principales ciudades) para hacer frente al problema ha contribuido a que los peatones vivan a la defensiva cuando transitan por Lima, según el sondeo. A un 48,8 % le preocupa que le roben o lo asalten con arma de fuego, a un 16,7% que le ataque una pandilla o que se vea afectada por una pelea entre pandillas y un 14,8% teme que le roben alguna prenda de vestir que lleve consigo.

Policía privada

La falta de policías ha derivado a su vez en que cada vez es mayor la cantidad de gente que recurre a vigilantes particulares, lo que a mediano plazo provocará a su vez la privatización de este cuerpo de seguridad, una situación que en la práctica ya se da virtualmente con decenas de compañías privadas de seguridad.

En esta perturbadora percepción ha tenido también que ver el impacto mediático de los secuestros, un delito que se ha vuelto una industria en el mundo del hampa peruano y que en la mayoría de los casos se planifican desde las cárceles donde se hallan detenidos los cabecillas de las bandas que han hecho de este delito un modo de vida, a veces con complicidad de agentes corruptos de la policía.

La propuesta del IDL

En uno de los escasos estudios publicados sobre el tema (Delito e inseguridad ciudadana, IDL, LIMA 2007), Carlos Basombrío enfatiza que para que el Estado enfrente estos problemas debe aplicar políticas públicas eficaces. Y para que ello sea posible, se requiere, entre otros desafíos, contar con información adecuada sobre los hechos delictivos que golpean a los ciudadanos así como la percepción de la acción policial. Y los datos oficiales con que cuenta hoy la policía son insuficientes para este fin por falta de rigor y de profesionalismo.

Basombrío enfatiza la necesidad de contar con encuestas de “victimización” porque éstas “buscan aproximarse más a la realidad de los hechos que a lo que la población piensa que está ocurriendo”. “Y en eso estamos en cero”, remata. Entre la penúltima encuesta de 1998 y la más reciente, de 2005, pasaron siete años. Toda una enorme ventaja para los enemigos de la ley. Y la dramatización de la realidad que hacen a diario los noticieros es como ser subcampeón mundial de fútbol: sólo sirve para la foto del recuerdo y para amargarse, no para elaborar una estrategia o celebrar una victoria.

Con sus innovaciones y su incursión en la Internet, el IDL ha buscado darle un sesgo de reflexión a un tópico que la prensa peruana ha relegado a la crónica sensacionalista y a la anécdota. Y también ayudar a combatir a la corrupción, denunciando casos que involucran a quienes en nombre de la seguridad sobrevalúan compras, miran al costado o reciben sobornos del narcotráfico por dejar de hacer su trabajo.

Los enfoques del IDL pueden despertar adhesiones o rechazo, pero tienen la virtud de demostrar en negro sobre blanco las fortalezas y debilidades de los peruanos para abordar un tema tan complejo en un país que cambia de rostro sin dejar aun de lado las enormes desigualdades sociales, a pesar de sus prósperos indicadores de crecimiento.

El tema de seguridad ciudadana es un reclamo popular en Perú. La prensa de este país tiene un enorme desafío con su misión informativa para contribuir a crear conciencia clara de que se trata de una tarea colectiva, donde no debe primar el egoísmo. Formar opinión resulta en ese contexto un arma decisiva. Y hacia esa dirección no se llega con un rumbo diletante, donde se privilegie la cantidad de muertos por la calidad de la información empujados por la sinrazón del *rating* o nivel de sintonía impuesto por una feroz competencia. El papel de la prensa debe de ser proveer las herramientas informativas que ayuden a identificar los problemas de cara a prever y corregir sus causas, antes que castigar las consecuencias. Pero aquí ya vamos a lo estrictamente político. Y en realidad, cabe preguntarse, en qué medida la labor periodística es, o debe ser, una tarea de gran responsabilidad política.

[Ecuador]

SE DERRUMBA EL MITO DE LA ISLA DE PAZ

Ante los niveles de percepción de inseguridad que viven las principales ciudades de Ecuador, Guayaquil y Quito, la única solución que se avizora es que los medios de comunicación participen en los debates que realiza la sociedad civil. El primer paso ya se dio en Quito con el Observatorio de Seguridad Ciudadana.

Jorge Raúl Imbaquingo

jimbaquingo@yahoo.com

A los 18 años, Jorge prueba suerte en revista Estadio y colabora allí durante tres años. Luego trabajó en las sesiones deportivas de los diarios Últimas Noticias y Hoy. En 2002 es contratado por El Universo y, a un año de su entrada, fue escogido para iniciar la primera unidad de investigación de ese diario, donde ha realizado trabajos sobre corrupción, la caída bancaria y varios perfiles de profundidad. En el 2007 fue becario del programa Balboa e hizo una pasantía en el diario El Mundo de España. Realizó una relatoría de un curso de investigación periodística para Fundación Nuevo Periodismo Internacional.

Hace un poco de frío. Incluso en Guayaquil puede hacer frío. Al salir del bar miro cómo Bruno Carranza se deja abofetear por la brisa helada que viene del río Guayas, lo sigue Peter Aguirre, quien se protege con un saco que tiene capucha. Un taxi se estaciona frente a nosotros y trato de detenerlo. “¿Oye, estás loco?”, recrimina Bruno. “No hagas eso... dame un momento, ya llamo a Hugo”, dice mientras despacha al chofer que se ha quedado sin la carrera.

Mientras esperan a que llegue Hugo en su auto, un montón de taxistas ofrecen sus servicios. Pero Bruno no acepta. Prefiere aguantar el inusual frío que atrapa al puerto tropical de Guayaquil, hoy que es viernes y que estoy en esta ciudad que no he visitado desde hace nueve meses.

Hugo es un taxista que se ha hecho imprescindible en la vida de Bruno y sus amigos. Es capaz de recorrer la ciudad de un extremo a otro, cuando lo llaman a su celular, para recogerlos en la zona rosa y llevarlos a sus domicilios. Todos pagan el valor de la carrera completa, como si cada uno hubiese tomado un taxi por separado. Mi hotel está relativamente cerca, así que Hugo me pide un dólar por el servicio. Bruno, que es el que sigue, paga dos dólares. Creo haber oído que Peter, pagará cuatro más. En realidad es un valioso trato, buen dinero por un poco de seguridad.

Bruno explica que perdieron la confianza cuando un amigo, Carlos Proaño, tomó un taxi para que lo condujera a casa. A solo dos cuadras de haberlo recogido, el chofer sacó su teléfono celular y envió un mensaje SMS. No tuvo que pasar mucho tiempo para que dos carros interceptaran al taxi.

El taxista golpeó a Carlos y luego los cuatro hombres de los otros autos lo sacaron de asiento delantero a golpes. Le quitaron todas sus pertenencias y lo llevaron a un cajero automático cercano y le obligaron a sacar todo el dinero que podía con su tarjeta de débito. Después, lo introdujeron en la cajuela, lo volvieron a golpear y lo abandonaron en la vía Perimetral, donde ni los más avezados y rudos delincuentes se atreverían a pasar solos. Mucho menos Carlos.

La historia, en palabras de Bruno, suena espeluznante y su final es la fantasía de un Guayaquil más tranquilo. Quisiera que fuera como Quito, agrega. Pero los niveles de seguridad ciudadana en Quito ya no son los mismos del pasado, le digo que igual uno tiene que cuidarse mucho allá, como en cualquier ciudad del país.

¿Qué ha pasado en Ecuador?, un país que tenía supuestamente unos niveles de seguridad aceptables. Quizá todo era irreal. Daniel Pontón, catedrático de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (Flacso, sede Quito) analiza que para que se haya dado este fenómeno de percepciones influyeron varios mitos, como el que Ecuador es una “isla de paz”, difundido a la mitad de la década de 1980, cuando sus países limítrofes, Colombia y Perú, vivían sus propias dinámicas sociales de violencia esquematizada desde las guerrillas de izquierda, el sicariato y el narcotráfico.

Este estudioso del tema cree que este mito produjo un estancamiento de las instituciones estatales para atacar un problema con el que ahora conviven los ciudadanos, cuya manifestación más clara es un temor generalizado a ser víctimas de algún tipo de violencia.

Pontón asegura que en la actualidad, uno de los grandes debates en temas de seguridad ciudadana es la competitividad de las ciudades: marcar la pauta en cuanto a menores índices delictivos. A su parecer, la seguridad ha estado ligada a la violencia como tema cotidiano y la convierte un bienpreciado. Es ahí donde los gobiernos seccionales se vincularon de lleno a estos temas: en Guayaquil está el plan Más Seguridad de la Corporación para Seguridad Ciudadana, y en Quito La Corporación Metropolitana de Seguridad Ciudadana.

Luego de relatarme la historia de cómo fue asaltado Carlos Proaño, no sé cómo decirle a Bruno que sólo un día antes Benjamín Chambers, un fotógrafo quiteño, me había contado lo que le había pasado. Tengo la impresión de que esto podía contradecir la percepción de Bruno de que Quito es una ciudad más segura que Guayaquil.

En Quito, Benjamín Chambers alquila un cuarto de una casa con varios departamentos en los que viven otras dos familias. Siempre ha buscado lugares en los que el arriendo sea barato. Esta casa está ubicada en San Isidro de El Inca, un suburbio del norte de Quito. Una noche encontró abierto el portón principal, y apenas pasó hacia adentro le cayeron a golpes.

Cuando lo llevaron a rastras, vio a sus vecinos amordazados, con sus ojos que mostraban una mezcla insólita de miedo y desconsuelo. Eran cerca de seis sujetos que se llevaron todo lo de valor. Un buen botín, en realidad. Finalmente, a Benjamín lo subieron en el baúl de un automóvil y fue abandonado en un lugar apartado de la ciudad.

La verdad, quisiera contarles a Bruno y a Peter la experiencia que vivió mi amigo Benjamín, en Quito. Pero tengo una especie de remordimiento, y no lo hago. El semáforo se pone en rojo y Hugo no se detiene. Es preferible pasar rápido –dice sin regresar a ver, por la maniobra arriesgada– porque podríamos caer en una emboscada.

Bruno, acostumbrado a este proceder, explica que a estas alturas toda la ciudad es insegura. Peter lo corrobora, pues para él no sólo la realidad se remite a lo que dicen en la televisión. Todos sus conocidos, compañeros de trabajo o familiares, tienen una historia que contar sobre la inseguridad en Guayaquil.

Me habría encantado decirles que, desde mi percepción de ciudadano común, en Quito las cosas no andan del todo bien. Y lo ratifico cuando veo las cifras, varios días después de nuestra conversación en el taxi.

El Observatorio de la Seguridad Ciudadana de Quito (Flacso) tiene estadísticas que, por ejemplo, demuestran que las de denuncias de homicidio no bajaron, sino que se mantienen en el período 2005-2006¹. En 2005 hubo 233 de estos casos, y 235 en 2006. Mientras que en los delitos a la propiedad, las cifras entre 2003 y 2006 se duplicaron, de 800 casos denunciados a 1600.

De la misma forma, se ve que la tasa de homicidios en Guayaquil bajó en los últimos tres años: allá hubo 308 casos denunciados en el 2005, y 224 en el 2007. Mientras que en los delitos contra la propiedad en 2005 hubo 22.714 casos, y en 2007 llegó a 13.928.

Antonio Gagliardo, Ministro Distrital de la Fiscalía de Guayas, provincia a la que pertenece Guayaquil, aseguró que el promedio de denuncias presentadas hasta marzo de 2008 había superado con creces los casos denunciados en el 2007, que la última estadística mostraba 6.875 denuncias. La Subsecretaria Nacional de Seguridad Ciudadana, Valentina Ramia, ha atribuido este incremento a que los ciudadanos tienen más confianza en las autoridades para denunciar los hechos delictivos.

La sensación que queda es que las estadísticas son meras cifras frías, que dependen de que los ciudadanos denuncien si fueron víctimas de la delincuencia, por lo que no muestran la realidad y que todas las acciones de los organismos involucrados en seguridad ciudadana están basadas en datos irreales. Pasado un tiempo, les pregunto por teléfono a Benjamín Chambers y a Carlos Proaño si denunciaron sus casos y la respuesta fue negativa en los dos casos.

De la misma forma, queda la duda de hasta qué punto las estadísticas pueden ser utilizadas por los organismos y que, después de todo, la inseguridad tiene que ver mucho con la manera en que los ciudadanos de una determinada ciudad perciben su propia situación. En eso influye directamente el tratamiento que dan los medios de comunicación a estos casos y a la interpretación de las cifras, como lo afirma Myriam Garcés, la directora de la Corporación Metropolitana de Seguridad Ciudadana de Quito.

Garcés opina que los medios de comunicación influyen en la percepción de la inseguridad, y que muchos de los trabajos publicados no están planteados en análisis, sino en hechos aislados. Para ella, el hecho de que la televisión tenga una gran carga de violencia y sexo demuestra que los medios de comunicación exacerbaban los ánimos, e incluso perfeccionan las diferentes formas de violencia.

Daniel Pontón plantea que uno de los problemas principales es que los medios de comunicación no se visualizan como actores dentro de los problemas de seguridad

¹ El acceso más fácil que tienen los quiteños para informarse de las estadísticas de denuncias de delitos contra las personas y a la propiedad es a través de los servicios de las páginas web de los entes de Seguridad Ciudadana. Sin embargo, la página web de la Corporación Metropolitana de Seguridad Ciudadana está fuera de servicio, mientras que el sitio web del Observatorio de Seguridad Ciudadana aún no publica los resultados de 2007.

ciudadana, y de ahí que no se producen contenidos más críticos que puedan orientar de mejor manera.

Jonathan Carrera es uno de los periodistas de crónica roja que más expectativa levanta con sus reportajes en Ecuador, ya que utiliza un discurso cargado de metáforas y símiles dentro de la narración de los sucesos. Él está seguro de que la crónica roja cumple una función social, ayuda al ciudadano a protegerse, ayuda a saber lo que sucede en una sociedad, y a poder determinar los hechos buenos y malos de ésta, porque –explica– el ser humano es capaz de las más grandes bajezas y de los más nobles actos de heroísmo.

Fernando Carrión, director del Departamento de Estudios de Ciudad de Flacso, sede Quito, cree que en la prensa en general hay un populismo mediático, que significa darle a la ciudadanía lo que ella pide, para asegurar la sintonía y la venta de periódicos. Entonces, más que informar, los medios de comunicación ofrecen lo que la gente demanda. “Y eso me parece que es terriblemente peligroso, porque la gente reclama una revancha social”, asegura.

Para Carrión, los medios de comunicación cubren más la violencia urbana que la seguridad ciudadana, porque con eso la noticia se hace más espectacular. Con el llamado efecto realidad, de que sólo existe lo que está presente en los medios de comunicación, lo que no está ahí no existe o es mentira. Así, los medios de comunicación crean paradigmas de delinquentes y delitos, y claros ejemplos de ello son la violencia juvenil o la situación de los presos en las cárceles.

El coordinador del Observatorio de Seguridad Ciudadana, Paco García, cree que involucrar a los medios de comunicación es la única solución. El Observatorio es un ente que aglutina a la Corporación (el organismo municipal que toma las medidas ejecutivas), y los estudiosos del tema, que son los académicos del Departamento de Estudios de la Ciudad de Flacso.

Por eso, desde hace dos años, se empezó a invitar a la prensa para que asistan a las reuniones que mantiene este observatorio. Allí se detallan cifras de seguridad ciudadana, se dan a conocer los trabajos de los catedráticos de Flacso y se abre el debate sobre estas políticas.

García explica que la atención a estas invitaciones ha sido escasa, pero que el primer paso está dado. La directora de la Corporación Ciudadana, Miryam Garcés, cree que la baja asistencia de periodistas se ha dado porque los medios han puesto como excusa el criterio de que no pueden ser juez ni parte de este problema.

Cuando a los medios se los trata como actores, se ponen en una posición muy incómoda, a criterio de Fernando Carrión. Explica que este fenómeno se da ya que los medios de comunicación dicen que deben mantener la distancia suficiente como para ser objetivos ante los hechos. Según esta visión, los medios plantean a la violencia como un enemigo interno, y al visualizarse como actores en cuestiones de seguridad

ciudadana se plantearía un conflicto ético. “Lo cierto es que en la seguridad ciudadana hay múltiples relaciones conjuntivas y no solo un enemigo”, agrega Carrión.

Aun así, la iniciativa de involucramiento toma forma. El editor de judiciales de El Comercio, Arturo Torres, confirma que ha asistido a varias de estas reuniones. La editora de Diario Hoy, Nancy Jarrín, también lo ha hecho y cree que son positivas porque se facilitan cifras confiables de los niveles de violencia. Con pesar, ella cree que muchas de las informaciones que se dan pueden crear una imagen negativa de las urbes como centros de violencia, pero al mismo tiempo si se elabora el material informativo con un análisis previo, el periodismo puede alertar a la ciudadanía para prevenir ciertas clases de delincuencia.

Margarita Neira, la editora de la sección de sucesos del diario El Universo, con sede en Guayaquil, confirma que no hay iniciativas del programa Más seguridad del Municipio de Guayaquil para involucrar a los medios de comunicación en el tema de la seguridad ciudadana. “La única ocasión en la que nos llaman es cuando sus programas dan resultados, como cuando rehabilitan a una pandilla juvenil”, explica.

Jonathan Carrera cree firmemente que este tipo de iniciativas sólo pretenden censurar la actividad periodística en los espacios para crónica roja. Afirma que es bueno tratar de censurar, hasta cierto punto, el tipo de imágenes que se transmiten, pero tampoco –alega– se puede negar la realidad de una sociedad en la que hay gente que antes caminaba tranquila por las calles y que ahora tiene miedo hasta de subir a un taxi o de abrir la puerta de su casa sin pensar en un asalto en una ciudad de la que fuera una “isla de paz”.

[Colombia]

LAVA Y CANTA AL SON DE MACHUCA ESTÉREO

Cuando el paisaje todavía no reverdecía ni los animales se apareaban; cuando las mujeres lloraban en la soledad de sus cocinas y los hombres no podían explicar lo sucedido; los micrófonos de Machuca Digital Stereo llevaron voces de esperanza, produjeron sonrisas y provocaron la catarsis.

Patricia Nieto

12.patricia@gmail.com

Comunicadora Social Periodista y Magíster en Ciencia Política de la Universidad de Antioquia. Estudiante del Doctorado en Comunicación de la Universidad Nacional de La Plata. Profesora de la carrera de Periodismo de la Universidad de Antioquia en el área de narrativa periodística. El último proyecto dirigido por ella dio como resultado los libros "Jamás olvidaré tu nombre" y "El Cielo no me abandona", escritos por víctimas del conflicto armado colombiano.

Después de que Machuca fue una bola de fuego el paisaje cambió para siempre. Lo recuerdo ahora cuando trato de dormir de nuevo en esta tierra de árboles y metales preciosos y me sobresalta el olor a gas que sale de la cocina. Cierro los ojos para no ver la araña que trepa por la cortina y, entonces, llegan los recuerdos del 21 de octubre de 1998.

Después de dos horas por una carretera que parte en dos el paisaje de bosques exuberantes y aguas que no respetan caudales, el bus disminuyó la velocidad. Los pasajeros se levantaron, miraron el paisaje cenizo y humeante; contemplé sus rostros desencajados, sus dedos a la frente, a su boca, a su pecho para santiguarse, sus labios decían los nombres, los apellidos, los apodos de quienes pasaban la noche en las casas convertidas en tizones. El ayudante del conductor no vociferó, los pasajeros que llegaban a su destino señalaron con el índice la maleta, la caja, el costal, y él, acostumbrado a los gritos de las terminales y a las algarabías de los hotelitos del gremio, entregó los equipajes con delicadeza, como diciendo cuánto le dolía la tragedia.

Caminé por la callecita central donde se apiñaban los sobrevivientes aterrados; percibí el olor dulzón de la carne incinerada; nadie me miraba, nadie me veía; me contraje ante los ojos desorbitados de quienes ocupaban, exhaustos, las aceras; me fui detrás de los niños hacia el río y allí, en la orilla del Pocuné, vi patos, sapos, pollos, cerdos, iguanas y pajaritos calcinados; regresé a la calle principal y fui hasta el cementerio donde una retro-excavadora perforaba la tierra para convertirla en tumba colectiva. Me tendí sobre el pasto chamuscado, incapaz de interrumpir el desvarío de alguien para que me contara qué pasó.

La araña ya casi alcanza los encajes del bolero superior de la cortina cuando Luis grita que huele a gas. Su voz funciona como una alarma y toda la familia despierta. Sandril, lloriquea con sus mimos de niña, la abuela enciende la luz y Lauris, arrastrando sus sandalias sale de su cuarto, atraviesa la salita, revisa la cocina y anuncia, con su voz metálica, que el fogón está apagado y la llave cerrada.

Maribel Agualimpia, la abuela, descansa a mi lado. Me ofreció su rincón para evitarme una mala noche en la residencia de la calle principal donde la músicaailable suena hasta después de la media noche de los sábados, cuando los mineros llegan para vender el oro recogido en días de trabajo en la montaña. Su respiración es suave y delicada como su voz. No sé si duerme, si ya se curó del insomnio que la dominó hace diez años cuando el pueblo se incendió, o si no se mueve para no incomodarme. Sólo sé que me conoce hace solo cinco horas y ya me ofreció un refugio singular: su cama.

Regreso a la oscuridad. “Aquí siempre creemos que huele a gas”, me dice, como adivinando mis preocupaciones. Fijo mis ojos en los rayitos de luz de luna que entran por las rendijas del techo de zinc y escucho el canto persistente del agua que corre por mangueras abiertas en todas las casas.

II

Machuca Digital Stereo da los buenos días a la gente de Laureles, Juan Tereso, El Cenizo, Chorrolindo, Cuturú, El Cristo, El 20, El Bosque, San Antonio, Caná y Machuca Centro. Despierto y Maribel me saluda sin palabras, sólo con sus ojos grandes, como invitándome al deleite que le genera escuchar ese sartal de nombres de veredas seguido de cadenas de apellidos de gente que, como nosotros, recibe el nuevo día en este paraje olvidado en los pliegues de la cordillera central de los Andes.

Son las seis de la mañana, el sol hace rato que reemplazó la luz de las bombillas, Maribel ya recibió el beneficio del agua fresca, los niños juegan en el patio donde también reposa un caballo y la radio, a falta de campanario y sacristán, anuncia que es domingo. Maribel se afana: abre la llave del gas, enciende el fogón y deja caer tajadas de plátano en un sartén, pescado en el otro y arroz en el tercero. Así se desayuna en Machuca para soportar una temperatura que a las diez de la mañana llegará a los 35 grados y será insoportable al medio día.

La familia, después de refrescarse en el chorro de agua que llega a lo que un día será una ducha, desayuna unida. En la sala, que también sirve de habitación, reina el equipo de sonido. Da luces azules según la modulación del locutor. Luis dice que si grita, todos los bombillos se encienden. Las niñas fijan la mirada en los botoncitos que palidecen con los silencios. Y Yilia, la prima adolescente, anuncia que quiere ir a programar una hora de música a la emisora. Maribel, la tía, le da el visto bueno y la chica se va con sus jeans ajustados, su camiseta ceñida, su cabello al viento y sus plataformas coloridas tan útiles para evitar que los pies se mojen en los charcos que dejan las lluvias de la madrugada.

El aire no es liviano en Machuca, pesa tanto como los recuerdos de quienes hace diez años tenían la edad necesaria para grabar en su memoria una noche de horror. Lauris, la de la voz metálica, dice que el pueblo se quemó cuando ella apenas caminaba y sus hermanos, Luis y Sandril, ni venían en camino. Maribel la escucha compasiva y se sorprende cuando la niña, astuta y juguetona, le dice que va para La Nevera, una caída de agua helada a la que sueñan ir todos en Machuca para matar los calores de enero. A la abuela no le gusta la idea porque detrás de Lauris se van los más pequeños que todavía no dominan el agua. Cuando moje, enjabone, estregue, enjuague y cuelgue una montaña de ropa que impide el paso por el pasillo de entrada, puede ir al charco. Lauris sube el volumen de la radio, mete un manojo de ropa al tanque y empieza su tarea. Lava y canta al son de Machuca Digital Stereo.

III

A las nueve de la mañana la gente de Machuca ya busca las sombras de los árboles o de los techos para esquivar el sol. En la calle de Maribel, las niñas pintan sobre cuadernos viejos, los niños construyen una carretera con pantano y un muchacho alto cambia las herraduras de una mula. Pronto identifico la calle y recuerdo que el 18 de

octubre de 1988 en una de sus esquinas dormía la familia de Carmelo Herrera y, en la otra, Cecilia Mosquera descansaba con sus tres hijos y su esposo.

A Carmelo Herrera lo conocí frente al ataúd donde reposaba Ana Rubiela Oquendo, su mujer. A un lado de la Virgen del Carmen y del Divino Niño, de rodillas sobre el césped rezaba cabizbajo. Esperé a que terminara su oración y le hablé. Lo acompañé durante horas. Fuimos hasta donde estuvo su casa y allí, de entre los hierros retorcidos, rescató la máquina de coser que usaba su esposa y me pidió que lo retratara con ella. Narró su noche:

“Llegué de la mina, vendí los granitos y repartí las platas. Por la noche me fui a jugar dominó al almacén de unos amigos. A las doce de la noche sentimos eso que nos simbronió. Corrimos hacia la casa. Los tres niños quemados y yo buscando a la vieja por esa loma arriba. La mujer parecía normal, corrimos hacia la loma. Yo me fui quedando atrás porque ella no podía correr. Al ratico ya todos pasaban por encima de nosotros. Me la amarré con una colcha. Ella tenía el cuerpo pelado. Después se la llevaron para la pieza 7441 del hospital Pablo Tobón Uribe. Ayer llamé y me dijeron que estaba estable. Apenas colgué, me llamaron los soldados: que ella llega ahora, me dijeron. Y llegó muerta”.

El sacerdote despidió a Rubiela sencillamente. Sin acólitos, ni sacristanes, ni campanas. La bendijo con una rama verde mojada en agua, dio media vuelta y secó sus lágrimas. Decenas de cruces marcaban los puntos donde ya habían sido enterrados los que murieron primero. A Rubiela la bajaron lentamente hasta dos metros de profundidad. Carmelo pidió que la dejaran descubierta hasta que llegaran sus hijas. Pero los amigos le rogaron que no la dejara dañar por el sol. Tomó la única pala y empezó a cubrirla. El llanto lo ahogó. Entonces, un hombre con la cara tatuada de bombitas producto de la candela, asumió la tarea de mover cuatro metros cúbicos de tierra para protegerla.

Le pregunto a Maribel por Carmelo y me dice que no sabe de su destino. Después de la tragedia mucha gente se fue del pueblo a ver si le pasaba el miedo, si se le olvidaba cómo era el infierno. Algunos olvidaron el camino de regreso pero otros, como la misma Maribel, regresaron. “A la semana de la tragedia me fui para Medellín, no soportaba el pánico”, me confiesa mientras caminamos hacia la esquina de Cecilia. La noche del 18 de octubre de 1988, Maribel descansaba en su casa ubicada en las cercanías de la escuela.

“Esa tarde se escucharon rumores de que iban a romper el tubo y yo tenía miedo porque seis años antes, una familia de seis personas había muerto en otra quemazón. Como a las doce y media de la noche rompieron el tubo y a la una de la mañana dinamitaron el puente. La mayoría de las casitas de madera se quemaron, fueron leña para su propio fuego. Una niña, que se llama Candelaria, nació una hora después del incendio.

Muchos quemados lograron salir para el alto Banderas y algunas personas corrieron por cuatro o cinco horas monte adentro. Desde el morro veíamos la prendezón, se fue la energía, empezó a llover. Cuando veíamos gente quemada, le tirábamos sábanas para que no se lastimaran en el monte. Después empezamos a bajar los heridos. Un muchacho cargó a mucha gente y después se arrebato. Se lo llevaron para un hospital psiquiátrico. No teníamos médico, ni enfermera y en la droguería sólo tenían vaselina y cremas de manos. Como no teníamos teléfono, tocó enviar un mensajero a Segovia para que vinieran a ayudarnos. Yo no tenía vida, me fui para Medellín y trabajé en la casa del cantante de Los Gigantes del Vallenato. Pero a los tres meses volví. Ya no aguantaba la zozobra, estar lejos”, me dijo para explicar porqué rehizo las maletas.

Al llegar a la esquina, Maribel me presenta a Cecilia Mosquera. Es una mujer negra, lleva una trusa amarilla y me mira inquisidora. Cuando habla mira sólo a Maribel: “Aquí vienen todos a que uno les cuente la historia y qué le dejan. ¿Qué nos ha quedado después de tanto sufrimiento?” Ella ha hablado en decenas de encuentros de víctimas del conflicto armado colombiano y representó a Machuca cuando el Congreso de la República de Colombia decidió, en 2007, escuchar a víctimas de todos los actores en una jornada de doce horas. En mi libreta de notas de 1998 Cecilia aparece en la lista de muertos, junto a Maira Alejandra, Johnatan y Leydi Johana, sus hijos, y debajo de Arturo Valero, a quien la uní con una flecha para recordar que eran marido y mujer.

El barrio Nuevo, donde sobrevive Cecilia, fue completamente consumido por el fuego. Sólo una casa de adobes grises y piso de cemento quedó intacta. En su sala, contemplé la imagen más contundente y simple del luto, el silencio y la soledad que siguieron: de la pared que separaba la sala de una alcoba, colgaba una sábana blanca, inmaculada, en medio de tanta ceniza y hollín; un moño de terciopelo negro se sostenía por obra de dos puntadas de aguja e hilo; dos banquetas de madera estaban dispuestas para sostener el cofre; dos ladrillos sostenían veladoras que titilaban; en el suelo una palangana llena de agua esperaba para saciar la sed de las ánimas benditas.

IV

Maribel Agualimpia fue la primera en romper el silencio que sobrevino a la tragedia de Machuca. En la memoria de los colombianos quedó el resumen de los hechos: el 18 de octubre de 1998, la Compañía Cimarrones del ELN dinamitó el tubo que transporta petróleo a la altura del corregimiento de Machuca, oficialmente conocido como Fraguas, perteneciente al municipio de Segovia en el Nordeste de Antioquia. Al volar el oleoducto, los guerrilleros también rompieron el gasoducto. Así se produjo la liberación simultánea de gas y de crudo. Media hora después, el mismo grupo, utilizó una chispa para dinamitar un rústico puente de madera sobre el río Pocuné y así, entorpecer las labores de reparación. El contacto del fuego con el gas, que ya era

una nube sobre el pueblo, produjo una explosión y una bola de fuego que mató a 84 personas, hirió a 32 y dañó la relativa tranquilidad de los 1.200 habitantes.

A Maribel, exiliada en Medellín, el versito repetido por las emisoras le provocaba un dolor profundo en el pecho. ¿Qué pasaba en realidad? Al volver a casa comprobó que en el paisaje de Machuca estaría por siempre la huella del horror. Los heridos salían en las tardes con sus pasos lentos, los niños entraban en raptos de terror a cualquier hora, los montes lucían desnudos, secos y las mujeres ya no charlaban al caer la tarde. El silencio reinaba en un pueblo donde antes abundaban las charlas, los cantos, las fiestas, la algarabía propia de los negros.

Antes de cumplirse un año de “la quema”, el 23 de agosto de 1999, Maribel abrió los micrófonos de Machuca Digital Stereo y dijo algo así como: *“Si hay en la tierra violencia y dolor, también hay en ella música y amor”*, giró la perilla y dio entrada a voces y músicas que acompañan desde entonces a los que viven en las márgenes de la trocha de Zaragoza, construida hace décadas por la Frontino Gold Mines para facilitar el transporte de la maquinaria necesaria para la explotación del oro.

Ese día rieron en Machuca. Se burlaban de Maribel Agualimpia, Victoria Velásquez y Dilinger Viveros, las amas de casa metidas a locutoras. Ellas hablaban desde el segundo piso del centro comunitario y a pocos metros la gente reía por primera vez en medio del dolor.

Maribel descubrió, durante los talleres ofrecidos por la Corporación Antioquia presente en el proceso de recuperación de Machuca, que la comunicación era su vocación. Sin terminar los estudios elementales, con 41 años, seis hijos y una nieta, decidió aprender y emprender. Con disciplina participó en la escritura del periódico mural que hablaba de lo que todos callaban: la tragedia de octubre de 1998. Durante cuatro meses las mujeres manifestaron sus dolores, sus miedos y sus incertidumbres por escrito. Al final, Maribel confesó que estaba enamorada de la radio y prometió fundar la emisora de Machuca.

Álvaro Chedit Amarís, maestro de la radio en el Bajo Cauca, la inspiró para encontrar en su alma la voz capaz de animar a los oyentes y, además, le prestó unos viejos equipos para que le hablara a los mineros que pasan semanas lejos de casa, a las mujeres que salen a buscar oro en los ríos, a las chicas que hacen las tareas, a los muchachos que dejan colegio y casa para irse a raspar coca, a los viejos que no salen de sus patios, a sus nietos que la escuchan mientras corretean al caballo que busca la sombra en su patio.

V

Machuca Digital Stereo es apenas un cuarto desde donde se ve la montaña verde que queda a la otra orilla del río. Un escritorio, dos consolas de sonido, dos alimentadoras de cds, un computador destartado y un transmisor que Maribel cuida como a un hijo. A la media mañana habla Álvaro Felipe Ortega, de 30 años,

locutor de oficio que dejó las relucientes instalaciones de la emisora de El Bagre, un pueblo vecino, para internarse por la trocha que llega a Machuca. Maribel y yo saludamos desde la puerta para no interrumpir el monólogo. Álvaro habla de espaldas a la consola, imaginando el paisaje que está detrás de la montaña con el propósito de producir sueños en los más jóvenes y sonrisas en los más viejos. De pronto, la presencia de un niño lo regresa a la realidad. Trae un mensaje desde La Ceiba. Quiere que lo lea varias veces y despacio, insiste. Álvaro obedece. Baja el volumen de la música, se acerca al micrófono y anuncia que sigue un servicio social. Sube la música, la baja. Dice que viene desde La Ceiba. La baja, la sube, la baja. Es para felicitar a Natalia Mosquera en su cumpleaños. El niño, vestido con camiseta amarilla, pantalón corto, medias verdes y botas de caucho, sonríe cuando el locutor lo mira. Le extiende mil pesos. Y se va.

De mil en mil, Álvaro recoge su salario. A veces llega a doce mil por día, con los que no podría pagar ni el arriendo de una vivienda con alcoba cocina y baño; otras, se va con las manos vacías. Así es el trato. Álvaro duerme en la casa de Maribel y come en el restaurante de otro Agualimpia. El salario, en metálico, proviene exclusivamente de los servicios sociales que dependen siempre de las necesidades de los oyentes. Y dice que por los oyentes, que ya son sus amigos, permanece en Machuca, un pueblo sin médico, ni agua potable, ni alcantarillado, ni telefonía domiciliaria ni móvil.

En esta escueta emisora faltan libros, productos pregrabados, discos compactos, casetes, acetatos. Por eso hay fiesta, dice Maribel, cuando alguna organización no gubernamental les envía series educativas o algún visitante les deja revistas que hablen de salud o ecología. En esta emisora sobran las voces. Si tuvieran un teléfono, éste no pararía de sonar porque a la gente de Machuca le encanta contar lo que hace. A veces llegan mensajes: “Álvaro: diga que en mi casa estamos haciendo sopa de gallina. Firma: Yuli”. Álvaro lee el mensaje y enseguida se desata la catarata de razones: unos ven televisión; otros duermen en las hamacas; los otros, juegan dominó; los demás van de paseo a La Nevera.

VI

Machuca es apenas dos hileras de casas apostadas a la orilla de la que será algún día la Troncal de la Paz. Camino con Maribel en sentido Segovia-Zaragoza. Y ahí están las manos que se levantan al paso de esta mujer. Le piden un minuto; ella obtiene sus ingresos vendiendo planes exequiales. Ella ejerce su oficio y yo la observo.

Mientras le pagan las mensualidades, ella *reportea*: ¿A cómo están pagando el oro? ¿Quién prepara sancocho? ¿Es cierto que los muchachos están dejando el colegio? ¿Cómo sigue la salud de fulano? ¿Ya nació la niña de perana? Y así se entera, y yo con ella, de que: los jóvenes están consumiendo pasta de coca; de los 56 alumnos que ingresaron a sexto grado apenas quedan 30; por la carretera de arriba no hay paso y la de abajo amaneció inundada; el corregidor, enfermo, se quedó en Medellín; el

cura no vino y la enfermera renunció; así que este fin de semana, como tantos otros, Machuca está bajo la autoridad y la protección del Ejército.

El recorrido nos lleva a Cindy Yurlena Elorza, la estrella de *Tu voz también cuenta*, un programa que se emite desde la calles de Machuca. Cindy me cuenta que, a falta de teléfonos, tomaba el micrófono conectado por un largísimo cable a la consola, y se iba de paseo. Arrastraba el cable, sí, y preguntaba a los transeúntes por el amor, la infidelidad, la culinaria, los oficios, el deporte. Nació en Tarazá, otro pueblo minero, y llegó con sus padres a Machuca en 2004. No sabe nada de “la quema” y, tal vez por eso, sonrío de día y de noche. Estudia en el liceo, vende ropa colorida en un almacén y en los ratos libres sale a la calle con su micrófono. “He preguntado por las enfermedades de transmisión sexual, por medicinas caseras y hasta por la infidelidad. Pero eso era antes, cuando el micrófono estaba bueno, ahora, como se quemó, no tengo con que entrevistar”, me dice y sonrío mientras los clientes la apuran para que les muestre unas chanclas de doce mil y una camiseta ombliguera de diez mil. Maribel se despide cuando el dueño del almacén entra para saber qué pasa en su negocio. Le hablo de la emisora y se suelta en elogios. ¿Cómo vivíamos antes si aquí ni las grandes cadenas radiales se sintonizan bien?

En la panadería de Machuca escuchan la emisora de seis de la mañana hasta las ocho de la noche, cuando la apagan. Tomamos refrescos antes de que el sol del medio día nos impida caminar. Carlos Andrés Builes, de 27 años, nos acompaña. Llegó a Machuca procedente de Puerto Bélgica, guiado por su madre, una mujer experta en encontrar oro. Después de 18 años de lavar y sacar unos granitos de vez en cuando, decidió descansar y validar la primaria. Vivía en La Batea y una señora de allá habló por él con Maribel. “Empecé por las tardes. Era algo que me gustaba pero me daba mucho temor, no podía acercarme al micrófono y al poco tiempo aprendí que era hablar como si estuviera en la casa”. Carlos, que sí recordaba la tragedia, hablaba de ella en la radio. Siempre con mensajes de aliento, dice, porque los asesores del proceso de recuperación de Machuca, le recomendaron a Maribel hablar siempre en un tono positivo y ella, le transmitió la enseñanza.

En 1998, los mineros vivían como ciegos, como sordos. A falta de radio y de televisión, se enteraban de las novedades cada que algún compañero salía a ver a la familia. Algunas minas están tan metidas en las montañas que los mineros pasan hasta un mes en el monte.

“El hombre que nos llevaba el mercado llegó con varias horas de retraso. Y dijo que en el pueblo había ocurrido una tragedia. El viernes anterior habían salido los compañeros a descansar. Sólo nos quedamos dos porque teníamos que cuidar la mina. Siempre salíamos en galladas de diez o de doce. Yo me bañé y fui a vestirme para salir, cuando la señora que nos hacía la comida me dijo: no se vaya que no le conviene. Yo me le quité al viaje. Varios murieron. Uno de ellos, Carlos ‘Cabuyo’, salió prendido y

se tiró al río. Yo recuerdo eso y me da escalofrío. Si hubiéramos tenido la emisora, nos habríamos enterado a tiempo y habríamos salido rápido para estar con nuestras familias y para despedir a los amigos”.

Maribel le dice adiós a Carlos y le recuerda que en la emisora necesitan ayuda. Los turnos de catorce horas son infames, así una tanda larga de música le da tiempo al locutor para dormir a la hora que el sol castiga más.

Caminamos hasta la casa de María Tránsito, una viejecita delgada, sonriente y generosa que nos da techo, en la vivienda mejor ventilada de Machuca. Construyó su casa, como lo hacían los viejos, nos dice, antes de que llegara el ladrillo, el cemento y el zinc. Un cubo de madera con cuatro puertas que dan ventilación por oriente, occidente, norte y sur; ventanas con rendijas generosas que dejan entrar la brisa, si la noche trae vientos; y techo de madera cubierto con tejas de barro y paja que conservan, en el día, algo de los vientos fríos del amanecer.

Maribel y María hablan mientras que hierve el café. Yo miró el inmenso salón donde, separados por postes de madera y tablones, distingo cuatro espacios: dos dormitorios, la sala y la cocina. Todos a la vista pero no al alcance de la mano. Me uno a las mujeres que hablan del cerdito educado, la mascota de María, que ahora mismo se disputa el rincón para la siesta con el gato amarillo que fue primero de la casa. Esta vez gana el gato. Reímos al ver que el cerdito sale del salón voleando su trasero rosado. Viene el silencio. No pregunto por la tragedia para no dañar el místico momento de dos amigas que no mueven un dedo para no provocar el calor que es una amenaza en las tierras bañadas por el río Cauca. Escuchamos la voz de Álvaro que trata de mantener la atención de una audiencia ya vencida por el sopor. El ritmo del reguetton no es el más aconsejable para el reposo. Entonces, María extiende su brazo pecososo, gira el interruptor y apaga.

VII

En la calle no se mueve una hoja. Una chica me habla del paludismo que está matando a los niños del barrio La Esperanza; una maestra asegura que el salario mínimo promedio en Machuca es de 76.429 pesos, casi 400 mil pesos menos que el mínimo legal; un viejo me cuenta que para ir a Medellín –la capital– se tarda quince horas por una carretera en pésimo estado; una abuela se queja de que los muchachos se dejan seducir por la ganancia fácil: antes el oro; ahora, la coca; y un conductor de moto-taxi asegura que la explotación de las minas ha dejado las tierras perforadas, prestas para las inundaciones, inservibles para la agricultura.

Al cabo de un rato, cuando la emisora anuncia que faltan quince minutos para las cuatro, veo a Maribel que me llama con la mano. Dejo a mis contertulios, me despido de María Tránsito y deshago el camino con Maribel. Caminamos despacio. El sol, dice, produce dolores de cabeza. Sólo a eso de las cinco, la gente de Machuca volverá a la actividad. Y entonces la emisora será la compañía.

Tal vez hoy John Jairo Robledo y su grupo Expresión, necesiten la cabina para grabar su reguetton. Él dejará en reposo sus tijeras de peluquero y llegará con pistas puertorriqueñas a las que les pondrá letras que hablan de la vida diaria en Machuca. Elkin Arango, de 20 años, espera ansioso la llegada de los músicos. Es locutor desde hace dos años y le gusta ver cómo Expresión graba sus temas.

A Elkin, lo saludo al volver a la Machuca Digital Stereo. Me ofrece la silla de los invitados. Álvaro y Elkin me presentan a dos voces y entre cortinas de *ranchevallenato*. Hablo del paisaje cicatrizado de Machuca, de la suave voz de Maribel que parece viento fresco. Les digo gracias. Maribel y los muchachos me despiden desde el balcón. Ella pide que Colombia no los olvide, y yo tomo una moto taxi que me llevará en tres horas a Segovia y de ahí, en trece más a Medellín donde no saben que Machuca tiene una voz propia que sabe hablarle al corazón.

GUERRA DE VALORES EN PETARE: TRABAJAR CON ESOS MUCHACHOS QUE NADIE QUIERE

En el barrio más grande de toda Sudamérica, en uno de sus sectores más frágiles y violentos, existe una experiencia de aula comunitaria que busca formar a niños que han quedado fuera del sistema escolar. Con una educación que subraya la promoción de la tolerancia, la comunicación y el manejo de conflictos, la Fundación Luz y Vida, intenta proteger a esos niños que se encuentran en situación de riesgo. La labor no deja de ser titánica porque en ese lugar “hay que encomendarse a Dios si tienes un niño varón y está comenzando su adolescencia”.

Héctor Bujanda

hectorbujanda@yahoo.es

Periodista y novelista, nacido en Caracas. Con Estudios Avanzados en Literatura Comparada de la Universidad Autónoma de Barcelona. Fue jefe de información del diario El Nacional en las áreas de Espectáculos y Política, y coordinador editorial de la Revista Exxito. Ha colaborado en diversas publicaciones nacionales e internacionales como en Caracas, Veintiuno, Proceso, Plátano Verde, 2021 y Plaza Mayor. Su novela La última vez fue merecedora del Premio II Bienal de Novela Adriano González León 2006. Actualmente da clases en la maestría Comunicación para el Desarrollo de la UCAB.

De los tantos cuentos y situaciones que Carmen vive y apila diariamente en su memoria está el del día en que quiso sacar a los alumnos del aula para dar un recorrido, escaleras abajo y escaleras arriba, por los diferentes linderos del barrio. La actividad estaba pensada para que todos los muchachos supieran y reconocieran de dónde provenían y lo que era capaz de decir, cada uno, sobre su lugar de vida. Ella da clases a niños entre 6 y 9 años de edad, en un sector llamado Los Topitos, un apretado conglomerado de ranchitos sin pintar donde viven unas 200 familias, que se extiende a lo largo de una empinada escalera que sirve de pasaje a sectores más grandes del barrio, como El Tanque, 24 de Marzo y Julián Blanco. El trabajo titánico de Carmen consiste en recuperar, con herramientas pedagógicas centradas en la comunicación y las habilidades narrativas, el tiempo perdido de los niños que tienen severas dificultades para insertarse en el sistema escolar. Trabaja enteramente sola en un aula de unos 8 metros de ancho por 15 metros de largo, que ella se esmera en cerrar a doble llave, una vez que todos los niños han ingresado al salón de clases.

Esa mañana tomó el juego de llaves, destrabó la cerradura y les dijo a los muchachos que fueran saliendo uno a uno. En las primeras vueltas estuvieron tratando, entre todos, de establecer aquí y allá, el lugar exacto que divide a un sector de otro, una operación que sólo pueden realizar aquellos que han interiorizado desde muy pequeños las fronteras invisibles de su barrio. Un portón cualquiera, una platabanda, el cartel hecho en cartón crudo donde se ofrecen servicios de pedicura, un rancho de donde proviene, día y noche, un portentoso y pegajoso sonido musical, una bifurcación de la vía, a veces sólo una atmósfera, unos rostros, unas armas... Todos esos indicios menores se convierten en verdaderos hitos de un mapa que a primera vista parece imposible de descifrar.

Uno de los niños, en el recorrido, se fue poniendo renuente a continuar. No alegaba nada, simplemente le pedía a la maestra que volvieran al salón de clases, que no quería seguir. La agarraba de las manos con fuerza, empezaba a sudar incontrolablemente, se resistía a caminar. Cuando finalmente el grupo desembocó en un lugar llamado El Parquecito, donde se junta una cancha de básquet y un estadio de softbol, en el que sólo los perros, en manada, suelen pasearse libremente en las mañanas, el niño de siete años se despepitó y dijo lo que tanto le preocupaba: "Maestra, vámonos. Aquí me van a matar. Por aquí vive la familia del asesino de mí tío, son unos malandros. Me van a matar, maestra, me van a matar, ¿no entiende?".

El Parquecito es, por una extraña y azarosa geografía, un lugar perfecto para esconderse. Tiene innumerables pasadizos que crecen a los bordes del estadio de pelota y se pierden en el abigarrado mundo vertical del bloque y del zinc. Es un lugar peligroso, si los hay, en todo el barrio Bolívar, allí los malandros se sienten tan cómodos que han perdido cualquier escrúpulo ante la comunidad. Se les consigue con pistolas y armas largas con miras infrarrojas, se agrupan en una esquina o desfilan

una y otra vez por la calle, confundiéndose con la manada de perros que se olisquean y ladran incansablemente. Es la guarida de El Cubo, de Goyo, del hermano del Chino, quienes se exhiben, ante los que se atreven a caminar por allí, como los verdaderos poderosos del barrio.

El niño parecía muerto de miedo y puso muy nerviosa a Carmen, que trataba de tranquilizarlo demostrándole que la maestra es una referencia aún imbatible dentro de la comunidad: “Estás con la maestra. Ellos no nos van a hacer nada. Tranquilo, tú andas conmigo. Ellos no se van a meter con nosotros. Ya verás”. Pero un malandro tiene mirada de *velociraptor* y una memoria infinita para la venganza y el odio. De manera que el niño dejó de mirar el entorno, puso sus ojos en las nubes, lejos en el cielo, en Dios. Carmen mantenía a duras penas la naturalidad e intentaba continuar la actividad con el grupo de niños. Los malandros, con automáticas en las manos, empezaron a acercarse, buscando un rostro en especial. Carmen seguía actuando, es una habilidad que en el Barrio Bolívar y en todo el *universo Petare* se transmite por la leche materna y se lleva muy adentro en las venas para poder sobrevivir: se actúa siempre en los peores momentos, se sobrelleva el drama y la tragedia como si en realidad todo fuera un juego de niños...

En situación de riesgo

Detrás de sus lentes de montura metálica y su pelo plateado hay 12 años de trabajo y de fortalecimiento institucional en las diferentes comunidades de Petare. Gracias a su activismo y compromiso con la defensa de los derechos de la mujer, del niño y del adolescente en los sectores excluidos de la sociedad, Gloria Perdomo participó en la creación de la Fundación Luz y Vida, una institución que hoy mantiene un trabajo permanente en 24 barrios, precisamente con el programa de aulas comunitarias para la atención de niños no escolarizados en situación de riesgo, la experiencia educativa que en el sector Los Topitos desarrolla la maestra Carmen.

Preocupada, como educadora, por los altos índices de deserción escolar y de exclusión educativa en Petare, Gloria ha hecho a través de la Fundación Luz y Vida numerosas intervenciones con dineros privados y públicos para enfrentar, a través de los pequeños pero indispensables detalles, el luctuoso y trágico cuadro del barrio más grande de toda Suramérica. Las cifras modestas hablan de que en el *universo Petare* conviven de manera contigua unos 483 barrios, donde habitan casi un millón de personas –más de 200 mil son menores de edad–, y ante el incremento vertiginoso que ha tenido en Venezuela el problema de la inseguridad, Petare se ha convertido en una perversa condensación de todos los males que originan la violencia en el país: falta de una institucionalidad estatal fuerte y eficiente, falta de políticas de seguridad integral, falta de alternativas concretas para la inclusión social, problemas intrafamiliares. El cuadro es desolador, cuenta Gloria con cansancio y pesimismo.

“Hay un recrudecimiento de la violencia en Petare. Los valores tradicionales que eran bandera de la convivencia popular, como la solidaridad y la participación, se han venido perdiendo con el auge de la delincuencia organizada y del narcotráfico. Las comunidades tienen miedo e impotencia ante la violencia. Aquí ocurren entre 36 y 40 asesinatos al mes, y muchas de las víctimas son varones adolescentes. Esto es un drama tremendo, porque prácticamente hay que encomendarse a Dios si vives en Petare, tienes un niño varón y está comenzando su adolescencia”.

El programa de las aulas comunitarias para la atención de niños no escolarizados en situación de riesgo es una prueba de que, ante la inmensidad de los problemas y de la profunda orfandad institucional, algo se puede hacer. La Fundación Luz y Vida, en convenio con las escuelas jesuitas Fe y Alegría y otras instituciones del país como la Universidad Simón Rodríguez y la Universidad Central de Venezuela, viene trabajando desde hace 7 años en la consolidación de una experiencia novedosa: reclutar a niños en el barrio que no se encuentran insertos en el sistema escolar, y prepararlos durante un tiempo hasta que logren conseguir el cupo en una escuela formal.

Carmen, al igual que todas las maestras del programa, es lo que se denomina una promotora o educadora popular, que viene del propio barrio. Ella, conociendo su entorno, tiene la cosa tan clara como el sol radiante y áspero que calienta el techo de su aula, ubicada a unos 120 escalones de la carretera principal de los Topitos:

“Aquí hay mucha violencia juvenil y deserción escolar. Hay falta de cupos en las escuelas, falta de rendimiento en los niños, hay hogares desestructurados, problemas básicos de documentación e identidad. Si los niños quedan fuera de la escuela, perdemos. Reclutamos al niño que no está escolarizado y le damos atención permanente, hablamos con sus padres, trabajamos con un reforzamiento múltiple de los valores, tanto en la escuela como en el hogar. Hay que estar todo el tiempo detrás del niño y de sus familiares. Hemos hecho bajar el nivel de muchachos en la calle, hemos logrado recuperar a niños que estaban a punto de ser captados por la delincuencia. En eso hemos sido efectivos”.

La fórmula parece sencilla en el papel, según explica Carmen, quien tiene en su aula a un total de 15 alumnos: si se logra que el muchacho esté ocupado dentro de una escuela, atendido tanto allí como en el hogar, bajará la tentación de dedicarse a la mala vida. “Pero si el niño toma la calle, se la pasa en la bodega jugando maquinita, hablando con los malandros, tarde o temprano lo reclutarán las bandas organizadas, será mula, será ladrón, será asesino y después lo matarán a balazos”.

Un país en guerra

El apretado resumen que hace Carmen del destino fatal de muchos niños y adolescentes que terminan optando hoy por la delincuencia y el tráfico de drogas

fue el argumento principal para que un joven que vive en La Línea Hueco, llamado Jackson Gutiérrez, que además tiene una peluquería llamada Tasmania en la entrada del barrio, se dedicara a hacer una película casera sobre ese fenómeno tan terrible llamado el “azote de barrio”, es decir, el que con su acción y sus actos vandálicos tiene aterrizada a la comunidad.

La película se terminó a finales de 2005 y se vendió por miles en los mercados informales de la piratería, convirtiéndose rápidamente en un objeto de culto para todos los públicos, incluso para jóvenes clase media y de urbanizaciones alejadas de la realidad petareña. Descarnada y pornoviolenta, al mejor estilo de las *snuff movie*, la película habla de la manera cómo los niños y adolescentes, por falta de oportunidades y alternativas, terminan ingresando en el mundo de las bandas juveniles que trafican y roban en los barrios de Petare. Una realidad que parece un disco rayado a la vista de las crónicas televisivas y periodísticas sobre la delincuencia, que hacen hincapié sólo en las cifras de muertos y refuerzan la idea de que en esos barrios sólo hay delincuentes y asesinos. Pero jamás esa realidad había sido contada por sus propios protagonistas, por gente del propio barrio con cámara en mano, con sus códigos, sus formas de habla y sus perspectivas de vida en un entorno adverso.

La película tuvo tanto éxito que Jackson siguió haciendo versiones mejoradas de la historia, al punto que *Azote de barrio en Petare* ya va por nueve entregas y no existe prácticamente ningún rincón del país, ningún puesto de películas “quemadas”, como se les llama a los productos piratas, que no venda alguna de sus ediciones.

Para uno de los defensores del niño y del adolescente en Petare, José Gregorio Sánchez, quien además tiene un programa de radio en una emisora comunitaria llamada Colectivo Popular Petare, donde promueve los derechos de los menores, estas películas tienen el único mérito de mostrar la parte más oscura de la realidad cotidiana en Petare, pero manifiesta su total desacuerdo con respecto al tratamiento que se le hace al tema: “estas películas son una basura, están hechas para recrearse en una realidad dura, son complacientes con la actividad delictiva y desconocen las alternativas que hay en los barrios, como el trabajo de los cristianos de base y el de las organizaciones civiles, privadas y públicas. En la segunda entrega, matan a cuarenta jóvenes en una cuadra, por ejemplo. Están hechas para escandalizar y ganar fama rápido”.

La aparición de este fenómeno casero llamado *Azotes de barrio en Petare* no es casual ni gratuito. Se podría decir que es un síntoma de los niveles de violencia que están padeciendo las comunidades en Petare. Su auge coincide, además, con un momento de máxima expansión de la violencia en el país, que se traduce en una percepción social que destaca la inseguridad como principal problema de la gente.

Nada más entre 2005 y 2006, la tasa de homicidios se incrementó, según el tradicional informe anual de la organización de derechos humanos Provea, en 23%, y en el estado Miranda, donde se encuentra Petare, la tasa subió en el mismo período 39,61%, muy por encima del escandaloso promedio general. En un diagnóstico sobre

el universo Petare, de 2003, se registra que el 19,5% de las muertes violentas son de niños y adolescentes. Esas cifras hablan de un país en guerra, con más de 17.000 víctimas al año de la violencia, el promedio más alto, por cada 100.000 habitantes, de toda Suramérica, y sólo comparable con los índices de El Salvador y Guatemala, tal como lo describe Ana María Sanjuán, directora del Centro para la Paz y los Derechos Humanos de la UCV.

El problema de la violencia no ha sido fácil de explicar ni por los responsables gubernamentales ni por los tradicionales enfoques sociológicos, dado que desde 1998, con el presidente Hugo Chávez a la cabeza, se inició un proceso radical de cambios institucionales y políticos que ha incidido en los índices de pobreza, en la disminución de la tasa de desempleo y en el aumento considerable del poder adquisitivo de la gente, pero lo que nadie sabe explicar con claridad es por qué, si han mejorado las dimensiones socioeconómicas del país, se sigue incrementando la violencia y la inseguridad. Sanjuán explica su visión de este asunto:

“En Venezuela hay un conflicto social estructural que no se ha modificado con el cambio de hegemonía política. Desde mediados de los años 80, cuando se rompió el acuerdo de país, se destapó el conflicto. La retirada de la acción del Estado, la criminalización de los sectores populares, la idea de que sólo el mercado estructura las relaciones sociales no sirvió para resolver los conflictos, ni el incremento del uso ilegal de armas, así como tampoco el tráfico de drogas. Hay una invisibilización de un problema que no tiene posibilidades de resolverse a corto plazo. La narrativa que tiene el Gobierno del problema es que todos los jóvenes pobres son buenos y los pervierte el narcotráfico, que es lo mismo que el imperialismo. Se ha sido muy poco eficiente en los últimos años en la tarea de rehacer el Estado y el sistema de convivencia. Estamos en un momento de gran discapacidad institucional, y lo que ha aparecido es una degradación de las formas de violencia por falta de mecanismos de contención. Hay un conflicto intrafamiliar, intravecinal, intracomunitario, y no existen mecanismos de arbitraje. Hemos deslegitimado el papel del Estado burgués, el único que existía, y se ha hecho muy poco, materialmente, para reemplazarlo”.

Construir alternativas

En un contexto tan precario como el de Petare, la guerra de valores se ha venido perdiendo en los últimos años. La calle se ha vuelto un espacio peligroso y en Los Topitos el aula comunitaria que lleva Carmen funciona bajo llave y sólo cuatro horas al día, de 7 a 11 de la mañana. El segundo turno es una tarea pendiente, una posibilidad abierta para desarrollar tareas dirigidas. Han corroborado que una de las demandas del niño es querer estar más tiempo en la escuela. “Aún no hemos conseguido a la maestra, porque tiene que ser del barrio y hay que formarla. Es difícil, porque aquí se

viene a trabajar sola, y a mucha gente eso le da terror. Los niños asimilan muy bien la dinámica, porque sienten que el aula es un lugar seguro, que los atendemos, que hay afecto. Trabajamos con una pedagogía que busca inculcar los valores de la tolerancia, del respeto, de la paz, del manejo de conflictos y de la comunicación asertiva”, dice Carmen en tono reflexivo, una vez que todos sus alumnos han salido como una tromba del aula, disparados hacia sus casas como gatos bulliciosos. Antes de salir, Carmen les recuerda que al día siguiente tendrán una actividad con los alumnos de la escuela Presidente Kennedy, de Fe y Alegría, que inaugura su campaña anual “Un corazón para la vida y la paz”.

Marisela Expósito, profesora de Trabajo Social de la UCV, viene desarrollando con los niños del aula un programa de intervención social que gira alrededor de la promoción de la paz, dado que desde 2005 los tiroteos entre bandas, a cualquier hora del día, se han hecho cada vez más frecuentes.

“Quedé con mis alumnos atrapados en el barrio durante 15 minutos, aterrados por una balacera. Eran las 11 de la mañana. La carga de violencia que se vive en Los Topitos tiene que ver con un modo de supervivencia. Para sobrevivir, tengo que agredir al otro. Son núcleos familiares con muchos problemas concretos, de derechos y necesidades insatisfechas. Eso es exclusión, no tiene otro nombre: gente que duerme en el suelo y bajo un techo de zinc. No hay parejas estables, los niños duermen hacinados. Es un hogar matricentrado, que crea baches en el crecimiento emocional del niño. Es un entorno donde la violencia, la droga y el alcohol actúan de manera activa. Eso es lo que está en la calle y lo que más atrae. Hay banalización y naturalización de la violencia. Sin embargo, si al niño se le construye una alternativa, se le dan opciones, siempre escogerá el camino de la escuela, del trabajo y de la responsabilidad. Él sabe, por experiencia, que el mal camino conduce a la muerte temprana”.

Al día siguiente, a media mañana, hay una congregación de alumnos en el patio central del colegio Presidente Kennedy, donde se realizará la jornada de “vacunación contra la violencia”, un acto donde los niños defienden la paz, leen oraciones contra la violencia, cantan y se reconocen en afectos unos con otros. El Kennedy es una infraestructura única dentro del barrio Bolívar, muy cerca de Los Topitos, que sirve de centro para muchas actividades sociales, incluyendo el plan de alfabetización gubernamental llamado Misión Robinson. Junto al Centro de Diagnóstico Integral que construye el Gobierno Nacional, que aún no está listo, no existe otra edificación suficientemente grande y sólida que dé muestras de la presencia del Estado en el barrio Bolívar.

Carmen confiesa que en Los Topitos no se vive un buen momento, que el barrio está, como dicen, revuelto desde el 28 de diciembre, día en que la madre del niño de 7 años que se resistía a entrar en El Parquecito, se tropezó con el asesino de su

hermano comiendo perros calientes en un puesto de Chacaíto, en pleno centro de la ciudad. El asesino tenía muchos meses fugado, pero ella en seguida lo reconoció, llamó a la policía y lo lograron capturar. Ella piensa que fue un regalo de Dios. Sin embargo, la medida no gustó entre los familiares del asesino, que la amenazan y le advierten que tiene que retirar la denuncia. Ahora debe andar con cuidado, especialmente por esa zona de El Parquécito, que apenas se encuentra a unas 15 o 20 casas de su hogar. La madre del niño tiene una mirada intensa y unas ojeras pronunciadas. Ella está ahí porque ha venido a vacunarse contra la violencia, a apoyar la campaña por la vida que desarrollan los colegios Fe y Alegría y las aulas comunitarias. “Aquí no hay una farmacia, ni siquiera un módulo policial. No puedes bajar hasta acá, y si bajas, no puedes subir. Este es un barrio sin ley”, dice obstinada ante tanta adversidad. Su niño, aunque lo miraron con odio aquel día que bajó el grupo a El Parquécito, aún está vivo, es todo lo que ella tiene y corre con los demás amiguitos a lo largo del patio del colegio. Carmen la mira, Carmen se mantiene impertérrita ante las malas señales que da el barrio. No le queda otra, sabe que su trabajo diario se realiza justo en la frontera entre el bien y el mal, en esa zona de guerra en la que hay que intervenir si se quiere conseguir la paz. Ella mira a sus niños, los regaña, los agrupa en medio del alboroto colectivo. De repente, suelta una frase implacable, enérgica, como si le viniera un ataque súbito de inspiración, acompañada por esa multitud de jóvenes que se agolpa, frenética, en el patio del colegio: “Lo que pasa es que yo trabajo con esos muchachos que nadie quiere, pero que hay que aprender a querer”.

[Honduras]

SILENCIO Y OLVIDO DESDE LAS SELVAS DE LOS RÍOS PLÁTANO Y PATUCA DE HONDURAS

Investigar e informar sobre lo que ocurre en las selvas de la biosfera del río Plátano en Honduras es difícil debido al aislamiento en cuanto a tecnologías de comunicaciones y a que cada día es más inseguro tanto para el periodista como para sus fuentes informativas... Quizá por ello, la mayor parte de medios de comunicación hondureños poco manejan estos temas en sus agendas... Hay miedo en la selva.

Ramón Wilberto Nuila Coto

ramonnuila@yahoo.es

Periodista hondureño autor de varios reportajes y columnas semanales para el Diario La Tribuna y programas sobre temas ambientales en las radioemisoras América y Sonora de Tegucigalpa, Honduras.

Mientras esperaba la salida del vuelo hacia La Mosquitia, en el aeropuerto Toncontín de Tegucigalpa, me encontré con tres colegas periodistas que viajaban hacia Chile, como parte de una delegación oficial que acompañaba al Presidente de la República en su visita a aquel país suramericano.

¿A qué vas a La Mosquitia y al río Patuca?, me preguntó uno de ellos.

Es difícil ese viaje y a las noticias de esa zona no les dan mucha importancia en los medios, comentó el otro sin darme oportunidad de contestar la pregunta. Casi simultáneamente se escuchó el llamado público para que los pasajeros que iban en mi vuelo, abordáramos el avión. Nos despedimos deseándonos la mejor suerte en nuestros viajes.

Durante el vuelo en el pequeño y viejo avión bimotor hecho en la ya desaparecida Checoslovaquia, desde Tegucigalpa hasta Puerto Lempira y luego hacia Wampusirpi, observé los ecosistemas de una región hondureña, caracterizada por caudalosos ríos, lagunas costeras, sabanas, humedales y mucha selva. Es una región que supera las mil hectáreas cuadradas, pero apenas habitada por alrededor de 70 mil personas, la mayoría de ellos de las etnias Misquita, Garífuna, Pech y Tawahkas.

El mismo día que salí de Tegucigalpa, logré llegar a Wampusirpi, a orillas del río Patuca, todo un emblema ambiental en la región, ya que sus aguas bañan a tres importantes áreas protegidas: Biosfera del Río Plátano, Parque Nacional Patuca y la Reserva Tawahka Asagni.

Bien temprano al día siguiente, inicié el viaje hacia la comunidad de Krausirpi, principal población de la etnia tawahka, en la reserva de biosfera Tawahka Asagni. En la embarcación que navegamos el río, a la que los nativos llaman pipante, íbamos unas 20 personas. Todos los navegantes, a excepción mía, eran de ese grupo étnico.

Vamos aguas para arriba, viajaremos casi 5 horas, me dijo Vicente, quien durante este viaje es mi guía. Trabaja como promotor social con el Instituto de Cooperación y Autodesarrollo (ICADE), la principal ONG que activa en la zona con las comunidades Tawahkas.

Mientras el pipante se desliza por las turbulentas aguas del Patuca, una experiencia transformadora envuelve al viajero, que por primera vez, como es mi caso, visita esta región. La selva espesa, las pequeñas aldeas tawahkas con su miseria infrahumana, lagartos y muchas aves, se conjugan para animar el viaje, durante el cual los rayos del sol son inclementes y de vez en cuando, nos cae una fresca llovizna tropical. Las fotografías que se logran tomar en ese viaje, casi son únicas, ya que esta región también lo es en Honduras.

Llegamos a Krausirpi y me hospedo en la casa que sirve de oficina al ICADE, donde también duermen otras personas como el médico cubano de las brigadas especiales que el gobierno hondureño recibe desde Cuba para atender a las comunidades más pobres del país. Esta pequeña aldea no tiene ningún tipo de servicios públicos y es

una muestra de lo que ocurre con todas las poblaciones que existen en la reserva de biósfera Tawahka Asagni.

La misma noche que llegamos me di cuenta del temor que sienten los tawahkas al hablar con extraños, especialmente sobre el tema de mi interés en este viaje. No aceptan dar entrevistas grabadas, ni mucho menos se dejan tomar fotografías. Pero las dificultades para investigar en estas selvas hondureñas sobre la inseguridad ciudadana, el crimen organizado y la destrucción ambiental, no se limitan al temor de los pobladores, sino también al asilamiento tecnológico de la región. No hay acceso a las radioemisoras, periódicos y muchos menos a la televisión nacional en esta zona. Su alcance no llega en forma abierta a esta región. Solamente los pocos poderosos que tienen antenas y sistemas satelitales, pueden bajar estas señales. Para recorrer estas áreas, donde las carreteras prácticamente no existen, hay que navegar los ríos Plátano y Patuca en los pipantes. Durante estas largas travesías acuáticas, los riesgos que se corren son diversos. Desde el encuentro con desconocidos fuertemente armados, pasando por la presencia de lagartos y culebras, hasta la posibilidad de que una lluvia tropical repentina, cause daños en las cámaras y otros equipos periodísticos. Con la valiosa ayuda de los guías indígenas y un poco de buena suerte, estos y otros problemas se superan, aunque permanece en uno la inquietud sobre si todo esto vale la pena hacerlo, al autocriticarse sobre los espacios e importancia que darán a este material periodístico en los medios de comunicación.

La situación de los participantes en el Pacto Ambiental de Olancho (PAO), los voluntarios ambientalistas y las mismas comunidades indígenas Pech y Tawahkas que habitan el Parque Nacional Patuca y la Reserva de Biosfera Tawahka Asagni, en la región nororiental de Honduras, ha sido de mucha inseguridad en el último año.

Hay ingobernabilidad en la zona, debido a la falta de autoridad gubernamental. Los ambientalistas que intentan proteger estos valiosos ecosistemas, están atemorizados. Esto se agravó con la muerte de Mario Guifarro, activista del PAO, el pasado mes de septiembre.

Guifarro, muy respetado por su amplio conocimiento territorial de la región, fue asesinado en la comunidad de Wasparasito, el 15 de septiembre del 2007, mientras se llevaba a cabo la celebración del Día de la Independencia Patria. Él era un ganadero, que después de participar en actividades de educación ambiental promovidas por el ICADE, se convirtió en uno de los principales promotores y líderes ambientalistas que combaten la presencia de madereros, grandes finqueros y narcotraficantes, que amenazan estas áreas protegidas y a sus habitantes.

La poca presencia del estado hondureño, a través de sus instituciones especializadas, provoca actualmente en esta tradicionalmente pacífica región del país, un clima de intranquilidad y zozobra. Los ambientalistas con los que se logra hablar, ante el temor de las represalias, indican que se está interpretando el trabajo de ellos como amenazas en contra de la alianza del crimen organizado, los madereros, los grandes

finqueros que avanzan destruyendo las selvas tropicales y los narcotraficantes que operan en esas áreas.

Tanto los activistas del PAO como del ICADE, reivindican su presencia en esta región del país, como parte de un trabajo comunitario a favor del desarrollo humano. Intentan reconvertir los sistemas agroproductivos no amigables con el ambiente, educar a los pobladores, organizar frentes colectivos antidestrucción ambiental. También contribuyen a mejorar la producción de cacao orgánico, plantas medicinales, reforestación de árboles maderables, lo mismo que facilitar la promoción del ecoturismo étnico. Todos estos esfuerzos se hacen con la organización y participación activa de las comunidades que se oponen a que continúe la deforestación, tala ilegal y el narcotráfico en esta amplia región.

Una de las acciones más importantes que se realiza en los últimos meses, es la demarcación de la zona histórica cultural de la Reserva de Biosfera Tawahka, con el objetivo de proteger los dominios ancestrales de este grupo étnico e intentar detener el proceso de colonización y migración que impacta negativamente cada día más. Mario Guífarro, al momento de su asesinato, era el guía principal de los ambientalistas que trabajaban en la demarcación física del área núcleo de la Reserva de Biosfera Tawahka, donde algunos 'dueños' invasores ladinos, se ven amenazados.

Desde Krausirpi pude viajar, siempre navegando el río Patuca en pipante, a las otras comunidades de la reserva. Durante uno de estos viajes encontramos grupos de ladinos, que fuertemente armados, viajan en lanchas rápidas y de potentes motores. Hay mucho temor entre mis acompañantes porque durante recorridos por este río, varios líderes tawahkas han sido asesinados, por balas disparadas por desconocidos que se esconden en la selva adyacente.

Después de estar dos días en Krausirpi, regreso a Wampusirpi y el mismo día viajo hacia Tegucigalpa, en una avioneta del grupo Alas del Socorro, una ONG vinculada con los misioneros cristianos de Estados Unidos que ayudan a los pobladores de la región con asistencia médica hospitalaria.

Durante el viaje, haciendo escala técnica en la pista de aterrizaje de la base militar de las fuerzas armadas hondureñas El Aguacate, en Catacamas, Olancho, sobrevolamos parte de la biosfera del río Plátano, lo mismo que la mayor parte de la cuenca del río Patuca, observando el avance de la deforestación de las selvas y del frente colonizador, que provocan los grandes ganaderos y pequeños agricultores provenientes de otras áreas del país. Igualmente se aprecian las quemadas y los incendios forestales que hacen los nuevos habitantes de estos bosques tropicales, en su afán de construir grandes fincas ganaderas.

Casi seis meses después de mi viaje a Krausirpi, invitado por el presidente de Honduras, viajo desde Tegucigalpa a la región donde nace el río Plátano. Esta vez volamos en el avión DC-3 de la Fuerzas Aérea de Honduras, cerca de 70 personas,

entre embajadores extranjeros, ministros del gobierno hondureños, representantes de la sociedad civil y algunos periodistas. Llegamos a la base militar de El Aguacate, desde donde nos transportamos en helicópteros, hasta el sitio conocido como Cabeceras del río Plátano, entre los departamentos de Olancho y Colón, en plena biosfera del río Plátano.

En esta zona selvática del área núcleo de esta reserva de biosfera, declarada por la UNESCO como Patrimonio de la Humanidad, el gobierno hondureño mantiene un campamento de la fuerza de tarea de protección ecológica de las fuerzas armadas "Oxígeno para el mundo, con una Honduras Verde", dice una extensa pancarta que los militares tienen en medio de los árboles selváticos que rodean al campamento del río Plátano.

Reunidos en una de las tiendas de campaña del campamento militar, el presidente hondureño, explica con el Jefe del Comando Conjunto de las Fuerzas Armadas, los pormenores del operativo de protección ecológica que realizan en la zona. Al terminar sus exposiciones, ambos ejecutivos del gobierno nacional, solicitan preguntas de parte de los asistentes. Uno de los embajadores asistentes, se identifica como representante de la Unión Europea y presidente del G-16 en Honduras (grupo de países cooperantes con ayuda internacional) y comenta sobre los problemas de amenazas e inseguridad que sufren los ambientalistas que trabajan en esta área del país. Hace alusión directa al asesinato de Mario Guifarro y a la falta de esclarecimiento del mismo, al extremo que no se ha investigado ni mucho menos encontrado culpables. Explica también que esta situación preocupa a los países donantes, por lo que algunos de ellos estudian la posibilidad de suspender la ayuda internacional destinada a la protección y manejo de estas reservas de biosfera y parques nacionales, debido a que los miembros de las ONGs que desarrollan los proyectos, sufren amenazas, persecución y hasta la muerte. La respuesta del presidente hondureño y del jefe militar, no se hace esperar y con un poco de nerviosismo, aseguran que se siguen las investigaciones del caso y esperan resultados de las mismas a corto plazo....

El evento, durante el cual se inauguró el tercer operativo militar anual de protección a los bosques hondureños finalizó y todos regresamos al día siguiente en los mismos helicópteros y el avión DC- 3 a la capital hondureña: Tegucigalpa.

Y tenían razón mis colegas que viajaron con el presidente hondureño en su visita oficial a Chile, estos temas de las reservas de biosfera y parques nacionales y la inseguridad que amenaza a los ambientalistas que trabajan en su protección, no son noticias de mayor interés para los medios de comunicación... De todo esto muy poco o nada leemos, escuchamos y vemos en los periódicos, la radio y la televisión nacional... El silencio y el olvido tapa lo que ocurre en las selvas de los ríos Plátano y Patuca de Honduras.

POR EL GRAFFITI HABLO, POR EL GRAFFITI CUENTO

La implementación del Plan Mano Dura en el país (2003) convirtió cualquier graffiti con estética juvenil urbana, en una mancha asociada a las maras y el delito. Pero cinco años después, más de 150 jóvenes cristianos, deportados y artistas continúan rociando *spray* con un solo propósito: legitimar el graffiti y promover la convivencia en paz.

Rosarlin Hernández

girasolemigra@gmail.com

Nació en San Salvador, El Salvador. Graduada en la Universidad Centroamericana UCA. En sus 10 años como periodista se ha dedicado a realizar fotoperiodismo, prensa escrita y televisión. Se destacó como productora en la creación y realización del primer programa infantil de la televisión salvadoreña pensado desde la concepción de "televisión de calidad para la infancia". Es coautora de la nueva edición de los libros de Lenguaje para tercero y quinto grado de educación primaria que utilizará el sistema público salvadoreño. Durante los últimos años ha sido redactora de la sección cultural del periódico digital, El Faro.Net y actualmente, coordina el proyecto de podcast en el mismo periódico.

El rocío de la madrugada ya ha bañado las paredes. Y frente a ellas, 150 jóvenes esperan las bandejas, los rodillos y la pintura blanca, base sobre la cual plasmarán el boceto de su arte. Estamos en San Salvador, la capital de las maras¹ en Centroamérica. La ciudad es el cuadro perfecto y las paredes del bulevar Constitución –ubicadas bajo el momento La Chulona²– son el lienzo. Este día, estos jóvenes quieren gritarle a la ciudad –y a las autoridades– que ellos no son mareros, que ellos son artistas del graffiti.

Pero el acto no es ningún grito de libertad consumada ni mucho menos una demostración de que las cosas en el país han cambiado. Ha cambiado, sí, la persecución contra el graffiti. La policía ya no va a las colonias, armada con baldes de pintura blanca, para ocultar cualquier garabato pintado en la pared. Eso fue hace cinco años, cuando el ex presidente Francisco Flores inició el Plan Mano Dura³ contra los pandilleros... y contra todos los jóvenes que se les parecieran (o hicieran “cosas de mareros”). En el 2003, el graffiti fue promovido por el gobierno como una expresión “made in maras”.

Ahora, estos 150 jóvenes pudieron tomarse las paredes del bulevar Constitución gracias a un permiso municipal. Sólo por una mañana: la del 11 de noviembre. El requisito para poder hacerlo también contrasta con lo que un artista –porque los jóvenes del graffiti se consideran artistas– quiere: expresarse. Para que ese día ellos pudieran “manchar” tenían que hacerlo bajo tres parámetros: cultura, deportes y medioambiente.

Había uno más, pero los artistas se negaron. Estos jóvenes lo que quieren es, precisamente, que se les desligue de cualquier grupo delictivo o, para el caso, político. La alcaldía de San Salvador, capital del país, está gobernada por el partido de izquierda, Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN). “El primer tema que nos propusieron para realizar la actividad fue el antiimperialismo. Pero

¹ Pandillas de jóvenes caracterizadas por uso de la violencia y el uso del tatuaje y el graffiti para identificar tanto su pertenencia como sus territorios. En El Salvador, Guatemala, Honduras, México y algunas ciudades norteamericanas con presencia importante de centroamericanos existen dos pandillas emblemáticas: la Mara Salvatrucha (MS) y la pandilla del Barrio 18. Desde 2003, el gobierno de El Salvador junto con los gobiernos de la región centroamericana han implantado una serie de acciones para combatirlos ya que se las asocia, como colectivos, a una serie de actos delictivos graves como homicidios, secuestros, extorsiones, robo y hurto.

² Así se conoce popularmente el monumento a la Constitución Salvadoreña erigido después de la firma de los Acuerdos de Paz, en 1992, en el Boulevard del mismo nombre.

³ El Salvador implantó en 2003 el Plan Mano Dura que buscaba controlar, por la vía policial, a las dos pandillas más grandes del país. Dicho plan fue declarado inconstitucional por la Corte Suprema de Justicia. Para dar continuidad, en agosto de 2004 el presidente Antonio Saca impulsó el plan Súper Mano Dura. La implementación de ambos planes no logró su principal objetivo: disminuir el número de homicidios en el país.

nosotros no hacemos esto por política. Lo hacemos por arte. Nos negamos y luego nos propusieron que pintáramos sobre los otros temas”, dice Ernesto Rodríguez.

Aún con las ataduras, para los graffiteros, cualquier oportunidad que se presenta debe ser aprovechada. Sobre todo, porque es raro que algún tipo de autoridad apoye estas iniciativas. La ciudad, según los discursos, debe verse limpia, ordenada, pulcra... monótona.

Ernesto lo sabe muy bien. Él conoció el graffiti cuando un primo que vivía en Nueva York llegó a vivir a su casa por un tiempo. “Yo lo veía y le decía que me enseñara pero me respondía que mi papá me iba a regañar, a él le decían Shark, se vestía como los negros en Estados Unidos, bien flojo como rapero y todos le tenían miedo. Yo lo admiraba y me vestía flojo como él. Después, empecé a ver sus dibujos y me empezó a gustar, me puse Sparck”.

El año pasado, este joven de 17 años de edad le propuso al pastor de su iglesia organizar un grupo de graffiteros cristianos para que este arte urbano sirviera como medio para mostrar mensajes positivos y fuera una nueva forma de evangelización. El pastor no le autorizó el programa por el estigma, por la “vinculación” del graffiti y las maras.

Sparck decidió entonces hacer su propio grupo cristiano, pero alejado de la iglesia. Lanzó una convocatoria a través de Internet para organizar su propio crew⁴ cristiano graffitero llamado El Salvador Withers Team (ESWT). Sparck siempre supo que hay graffitis de maras y graffitis “arte”. Su búsqueda es desligar uno del otro, apostándole a que con los graffitis positivos, especialmente los que representan mensajes cristianos, muchos como él puedan salir del anonimato y la clandestinidad para realizar una práctica, hasta hoy, censurada socialmente.

“Para los jóvenes es bien difícil que el gobierno o la iglesia los escuche, que los tomen en cuenta, y en un graffiti si la gente se pone a ver entienden que en realidad es algo por donde nos podemos expresar. Todos los problemas se pueden resolver dialogando. Y con un plan como el de la Mano Dura es mentira que se va hacer, porque la violencia genera más violencia”, afirma Ernesto.

Tiempos de persecución y migración

David Palacios cree que todos empiezan en el graffiti sin pertenecer a ninguna religión. Hace cinco años, cuando comenzaba el Plan Mano Dura recuerda que él manchaba en la clandestinidad. “Agarrábamos una lata y cerca de la una de la mañana hacíamos nuestras firmas. Era difícil porque los policías nos paraban por la forma de

⁴ Equipos de artistas graffiteros urbanos que diseñan murales colectivos

vestir y nos decían: ‘Hey bicho vos sos marero’. Un día, varios policías me golpearon porque decían que era marero y yo sólo estaba haciendo graffiti.”, cuenta.

Ahora, este joven de 21 años, es un cristiano graffitero y dice que pinta en honor a Dios. “Antes nos costaba conseguir muros y aerosoles pero ahora tenemos a Dios de por medio, vendemos hierro, aluminio, lo que se encuentra en la calle para comprar pintura”.

Derko, como lo conocen sus compañeros del *crew* Burn Art Street (BAS) le pidieron que se diera prisa porque la alcaldía no consiguió el permiso hasta las cinco de la tarde como estaba planeado. El mural lo tienen que terminar a las 12 del medio día.

El tema elegido por el BAS es el medio ambiente, David se ha encargado de hacer una flor morada. Son las ocho de la mañana y las familias ya empezaron a circular por el bulevar Constitución⁵, a pie, en patines, en patineta o en bicicleta. La mayoría sonríe al ver los primeros trazos coloridos de los bocetos y se detienen a tomar fotografías con sus celulares.

David, mientras pinta, comenta que a lo mejor las personas “han abierto su mente” y que ha escuchado cuando muchos han llegado a decir “eso no es de maras, eso se ve bien”. “Los del gobierno le meten miedo a las personas les dicen que el graffiti es de maras, que somos maras del FMLN, que el FMLN está promoviendo las pandillas, pero sólo somos artistas callejeros que entregamos arte a Dios. Nosotros nos esforzamos en hacer bien las cosas para que no digan que somos mareros”.

Dentro del grupo de graffiteros hay quienes no lo hacen por una convicción religiosa. Lo hacen porque les gusta, porque es su forma de expresarse. Rosa Godoy afirma que no es cristiana y lo único que quiere es pintar.

Para ella, el graffiti es un medio de expresión que sirve a hombres y mujeres: “La mayor parte de chavos creen que para ser importantes deben pertenecer a una pandilla en cambio con una lata de *spray* en la mano pensás en otras cosas, sentís que tu opinión cuenta y que sos parte de una cultura”.

Sentada en los hombros de uno de sus compañeros de *crew* pinta la corona de la estatua de la Libertad de Nueva York. Shadow, como le gusta que la llamen, explica que en su mural quiere representar la ausencia de fronteras.

“La estatua de la Libertad tiene una mascara antigases y un *spray*, porque es una burla en contra de la libertad de expresión y las políticas migratorias de ese país, que son quienes impone las pautas de comportamiento a nuestro país”.

⁵ Es uno de los bulevares más grandes e importante de la capital salvadoreña, ubicado en el sector surponiente. Los muros asignados para la elaboración de graffitis de los distintos *crews* se encuentran en una zona residencial de sector medio. Desde 1999, este bulevar es uno de los tres que cierra la municipalidad las mañanas de los domingos para convertirlo en espacio peatonal y de ciclovía.

El Salvador es uno de los países centroamericanos en donde la emigración se ha convertido en una de sus principales características de transformación social, económica y cultural. Ésta comenzó durante la guerra civil, pero se convirtió en masiva y creciente en la década de 1990 impulsada, principalmente, por las condiciones económicas del país.

A la emigración se le ha unido el proceso de las deportaciones masivas. Desde el endurecimiento de las medidas y controles migratorios en Estados Unidos, las deportaciones se han convertido en parte de la vida de muchos jóvenes que regresan a un país incapaz de abrirse a los nuevos referentes culturales que ellos representan.

Damián Reyes, alias Dusk, se fue a vivir a los Ángeles, California cuando tenía cuatro años. Allí creció pintado graffitis. Hace diez años regresó al país deportado y mientras caminaba por la ciudad encontró un graffiti hecho con plumón firmado por Ocean, un graffitero de Los Ángeles que pertenecía al crew Color in action king`s (CIAK) los pioneros del graffiti en El Salvador.

“Desde que vi su mural lo busqué, lo conocí y empezamos a manchar juntos con plumón. Mi amigo murió y yo formé mi propio crew For reason, for no race, famous and respected (FNR). En los últimos dos años el graffiti ha tomado fuerza, se empieza a reconocer como una expresión artística y comprendo que los jóvenes se cobijen en el cristianismo porque abre puertas, por eso mucho del movimiento graffitero se ha relacionado con la religión”.

Dusk, de 34 años de edad, considera que en Estados Unidos la cultura del graffiti está desarrollada e institucionalizada. “Aquí nosotros nos emocionamos cuando el consejo municipal dijo que sí y nos dieron la pintura porque todos andan vendiendo cachaditas⁶ para comprar pintura y arriesgando el lomo en la madrugada para pintar un muro”.

Su compañero de infancia William Huevo, conocido como Weaz, también llegó a Los Ángeles cuando tenía cuatro años de edad. Concentrado, pinta un ave de fuego porque sólo tiene pintura roja y amarilla. Él también regresó deportado en 1997 y cuando llegó al país le tocaba andar pintando solo.

Cuando Weaz supo sobre la aprobación del Plan Mano Dura en el país decidió regresar como ilegal a los Estados Unidos. Ya había pasado diez años preso en distintas cárceles estadounidenses y con el anuncio del gobierno salvadoreño pensó “a mi no me van agarrar”, pero en su intento por cruzar la frontera, lo deportaron dos veces más.

⁶ Forma en la que se denomina a la venta de mercadería en el mercado negro, generalmente vinculada al contrabando de mercancía y su forma de distribución en el menudeo.

“Yo bailaba *break dance* en los Ángeles y allí conocí la cultura del *hip hop*. Este es un país joven, hay mucha energía mal canalizada por falta de oportunidades. El graffiti es una alternativa contra la violencia. Mucha gente en los Ángeles empezó a pintar para no integrarse a una pandilla. En este momento ya hay un movimiento graffitero burbujeante sólo faltaba un poco de fuego para que explotara y pienso que los migrantes hemos dado ese aporte. Ahora he formado mi propio *crew* de deportados”, dice Weaz.

Los jóvenes empiezan a bailar cuando escuchan el rap “Conquistadores” del grupo salvadoreño la “Real Akademia”: *“Cuánta gente sale del país a buscar el sueño americano por la culpa de quienes nos han gobernado.../ un gobierno con sentido humano.../ mentiras, no es política es el pueblo que critica.../ por la desintegración familiar se forman las clicas/ ...”*

La conquista de los espacios de expresión

Son las 11:30, la ciclo vía está por finalizar y pronto volverán a pasar los carros a toda velocidad. Todos tienen prisa, se lamentan de no tener más tiempo para perfeccionar los detalles. Ovidio Mejía es el más enojado porque su boceto se perdió y ha tenido que improvisar uno nuevo.

“En El Salvador la mayoría de la gente ve el graffiti como vandalismo, aunque en otros países sea arte. Aquí ya pasaron dos veces los de la alcaldía a regañarme porque he pintado una mujer semi desnuda con la bandera salvadoreña pero como si no vieran el gran monumento de la mujer chulona que está en pleno bulevar. No sólo porque se hace en la calle es vandálico también dentro de las galerías de arte se puede hacer vandalismo y nadie dice nada”.

A pocos minutos de las 12 del medio día, Marvin Pérez se para en la mitad de la carretera para observar su mural: “Para mí el graffiti es evolución por lo que logro crear y por lo que doy a entender. No es sólo manchar. A todos nos gusta opinar y ser escuchados. Así como otros tienen programas de TV donde se pueden expresar, nosotros tenemos nuestros botes de pintura. Creo que podemos ser iguales”.

Agradece cuando se le pregunta por el significado de su mural dedicado al medio ambiente. “He pintado una mariposa como símbolo de armonía, los trazos verdes son la tierra y las rayas que atraviesan es lo que no necesitamos. Los críticos se quedan pequeños porque sólo ven y sacan sus conclusiones, no preguntan, no indagan sobre el significado de lo que están viendo. El mundo del graffiti es desconocido sólo lo señalan, pero no saben lo que es”.

Una pareja se detiene a escuchar a Marvin, y me pregunta: “¿Usted es periodista? Hay que ayudar a estos muchachos”. El joven de 18 años, agrega: “No es fácil ser graffitero, decidirte agarrar el bote y como no hay permiso te pueden joder los policías, los mareros, los vigilantes, los dueños de las casas y hasta los metidos que le avisan al otro para que te joda. El graffiti abre mentes para el futuro y somos la

escalera para que las nuevas generaciones puedan disfrutar de este espacio, yo sé que es un proyecto de largo plazo. Si hay espacios se anulan las pandillas porque podés expresarte y ser libre”.

Los carros empiezan a pasar. Todos guardan lo que queda de los aerosoles en sus mochilas, todos se quejan de hambre y de sed. El sol calienta y ellos no quieren despedirse de sus murales. Marvin corre por su mochila y dice en voz muy baja: “Este ha sido el sueño de una mañana dominical.

“En abril de 2008 el Ministro de Obras Públicas del Salvador borró con pintura blanca los graffitis realizados por los jóvenes en los túneles del bulevar Constitución. El Ornato, el buen gusto y la tan arraigada como equivocada idea de que esos inquietantes y coloridos murales exaltan la violencia de las ‘maras’, fueron las excusas de las autoridades para ejecutar esa operación de intolerancia”⁷.

Ahora esta historia sólo existe en la memoria de los que estuvimos allá esa mañana, en las fotografías y en esta publicación.

⁷ Tomado de la columna de opinión titulada “¿Por qué borran los graffitis?” del escritor salvadoreño Miguel Huezo Mixco, publicada el 13 de mayo de 2008 en el periódico La Prensa Gráfica

[Guatemala]

MÁS DE TRES PUNTOS PARA EL FUTURO

En la aldea Cerro Alto, del municipio de San Juan Sacatepéquez, a tan sólo 40 kilómetros de la capital guatemalteca se cansaron de las pandillas y decidieron organizarse y obligaron a estos jóvenes a desmovilizarse y reinsertarse en la vida de la gente de bien. Esta es la historia...

Lucía Escobar

laluchalibre@gmail.com

<http://lasotrasluchas.blogspot.com>

Coeditora de Ati, la revista del lago. Publicación bimensual de Sosolá. Coordinadora del Festivalito, evento bimensual de impacto cultural. Ganadora de la primera edición del concurso Becas AVINA de Investigación Periodística para el Desarrollo Sostenible, (2006-2007). Miembro del Consejo Editorial de la Revista para periodistas Sala de Redacción de Asociación DOSES. Tiene una columna semanal de opinión en el diario el Periódico de Guatemala y en el trisemanario El Quetzalteco.

Con la inseguridad de quien pocas veces se ve en la necesidad de escribir, El Enano firma el “acta de rendición”. El lapicero tapa los tres puntos negros que tiene dibujados entre el pulgar y el índice y que simbolizan la ley de la mara: cementerio, cárcel y hospital, destino de tres aristas que los pandilleros suelen tatuarse en la piel como un triste recordatorio de su realidad.

Aparte de la cojera al caminar, El Enano tiene una cicatriz que le abarca parte del brazo derecho, recuerdo de su estatus reciente de “niño de la pólvora” cuando era uno de los cuatro mil menores de edad que desde muy pequeños trabajan produciendo juegos pirotécnicos en San Juan Sacatepéquez.

Hoy El Enano, no es noticia por su condición de niño trabajador. Esta vez llegó a las páginas de la prensa escrita por formar parte de los doscientos jóvenes que voluntariamente entregaron ametralladoras, cuchillos, AK-47, granadas, bombas hechizas, marihuana y *crack* como símbolo de paz en la Aldea Cerro Alto.

El Enano pagó el equivalente a cinco dólares por cuatro copias de su foto: dos le quedaron a él, una más se fue para el archivo de la policía, y otra para un carnet que lo identifica como joven en proceso de reinserción social. Este carnet será esencial para salir y entrar de la aldea sin temor a que las patrullas nocturnas de vecinos organizados contra la delincuencia, lo hostiguen.

El Enano compartió fila con quienes hace unos meses eran considerados sus peores enemigos por ser de la mara rival. Ahora deberán dejar de verse como Salvatruchas o de La Trece para intentar una nueva vida en sociedad en su aldea natal Cerro Alto, del municipio de San Juan Sacatepéquez, a tan sólo 40 kilómetros de la capital guatemalteca. Esa región forma parte del corsé de pobreza y abandono estatal que ciñe ciudades latinoamericanas como Guatemala. Diecisiete mil habitantes, la mayoría maya descendientes de la etnia Kaqchikel, se diluyen en los nueve caseríos de Cerro Alto, ofreciendo al mercado laboral urbano jardineros, albañiles y empleadas domésticas. Más de la mitad de esa población son jóvenes y niños, sumamente vulnerables ya que no cuentan con una escuela secundaria. No hay parques verdes, ni canchas deportivas, mucho menos cines, galerías de arte o teatros. Sólo cuentan con unos doscientos comercios semiformales, con más barrotes que provisiones por proteger, y unas pocas cantinas. Además, diecisiete templos evangélicos y ocho iglesias católicas constituyen los únicos centros de reunión y socialización con que cuentan los jóvenes.

En los últimos años, el fenómeno de las pandillas juveniles ha ido en aumento. Cientos de jóvenes de las áreas rurales del país se animan a probar “la vida loca” que casi siempre viene acompañada del consumo de piedra (*crack*), cocaína o marihuana, drogas fáciles de conseguir por el lugar estratégico de puente comercial que ocupa Guatemala en el trasiego de drogas hacia el norte.

Medidas drásticas y una amnistía

Durante el último tiempo los vecinos habían visto cómo aumentaba la criminalidad en su barrio. Cada vez los pandilleros actuaban de manera más irreverente; no sólo robaban, sino manoseaban a las mujeres, no sólo de noche, sino de día, y ya no sólo a desconocidos, sino también a la gente de su comunidad, personas que los conocían, y que incluso los habían visto crecer.

El domingo 9 de septiembre del 2007, día de la primera vuelta de las elecciones a Presidente de Guatemala, casi cien ciudadanos, entre padres de familia, religiosos y representantes del Consejo Comunitario de Desarrollo, COCODES, cansados de los robos a plena luz del día y las extorsiones, decidieron ponerle un alto a los pandilleros en Cerro Alto. “Platicamos, llegamos a un consenso y nos comprometimos con Dios a que rescataríamos a esos muchachos, no importaba si perdíamos la vida por el bien de la aldea. Sin embargo, nunca pensamos que la gente llegaría a la situación drástica de quemarlos” recuerda el secretario General del Ministerio Cristo Viene.

Cuando ese día, Mynor Cotzoyay, un pandillero que presumía de tener varias muertes entre sus hazañas, asaltó a un comerciante, los vecinos organizados lo atraparon y amenazaron con entregarlo a la policía. Cotzoyay se burló de ellos recordándoles que pronto saldría libre porque conocía a los policías del área y que sería peor para ellos ya que tomaría venganza. La gente se enfureció porque era cierto y recurrente, que si la PNC atrapaba un ladrón, horas después se le veía caminando por el mismo lugar y hasta pasaba burlándose de la gente. Así que comenzaron a golpearlo, y luego alguien le hecho gasolina y otro más tiró un fósforo. Así murió el líder de una de las pandillas más temidas de Cerro Alto.

Dos días después otro pandillero, al que todos conocían sólo como El Lechero, asaltó a una anciana y le robo Q.25 (unos 3 dólares). Algunos vecinos ya organizados, pasaban por ahí e inmediatamente lo capturaron. La gente comenzó a reunirse alrededor, enfurecida gritaba “quémenlo, quémenlo, ese no va a rendirse”. Niños, niñas y adolescentes fueron testigos de este segundo linchamiento que se llevó a cabo en plena luz del día en la plaza central de la aldea.

Vecinos de Cerro Alto sostienen que ese día, vía telefónica, los jefes de las subestaciones de la Policía Nacional Civil dijeron: “den parte hasta que ya lo hayan chamuscado y nosotros nos encargamos del resto”, cómo respuesta al pedido de varios vecinos de que intercedieran ante la turba enfurecida.

Esa ineficiencia de la policía guatemalteca para tratar el tema de la seguridad ciudadana ha creado el clima ideal para que sólo en el año 2007, 29 linchamientos se hayan efectuado en territorio guatemalteco, con un saldo de 10 fallecidos, 8 de ellos eran menores de edad y pertenecían al municipio de San Juan Sacatepéquez.

¿Pero qué diferencia a la gente de la aldea Cerro Alto con la de los otros poblados donde han ocurrido linchamientos?

La respuesta la dio uno de los líderes de la comunidad al decir: “Si nos unimos para algo tan malo, ahora debemos seguir juntos para rescatarlos y darles una nueva oportunidad”. Así piensa un padre de familia del lugar, que reconoce haber visto crecer a los dos jóvenes linchados. “En las noches no puedo dormir recordando los gritos pero ahora debemos ver adelante y pensar en los que seguimos vivos”.

Esa manera de pensar y la imposibilidad del Estado de prestar seguridad a la población hizo que los vecinos se organizaran inmediatamente para formar una coordinadora de seguridad local y municipal. Más de cincuenta hombres (todos padres de familia o adultos mayores) divididos en varios grupos hacen patrullajes nocturnos todas las noches en los caseríos Realguit, Borotes, Ajvix, Pasajoc, Cerro Alto, Patzanes 1, Patzanes 2, Los Chajones y Los Cux, para evitar represalias de pandillas de comunidades vecinas.

En su primera semana de trabajo lograron que el Ministerio de Gobernación de Guatemala cambiara en su totalidad a los 20 agentes policiales designados para patrullar en todo San Juan Sacatepéquez. También detuvieron a los principales sospechosos de extorsionar durante los últimos meses a por lo menos doscientos comerciantes del municipio y comenzaron un proceso para fichar a los pandilleros y ofrecerles una especie de amnistía a cambio de que se rindieran.

Ayudó que antes de morir, los pandilleros Mynor Cotzoy y El Lechero, dictaron a petición de los líderes de la aldea, el nombre y apodo de cada uno de los jefes de sectores, de cada integrante de su pandilla, y la dirección donde residían.

En un trabajo que comenzó a las 6 de la mañana y finalizó a las 9 de la noche, la coordinadora de seguridad local visitó las casas de cada uno de los pandilleros para hablar con padres, madres, tíos, hermanos, cualquier persona que diera fe de los jóvenes. Trataron de convencer a los familiares de que vieran la importancia de parar esa situación y que se comprometieran a ayudar para ponerles un alto a los que estaban cometiendo fechorías.

Lograron lo que nunca se había visto en Guatemala: que una larga cola de unos doscientos hombres entre los 15 y los 35 años suscribieran un convenio de amnistía. Los pandilleros recibieron un carnet que los acredita como jóvenes en proceso de reinserción social y se comprometieron a no consumir drogas, llevar el pelo recortado, vestirse correctamente (no gorras de lado, no pantalones flojos), a no cargar celulares y a no andar dos de ellos o más juntos. Tampoco pueden ir a la cantina como remedio alcohólico contra la abstinencia al crack.

Pero a pesar de que los pandilleros se mostraban arrepentidos, algunos vecinos piensan que sólo entregaron armamento que no servía. “Están acostumbrados a hacer maldades, necesitan ayuda” comenta un lugareño, quien considera que las pandillas juveniles empezaron tras la firma de la Paz en Guatemala (1996), cuando el ejército dejó de reclutar jóvenes. “Estos ya no se escondían y empezaron a sentir la libertad de poder hacer lo que quisieran”.

Pero más que exceso de libertad, lo que parecen pedir muchos los ex pandilleros es uno de los 120 mil puestos de trabajo que se necesitan en Guatemala para acabar con el desempleo.

Uno de esos empleos tan difíciles de conseguir para gente como El Enano quién apenas terminó la primaria y a los doce años ya era orgullosamente parte de los Salvatruchas. “Desde hace tiempo sabía que me estaba haciendo daño y me quería salir. Mi única solución fue entregarme, no puedo huir toda la vida, ahora me gustaría estudiar o trabajar de mecánico” comenta este joven que confía en lo que le ofrece la comunidad.

No es el caso de Chepe quién reside en un caserío a cinco minutos de Cerro Alto, donde el poder lo ostentaba la conocida mara Dieciocho. A sus diecinueve años apenas sabe leer y escribir como recuerdo de su paso por la escuela primaria, por lo que apenas consigue trabajo ocasional como albañil o ayudante de obras. Con eso debe mantener a su mujer y su hijo recién nacido. “Yo cuidaba el barrio de la mara Salvatrucha, era asesino como ellos, hace tres años traté de salir pero los compañeros no me dejaban, la policía me seguía, era un tormento vivir así, me dispararon en la pierna y en la espalda. En mi pandilla no era obligación ser ebrio, todos teníamos como ley trabajar de lo que sea, no robar. Cargábamos armas de varios calibres, traíamos contrabando de la capital, soy sincero, siempre he trabajado, eso de robar es de los otros” comenta Chepe y pide a la sociedad que le den una oportunidad de demostrar que puede ser una persona mejor.

Seguridad, patrulla y capucha

Oportunidad que se puede ver truncada por las patrullas nocturnas que han tenido que organizar los pobladores, pues no descartan la posibilidad de una contraofensiva de pandilleros de otros barrios que no se resignan a perder clientela para drogas, ni los aliados para sus fechorías.

Los grupos de vecinos vigilan las calles oscuras del barrio con las caras tapadas por capuchas, utilizan linternas y pitos para hacerse notar. Su trabajo específico es ver que los jóvenes no transiten de noche, ni que carros sospechosos se acerquen posiblemente a dejar droga o armas a los muchachos.

El “toque de queda” impuesto por los vecinos, y los patrullajes a manos de civiles recuerda los tiempos del conflicto armado interno en Guatemala y la estructura utilizada es similar a la impuesta por las controversiales Patrullas de Autodefensa Civil, PAC, quienes hasta el año pasado se conformaron en grupos de presión y represión en el país.

Esta situación irregular ha provocado preocupación en algunos habitantes, principalmente las esposas de los líderes comunitarios. Una de ellas considera que deberían dejar ese asunto atrás y le ruega a su marido que ya no siga, que suficiente ha hecho por Cerro Alto, que es hora de que otros vecinos prosigan con su trabajo con los jóvenes.

Sin embargo, este vecino es uno de los que continuaron reuniéndose todos los domingos con parte de los pandilleros rendidos. Son casi cuarenta jóvenes ex rivales entre pandillas que se reúnen para recibir pláticas no siempre religiosas y realizar algunos juegos y deportes “para que no pierdan la continuidad, ni el proceso”.

Algunas organizaciones como la Asociación Gente Ayudando Gente y UNICEF han planificado llevar a cabo la encuesta “Mi opinión también cuenta”, en la cual se medirá el sentir de los adolescentes y jóvenes de la aldea Cerro Alto. Será facilitada por ex pandilleros que intentarán mediar entre jóvenes y adultos.

Además, tienen planeado montar un taller de computación y reparación de computadoras en un terreno que, al igual que el salón comunal, aportó la Municipalidad de San Juan Sacatepéquez y el COCODE de Cerro Alto.

A este sueño de reinsertar a los jóvenes a la sociedad se han unido un equipo de psicólogos de la Universidad de San Carlos de Guatemala, la Fundación Carlos F. Novella, el Instituto Nacional Técnico de Capacitación, INTECAP, la Asociación Grupo Ceiba y BANRURAL, S.A. para formar la Red de Atención Juvenil Interinstitucional que busca establecer un modelo de reinserción social y laboral sostenible que ayude a desafiar la ley de la mara, donde sólo caben el hospital, la cárcel o el cementerio y que casi todos los pandilleros llevan, además de tatuados, asumidos como único destino.

Lo que dice el acta de rendición

El acuerdo de reinserción de personas a la vida normal de Aldea Cerro Alto dice así:

“Me comprometo a cumplir los requisitos que se han acordado con todas las personas líderes de la aldea Cerro Alto, siendo, no agruparme con otras personas ex mareras, no ubicarme en lugares frecuentados para cometer fechorías con la finalidad de incorporarme a la vida normal y dejar todos estos actos de vandalismo a los cuales en conjunto con mis compañeros de mara he protagonizado en los alrededores de la aldea Cerro Alto. Así como también ser congruente al sistema de patrullas establecidas para el resguardo del orden interno de mi comunidad, sin guardar ninguna represalia en contra de estas organizaciones, además quedo sujeto a cumplir con lo establecido en relación a la presentación de mi persona en virtud de vestirme adecuadamente, cortarme el cabello como cualquier ciudadano normal y conducirme correctamente dentro las personas y alrededores así como también a colaborar proporcionando información de otras personas que se encuentran en la participación de otros grupos delictivos”.

Espacio para el nombre, firma o huella digital, firma del padre y/o madre, Número de fe de edad o identificación, dirección de residencia, fecha.

ESO DE LOS DERECHOS HUMANOS, ¿DE DÓNDE LO SACARON?

Los reporteros policiales mexicanos y su profesionalización

A través de la historia de El Araña, fotorreportero de “nota roja” y otras historias, Marco Lara Klahr describe cómo los periodistas policiales y judiciales mexicanos sufren una suerte de trastorno identitario comportándose como un híbrido entre periodista/policía/criminal/empleado de servidores públicos. Lo anterior le da pie para narrar el momento fundacional del Proyecto de Violencia y Medios de Insyde. Una exitosa experiencia comunicacional de la sociedad civil que está enfocada en la profesionalización de periodistas y en el debate colectivo sobre el tratamiento noticioso de la seguridad pública, la justicia penal y la violencia.

Marco Lara Klahr

klahr4@hotmail.com

Periodista de investigación especializado en cobertura de delincuencia organizada y conflictos sociales. Coordinador del Proyecto de Violencia y Medios de Insyde; coordinador editorial de El Rotativo, en Canal 22 Televisión; consultor de Open Society Justice Initiative, y reportero independiente para *Día Siete*, *Energía Hoy*, *Replicante*, *Metapolítica* y *Gatopardo*. Entre sus libros recientes se cuentan *Hoy te toca la muerte. El imperio de las maras visto desde dentro* (Planeta, 2006); *Violencia y medios 3. Propuesta iberoamericana de periodismo policial* [co-coordinador] (Insyde, FES-México, Centro de Competencia en Comunicación C3 y otros, 2007), y *Los amos de México* [coautor] (coordinado por Jorge Zepeda Patterson, Planeta, 2007).

I

Para ser contada, esta historia fidedigna echa mano de episodios, en cierto modo, autobiográficos. Siendo periodística, tal vez eso resulte chocante, aunque es ineludible para comprender diversos contextos.¹ El primero de aquellos episodios transcurre durante el primer lustro de los años ochenta, en una pequeña urbe próxima a la Ciudad de México [Pachuca], y tiene como personaje central a un fotorreportero maduro, experimentado sin duda en lo suyo (la gráfica periodística de “nota roja”), moreno, robusto, de cabello envaselinado, grueso y peinado hacia atrás, en cuyo rostro predominaban unos anteojos de grueso cristal verdoso y el podado bigotillo de *cinturita* de cine nacional.

Temprano caminaba de su casa al diario, *El Sol de Hidalgo*, con ese andar suyo arrastrando las suelas, a media velocidad, con su cámara semiautomática al pecho. Pasado el mediodía volvía a la redacción el mondadientes humedecido entre los labios, revoloteando enseguida por los escritorios de secretarías y redactoras hasta esfumarse en la oscuridad enrarecida del laboratorio fotográfico. El Araña –y para amigos o quienes le temían, El Arañita.

Tal *compañito* –como él mismo llamaba a sus colegas más cercanos– tenía entre sus asignaciones la de recorrer las agencias ministeriales y policiales para fotografiar a personas detenidas, que para él, por el hecho de estar ahí, eran todas culpables (y condenables). De ese modo, no aceptaba, digamos, confesiones de inocencia. Libreta en mano, preguntaba a cada detenido nombre, edad y causas de la detención; si alguno se negaba a revelar sus datos personales o haber cometido delito, no había piedad. La Arañita iba subiendo el tono de voz y el lenguaje soez. Si la víctima persistía, la gestualidad intimidante se tornaba en golpes. El guardia miraba con indolencia divertida la escena, que terminaba con un periodista vociferante de pie frente a su víctima indefensa, derribada, balbuceante.

Casi frente al laboratorio donde El Araña procesaba sus tomas al cabo de cada jornada estaba Fuentes, reportero titular de la policiaca en *El Sol de Hidalgo*. Ambos se llamaban entre sí “compañito”. Sólo por conversar o quizá para advertir que cualquiera que se entrometiera en “mi fuente” –la policiaca, que incluía tanto las policías preventiva y judicial estatales y la judicial federal, como las agencias del Ministerio Público y los juzgados– estaba en realidad atentando con sus más caros intereses, aquel moreno, obeso, maduro y cándido reportero Fuentes confesó, como quien charla con otro pícaro, que “yo, aquí, en mis fuentes, pues has de saber que me hago mis litigadas”. “¿Cómo, cómo? ¡Tus litigadas!”. “Tú sabes. Si, por ejemplo, hay un detenido y puedo negociar con la policía, el Ministerio Público o el secretario

¹ Salvo otra indicación, todos los episodios fueron presenciados por el autor de la crónica, quien no obstante optó por la tercera persona.

del juez para que lo liberen, pues su familia me paga. Es una forma de ganar dinero sin necesidad de andar por ahí pidiendo a los funcionarios”.

En aquella misma época llegaron versiones de que en la Ciudad de México dos reporteros policiales de *Ovaciones* habían asesinado a golpes a un detenido en los “separos” de la Secretaría de Seguridad Pública.

Durante años y hasta finales de la década de los ochenta, en la oficina de prensa de la Procuraduría de Seguridad Pública del Distrito Federal –situada en los bordes del céntrico y antiguo barrio de La Merced– se suspendían actividades los viernes por la tarde. De una de las áreas principales, los escritorios eran reemplazados momentáneamente por mesas y sillas de metal [de cerveza “Corona”]. Entonces se cerraban las puertas al público y se servía la comida. Había surtido de bebidas y mariguana. Música y, eventualmente, “mujeres de compañía”. Se trataba de los resabios de la era del general Arturo Durazo Moreno, director de Policía y Tránsito del Distrito Federal durante el régimen presidencial de Guillermo López Portillo (1976-1982), quien mantuvo en el bolsillo a dueños y directivos de medios periodísticos, editores y reporteros garantizándoles impunidad y surtiéndoles de dinero, “aviadurías” (empleos donde cobraban sin trabajar), automóviles, armas, placas de taxis, mariguana y cocaína.

En su Sección Cultural, el diario *El Financiero* publicó una crónica donde refería lo sucedido las tardes del viernes en la oficina de prensa de la Procuraduría de la capital del país. La respuesta no sólo surgió de funcionarios, mediante llamadas telefónicas anónimas intimidantes. Fue el reportero del propio diario, de apellido Belmont, quien transmitió personalmente la amenaza de sus compañeros de fuente: “Dicen que a ver cuándo te das una vuelta por allá o te encuentran, porque te quieren romper la madre”.

Recientemente, durante una clase de posgrado en la Escuela Septién García donde surgió el tema al hablar de los desafíos profesionales de los periodistas, María Elena de la Rosa, que entonces era editora en la revista *La Nación*, del Partido Acción Nacional, pidió la palabra para evocar un suceso que a ella no ha dejado de sobrecogerle no obstante los años transcurridos y que lo presencié a través de un video –aunque es de las escenas que llegan a verse en ruedas de prensa donde autoridades policiales o judiciales “presentan” detenidos a la prensa–.

A finales de 1999, la Procuraduría General de Justicia del Estado de México (entidad federativa del centro del país) convocó a los periodistas para presentarles a dos hombres recién capturados y que, oficialmente, habían confesado haber asesinado, semanas atrás, a un niño de menos de un año. Cuando tuvieron frente a sí a los imputados, dice María Elena, reporteros, fotógrafos y camarógrafos los insultaron y golpearon, tolerados por los policías judiciales. A petición expresa, la propia periodista constató el suceso con Tomás Rojas Madrid –hoy reportero de seguridad pública en el diario *Impacto* y quien presencié todo aquello.

Veamos este otro episodio donde, armados de su cámara, su ignorancia y, sobre todo, un arraigado sentimiento de impunidad, dos periodistas marcharon a las calles de la Ciudad de México en busca de una historia televisiva sobre vendedores de drogas al menudeo. En abril de 2005, “[la] joven reportera y el camarógrafo, a través de un ‘contacto’, dieron con cierta *madrina* [como se llama a los confidentes de la policía]; el informante de la Policía Judicial del Distrito Federal [...] estaba animado y les aseguró que podrían contar en unas horas con el *dealer* periódicamente codiciado –como quien va de caza”.

Lo que consiguieron, según puede apreciarse al ver la cinta donde quedó registrado su reporte, fue “una secuencia de tomas atropelladas [...] donde el miedo en la desoladora urbe nocturna es, digamos, la poderosa presencia en *off*. El comportamiento aséptico de la reportera y el camarógrafo equivale al de un cirujano, en contraste con el del informante, quien no sólo no se cuida de ser filmado, sino que goza del trabajo sucio”.

Una de las escenas registrada por la cámara:

“[...] una calle desierta, carreras, gritos, golpes, injurias, lamentos, silencios breves y perturbadores. Es el caso que en las redes del informante contactado por los periodistas ha caído una presa: un joven obeso, de gorra y vestir informal, que termina de espaldas sobre el pavimento frío, derribado por la madrina, la cual enseguida se le monta para seguir golpeándolo de modo que ‘se anime’ a confesar que es narcotraficante, porque además la ocasión mediática lo amerita”.

“La reportera, sin perder la compostura –¿o investidura?–, se agacha en cucullas, estira el brazo para colocar el micrófono a milímetros de la boca del muchacho en aprietos, mientras con el otro empuña su pluma lista para anotar lo que el acusado de facto tenga que confesar, o se compone el peinado y limpia las comisuras de los labios. Hace su trabajo. Mira alternativamente a la cámara y al oprimido, quien sólo gime; también hurga en la penumbra, más allá del reflector. Aparecen dos policías judiciales de traje, corpulentos, de mal gesto, [que] recogen al muchacho, lo suben a su patrulla y salen de cuadro con la misma prontitud”.

“No confesó. Pero la reportera está convencida de que es un vendedor de drogas. En las siguientes tomas ella aparece a bordo de un automóvil en marcha, excitada todavía por la faena, asegurando al informante que sin duda aquel joven, al ser detenido, tenía en la mirada destellos de sospecha y culpabilidad, sin contar con que al principio quiso huir y, sobre todo, fue incapaz de confesar su culpabilidad porque ‘estaba trabado el tipo’ de tanta droga que con seguridad había consumido –siempre según sus palabras”.

Éste fue sólo el principio de una noche ajetreada, que evidencia la ausencia de referentes metodológicos, éticos y legales de aquellos periodistas.

“La misma cinta registra diversas escenas semejantes, producto de dos horas intensas de trabajo en equipo entre periodistas, madrina y policías judiciales [...] Hay episodios en donde el informante –un hombre que pierde el control con facilidad– obliga a los detenidos a desnudarse a media calle, para después fisgar en sus pertenencias, insultarlos y golpearlos, bajo las miradas de la cámara y la solícita reportera de policía”.

*“El último caso es el de un hombre maduro que lleva consigo una bolsa negra. Cuando el informante lo aborda, el instinto de conservación lo mueve a mantenerse cerca de un muro. La diferencia ahora es que la reportera prefiere hacer las preguntas, reduciendo a su acompañante –la madrina– al papel de ‘rottweiler’. La cámara está tan cerca del rostro del detenido que éste expresa con timidez su enfado por la intrusión. De cualquier modo, va respondiendo lentamente preguntas acerca de su ocupación laboral, su lugar de residencia y las razones por las cuales lleva droga consigo, hasta quedar pasmado cuando la reportera revela los alcances de su sagacidad de investigadora formulándole la siguiente cuestión: ‘¿Y qué haces en tus ratos libres?’”.*²

Durante las últimas tres décadas los medios y los periodistas mexicanos han vivido dinámicas de profesionalización detonadas por la reconfiguración de la industria noticiosa y la creciente presencia, en el espacio público, de la sociedad organizada. Pero el ejercicio del periodismo policiaco y el grueso de los colegas dedicados a él no se caracterizan por haber evolucionado.

En mayo de 2007, el reportero Gamaliel López Candanosa y el camarógrafo Gerardo Paredes Pérez, ambos de TV Azteca Noreste (filial, en la ciudad de Monterrey, de TV Azteca, la segunda cadena televisiva más importante), sufrieron desaparición forzada. Una de las más terribles lecciones que ha dejado a los periodistas locales de aquella ciudad industrial del noreste este drama humano tiene que ver con el ejercicio periodístico.

Gamaliel López Candanosa era un popular reportero policiaco que, en parte, se había ganado un sitio en la profesión por sus “contactos” y su “estilo”, que armonizaba con la política editorial de TV Azteca, cuyo eje es la información sobre violencia y crimen abordada de forma enfática, reiterada, exagerada y, a veces, hasta con una ambigüedad entre lo solemne y lo cínico: se había “especializado” en cubrir la aparición de cadáveres de personas secuestradas, torturadas y asesinadas por la delincuencia organizada (en particular, uno de los saldos de la confrontación entre los

² Lara Klahr, Marco y Ernesto López Portillo Vargas [coords.], *Violencia y medios 2. Reporteros de policía*, Insyde/CIDE, México, 2006, pp. 14-15.

cárteles de la droga de la Federación y del Golfo). Un compañero suyo –que prefiere el anonimato– dice que nadie llegaba antes que Gamaliel, pues él recibía por teléfono móvil las precisiones de día, hora y sitio donde encontraría cada cuerpo mutilado y “embolsado”, así como la instrucción expresa de leer el mensaje escrito dejado por los sicarios. Casos hubo donde la audiencia presencié azorada cuando el reportero abría la improvisada *bodybag* abandonada en despoblado, extraía de ella un trozo de papel y leía el mensaje intimidante y soez.

Este hecho ha contribuido a reforzar el prejuicio tan generalizado en el gremio como pernicioso de que los periodistas victimados lo son por estar implicados en diversos grados con alguna de las organizaciones delictivas confrontadas. Pero también ha propiciado la reflexión de los propios colegas en cuanto a los límites que deben establecerse respecto de las fuentes de información y cómo esta falta de límites se ha convertido en un factor de riesgo.

Otros casos anteriores al de los compañeros de TV Azteca en Monterrey han revelado ya que esa confusión de los periodistas sobre dichos límites los ha llevado no sólo a quedar vulnerables frente a actores violentos, sino a vulnerar a sus colegas. En junio de 2006, en un café de la ciudad industrial de Monclova [en el estado norteño de Coahuila], Rafael Ortiz Martínez, reportero de la cadena mediática local *Zócalo*, refirió diversos incidentes en los que, a resultas de sus investigaciones sobre narcotraficantes locales, había sido amenazado por los propietarios de una cadena televisiva, un general del Ejército mexicano y asesinos a sueldo del grupo *Los Zetas*, fuerza paramilitar del cártel del Golfo. Dos semanas después de aquella charla de sobremesa, el 8 de julio de 2006, Rafael fue secuestrado y sufrió desaparición forzada.³ Uno de los enlaces a través de los que recibía las amenazas era justo un corresponsal de noticias del Instituto Mexicano de la Radio (la red pública federal), quien transmitía mensajes y entregaba dinero a los periodistas locales por cuenta de mafiosos, además de mantener al tanto a éstos acerca de lo que publicaban o investigaban sus colegas.

Todos estos hechos son síntoma de la precariedad intelectual, ética, laboral y profesional del grueso de los periodistas policiales y judiciales mexicanos. Sufren una suerte de trastorno identitario donde parecen no tener claridad sobre la naturaleza social de su actividad, comportándose como un híbrido periodista/policía/empleo de servidores públicos o criminales. En el extremo de la candidez, a principios de 1987, en la redacción de *El Universal* un colega asignado a la cobertura policial se ufana: “Estoy terminando de equipar mi auto. Acabo de instalarle el radio con frecuencia de la policía. Sólo me falta ya la torreta”.

³ Ver Lara Klahr, Marco y Ernesto López Portillo Vargas [coords.], *Violencia y medios 3. Propuesta iberoamericana de periodismo policial*, Insyde/EPCSG/Gatopardo/Friedrich Ebert Stiftung/C3-FES, México, 2007, pp. 45-73.

Tal trastorno de identidad se entrelaza con la presión a la que viven sometidos por el exceso de trabajo, los bajos salarios, la falta de instrumentos y el maltrato y menosprecio dentro de redacciones de los medios informativos, donde prevalece una cultura históricamente autoritaria.⁴

En una perspectiva democrática, unos periodistas así y unos medios que mantienen tal estado de cosas, son incapaces de cumplir con su parte de responsabilidad para que el ciudadano ejerza su derecho de la información, al producir y publicar noticias sin contexto, banalizantes, reduccionistas, espectacularizadas, no necesariamente veraces, que refuerzan prejuicios y donde, en última instancia, según el maestro Felipe Pena de Oliveira, “La verdad acaba siendo olvidada, ofuscada por el panfleto y el drama. La ética termina siendo pisoteada por el maniqueísmo”.

Tratándose de los ámbitos de la seguridad pública, la justicia penal y la violencia, está el componente adicional de los “juicios paralelos”, que causa a quienes los sufren daños irreparables, en virtud de que, hace notar el mismo Pena de Oliveira, “en el periodismo no hay fibrosis, pues las heridas abiertas por la difamación no cicatrizan nunca”.⁵

II

La inquietud y frustración por este rostro crudo, dañino y antidemocrático del periodismo mexicano condujo a fundar,⁶ en enero de 2005, el Proyecto de Violencia y Medios de Comunicación en el seno del entonces joven Instituto para la Seguridad y la Democracia, AC-Insyde.

A propósito, este Instituto surgió a finales de 2003 bajo el liderazgo de Ernesto López Portillo Vargas y Robert Varenik, autoridades internacionales en el tema de la reforma policial democrática. En virtud de la complejidad de la policía mexicana (constituida por 1.661 cuerpos municipales, estatales o federales, que congregan a unos 338.000 agentes), con sus altos niveles de improvisación, ineficiencia, corrupción, abuso, opacidad y articulación a la delincuencia organizada, ellos concibieron una organización civil dedicada a problematizar la función de la policía en un contexto democrático, introducir a México modelos policiales probados en naciones con mayor cultura política y detonar reformas a la seguridad pública integrales.

A la distancia, el Proyecto de Violencia y Medios de Comunicación aparece como una consecuencia evidente del trabajo que Insyde hacía ya, sobre todo por la imbricación entre seguridad pública, policía, medios noticiosos y percepción social. Evocando

⁴ Ver Hughes, Sallie, *Newsrooms in Conflict. Journalism and the Democratization of Mexico*, University of Pittsburgh Press, Pittsburgh, 2006.

⁵ Pena de Oliveira, Felipe, *Teoría del periodismo*, Comunicación Social. Ediciones y publicaciones, Sevilla, 2006, pp. 129-131.

⁶ Por Ernesto López Portillo Vargas y el autor de la crónica.

aquel primer impulso, López Portillo Vargas ha escrito que dar forma y vida al Proyecto de Violencia y Medios de Comunicación perseguía

“promover el desarrollo de un periodismo en materias asociadas a la inseguridad y la violencia, ético, democrático, profesional, respetuoso y promotor de los derechos humanos. La hipótesis compartida nos alineó en la idea de que los medios hacen y deshacen, con otros actores, escenarios de seguridad e inseguridad; hacen y deshacen, por tanto, escenarios propicios o no para el ejercicio de los derechos y las libertades democráticas”.⁷

A esta visión, sin embargo, le era [y sigue siéndole] inherente un desafío de primer orden: desde el periodismo y la sociedad civil, crear una iniciativa sustentada en la comunicación para propiciar, allanar, ampliar y dar continuidad a la interlocución informada, crítica y constructiva entre periodistas, ciudadanos organizados, comunicadores institucionales y académicos, en vez de centrarse en el discurso “mediafóbico” –muchas veces tan fácil y seductor, como infecundo y disgregador–. La cuestión, desde el principio, era cómo tender redes de empatía entre todos esos actores, independientemente de su posición ante el problema, para fomentar la construcción de unos medios informativos y unos periodistas profesionalizados en el manejo de noticias sobre seguridad pública, justicia penal y otros temas donde están implicados derechos humanos, así como la formación de ciudadanos responsables de las noticias que consumen, todo esto como parte de un proceso más amplio donde el entorno mediático llegue a armonizar con el desarrollo democrático.

Insyde, con la colaboración del prestigiado Centro de Investigación y Docencia Económicas, AC, promovieron entre 2003 y 2004 la realización de la Primera Mesa sobre Seguridad Pública y Medios de Comunicación, que tuvo lugar a finales de marzo de 2004 en la Ciudad de México, convocó a ocho especialistas (entre periodistas, académicos y líderes sociales) y fue la primera actividad pública de lo que en enero de 2005 se formalizaría como Proyecto de Violencia y Medios de Comunicación –cuya gestación, a través de largas conversaciones entre sus fundadores, tomó alrededor de un año.

Respecto de la magnitud del problema, el número de participantes en la Primera Mesa parece casi insignificante. Pero entre diversos académicos y periodistas el tema produjo desde temor (por desconocimiento), hasta rechazo (por revisar el trabajo propio, criticar el de colegas o poner en duda el desempeño de medios periodísticos), de modo que se negaron a participar. López Portillo Vargas recuerda que “la ironía no puede faltar: algunos de los invitados a la primera mesa de debate (de la cual luego surgiría el primer libro de la Serie [Violencia y medios]) ni siquiera se molestaron en

⁷ Lara Klahr, Marco y Ernesto López Portillo Vargas, *op. cit.*, pp. 16-17.

contestar nuestra carta y llamada; además, de la consignación de ejemplares mandada a librerías de todo el país nos regresaron casi todos [se refiere a *Violencia y Medios. Seguridad pública, noticias y construcción del miedo*].⁸

De forma paralela al empeño por promover espacios de interlocución, el Proyecto de Violencia y Medios de Comunicación ha asumido de forma permanente cuatro desafíos: 1) identificar las causas culturales, industriales, empresariales y políticas que explican al periodismo policial y judicial mexicano, y proponer pautas para su actualización; 2) sistematizar, producir y divulgar conocimiento útil al ciudadano para la comprensión y auto-responsabilización del problema, y para nutrir y dar nivel al debate social respectivo; 3) mediante conferencias y talleres, entrenar a editores, reporteros y estudiantes de periodismo para favorecer la profesionalización de las rutinas editoriales de producción y presentación de noticias, y 4) buscar los aliados, fondos y espacios para todo este trabajo.

Enorme y estimulante aprendizaje ha sido armar un sistema de referentes normativos que, antes que su aplicabilidad, permite situar el debate y el proceso cognitivo en un territorio de comunicación en diversas vías, de interlocución eficaz e incentivo intelectual y profesional, minimizando con ello, y encauzando, los riesgos de confrontación e incomunicación en virtud de lo delicado y complejo que resulta centrar la cuestión en aquello que debe cambiar en las rutinas editoriales y en la manera como el periodista, a partir de lo aprendido desde el inicio de su ingreso al mercado laboral, aporta a las distorsiones persistentes en las noticias.

Para ir dando integralidad a su misión, el Proyecto de Violencia y Medios de Comunicación ha sustentado sus mesas, talleres, conferencias, publicaciones y otros productos e iniciativas en al menos los siguientes referentes, que van entrecruzándose:

I) Referentes en los ámbitos del derecho y las leyes

- a) los derechos constitucionales –enfáticamente, las garantías individuales–
- b) el marco legal referente a la justicia penal
- c) los derechos humanos
- d) el derecho internacional humanitario

II) Referentes en los ámbitos del periodismo

- a) la historia
- b) los métodos
- c) las técnicas
- d) la ética

⁸ Lara Klahr, Marco y Ernesto López Portillo Vargas, *op. cit.*, p. 16.

III) Referentes teóricos y paradigmáticos

- a) teorías sociológicas de la comunicación
- b) corrientes o escuelas periodísticas –enfáticamente, “periodismo de investigación”, “periodismo narrativo”, “periodismo cívico”, “periodismo de paz” y “New, new journalism”–

IV) Referentes industriales

- a) el desarrollo histórico –empresarial, cultural y tecnológico–
- b) la informatización
- c) la globalización
- d) la concentración y la multimediatización
- e) el infoentretenimiento y otros “productos” de la nueva oferta noticiosa
- f) el mercado laboral de los periodistas

V) Referentes sociales y democráticos

- a) la historia –política, social y cultural–
- b) la transición mexicana –política y económica–
- c) nuevos actores sociales
- d) la globalización
- e) el Estado de derecho, el espacio público, la legalidad y los derechos humanos
- f) las audiencias, los ciudadanos y los *media accountability systems*

III

A lo largo de los talleres para periodistas (once ya, entre enero de 2005 y mayo de 2008) han ido revelándose nuevos indicios de la envergadura del problema y los retos implícitos para afrontarlo. Como destellos en medio de la normalidad de aquellas sesiones didácticas, frases espontáneas, súbitas de reporteros y editores, obnubilan y crispan.

Por caso, casi al final de uno de los talleres, un periodista treintaero del consorcio Televisa pidió la palabra para fijar su posición en el debate sobre si los periodistas debían presentar rostro e identidad de personas que no han sido declaradas culpables por un juez: “A mí, en mi empresa, el editor me exige llevar un rostro. A él no le importa cómo haga yo, me exige presentarle al culpable. Entonces, si tú me dices de dónde voy a sacar ese rostro que necesito, seguiré tus recomendaciones de no identificar a una persona no sentenciada por un juez”.

En otro taller, un reportero del Instituto Mexicano de la Radio fue más allá; con tono de sorpresa y enfado, como quien intuye fraude, soltó: “Eso de los derechos humanos que nos han dicho aquí es interesante y hasta estimulante para guiar nuestro trabajo. Pero, ¿de dónde lo sacaron? ¿Dónde lo leíste tú? Porque, que yo sepa, eso no está escrito en ninguna parte”.

En ocasión diferente, otro compañero de Televisa propuso en tono imperativo: “Bueno, creo que nosotros, como reporteros, no tenemos nada qué hacer aquí.

Tendrían que estar tomando este taller los dueños de nuestros medios, los jefes de prensa y los legisladores, que es de quienes depende todo esto. Nosotros somos apenas unos empleados”.

Así, hasta aquel que, desalado por una velada crítica a su trabajo en relación con el evidente escaso rigor para verificar la responsabilidad de una persona a la cual la policía imputaba cierto delito, clarificó echando mano de ademanes cuasi declamatorios: “Es claro que no había manera de probar su responsabilidad, ¡pero yo lo miré a los ojos y supe que era culpable!”.

En sentido opuesto, un muchacho de poco más de 20, editor del diario michoacano *Provincia*, atónito frente a la discusión entre sus compañeros sobre si era o no posible dejar de identificar en las noticias a personas que podrían ser inocentes aunque la policía o el fiscal pretendan lo contrario; es decir, si en los contenidos noticiosos que ellos producían sería posible dar o no vigencia al derecho de presunción de inocencia, levantó ambas manos para hacerse escuchar: “Es absurda esta discusión. Si algo hemos aprendido en este taller son las consecuencias que tiene para la vida de muchas personas el que los medios y nosotros los periodistas las presentemos como culpables sin que necesariamente lo sean. Entonces, no se trata de indagar si podemos o no dejar de hacerlo, ¡itenemos ya que dejar de hacerlo, aunque ahora no sepamos cómo!”.

IV

En noviembre de 2007, el Proyecto de Violencia y Medios de Comunicación de Insyde recibió una subvención de la Unión Europea, a través de la Delegación de la Comunidad Europea en México, que le permitirá mantener y ampliar sus actividades hasta abril de 2009, bajo la nueva denominación “Proyecto para la Profesionalización de Periodistas Policiales y Judiciales con Enfoque de Derechos Humanos” –en esta etapa cuenta con la participación de la Fundación Prensa y Democracia, AC.

Aparte de las diez ediciones del Taller de Periodismo en Seguridad Pública y Justicia Penal, se han realizado cuatro de la Mesa de Seguridad Pública y Medios de Comunicación; han aparecido los volúmenes *Violencia y medios. Seguridad pública, noticias y construcción del miedo*; *Violencia y medios 2. Reporteros de policía*; y *Violencia y medios 3. Propuesta iberoamericana de periodismo policial*; miles de ejemplares de estos volúmenes han circulado, entregados de mano en mano a periodistas, académicos, activistas sociales y servidores públicos, por México, Guatemala, El Salvador, Honduras, Perú, Brasil, Estados Unidos, Canadá y Holanda; y han sido impartidas más de 100 conferencias de divulgación del tema.

Aparte de nuevas ediciones de talleres, conferencias y libros, entre los planes en curso están la conclusión y publicación de un libro de estilo para noticias sobre seguridad pública y justicia penal; la creación de una red virtual de periodistas policiales y judiciales, y la convocatoria a un premio ciudadano al periodismo especializado en la temática.

Lo mejor de esta historia probablemente sean los patrocinadores y socios que han ido sumándose desde enero de 2005, total o parcialmente, directa o indirectamente, de forma permanente o esporádica. Ahí están General Service Foundation, Open Society Institute, MacArthur Foundation, Unión Europea, Friedrich Ebert Stiftung, Centro de Competencia en Comunicación para América Latina (de la propia Friedrich Ebert Stiftung), Centro de Investigación y Docencia Económicas, AC, revista *Gatopardo*, Escuela de Periodismo Carlos Septién García, Asociación Mundial de Radios Comunitarias, y la Fundación Prensa y Democracia, AC. Lo anterior exhibe el interés creciente de diversos actores sociales por invertir fondos y energías, por involucrarse en la transformación del entorno mediático.

Pero el estado de la cuestión en los medios noticiosos no ha variado, ni mucho menos, desde enero de 2005. Es enorme el problema para una sola iniciativa de la sociedad civil (el Proyecto de Violencia y Medios de Comunicación). Son identificables las diferencias ideológicas de dichos medios cuando abordan, por ejemplo, la política, los políticos y los partidos, o ciertos debates referentes a problemas sociales; pero en los temas de la seguridad pública y la justicia penal sus políticas editoriales y arquitecturas informativas siguen siendo sospechosa, lamentable e inescrupulosamente homogéneas.

En 2007, como muestra, durante la insurgencia popular en el estado sureño de Oaxaca todavía se escuchaba a una joven conductora radiofónica de Grupo Imagen, Yuriria Sierra, llamar iracunda “el Neandertal de la política mexicana” al líder local Flavio Sosa (un hombre corpulento, de rostro severo, cabello largo y barba, llevado a prisión por el gobierno federal en diciembre de 2006), produciendo hilaridad entre sus compañeras al micrófono.

600 GRAMOS, UNA BISTECA Y 100 PALABRAS

La inmigración “Latina” en Europa a través del ojo de la prensa

Para buena parte de los europeos, el latinoamericano en estas tierras se convierte en su propio estereotipo: inmigrante es el que se ve por televisión, en prensa, del que se habla en la parada del autobús. Pero quien se da a conocer por estas vías, la mayoría de las veces, no es el típico inmigrante anónimo y de perfil bajo, sino, más bien, quien ha cometido un delito. Así, la imagen deformada puede tomar posesión del “molde”, y todo puede verse deformado.

Ana Laura Lissardy

alissardy@gmail.com

Periodista *free lance* y escritora uruguaya radicada en Europa. Autora de la novela ‘Amarillo’, Grupo Editorial Cenzontle, Ciudad de México, octubre 2006. Fue reportera del diario Uruguayo El Observador. Cobertura de noticias políticas, reportajes de temas sociales e internacionales. Licenciada en Letras, orientación Socio-antropológica geográfica. Obtuvo su maestría en “Escritura y producción para la fiction y el cine”.

“¿No te acuerdas de mí?” Están sentadas una frente a la otra en un negocio de comida rápida. De esos de hamburguesas, gaseosas, cafés y cremas batidas. La que preguntó tiene un agua mineral delante, que casi no bebe. La otra, sin mirarla, hace olas en su café con una cucharita de plástico: “No... ¿Cómo dijiste que te llamabas?”. La primera esgrime una sonrisa forzada: “Mariana”. La otra mueve la cabeza de este a oeste. Mariana le dice su apellido. Entonces: “¡Ah, sí! ¡Claro! –la reconoce finalmente la segunda–. Es que por el nombre... es difícil.” En la cárcel no se dan por el nombre, sólo por el apellido o, con suerte (o desgracia, según el caso), por el sobrenombre.

Las acabo de conocer. Es Milán, primavera, domingo, Avenida Buenos Aires, barrio “de latinos”. Afuera, el tránsito se confunde con voces en español, italiano, *itañol*. Adentro, sus dos acentos latinoamericanos van y vienen sobre la mesa de cármica cuadrada que las separa. Se ponen a hablar indiferentes a las manadas de personas que pasan precedidas por bandejas de plástico. Recuerdan conocidos en común, vigilantes, asistentes, amigas de la cárcel de Monza, en Milán. Comentan el trabajo que cada una tenía asignado ahí. Recuerdan cuando obtuvieron la libertad, con el indulto que dio el gobierno italiano en agosto de 2006, para descongestionar las cárceles. Hablan de todo eso. Pero no dicen, ni mencionan, otros temas. Mariana no habla de los 600 gramos de coca que traía en el estómago el día que la detuvieron. La segunda no dice nada de la valija con 100 mil euros que desapareció, transformándose en un frasco de *shampoo* lleno de cocaína. El mismo que le encontraron en el aeropuerto de Malpensa, Milán.

Son “mulas”. Nunca imaginaron que lo serían, pero un día, sucedió. Vienen de una misma tierra. Ni ellas mismas saben hacia dónde van. Pero todo esto no lo dicen. Sólo hablan del penal, y luego callan. Ni se miran. Ni se notan. Y es justo ahí, en ese instante silencioso de cabezas gachas y café frío, que se resumen todas sus vidas.

Vidas que pasan desapercibidas en medio de las estadísticas y del “gran” tráfico de droga. O que, al máximo, se resumen en diez, doce, cien palabras de una crónica general de muchos periódicos españoles e italianos. Sobre el “mercado” de estupefacientes. Y no sobre las pequeñas, grandes, medianas (¿cómo saberlo?) anécdotas de vida de personas como las dos latinoamericanas que toman agua y café en el negocio de comida rápida. De otras miles de historias de personas (colombianos, peruanos, bolivianos, ecuatorianos...) que llegan a Europa sin nada en el estómago, o con algo, pero que no va más allá de un plato de sopa caliente o una bisteca a media cocción.

L'Italia

Miles de latinoamericanos llegan –sobre todo– a España e Italia en búsqueda de otras vidas. Los periódicos nacionales no dan noticias de ellos (periódicos de estos dos países, en los que se centra esta crónica, por ser los mayores receptores de inmigrantes latinoamericanos). Pero, la mayoría de las veces, el disparador de esas crónicas son hechos delictivos o puños entre pandillas. Como la que recogió la

detención y liberación por indulto de unas latinoamericanas en un artículo titulado “Las amas de casa de la cocaína”, en el diario italiano *la Repubblica* del 4 de febrero de 2007. Crónica que contaba cómo una mula “partió de la periferia del mundo para desembarcar en el corazón de Europa, en Malpensa, (y que) tenía 600 gramos de coca en la panza y la esperanza de cambiar de vida”. Uno de los pocos textos que contaban algún detalle de sus vidas detrás del número de fichaje policial.

Los periódicos italianos parecen ser más tajantes a la hora de informar sobre la inmigración de latinoamericanos a sus tierras, que los españoles. No pocas veces usan (¿para simplificar?) términos como “extracomunitario”, al referirse a todos los inmigrantes que no tienen una libreta donde las palabras “Unión europea” se lean junto a la escrita “pasaporte”. Pero si de simplificaciones se trata, también denominan “americanos” a los estadounidenses y “latinos” a una parte de esa población: la que está del otro lado del Atlántico.

Uno de los tantos artículos en las que se usa el término “extracomunitario” es el publicado por el periódico regional *Il resto del Carlino*, el cual se titula: “Arrestado extracomunitario por despacho de droga”. En la bajada del mismo se reitera la misma idea: “Los carabinieri han detenido a un extracomunitario de 29 años (...)”. En este caso se trataba de un marroquí, pero muchas veces idéntica terminología es usada también para latinoamericanos. El periódico nacional de mayor tiraje en Italia, el *Corriere della sera*, publicó un artículo que tiene como colgado: “Pelea entre dos grupos de sudamericanos en Matisse”. Dicho texto inicia así: “Una pelea en una discoteca ayer de noche en *Città Studi* degenera en homicidio. Santiago J.R., 18 años, ecuatoriano, con permiso de residencia, fue acuchillado delante del Matisse, un local conocido en la ciudad porque generalmente es frecuentado, sobre todo en el pasado, por banda de extracomunitarios” (26 de marzo de 2007).

Decía el escritor checo, Milan Kundera, que la identidad está formada por un cúmulo de elementos: nombre, edad, ocupación, gustos, extracto social, familia, nacionalidad, etcétera. Pero que, al no poder enumerar cada uno de ellos en la presentación frente a un nuevo conocido, uno elige una de estas características para hacerlo, la cual, en general, se cree que lo diferencia del resto. O –decía el novelista–, el elemento que siente en peligro o bajo algún tipo de ataque. Así, por ejemplo, un “herrero” en Bolivia, al emigrar se convertiría en un “boliviano”, a secas. ¿Quién eres? Pablo, boliviano. Ya no: Pablo, herrero. Tal vez es por esto que en los artículos de prensa sobre inmigrantes latinoamericanos en España o Italia (sobre todo en este último país), la nacionalidad precede al verbo e, incluso, a cualquier otro dato sobre la persona.

El *Corriere della sera* publicó un artículo titulado “Fiesta en casa, peruana de 15 años violada” y en la bajada del mismo se lee: “La víctima tiene 15 años. El agresor es un ecuatoriano, de un año más grande, que terminó en la cárcel de Beccaria” (edición del 7 de mayo de 2007). Tal vez es sólo una casualidad que el dato que se

recalca de la víctima es la edad, mientras que la información que se da primero del agresor es su nacionalidad. Tal vez. Pero podría dejar de ser casualidad cuando una y otra vez se publican noticias –sobre delitos– en las que se presenta al protagonista mencionando su nacionalidad. El mismo periódico publicó una noticia referida a un hombre que sorprende a su mujer con el amante y la asesina. En la bajada del artículo se lee: “El homicida es un ecuatoriano de 26 años” (edición del 26 de mayo de 2007). Otro ejemplo (pues son sólo eso: ejemplos de artículos que se repiten con frecuencia en los diarios italianos), es la nota publicada por el diario *Il Giorno*: “Fue arrestado en Madrid, España, Juan Carlos Saraguno Armijos, un ecuatoriano de 21 años acusado de homicidio” (29 de setiembre de 2007). Asimismo, el periódico nacional *La Repubblica* publica bajo el título “Milán, boliviano mata a puños a su novia” un artículo en el que las nacionalidades de los protagonistas son subrayadas con insistencia desde la primer frase: “Un chico boliviano de 24 años ha asesinado a puños a su novia connacional, también de 24 años, después de sorprenderla en la cama con un chico ecuatoriano” (25 de mayo de 2007). O esta otra noticia del mismo diario que se titula: “Ragusa, violada una chica de once años; arrestado músico boliviano” (23 de agosto de 2006).

Otra información remarcada con frecuencia en los artículos que tratan de delitos infringidos por latinoamericanos es el de los permisos de permanencia o residencia [*permesso di soggiorno*]. Muchas veces, la noticia de un acto delictivo va acompañada de frases del tipo “el acusado, que tiene permiso de residencia, ...”, recalcando el hecho de que a esa persona se le otorgó dicho visado. Un ejemplo de este hecho es el artículo publicado por el *Corriere della Sera* bajo el título “Refinaban cocaína en casa, dos arrestados”: “En esposas un peruano y un ecuatoriano, ambos regulares en Italia” (4 de enero de 2008). O este otro del mismo periódico, que informa que fue arrestada una persona por conducir en estado ebriedad, y cuyo primer párrafo contiene: “(...) Así, Leonardo M.T., 27 años, peruano con el permiso de residencia por expirar, es el primer automovilista ‘sorprendido’ en ciudad después de la entrada en vigor de las nuevas normas del código de la calle (...)” (6 de agosto de 2007).

Así, del otro lado de las rotativas, algunos lectores se indignan con noticias de este tipo. En la sección *Italians*, del diario *Corriere della Sera*, por ejemplo, un lector escribe una carta en la que responsabiliza a los políticos por no tomar medidas contra los delincuentes que no tienen nacionalidad europea. El disparador fue una detención concreta, pero quien escribe aprovecha para hablar en general de quienes son arrestados y llegan desde más allá de la frontera. Bajo el título “Aquellos delincuentes que deberían haber estado fuera de Italia”, el cotidiano publica una carta en la que se lee: “(...) cuando un delincuente es asignado a la Inmigración para ser empaquetado y reenviado al remitente, el trabajo (un buen trabajo, agregó) de político no tendría que terminar allí. Tendría que haberse asegurado que el sujeto fuera efectivamente enviado a casa (y tal vez también a patadas en el trasero, que mal no le hace, a cierta gente). El mismo comportamiento con todos los que vienen enviados para atrás”.

En tierras españolas

En España, la información publicada sobre el tema de la inmigración tiene un tono algo diferente a la que se lee en periódicos italianos. No se usa “América” para hablar de Estados Unidos; se habla de extracomunitarios sólo cuando se refiere a la “plaza de extracomunitarios” de un cuadro de fútbol, o de plátanos; la palabra “latino” está asociada casi únicamente a expresiones del tipo “sabor latino”; y la nacionalidad de los inmigrantes está precedida de los términos “ciudadano...” o “ciudadano de origen...”.

Sin embargo, existen casos en los que, como en Italia, las noticias que tienen como protagonistas latinoamericanos son las relacionadas con delitos. Al menos, cuando se trata de personas procedentes del norte de América del Sur.

Jessica Retis es investigadora en la Universidad Carlos III de España, y se dedica a estudiar cómo informan los medios sobre la inmigración de latinoamericanos. Forma parte, además, del Observatorio de la Inmigración del Ayuntamiento de Madrid, donde está realizando un mapeo de los medios de comunicación en referencia a este tema. Retis, en un encuentro realizado el 15 de enero de 2008 en Casa de América de Madrid (“Medios de comunicación. Claves para entender la inmigración”), opinó que existe un uso “peyorativo” de la palabra “inmigrante” en los medios. Y añadió que se usa ese término en lugar de hablar de “personas”. Retis, que en dicha conferencia fue presentada como “peruana” antes que sus datos académicos, puso como ejemplo el que, cuando se informa de la llegada de inmigrantes a las costas españolas, se habla de “pateras, y no de personas”.

En el mismo encuentro, Antolín Romero, director del programa radial “Madrid sin fronteras” de *Onda Madrid*, opinó que “la asociación entre delincuencia e inmigración es maliciosa, maniquea y una mentira”. Informó además que entre los que son considerados “problemas” de la sociedad por los españoles, la inmigración está por delante de la educación o la sanidad, de acuerdo con datos del Centro de Investigaciones Sociológicas.

Romero señaló que en España un 3% de los inmigrantes han cometido delito, índice “mucho menor que el de los propios españoles”, según datos de la Confederación española de policía, el sindicato policial. Y ejemplificó la visión que se puede tener del inmigrante en función de lo que sobre él se cuenta en los medios: “Para mucha gente el sonido que emiten los disparos es algo así como un ‘pium’ porque es lo que escuchan en las películas, cuando hacen un ruido completamente distinto en la realidad. Así, el inmigrante es el que se ve en los medios y sale en la televisión. O sea, un problema”.

En la conferencia, Soraya Constante, redactora del periódico *Latino* y corresponsal del diario *Últimas Noticias* de Ecuador, su país natal, mencionó ejemplos de artículos que, a su juicio, discriminan a los inmigrantes latinoamericanos. Uno de ellos es el publicado por el cotidiano nacional *El Mundo* bajo el título de “Espectacular pelea a

navajazos entre ecuatorianos y españoles” (21 de marzo de 2007). “Titulares así nos enfrentan a los inmigrantes –ecuatoriano en este caso– contra los españoles”, opinó. Para subrayar este hecho agregó otro ejemplo: el del periódico nacional *El País*, que publicó una entrevista titulada con la siguiente frase del entrevistado: “Temo que hay enfrentamientos entre españoles y latinos” (29 de enero de 2007). Aunque, en este caso, el entrevistado y autor de esa sentencia era César Manaba, portavoz de los Latin Kings (una “banda latina”) en España, que es de nacionalidad ecuatoriana. Según Constante, la nacionalidad es especificada cuando se trata de alguien que cometió un delito, no así de un deportista, actor o cualquier persona reconocida profesionalmente: “El atleta Jackson Quiñónez (ecuatoriano) es ‘el atleta español’, pero el que maltrata a su mujer es ‘el de origen ecuatoriano’”, opinó.

En la prensa española, como en la italiana, algunas noticias de delitos protagonizadas por latinoamericanos vienen presentadas con la nacionalidad de la persona en cuestión. *El Mundo*, bajo el título, “Muere un conductor kamikaze en la A-5”, publicó un artículo cuya bajada reza así: “El fallecido, de 25 años y nacionalidad ecuatoriana, circuló en dirección contraria hasta que chocó contra un turismo y un taxi, cuyos ocupantes necesitaron atención psicológica” (19 de marzo de 2007). O este otro ejemplo del mismo periódico: “Dos marroquíes detenidos, uno de ellos menor, por apuñalar a un ecuatoriano” (5 de setiembre de 2004).

Sin embargo, parece existir una diferencia entre la prensa italiana y la española a la hora de informar sobre hechos que tienen alguna relación con latinoamericanos. De hecho, muchas de las noticias de este tipo publicadas, omiten hasta el segundo párrafo del artículo o más, la nacionalidad del involucrado. Con el título “Un conductor ebrio mata a un hombre tras dar positivo”, el diario *El País* publicó un artículo en el que narra cómo este conductor atropelló a un matrimonio matando a una persona. Pero la noticia está en el primer párrafo y, recién el segundo y con la ampliación del hecho, se da cuenta que el conductor era de nacionalidad ecuatoriana (17 de diciembre de 2007). Esto es un ejemplo de distintas y varias notas en este sentido que se leen en periódicos españoles. El mismo hecho de que se organicen debates sobre el tema es síntoma de que existe en este país una intención de misura a la hora de informar sobre inmigrantes.

Aún así, los participantes del encuentro en Casa de América consideraron que hay mucho por hacer. Sobre todo cuando se trata de inmigrantes procedentes de Ecuador, Bolivia, Perú, Colombia, ya que, aseguraron, cuando se trata de argentinos, por ejemplo, la situación es radicalmente distinta. “Hay un tratamiento diferencial del inmigrante argentino respecto al ecuatoriano, colombiano, etcétera”, opinó Retis. Y argumentó que esto se debe a tres motivos: que los argentinos que llegan a España son hijos o nietos de españoles, que ellos mismos no se sienten inmigrantes, y que su color de piel y su etnia es muy similar a la europea. Retis narró también cómo hasta 2002, cuando se le preguntaba a un español a quién prefería (africano, latinoamericano,

asiático, europeo, europeo del este), los latinoamericanos eran elegidos casi al mismo nivel que los europeos. Pero, añadió, desde entonces esta preferencia empezó a decaer, y hoy los latinoamericanos son elegidos a la par que los europeos del este católicos, como los polacos, por ejemplo.

El que los delitos sean relacionados muchas veces por la prensa italiana y española con la inmigración es un dato significativo. Más aún si se considera el hecho de que este tipo de noticias, tantas y tantas veces, se reducen a unas líneas en las que el protagonista no pasa de ser un nombre con un rótulo: su nacionalidad. Muchas veces, la historia detrás de la etiqueta no existe. Y los lectores se quedan con un cajoncito en el que conservan unas pocas palabras: Pedro, inmigrante, latino, delincuente. Un estereotipo que, además, no corresponde con los números y estadísticas.

Las dos chicas siguen sentadas en el negocio de comida rápida de Milán. Continúan hablando de todo y omitiendo lo que las llevó hasta allí. Con una cucharita, una revuelve el café ya helado. La otra la mira. La mide. Calla. No dicen nada sobre sus vidas. Nada sobre sus historias. El problema es que tampoco lo dice ningún artículo de periódico. Sus vidas son desconocidas. Y no las conoceremos. Al menos, no en estas páginas.

JÓVENES, EXCLUSIÓN Y NARRATIVAS MEDIÁTICAS: EL ROSTRO DEL DELITO

Los medios argentinos, particularmente algunos géneros mediáticos televisivos cercanos a la crónica policial, son grandes productores de identidades juveniles marginadas con una fuerte carga estigmatizante. Desde el quiebre político-institucional de diciembre de 2001, cuando la pobreza y la marginación social alcanzaron la visibilidad pública, se reconoce la emergencia de dos narrativas contrapuestas y complementarias: Una de índole autoritario-represiva y otra de índole reformista-correctiva. El trabajo estigmatizador de los medios audiovisuales renueva en cada noticia y en cada ficción juvenil este *identikit* que identifica a los jóvenes con los potenciales enemigos de la sociedad a partir de rasgos físicos, lingüísticos y culturales. Este texto responde a la pregunta: ¿Cómo se dan estas narrativas mediáticas de los jóvenes?

Eva Da Porta

evadaporta@yahoo.com.ar

Profesora e investigadora del Centro de Estudios Avanzados y de la Escuela de Ciencias de la Información de la Universidad Nacional de Córdoba.

“Ellos siempre son demasiados. “Ellos” son los tipos de los que debería haber menos o, mejor aún, absolutamente ninguno. Y nosotros nunca somos suficientes. “Nosotros” somos la gente que tendría que abundar más”.

Zigmunt Bauman

La centralidad de los medios en los consumos y prácticas culturales de los jóvenes es un interrogante complejo que exige preguntas específicas, pues la mediatización social pone en juego problemáticas estructurales y subjetivas que deben estudiarse en contextos particulares. Nos interesa particularmente considerar las relaciones que pueden establecerse entre los procesos crecientes de mediatización y los procesos de constitución identitaria y subjetiva protagonizados por jóvenes que habitan condiciones de extrema pobreza en la ciudad de Córdoba.

Este trabajo, producto de una investigación en desarrollo, se ubica en el campo de los estudios de la comunicación preocupados por los procesos de mediatización de la cultura y por sus consecuencias en el orden de lo político y lo social¹, esto es, por los procesos irreversibles de transformación, dislocación y reconfiguración sistemática de la producción social de sentido operados por la teletecnodiscursividad² mediática en las sociedades contemporáneas (Derrida, J. 1999 Mattelart, A., 2002, Sodré, M., (2003) Verón, E. 1999, Thompson, J. B. 1998). En ese marco se propone considerar los procesos de formación de subjetividades sociales mediante prácticas hegemónicas, articulando distintas perspectivas en la línea de los estudios políticos del discurso y los estudios de recepción. El trabajo se articula en dos instancias interrelacionadas. La primera se propone identificar las narrativas subjetivas hegemónicas que, desde los discursos mediáticos, interpelan a los jóvenes y la segunda se propone analizar los modos en los jóvenes se vinculan a que estas narrativas y el lugar que ocupan en sus procesos de constitución identitaria y subjetiva.

La mediatización, hegemonía discursiva y subjetivación

La mediatización como proceso de transformación social vinculado a la implicación social de las tecnologías y medios de comunicación es quizás hoy un campo problemático que los estudios comunicacionales debieran tomar como propio.

¹ Siguiendo la distinción de E. Laclau que entiende “lo político” como el orden del antagonismo y de institución de lo social y “lo social” como las formas y prácticas sedimentadas de la “objetividad” en Mumby, D. (comp.) “Narrativa y Control Social. Amorrortu. Ed. 1997 p18.

² Según J. Derrida utiliza este término para caracterizar la producción discursiva proveniente de los dispositivos tecnológicos de producción de información y conocimiento. (Derrida, J. 1999).

Pero para ello es necesario trabajar este concepto teórica y metodológicamente con mayor profundidad. Partimos de la propuesta de Eliseo Verón quién señala que: “La mediatización opera a través de distintos mecanismos según los sectores de la práctica social que interese, y produce en cada sector distintas consecuencias”³. Este último aspecto es central pues señala la necesidad de realizar estudios empíricos e investigaciones analíticas que especifiquen estas transformaciones en las distintas esferas, niveles y dimensiones sociales (Reguillo, R. 2000, Tabachnik, S. 1999 De la Peza, M. C. 2003, Zires, M. 2000). Esto no implica caer, como señala Grünner en la “fetichización de los particularismos” que sólo registra la proliferación de las diferencias, “las dispersiones y fragmentaciones político-sociales y discursivas producidas por el capitalismo tardío”⁴. En su lugar, si se entiende a la mediatización como un conjunto de transformaciones sociales y políticas operadas en el orden de la hegemonía cultural y discursiva, es posible retener la tensión estructura/sujeto, y considerar los procesos de sentido en los que los condicionantes estructurales se vuelven recursos de la interacción y viceversa, es decir: cómo en la dimensión interpersonal, en las esferas micro, se van constituyendo (produciendo y transformando) conflictivamente las dimensiones macro (Giddens, A. 1997, Thompson, J. B. 1998). En este punto es cuando se hace central considerar en la noción de subjetividad su dimensión política y social.

Señalar que la teletecnodiscursividad mediática opera hegemonicamente⁵ a nivel de la producción social del sentido implica asumir su papel dominante, pero contingente, en la definición y articulación de los sentidos legítimos de discursividad social en general, definiendo “puntos nodales” en torno a los cuales van conformándose los órdenes subjetivos, tanto simbólicos como imaginarios. En este planteo el sujeto anterior a la subjetivación, “es el espacio vacío de una falla en la estructura dislocada”,⁶ vacío que es parcialmente suturado “mediante procesos de subjetivación que tienen lugar en el nivel del imaginario” (ibid: 44) Este es el espacio de operación de la hegemonía discursiva y en esas operaciones de subjetivación es donde se hace relevante su trabajo articulador. La hegemonía así entendida es “un concepto teórico fundamental para la construcción contingente de la subjetividad”

³ “Interfaces. Sobre la democracia audiovisual evolucionada” en Ferry, Wolton y otros *El nuevo espacio público*, Gedisa, Barcelona, 1992.

⁴ En Fredric Jameson y Slavoj Zizek. *Estudios culturales. Reflexiones sobre el multiculturalismo*, Paidós, Buenos Aires, 1998.

⁵ Nos referimos a la concepción de Laclau, E. y Mouffe, Ch. que entienden que lo “social está estructurado en torno a un núcleo irrepresentable de negatividad” (en Buenfil Burgos, 2000) y que en ese marco la hegemonía debe entenderse como un proceso discursivo contingente, siempre amenazado que implica luchas por la imposición simbólica donde una “particularidad” asume la representación del todo, que le es inconmensurable. (1994).

⁶ Törfing, J. en Laclau, E. et. al en “Debates Políticos Contemporáneos”. Plaza y Valdez. 2000 p.43.

que por lo tanto está, como señala Törfing siguiendo a Laclau, “inextricablemente vinculada a los procesos de formación el mundo discursivo” (Ibíd.: 43).

Desde este marco conceptual, nos interesa trabajar la hegemonía mediática como un espacio central de la cultura contemporánea donde se constituyen discursiva y contingentemente las subjetividades socialmente reconocidas (Ibíd.: 35) a partir de las dislocaciones provenientes del orden de lo real. (Laclau, E en Escudero, L.2002:362)

Argentina 2001, la emergencia mediática de la pobreza

Nuestra hipótesis señala que en la Argentina el dispositivo mediático es particularmente sensible a las fracturas del orden de lo real generadas por el modelo neoliberal y fundamentalmente por el incremento de la pobreza y la exclusión social. Esta “dislocación”, este quiebre, esta profunda ruptura social y política, que tomó estado generalizado en el país en diciembre de 2001 pero fue gestándose mucho tiempo atrás, fue rápida y hegemónicamente analizado/representado/interpretado/controlado discursivamente por los medios masivos. En este proceso la televisión tuvo un trabajo protagónico pues comenzó a producir intensivamente narrativas que apuntaban a darle “visibilidad” y a ponerle un rostro a esa pobreza, que había ignorado casi por completo, hasta su brutal emergencia a la escena pública en ese tórrido verano. Esas narrativas televisivas fueron el horizonte de comprensión, para muchos argentinos que, descreyendo de la clase política⁷ y en la tranquilidad de sus hogares trataban de comprender ¿Qué nos había pasado? ¿Dónde había quedado la promesa del presidente Menem de la revolución productiva?

Entre las narrativas televisivas que intentaban llenar ese vacío de sentido, -que implica que un país que decía/creía/deseaba vivir en el primer mundo terminara la década neoliberal con un 44,3% de la población viviendo bajo los “límites de la pobreza” y que de ese total 9 millones de niños y jóvenes, sobrevivan en hogares pobres.⁸,—se destacan un conjunto de relatos que hicieron, y aun hoy lo hacen, un gran trabajo de control social bajo el modelo de la discriminación y la exclusión social.

Nos referimos a las narrativas que apuntan a caracterizar a los jóvenes pobres en determinadas identidades sociales, cuyos rasgos son cristalizados en ciertos atributos identitarios que los hacen rápidamente identificables y pasibles de recibir alguna estrategia de control, represión y de supresión.

No es que anteriormente este trabajo del discurso televisivo de identificación/control de las subjetividades juveniles pobres, ya sea por exclusión o por estereotipia, no hayan existido. De hecho, hay investigaciones que dan cuenta de este fenómeno

⁷ El famoso “que se vayan todos” expresado por los manifestantes y caceroleros pasó a significar, a modo de elipsis, la ruptura política y social generalizada.

⁸ Según el 1er. Semestre de 2004 registrado por la *Encuesta Permanente de Hogares (EPH)* del *Instituto Nacional de Estadísticas y Censos (INDEC)*.

fundamentalmente a nivel de prensa gráfica. Sin embargo, lo que queremos subrayar es la potencia simbólica que comenzaron a adquirir estos relatos audiovisuales clasificantes a partir del quiebre institucional del 2001. En ese momento la miseria, el deterioro social y el desamparo emergieron con fuerza de acontecimiento en un espacio público cuyo eje político parecía dislocado, generando una clara ruptura en el imaginario del progreso neoliberal que ya no podía sostenerse. En ese momento de crisis fue cuando las pantallas de TV adquirieron un rol central en la reunificación de la realidad colectiva al ordenar/informar/formatear aquello que estaba ocurriendo en las calles de las ciudades argentinas (cacerolazos, marchas, asambleas barriales, manifestaciones, tomas de supermercados, robos a comercios, asesinatos a manos de las fuerzas de represión, renuncias diarias de presidentes y vicepresidentes; etc.) y que ningún otro poder simbólico (Estado, partidos políticos, poderes del Estado, etc.) parecía ya poder controlar. El destinatario que configuraron las narrativas televisivas de la crisis fue el del *“ciudadano/a sorprendido” frente a la catástrofe (política)* y a partir de esa figura claramente centrada en un modelo de clase media comenzaron a tejer nuevamente los relatos ordenadores de un presente convulsionado.

Si se analizan las emisiones informativas de diciembre de 2001 y enero de 2002, aun aquellas que se construyeron “en vivo” al calor de los hechos, es posible reconocer una intencionalidad ordenadora en el relato. Más que buscar causas y consecuencias de la crisis socio-política se buscó “describir”, documentar los hechos a la luz de narrativas cronológicas, “realistas” y pretendidamente objetivistas que pusieron en el rol de héroe a la clase media-cacerolera-ahorrista-estafada. Sin embargo, y más allá de estas escenas –que mostraban fundamentalmente la imagen de un caos social con relativo orden y respeto por las buenas formas democráticas– es posible reconocer en la emergencia otras escenas que se filtraron en esas narrativas y que generaron conflictos en el imaginario de la buena revuelta republicana que los medios querían construir. Nos referimos a la represión estatal de los manifestantes (que dejaba en claro que el poder del Estado no había desaparecido) y a la extrema pobreza de muchos de los manifestantes y “saqueadores” de comercios (que ponía en evidencia la contracara de este Estado neoliberal definido por políticas de desamparo y desprotección de los sectores mayoritarios de la sociedad).

De estas dos escenas, la primera, la de la represión que siempre sobrevuela en la Argentina como un espectro, fue rápidamente “olvidada” y sólo reapareció cuando los medios gráficos testificaron con fotos el asesinato de los jóvenes piqueteros Kosteki y Santillán a manos de la policía el 26 de julio de 2002.

La segunda escena, la de la pobreza, tuvo un impacto notable, al menos discursivo, que nos interesa destacar pues entró en crisis con el imaginario de la Argentina de la modernización de Menem, que se construyó a su vez sobre el imaginario previo de la Argentina del progreso, “granero del mundo” y “crisol de razas” y lugar de “justicia social” que construyeron la generación del ‘90 del siglo XIX y el peronismo

sucesivamente. La pobreza fue tornándose rápidamente en una tónica inevitable de los discursos televisivos no sólo de información sino también de ficción al compás de un pathos dominante depresivo y de duelo por la pérdida de ese país imaginario. Una estética realista se apoderó de las pantallas y recurriendo al formato documentalista,⁹ al blanco y negro y al estilo testimonial comenzó a tejer narrativas de un presente inhóspito. De un presente inhabitable, insoportable a los ojos de una clase media, también empobrecida y aterrorizada de seguir cayendo en un vacío cuyo fondo parecía devolver la imagen de los rostros desdentados de mujeres y hombres sin empleo y los cuerpos desnutridos de niños y jóvenes que empezaban a aparecer por primera vez en la pantalla nacional. Nuevamente las narrativas televisivas construían estos relatos para un destinatario *clase media asombrado frente a la catástrofe (esta vez social)*.

Narrativas juveniles y pobreza: exclusión social, inclusión mediática y estigma

En ese clima comienzan a gestarse en el 2001 dos narrativas audiovisuales respecto de los jóvenes pobres que aun hoy parecen ordenar el panorama de las identidades juveniles mediáticas destinadas a la mirada del ciudadano asustado. Una de índole autoritario-represiva que deposita sobre la figura del “joven pobre” los rasgos estigmatizantes de la delincuencia, la amenaza a la seguridad privada¹⁰ y la peligrosidad de la violencia “gratuita” y que al otorgarle el rango de enemigo interior reclama al Estado acciones represivas y violentas. Si bien es cierto que esta narrativa no se inicia en esa fecha, ni es exclusiva de los medios, es posible reconocer que es en ese espacio donde se hace hegemónica y su poder alcanza performatividad al vincularse con la doxa y las opiniones públicas. Estas narrativas estigmatizantes, que condensan en la figura del “joven pobre” los rasgos no sólo del desprecio sino de la amenaza, se articulan a la emergencia de imaginarios propios de la década del '90 que trabajan sobre el eje exclusión/inclusión simbólica y material como criterio de clasificación social. Por distintos procedimientos discursivos se va “criminalizando” la pobreza, a partir de un cruce de series discursivas que articulan la marginación social con el delito y ciertas características étnicas con la necesidad de represión y control policial. El fantasma de la violencia es conjurado, según Hopenhayn, estigmatizando

⁹ Aquí es necesario señalar que existen antecedentes de esta estética no sólo en cine sino también en TV a la que recurren estos discursos televisivos.

¹⁰ Esta narrativa es trabajada fundamentalmente por Rossana Reguillo quien a comienzos de los '90 reconoce los efectos en Latinoamérica de la Doctrina Giuliani que trabaja sobre el eje de la “Tolerancia Cero” ante el delito sustentándose en un conjunto de conceptos fuertemente racistas y estigmatizantes.

La autora señala que su “cientificidad consiste en cruzar los datos provenientes del perfil racial del presunto delincuente para establecer, entre otras cosas su grado de peligrosidad” En Reguillo, R.: “Las estrategias del desencanto: emergencia de culturas juveniles” Ed. Norma. Bs. As.

al potencial agresor: “Así el joven, varón, suburbano y de bajos ingresos, encarna la posibilidad de una agresión o un robo” (en Antonelli, M. 2004: 31). El delito de “portación de rostro” es una experiencia que cotidianamente viven los jóvenes pobres en ciudades como la de Córdoba, donde son detenidos por la policía hasta dos veces por día por la figura del “merodeo” que justifica la privación de la libertad (La Voz del Interior 30/11/04).

La otra narrativa de índole reformista-correctiva, desarrolla desde una retórica “antropologizante” un imaginario salvífico en torno a la figura del joven pobre que lo pone en el lugar de víctima/salvaje que se hace necesario “reeducar” para reinsertarlo en la sociedad.¹¹ Esta narrativa que también se articula al “imaginario del miedo y el desamparo” (Hopenhayn, M., Reguillo, R., Tabachnik, S.) desarrolla en torno a los significantes vacíos (Laclau, E.) “solidaridad” y “sociedad civil a-política”, un conjunto de técnicas “correctivas” para re-insertar a los jóvenes descarriados; de tono más inclusivo que la anterior, pero igualmente cristalizadora en términos de identidad. Los jóvenes pobres son hablados, nombrados, significados, aun en aquellas narrativas mediáticas que les dan la palabra pero la ubican en una trama previa que no les pertenece. El tono pedagogizante de estas narrativas se debe a que están claramente dirigidas a la “gente normal” que no conoce esta nueva realidad amenazante. Con un tono descriptivo y naturalista sacan a la luz lo que “los poderosos quieren ocultar” como explicita un periodista-denuncista cuando presenta un informe sobre el mercado negro de armas que opera en el interior de un barrio marginado. Los periodistas van a las villas miserias, meten las cámaras en las casillas y nos muestran a los televidentes cómo vive “esta gente”, como son “estos jóvenes que muchos de nosotros diríamos que son peligrosos si los vemos en la calle”. Relatan a ese otro, como un extraño al que hay que conocer. Hacen visibles sus carencias, angustias y padecimientos para mostrar que la mayoría de los pobres son víctimas, sujetos abandonados que luchan por su supervivencia, casi en el umbral de lo humano y más cerca de lo salvaje en los “hiperguetos” como dice Wacquant que funciona como “vertederos de para aquellos para los que la sociedad circundante no tiene reservado ningún uso económico ni político” (Wacquant, L. en Bauman, Z. 2006: 108).

Esta doble lógica autoritario-salvífica, reforzada y ampliada en el marco una discursividad social y política que fue ganando un tono represivo y criminalizante, encuentra el fundamento en los ´90 en la Doctrina de la Tolerancia Cero del alcalde Giuliani y llega a Argentina de la mano de las políticas de seguridad que el Manhattan Institute transmite a los gobiernos provinciales. Estas condiciones político-

¹¹ Según lo hemos trabajado en el texto: “Domesticando al Salvaje o la emergencia de los marginados en la TV argentina” Felafacs. 2003

culturales abonan un imaginario del “miedo y el desamparo” (Hopenhayn, M.) que deposita en los jóvenes-pobres los temores de una sociedad insegura que se ve amenazada constantemente por el enemigo interior. El trabajo estigmatizador de los medios audiovisuales renueva en cada noticia, en cada ficción juvenil, este identikit que identifica a los potenciales enemigos de la sociedad a partir de rasgos físicos, lingüísticos y culturales y que encuentran en el rostro genérico de un joven-varón-pobre-moreno los signos de la amenaza. La pauperización de la vida en los '90, el avance de la desigualdad social y la deslegitimación de la política quiebran definitivamente el imaginario de *la integración en la diferencia* (económica) que por muchos años caracterizó a la Argentina. El discurso mediático suturó rápidamente las imágenes desintegradas de la nación que recorrieron el mundo en diciembre de 2001, funcionando como un verdadero dispositivo integrador de nacionalidad en tanto puso en circulación los *identikits* de estos “nuevos”¹² habitantes a la vez que construyó manuales acerca de cómo manejarse con ellos y diseñó mapas que marcan las fronteras de los que están adentro y afuera. En el 2002 un canal de televisión nacional publicaba diariamente el mapa del delito en la provincia de Buenos Aires, señalando día a día las zonas rojas según un índice definido por la policía.

Fronteras mediáticas, estereotipos y producción del sentido

Esa frontera político-mediática entre nosotros (la gente común) y los otros (los pobres, marginados, excluidos, los “humanos residuales” como dice Bauman) fue construyéndose narrativamente de la mano de verdaderos estereotipos que justifican y alimentan a la vez, las “políticas de seguridad” que propone el Estado neoliberal.

Cuando nos referimos a estereotipo lo hacemos siguiendo a H. Bhabha, quien lo define como un modo de conocimiento e identificación cuyo rasgo es la fijeza en la construcción de la “otredad” y la ambivalencia, en tanto vacila entre lo que es “ya conocido” y lo que se espera que se repita (Bhabha, H. 2002:91). En ese marco no nos interesa analizar los rasgos buenos o malos de la imagen de los jóvenes pobres, sino como plantea Bhabha: “los procesos de subjetivación hechos posibles y plausibles en el discurso estereotípico” (op. cit. 92).

La criminalización de los problemas sociales no es un proceso que pueda reducirse a la Argentina, es una estrategia derivada de las políticas estatales segregacionistas generadas al compás de la globalización, que requiere del trabajo de los medios para hacerse aceptable y legítima. En nuestro país, la televisión trabajó y trabaja

¹² Aquí nuevos es sólo en términos del discurso mediático, no en términos de realidad socioeconómica.

arduamente en este sentido, ya sea de la mano de ficciones o de programas de actualidad, colaborando activamente en la definición y clasificación dual de tipos fijos de jóvenes pobres (buenos o malos; resentidos o resignados, redimibles o confinables, víctimas o victimarios). Siempre como un “ellos”, nunca como un nosotros. Por su parte las telenovelas y programas juveniles incorporaron en sus elencos de segunda línea la figura del joven pobre en su doble versión, como amenaza o como aliado de los héroes y heroínas de turno. Mientras que los programas informativos construyeron en sus relatos la doble semblanza que parece estructurar hoy la categorización de los jóvenes pobres: la del “pobre pero honrado” y en vías de integración y la del “pobre y peligroso” y definitivamente excluido. Donde los atributos positivos o negativos dependen casi de la naturaleza de cada ser humano, de su individualidad ya que las condiciones son adversas para todos.

Nos interesa abordar la dimensión subjetiva e identitaria vinculada a esos discursos, pues creemos que, *a diferencia de otras instituciones como la escuela o el mundo del trabajo, las narrativas mediáticas tienen la capacidad de implicarse como recurso cultural y subjetivante en los contextos y situaciones de vida, brindando a los sujetos posibilidades de intervenir y participar activamente en esos contextos.* Este rasgo reflexivo de la mediatización requiere ser estudiado, y se hace particularmente interesante en contextos “empobrecidos” pues su fuerza hegemónica adquiere mayor evidencia.¹³ Consideramos con Laclau que el sujeto anterior a la subjetivación, “es el espacio vacío de una falla en la estructura dislocada”,¹⁴ vacío que es parcialmente suturado “mediante procesos de subjetivación que tienen lugar en el nivel del imaginario”. (Ibid: 44) Este es entonces un espacio privilegiado para las prácticas hegemónicas y es en esas operaciones de subjetivación donde se hace relevante su trabajo discursivo articulador.

En ese contexto señalar que la discursividad mediática opera hegemónicamente¹⁵ a nivel de la producción social del sentido y de la conformación de las subjetividades implica asumir su papel dominante, pero contingente, en la definición de esos procesos que hoy pasan fundamentalmente por el orden de la visibilidad. Siguiendo

¹³ En nuestra investigación: “Incidencia de la cultura televisiva en el ámbito escolar” realizada entre 1995 y 1999 registramos en los sectores empobrecido una profunda impronta mediática de la TV, en la medida en que otros consumos culturales son escasos o inexistentes.

¹⁴ Törfing, J. en Laclau, E. et. al en “Debates Políticos Contemporáneos”. Plaza y Valdez. 2000 p.43.

¹⁵ Nos referimos a la concepción de Laclau, E. y Mouffe, Ch. que entienden que lo “social está estructurado en torno a un núcleo irrepresentable de negatividad” (en Buenfil Burgos, 2000) y que en ese marco la hegemonía debe entenderse como un proceso discursivo contingente, siempre amenazado que implica luchas por la imposición simbólica donde una “particularidad” asume la representación del todo, que le es inconmensurable. (1994).

a M. Foucault, J. Larrosa señala que *“un régimen de visibilidad compuesto por un conjunto específico de máquinas ópticas abre el objeto a la mirada y abre, a la vez, el ojo que mira. Determina el algo que se ve o se hace ver, y el alguien que ve o que se hace ver. Por eso el sujeto es una función de la visibilidad, de los dispositivos que le hacen ver y orientan su mirada. Y éstos son históricos y contingentes”* (Larrosa, J. 2002).

La visibilidad mediática, –tal como viene siendo analizada a partir de la matriz foucaultiana que permite analizar la enunciabilidad y la visibilidad como dos modalidades de saber/poder (Martini, S. 2002, Olivera, G. 1999, Thompson, J. B. 1999, Dalmaso, M. T. 1994)– no sólo representa identidades sociales sino que las constituye al conformarlas como modelos subjetivos cristalizados y estereotipados.

Ahora bien, frente a este panorama identitario esquematizado que no permite reconocer la variedad, ni la diferencia generada por la desigualdad social nos preguntamos ¿Cómo viven los jóvenes en situación de exclusión social¹⁶ esta discursividad mediática que los nombra, los clasifica, los analiza, los escruta en su intimidad? ¿Se sienten interpelados por esos modelos identitarios? ¿Qué ocurre con su subjetividad? ¿Cómo conviven con estos estigmas los jóvenes pobres? ¿Cómo es vivir portando un rostro potencialmente peligroso? ¿Desde qué lugares se vinculan con estas narrativas mediáticas? ¿Cómo producen su subjetividad cuando sus identidades están preconstruidas por una cultura discriminatoria o correctiva? A partir de estos interrogantes nuestro trabajo de indagación consistió en entrevistas grupales a jóvenes varones y mujeres pobladores de una barriada urbano-marginal de la ciudad de Córdoba, con características de villa de emergencia y en el desarrollo de grupos de análisis de programas televisivos y debate en las que trabajamos las tópicas señaladas en los interrogantes. Si bien esta etapa se encuentra en desarrollo podemos señalar algunas posibles respuestas.

En primer lugar queremos señalar la complejidad y riqueza cultural de los procesos de subjetivación que se producen en estas circunstancias. La pobreza material no implica de ninguna manera pobreza subjetiva como parecen sugerir algunos trabajos que hablan de “desubjetivación” en estos espacios en tanto señalan el declive y la pérdida de eficacia de las instituciones de la modernidad para construir sujetos (Corea y Dustchasky.2004:72). La escuela y la familia, ya sea por presencia o ausencia,¹⁷ continúan siendo referentes y contenedoras de

¹⁶ Entendemos por “jóvenes en situación de exclusión social” a los sujetos que entre los 12 y los 21 años viven bajo los “límites de la pobreza” y bajo “la línea de la indigencia”, según consta en los estudios del INDEC y que protagonizan situaciones de marginación social, económica, cultural y simbólica. (Hopenhayn, M. 2004).

¹⁷ Un trabajo de indagación realizado en el Seminario de Comunicación y Educación de la ECI-UNC en el 2004 con jóvenes que no van a la escuela pudimos constatar la fuerte presencia en el imaginario juvenil de esta institución a pesar de que en muchos casos es la propia institución la que los expulsa.

la subjetividad y por tanto mediadoras de estos procesos de subjetivación que protagonizan los jóvenes excluidos.

En segundo término, es posible señalar procesos de identificación oscilante y críticos respecto de las figuras del joven legítimo que construyen los medios. Si bien, por un lado señalan que les gustan y admiran algunos rasgos de estos jóvenes exitosos por otro, desarrollan complejos contrargumentos acerca de la artificiosidad de esas construcciones identitarias y de la estrecha vinculación que existe entre ese modelo y el poder económico. La situación de carencia material opera aquí como condición de recepción que permite, por contraste, el desarrollo de un pensamiento crítico que en otros sectores más acomodados económicamente no es posible reconocer. Es decir, que se sienten interpelados por los discursos mediáticos pero no siempre responden adhiriendo críticamente al modelo legitimado de *joven-legítimo-exitoso*. Respecto de las narrativas que construyen la figura del *joven pobre en vías de integración* es posible destacar un alto grado de aceptación e identificación en tanto dicen: “son iguales a nosotros” de modo insistente. Es importante destacar que estas narrativas ofrecen un cierre imaginario a la situación de exclusión que estos jóvenes viven cotidianamente, pues los jóvenes pobres mediáticos con los que se identifican están, de algún modo incluidos en la sociedad que a ellos efectivamente los margina. En este caso las condiciones de vida son denegadas en la lectura de estos estereotipos cuyos rasgos de semejanza no permiten problematizar la índole cristalizada de la identidad que los medios proponen.

En tercer lugar es posible señalar que los jóvenes entrevistados respecto de las figuras mediáticas estigmatizantes de los *jóvenes pobres como delincuentes y amenazas sociales* producen narrativas complejas del yo en las que oscilan entre:

- la adopción del lugar de destinatario medio previsto poniéndose en contra de los delincuentes (ellos) y a favor de la policía (nosotros).¹⁸
- el desarrollo de un contraargumento que señala que este tipo de programas “hace creer que todos los pobres (nosotros) somos ‘choros’ y que la policía (ellos) es buena.”

La identificación forzada con la figura del estigma y la exteriorización de un sentimiento de vergonzante ante la mirada legítima y clasificatoria de los otros. Un joven señala: “y bueno por ahí es bueno que acá, algunos vean esos programas a ver si les agarra miedo o vergüenza y dejan el choreo”. Al respecto es posible señalar junto

¹⁸ En este caso nos referimos al Programa “Policías en acción” que a modo de **reality show editado** muestra distintos procedimientos exitosos de la policía bonaerense en contra de la “delincuencia” suburbana. Los delincuentes apresados son mayoritariamente son jóvenes y pobres.

con H. Bhabha que el discurso estereotípico convoca la identidad no sólo desde una posición de “dominio y el placer” sino que también lo hace desde la “angustia y la defensa”. Esto nos permite considerar que los sujetos asuman también como propios “rasgos identitarios” o polos de subjetividad cargados de estigmatizaciones sociales.

En cuarto lugar, en los relatos de los jóvenes se puede reconocer la construcción de un lugar emblemático (Reguillo, R.) de resistencia frente a las narrativas discriminatorias que toma algunos elementos de los discursos mediáticos y los resignifica en el marco de una cultura fuertemente localista. Esta narrativa tiene dos versiones: una desafiante que se posiciona en un campo en conflicto con las legitimidades culturales, muta de signo la marca negativa y dice: “somos negros de mierda y qué” y otra versión de tipo clausurada que sólo afirma lo local en la figura del ritmo del cuarteto y no busca confrontar con la cultura legítima sino sólo mantenerse al margen. “A nosotros lo negro villero sólo nos gusta el cuarteto y nada más, esa es nuestra vida.” La villa y el cuarteto son construidos imaginariamente como estandartes para posicionarse en un mundo de diferencias y no de desigualdades. La tópica de la villa es asumida como un estilo de vida y no como el lugar de la marginación en el que la sociedad los ha ubicado. Sin embargo, es posible reconocer cierta distancia crítica de los medios cuando han podido verse en las pantallas televisivas. Los jóvenes señalan: “la tele solo viene al barrio para mostrar las cosas malas, siempre aparecen los chicos desnutridos o cuando agarran a un chorito y eso es feo porque acá vivimos bien, seremos viiero pero somos tranquilos, todos nos ayudamos y nos cuidamos entre nosotros”.

Finalmente nos interesa destacar una última narrativa reconocible en las entrevistas y debates realizados con los jóvenes que puede caracterizarse en un uso estratégico de las narrativas estigmatizantes en tanto se apropian de ese discurso discriminatorio al identificarse con el nosotros exclusivo de la enunciación y ubicar a los otros en los rasgos que esta narrativa les atribuye. A modo de ejemplo un joven señala: “Nosotros somos pobres nomás pero los que son unos “negros de mierda” son los de la Villa Las Chunchulas esos si que son todos choros y drogadictos. Si cuando se les acaba el faso (marihuana) fuman cualquier cosa, fuman orégano.”

A modo de cierre y reapertura de interrogantes

La hegemonía discursiva mediática se constituye hoy en un espacio central de producción de “posiciones de sujeto” al generar “modelos de identidad” desde los cuales, –y por medio de procesos de identificación– el sujeto va constituyendo la “experiencia de sí”¹⁹. La circulación expandida de discursos mediáticos también

¹⁹ Se entiende por “experiencia de sí” a la correlación en un corte espacio-temporal concreto entre dominios de saber, tipos de normatividad y formas de subjetivación. (Foucault, M 1984;9-10 en Larrosa, J. op. cit. p. 269 y 290).

permite que, en términos de Reguillo, “junto a la representación oficial del otro se filtren las visiones y las versiones de las que esos otros son portadores”²⁰ Este aspecto debe considerarse con particular sutileza en cada caso pues el discurso hegemónico tiende a apropiarse de aquello que lo pone en crisis. No obstante ello, es posible reconocer en el panorama dominante la emergencia de modelos contrahegemónicos o alternativos que intentan brindar a los sujetos elementos identitarios inclusivos, críticos o reflexivos sobre su situación de exclusión social. Sin embargo consideramos que no sólo en los medios hay que dar batalla, pues en los diálogos con estos jóvenes pudimos reconocer la presencia de contranarrativas provenientes del hogar, del grupo de amigos y de la escuela que busca dotarlos de saberes que fortalezcan su capacidad de producción cultural y de sentido.

La escuela puede ser hoy un espacio que trabaje en ese sentido si abandona el ideal de alumno ciudadano y busca dotar de palabras a estos jóvenes que están siendo hablados desde afuera.

El proceso de subjetivación no finaliza en el momento de la interpelación, esto es cuando se le propone al sujeto una clasificación y un mandato, sino que requiere de la actividad del sujeto, que asuma, rechace, ignore, resista o transforme el modelo de identidad propuesto en su totalidad o en algunos aspectos (Buenfil Burgos, R.N.- Hernandez Zamora DIE_CINVESTAV 1994). En ese sentido, señalamos de modo hipotético que la capacidad de los jóvenes de lograr un posicionamiento crítico respecto de los modelos de identidad estigmatizantes y discriminadores que los medios les proponen depende de los usos²¹ culturales y de las posibilidades de articulación que hagan los sujetos con otros modelos de interpelación inclusivos en términos sociales y culturales.

²⁰ Reguillo, R. “El otro antropológico” en Análisi 29. Barcelona. Pg. 60.

²¹ Aquí uso se vincula al concepto de recurso cultural que propone G. Yúdice en el sentido de capacidad performativa de intervenir en “El recurso de la cultura” Gedisa. Ed.2002, también se vincula a la noción de táctica de M. De Certeau.

Bibliografía

- Antonelli, M. (comp.) 2004 Cartografías de la Argentina de los '90. Ed. Ferreira. Córdoba.
- Barman, Z. (2006) Vidas Desperdiciadas. Paidós Estado y Sociedad. Bs. As.
- Bhabha, H.: 2002 (1994) El Lugar de la Cultura (Bs. As: Manantial).
- Buenfil Burgos, N. 1993: "Análisis de discurso y Educación" en Nro 16 DIE-CINVESTAV-México (coord.) "Configuraciones Discursivas" en cuadernos de deconstrucción Conceptual. Plaza y Valdéz. México.
- Derrida, Jacques y Stiegler, Bernard (1998) Ecografías de la televisión. Eudeba. Bs. As.
- Duschatzky, S. y Corea, C. (2002) (2004): "Chicos en Banda". Los caminos de la subjetividad en el declive de las instituciones." Ed. Paidós.
- Foucault, M.: Nietzsche, la Genealogía, la Historia en Terán, Oscar (comp.) Discurso, poder y subjetividad. Ed. El cielo por asalto. (1995).
- Laclau, E. (2002) "La comunicación política" En deSignis 2. Año 2002.
- Emancipación y diferencia". Ariel. Bs. As.1996 "Nuevas reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo". Ed. Visor. Bs. As. 1996.
- Larrosa, J. (ed): Escuela, Poder y Subjetivación. Ed. La Piqueta. Madrid.
- Et. al (1995) "déjame que te cuente" Ensayos sobre narrativa y educación. Laertes. Barcelona.
- Reguillo, R.: "Un mapa de silencios". En Rev. Diálogos N° 47.
- Emergencia de culturas juveniles. Estrategias del desencanto. Ed. Grupo Norma "El otro antropológico poder y representación en una contemporaneidad sobresaltada" en *Analisi. Uade* (Barcelona).
- Tabachnik, S.: "Del escándalo" en Declínio de arte. Ascensao de cultura. Letras contemporáneas. Abralic. Florianópolis. Brasil. 1998.
- Thompson, J. B. (1998) "Los media y la modernidad" Paidós. Barcelona.
- Verón, Eliseo. (1987) Construir el acontecimiento". (Barcelona: Gedisa).
- Zizek, S.:(1998) El sublime objeto de la ideología". Siglo XXI. México.

“MÁS ALLÁ DE VÍCTIMAS Y CULPABLES”

[relatos de experiencias en seguridad y comunicación - América Latina]

Más allá de víctimas y culpables es una afirmación: La mejor política de seguridad ciudadana es pensar a los ciudadanos como protagonistas de sus vidas y actores políticos de sus experiencias. Este texto presenta relatos que demuestran que la (in)seguridad ciudadana en América Latina “no es un partido de fútbol” pero sí “una urgencia cultural” y que por eso hay “tantos cuentos que contar” y muchas historias detrás de la ceremonia mediática y política de los miedos. Por eso, **Más allá de víctimas y culpables** trae relatos de la realidad latinoamericana: 15 experiencias y 1 texto de reflexión. Se trabajó con periodistas de 13 países de América Latina para *relatar experiencias* de seguridad ciudadana en las cuáles la comunicación hecha medios, prácticas, símbolos y narración es la clave de sentido político. De *otros* sujetos, de *otras* prácticas, de estas *muchas vidas* que “no pasan por” los medios o que “la pasan mal” en los medios es que está lleno este texto. La única regla de la comunicación en seguridad ciudadana es tratar a todos los sujetos y colectivos *más allá de víctimas y culpables*. ¿Muy difícil?



Es una unidad regional de análisis de la comunicación para América Latina de la

FRIEDRICH
EBERT
STIFTUNG

Sus áreas de trabajo son:

- Comunicación política
- Medios de comunicación y libertad de información
- Comunicación ciudadana, TICs y Derecho a la comunicación

Documentos publicados:

- **El cuerpo del delito.** Representación y narrativas mediáticas de la seguridad ciudadana.
<http://www.c3fes.net/docs/delitofinal.pdf>
- **Los relatos periodísticos del crimen.**
<http://www.c3fes.net/docs/relatosdelcrimen.pdf>
- **Ya no es posible el silencio** [textos, experiencias y procesos de comunicación ciudadana]
<http://www.c3fes.net/docs/yanoesposible.pdf>
- **Se nos rompió el amor** [elecciones y medios de comunicación - América Latina 2006]
<http://www.c3fes.net/docs/rompioelamor.pdf>
- **Lo que le vamos quitando a la guerra** [medios ciudadanos en contextos de conflicto armado en Colombia] <http://www.c3fes.net/docs/quitandoalaguerra.pdf>

Centro de Competencia en Comunicación para América Latina
Fundación Friedrich Ebert

www.c3fes.net

email: c3@fescol.org.co

Tel. (57 1) 345 98 83

Fax. (57 1) 347 16 25

Sede: Calle 71 No. 11-90

Bogotá - Colombia